

~~THE G. W. A.~~





AQUI ESTA SILVA

A la Iglesia  
de Aconcagua



**R**esumen  
de la Historia  
de Chile



De esta primera edición del  
*Resumen de la Historia de Chile*  
se han tirado 10.000 ejemplares en  
papel "Special Vacuum Dried",  
importado de Canadá, empastados  
en t ela, y 1.000 ejemplares de lu-  
jo, en papel biblia, encuadernados  
los tres tomos en un volumen, en  
cuero flexible. Diseño la  
edición Mauricio  
Amster.

Es propiedad. Derechos reservados  
para todos los países de habla  
española. Inscripción N.  15734.  
Copyright by Empresa Editora  
Zig-Zag, S. A.

Santiago de Chile, 1954.

Francisco A. Encina

RESUMEN  
DE LA  
HISTORIA  
DE CHILE

*Redacción,  
iconografía y apéndices  
de*  
LEOPOLDO CASTEDO

Tomo III

---

Z I G - Z A G



Am. 11314

R 3458



# VIII

Las relaciones exteriores  
desde el conflicto con España  
hasta la guerra del Pacífico.  
Don Adolfo Ibáñez en la Cancillería.  
Los problemas de límites con Bolivia.  
El litigio del salitre.  
La disputa con la Argentina sobre la Patagonia.  
La misión Barros Arana en Buenos Aires.  
El pacto Fierro-Sarratea.

**E**L viejo y encontrado problema de los límites con Bolivia había entrado en una etapa de feliz avenimiento, merced a las buenas disposiciones que el gobierno y el pueblo chilenos interpretaron en la actitud de Melgarejo, novelesco símbolo del caudillismo hispanoamericano (figs. 1187 y 1188), al suscribir el tratado de alianza de 1866. Fruto de tal aparente amistad fué el tratado que fijaba "las bases para el arreglo de la cuestión de límites entre Chile y Bolivia", firmado en Santiago el 10 de agosto de 1866 por Covarrubias y el plenipotenciario boliviano don Juan R. Muñoz Cabrera.

El límite quedaba establecido en el paralelo 24 de latitud sur, sin perjuicio de que ambas repúblicas "se repartirían por mitad los productos provenientes de la explotación de los depósitos de guano descubiertos en Mejillones y de los demás depósitos del mismo abono que se descubrieren entre los grados 23 y 25 de latitud meridional, como también los derechos de exportación que se perciban sobre los minerales extraídos del mismo espacio de territorio que acaba de designarse". \*

El límite con  
Bolivia

Como era de temer, no tardó en producirse la reacción peruana contra la política de acercamiento entre Chile y Bolivia. La guerra con España, además, había trocado violentamente el panorama del equilibrio en el Pacífico. El incendio de Valparaíso y el rechazo de la escuadra española en el Callao pusieron de manifiesto que el verdadero señor del mar era el Perú, que contaba con el "Huáscar", la "Independencia", la "América" y "La Unión", mientras Chile sólo disponía de tres naves viejas sin valor militar.

La reacción  
peruana

No obstante la nueva revolución de Arequipa y la caída de Prado, nadie imaginaba en Chile que el Perú adoptaría una actitud de hostilidad, habida cuenta de la causa común en el asunto de las Chinchas. Mas las gestiones en-

\* (Art. II.)

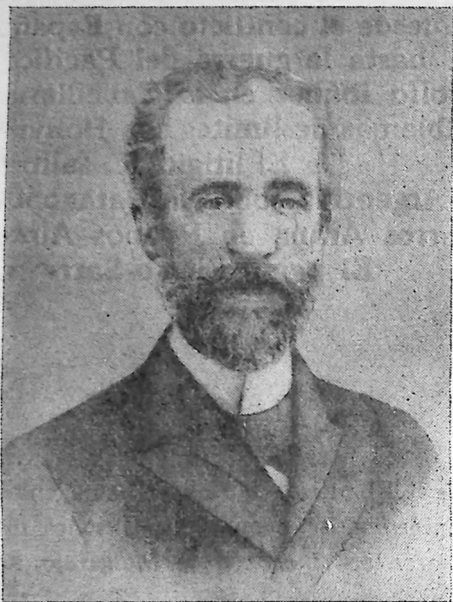


FIG. 1185.—DON ADOLFO IBÁÑEZ. (Dibu-  
jo de Rojas.)

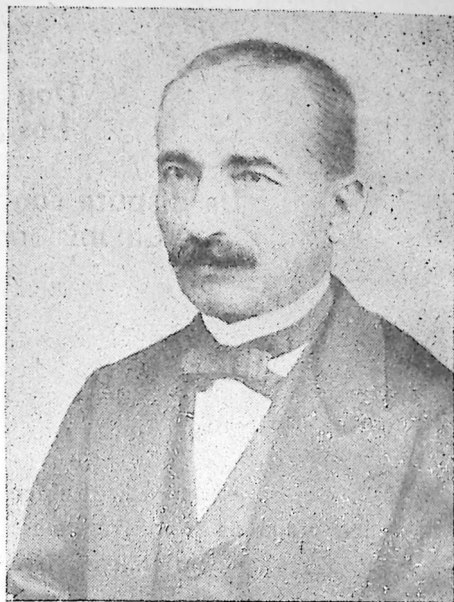


FIG. 1186.—DON JOSÉ BALTA. (Foto Mu-  
seo Histórico, Santiago.)

caminadas por el gobierno peruano para lograr la retención en Inglaterra de las corbetas "Chacabuco" y "O'Higgins", que se armaban al declararse la guerra con España, confiscadas por el gobierno británico en cumplimiento de los deberes impuestos por la neutralidad, pronto despejaron la incógnita y las dudas.

La política  
antichilena  
de Balta

El nuevo caudillo peruano, Balta (fig. 1186), guardaba desembozada hostilidad hacia Chile, que hizo eje de su política. Mas un gran terremoto, que el 13 de agosto arrasó numerosas ciudades entre Arica y Guayaquil, estimuló la solidaridad chilena, pública y privada, con el envío de cuantiosos auxilios. El pueblo peruano, espoleado por los caudillos que habían derribado a Prado, se había hecho eco de los enconos de Balta; pero fraternizó de nuevo, agradecido, con Chile. Las sinceras simpatías tropezaron ahora con un nuevo motivo de desavenencia. Meiggs, contratado por el gobierno peruano para construir más de 700 kilómetros de líneas férreas, se había llevado no menos de 25.000 trabajadores chilenos, conocedor a fondo de su capacidad y dureza física. Tan enorme contingente sembró de inmediato nuevos motivos de trifulca, por el lógico choque de psicologías antagónicas y por la desgraciada política de los caudillos peruanos, que dieron en enrolar en sus mesnadas a los combativos chilenos.

Tensas relaciones  
en Perú, Bolivia y  
Argentina

Las relaciones de buena voluntad con Bolivia, por otra parte, pronto perdieron su efímero carácter al hacerse públicos los descubrimientos de don José

Santos Ossa en las inmediaciones de Antofagasta y, sobre todo, el de los cateadores de José Díaz Gana en Caracoles. La situación se agravó con la caída de Melgarejo. El nuevo gobierno declaró nulos todos los actos de su antecesor, incluso el tratado de límites con Chile.

Para colmo de males, la tensa situación habida con Perú y Bolivia fortalecía la posición argentina en el asunto de la Patagonia. En 1868 quedaba desahuciado el pacto de amistad y comercio de 1856. Luego del fracaso de la misión Lastarria en el Plata, el gobierno chileno comisionaba a don Domingo Santa María, que no logró, tampoco, llegar a acuerdo definitivo, pues el representante argentino negaba la aceptación del libre cambio por tierra y por mar, que Chile juzgaba como base ineludible del convenio.

El establecimiento del Ministerio de Relaciones Exteriores no hubiera ganado mayor trascendencia que la de un simple rodaje administrativo más, de no haber sido confiado a la recia personalidad, hasta ese momento insospechada, del magistrado y diplomático don Adolfo Ibáñez y Gutiérrez (fig. 1185), \* inteligencia clara, dotada de asombroso poder de asimilación y laboriosidad infatigable, que supo, además, alternar sus obligaciones judiciales con el desarrollo de una cultura descompasada para el nivel de la época en Chile.

Errázuriz comprendía que sólo había un arma capaz de contener el cuadrillazo que se cernía a ojos vistas, y ella era la audacia. De aquí su intuitivo tacto al fijarse en este diplomático improvisado que había regresado de Lima aún más alarmado que Cifuentes.

El panorama, en efecto, empeoraba por momentos. Ibáñez estaba convencido de que la guerra con el Perú era inevitable. "La sociedad —dice—, sus mujeres, el pueblo, el elemento oficial, todo es, en aquella tierra del sahum-



FIG. 1187.—DON MARIANO MELGAREJO. (Foto Museo Histórico, Santiago.)

Adolfo Ibáñez en la Cancillería

\* Santiago, 28 de noviembre de 1827 - 12 de agosto de 1898.



El litigio por la Patagonia hacia 1871

FIG. 1188.—MELGAREJO CORONADO POR MARTE. (Alegoría. Museo Histórico, Santiago.)

arbitraje y de statu quo con nuevas concesiones, proyectos de colonización y otras medidas que propendían a afianzar el dominio del territorio en disputa. Tal actitud, sumada al tono de la memoria argentina de relaciones de 31 de junio de 1871, así como las notas posteriores de Tejedor, alejaban toda posibilidad de arreglo pacífico, salvo la renuncia de Chile a sus derechos.

Convencido Ibáñez de que la discusión no podía llevar a acuerdo, intentó repetidas veces ponerle término y constituir el arbitraje, sin éxito. "Yo declaro terminantemente a V. S. —decía en nota al representante argentino Frías— que el gobierno chileno cree tener derecho a toda la Patagonia y que, llegado el caso de hacerlo valer, presentará los títulos en que se apoya ese derecho". \*\*

\* Chile resultó acreedor, en el arreglo de cuentas de la guerra con España, por la suma de \$ 476.000.

\*\* Los documentos fundamentales de la larga polémica son: por el lado argentino, los oficios de 12 de diciembre de 1872 y de 20 de septiembre de 1873, en los

cuales Frías expuso los títulos de su país a la Patagonia y resumió los conceptos dispersos en las comunicaciones anteriores. Por el lado chileno, la trascendental nota de Ibáñez, de 28 de enero de 1874, que destruyó materialmente el alegato de Frías.

rio y del picante, enemigo de Chile y los chilenos." Pronto se convenció también de que los convenios con Bolivia eran letra muerta desde el advenimiento de los caudillos al poder en este país. Por eso, lo fundamental para Ibáñez era la Patagonia, de suerte que consagró todos sus esfuerzos a robustecer moral y legalmente los títulos de Chile para llegar al arbitraje, en el que tenía absoluta confianza. El arreglo de cuentas con el Perú, fallado por el árbitro Mr. Logan en favor de Chile, \* allanaba el camino.

Cuando Ibáñez se hizo cargo del Ministerio de Relaciones, el dilema de su principal preocupación era evidente: abandonar los derechos de Chile a la Patagonia o exigir en forma cortés pero firme el cumplimiento del tratado de 1856. El gobierno y el Congreso argentinos respondieron a las proposiciones de



FIG. 1189.—CUADRILLA DE CATEADORES DE DON MANUEL OSSA. Izq. a der.: PABLO TORRES, JOSÉ CAMPOS, V. ARENAS, ÁNGEL TORRES, "LOCO". (Dibujo de Rojas.)

La tensa situación con Bolivia, surgida, como hemos visto de la negativa a reconocer los tratados de Melgarejo por los nuevos caudillos que lo derribaran, se canalizó, luego de laboriosas negociaciones, en un modus vivendi firmado en diciembre de 1872, mientras se llegaba a un nuevo tratado. No corrieron la misma suerte las encrespadas relaciones con el Perú. La tremenda bancarrota financiera con que se encontró el presidente Pardo al hacerse cargo del mando en 1872, movió a éste a parar mientes en las posibilidades del estanco del salitre, que, a diferencia del guano, hasta ese momento era una industria privada.

La entrada en el escenario histórico del preciado abono exige una visión retrospectiva y contemporánea de tan fundamental problema económico americano. Explotado desde tiempos inmemoriales por los pueblos precolombinos de la zona y empleado por los españoles en la fabricación de la pólvora, el salitre comenzó a exportarse a Europa con fines industriales y agrícolas hacia 1830. En ese año se despacharon 18.700 qq., que se vendieron principalmente en Francia a 4 soles el qq.

En sus comienzos el único centro productor de salitre fué Tarapacá y casi todos los embarques se verificaban directamente por Pisagua Vieja y por el puerto de Iquique, a la sazón caserío de unos 1.000 habitantes. Es curioso se-

El modus vivendi de 1872 con Bolivia

Antecedentes históricos sobre el salitre

Capitales y brazos chilenos



FIG. 1190.—REMOVIENDO EL CALICHE CON EXPLOSIVOS. (Dibujo de Melton Prior.)

ñalar que en Francia, principal mercado europeo, se llamaba al producto *salpêtre chillien*.

La larga lista de los precursores chilenos en el laboreo del salitre y la enumeración de sus aportaciones llenaría capítulos. Hacia 1872 la Compañía Chilena de Consignaciones, el Banco de Edwards y cuatro casas más de Valparaíso habían prestado a los industriales salitreros de Tarapacá más de \$ 4.000.000. Los brazos que los trabajaban eran casi en su totalidad chilenos, hasta el punto de que al estallar la guerra de 1879 sumaban más del ochenta por ciento.

En 1870-72 existían 18 oficinas modernas, con una capacidad de producción de 3.200.000 qq. ingleses. \*

Los descubrimientos de salitre en el futuro asiento de la ciudad de Antofagasta, llevados a cabo por don José Santos Ossa, dieron lugar a la forma-

\* La producción se distribuía por nacionalidades de esta manera:

Peruanos	.....	930.000 qq.
Chilenos	.....	800.000 qq.
Ingleses	.....	700.000 qq.
Alemanes	.....	650.000 qq.
Franceses	.....	120.000 qq.
TOTAL	.....	3.200.000 qq.

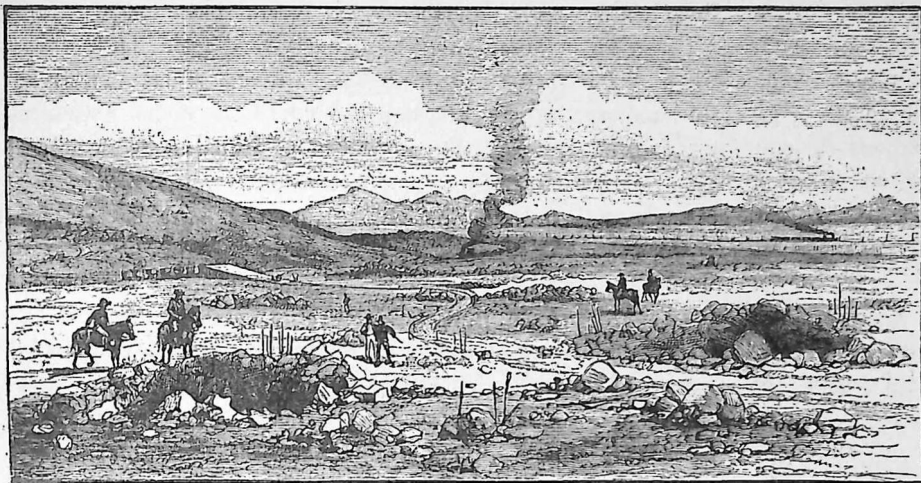


FIG. 1191.—UNA CALICHERA EN PRIMITIVA. (Dibujo de Melton Prior.)

ción de la Compañía de Salitre de Antofagasta, que iniciaba sus exportaciones el 1.º de mayo de 1872 (figs. 1189 a 1191).

Tal era el panorama general cuando en enero de 1873 se promulgó el estanco peruano del salitre. El Estado compraba todo el mineral que produjeran las oficinas al precio de 2,45 soles el quintal, puesto al costado del buque. El fisco peruano esperaba realizar una utilidad de dos chelines y medio por quintal. Claro es que para que el monopolio fuese efectivo era necesario adquirir compulsivamente todo el salitre producido por las oficinas de Tarapacá; entenderse con Bolivia, para aplazar la explotación de las nuevas pampas salitreras descubiertas, y controlar más adelante la Compañía de Antofagasta, si llegaba a producir en escala apreciable.

El estanco peruano  
del salitre

La política de acercamiento con Bolivia pronto fraguó en el convenio secreto de alianza firmado el 6 de febrero de 1873, que "dejaba a Bolivia en el poder del Perú", al coartarle, bajo ciertas apariencias de reciprocidad, el arreglo directo con Chile en las cuestiones pendientes entre ambos países. \* Los documentos confidenciales enviados a La Paz, Santiago y Buenos Aires por el gobierno del presidente Pardo son explícitos. El 6 de agosto de 1873 instruía Riva Agüero al ministro del Perú en Bolivia en el sentido de procurar el rompimiento entre Bolivia y Chile..., "pero procurando siempre que el rompimiento de relaciones no lo haga Bolivia, sino que sea Chile quien se vea precisado a llevarlo a cabo... Rotas las relaciones y declarado el estado de

El tratado secreto  
perú-boliviano  
de 1873

\* (Art. VIII.)

guerra, Chile no podrá sacar ya sus blindados y, sin fuerzas bastantes para atacar con ventaja, se vería en la precisión de aceptar la mediación del Perú, la que en caso necesario se convertiría en mediación armada, si las fuerzas de aquella república pretendieran ocupar Mejillones y Caracoles. A las anteriores consideraciones puede usted agregar otras que no dudo acabarán de decidir al gobierno de Bolivia a aceptar la línea de conducta indicada. Me refiero a la casi seguridad que tenemos de la adhesión a la alianza por parte de la República Argentina". \*

La tensión  
continental

La cancillería peruana llevó el éxito de sus gestiones hasta el extremo de lograr que el ministro del Perú en Buenos Aires representara también a Bolivia en los esfuerzos para lograr la adhesión argentina. La tensión continental del período, al fracasar Mitre ante el gobierno paraguayo y cernerse la amenaza de guerra con Brasil, daba angustiosas proporciones a la carrera por la terminación de los blindados que en Inglaterra había encargado Chile. Si este país lograba armarlos, Argentina se sentía indefensa en el mar. La sobreestimación del poderío de la escuadra peruana y la acumulación de los anteriores factores movieron a Sarmiento a solicitar de la Cámara el apoyo al tratado de alianza Perú-boliviano, y esta corporación decidió suscribirlo.

El presidente Errázuriz y sus ministros no ignoraban la gravedad de la coalición que se gestaba. Su actitud fué la única consecuente y lógica: repetir con premiosa insistencia la orden de trabajar día y noche en los astilleros ingleses.

Cuando las circunstancias parecían conjurar todas las adversidades en contra de Chile, se produjeron, sin embargo, acontecimientos decisivos que las modificaban en sentido favorable. La cancillería boliviana puso ciertos reparos a las gestiones del ministro peruano en Buenos Aires que quebrantaron la solidez del acuerdo tripartito, a la vez que los temores ante una posición abierta del Brasil forzaron a modificar su línea al gobierno argentino. El resultado fué la aceptación, en principio, del arbitraje propuesto por Ibáñez en la disputa de límites entre Chile y Argentina.

Nuevo pacto  
chileno-boliviano

El cambio de criterio boliviano fué aprovechado con habilidad por el nuevo plenipotenciario chileno en La Paz, don Carlos Walker Martínez (fig. 1192), y el entendimiento se tradujo en un convenio que substituía al tratado de 1866 por otro que, estableciendo las mayores garantías posibles para los industriales chilenos en el litoral boliviano, eliminaba en gran parte las molestas consecuencias de la medianería. Chile renunciaba a la participación en los derechos impuestos a las exportaciones de metales, con lo que el gobierno boliviano duplicaba sus rentas, y los límites entre ambos países se mantenían en

\* Cf./ además las revelaciones de Baptista a Lillo. Bulnes: "Guerra del Pacífico", T. III, p. 202.

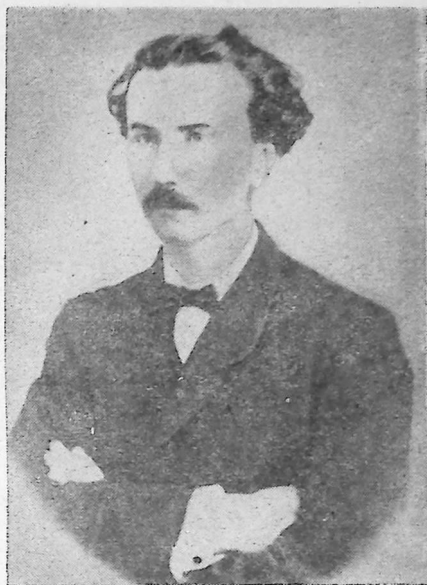
lo estipulado por el acuerdo de 1866. El clima de efervescencia a que se había llegado provocó en el Parlamento boliviano una verdadera batalla campal al discutirse el tratado, que sólo se firmó el 6 de agosto de 1874.

Con este refuerzo en la posición de Chile fué posible sacar de su astillero, sin completarse las terminaciones no esenciales, el "Cochrane", que llegaba luego de feliz navegación a Valparaíso el 25 de diciembre. \*

El buen entendimiento de la larga disputa sobre la Patagonia, que terminaría con la fatal cesión de todos los derechos a la Argentina, exige el análisis, por somero que sea, de los puntos de vista encontrados y, muy especialmente, de la división entre las propias opiniones chilenas.

Fuerza es reconocer que el único hombre clarividente, aparte de Ibáñez, que había planteado la existencia de una riqueza potencial en la pampa, a despecho de la opinión de profesores, eruditos y geógrafos más o menos improvisados, fué Pérez Rosales. Pero desde que se publicaran los "Elementos de Geografía Física" de Barros Arana, su concepto sobre la Patagonia triunfó del que sustentara el genial escritor. Vicuña Mackenna, por otra parte, realizaba una propaganda convergente, si bien desde muy otro punto de vista. Para él, lo esencial era enterrar los títulos de ambos países. Chile y Argentina debían abrazarse fraternalmente, como en los días de Chacabuco y Maipo. Hizo suyo todo lo que hasta entonces se había escrito sobre la esterilidad de la Patagonia, "la tierra maldita por la naturaleza", y lo impuso al país con su dinamismo asombroso.

Ibáñez veía venir a corto plazo un manifiesto desequilibrio entre el poderío argentino y el chileno. Las esperanzas cifradas por Portales en la navegación, el comercio y el *Zollverein* hispanoamericano habían fracasado. La pérdida de la tan desarrollada marina mercante sólo había precipitado un desenlace fatal. La decantada potencialidad agrícola chilena, capaz de alimentar varias



Antecedentes  
sobre la disputa  
patagónica

FIG. 1192.—DON CARLOS WALKER MARTÍNEZ. (Colección Retratos, Sala Medina, B. Nacional.)

La posición de  
Ibáñez

\* El "Valparaíso" llegó a Chile en enero de 1876. De inmediato se envió el "Cochrane" a Inglaterra para su terminación.



FIG. 1193.—INDIOS PATAGONES. (Según D'Orbigny.)

veces la población europea, era sólo una fantasía muy antigua, repetida mecánicamente por los intelectuales desde los albores de la República.

Habida cuenta de tan fundamentales factores, el obsequio de la Patagonia en aras de una confraternidad dudosa, cuando todavía estábamos en situación de sostener el arbitraje, constituía a juicio del ministro de relaciones un golpe fatal para las escasas fuerzas de futura expansión que nos concediera la naturaleza. Hacía ya tiempo que en una conferencia Ibáñez había expuesto su criterio: "No podemos juzgar el porvenir —dice— sino por la experiencia del pasado; y ese pasado nos advierte que mientras Chile, durante diez años, apenas ha aumentado su población en un diez por ciento, la república argentina en un tiempo poco mayor ha casi duplicado la suya... Si se consulta la estadística, se verá que no baja de mil o por lo menos de ochocientos el número de chilenos que transmontan los Andes para radicarse al otro lado de esas cordilleras, donde encuentran campos baratos, extensos y fértiles que apropiarse y que cultivar. Extendiéndose hacia el sur por los valles trasandinos e inva-

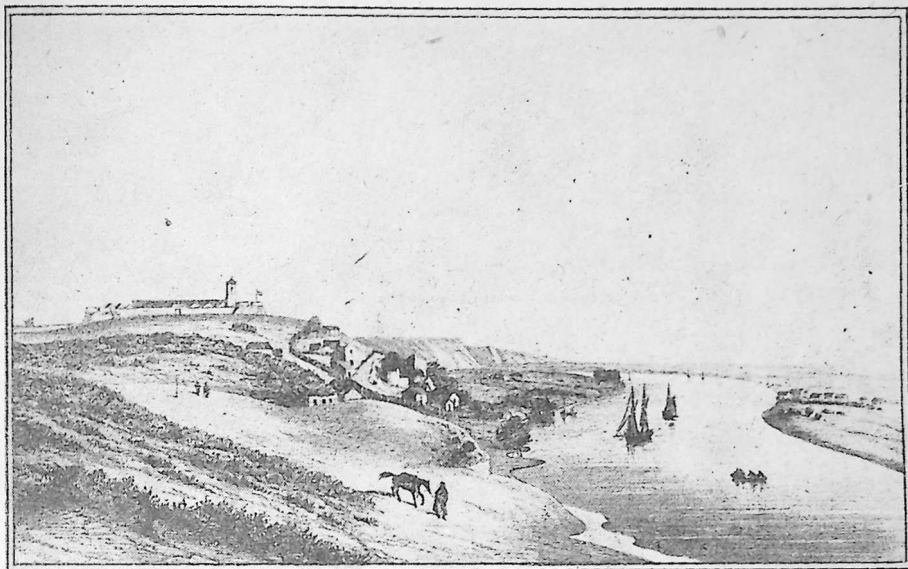


FIG. 1194.—VISTA DE LA ALDEA DEL CARMEN, SOBRE EL RÍO NEGRO, PATAGONIA. (Según D'Orbigny.)

diendo los territorios patagónicos, toman posesión de ellos y en el hecho reconocen como legítima la autoridad argentina... Los potreros de cordillera son el complemento indispensable de nuestro valle central. En éste hacemos nuestras siembras, en aquéllos sostenemos nuestros ganados. Renunciando a estos potreros nos constituímos en eternos tributarios de la República Argentina, que será exclusiva en suministrarnos el ganado”.

Y en seguida señala Ibáñez el procedimiento: “sostener con firmeza y energía las declaraciones que desde 1873 tiene ya hechas nuestra cancillería. Sostener el límite norte en el Atlántico hasta el río Santa Cruz y sostener la posesión y la jurisdicción que desde tiempo inmemorial ejercemos al otro lado de los Andes, especialmente a la altura de Talca y de Chillán. Rechazar toda agresión y toda invasión en estos puntos y continuar por los demás quietos y tranquilos hasta que de las aguas del Plata desaparezca la niebla opaca y oscura que hoy por desgracia oculta su claridad”.

El punto de vista contrario, es decir, el que sustentaban Barros Arana, Alfonso, Vicuña Mackenna y Justo Arteaga Alemparte, prescindía por completo de las consideraciones de orden económico. El concepto despectivo que tenían de la riqueza potencial de la pampa les hacía ver en ella un factor de

El procedimiento

El criterio  
opositor



FIG. 1195.—INDIOS PATAGONES. (Según Dumont d'Urville.)

debilitamiento que, además de arruinar a Chile, iba a abrirle el flanco oriental a las acometidas de un vecino que ya no sería nuestro hermano, sino nuestro rival.

La política  
argentina

Coincidente en tal punto de vista, aunque no es éste el espacio para analizar su posible influencia, el gobierno de Rosas en Argentina perseguía un solo designio: negar a Chile la salida al Atlántico. Cuando al célebre caudillo le dieron tregua los graves acontecimientos que clavarón su atención en el Plata, que le habían impedido oponerse a tiempo a la ocupación por Chile del Estrecho de Magallanes, formuló la correspondiente protesta, sosteniendo el derecho de su país a la extremidad sur del continente, sin distinguir entre Patagonia, Estrecho ni Tierra del Fuego. Huelga añadir que, planteado de tal manera el conflicto, tenía que resolverse, incluso sin las complicaciones de la guerra contra España, primero, y la del Pacífico, después, en contra de Chile y del criterio de Ibáñez.

El esfuerzo estéril  
de Ibáñez

No registra nuestra historia el esfuerzo de otro hombre que haya luchado con tanto denuedo y en condiciones más ingratas que Ibáñez por reparar las consecuencias de un largo rosario de errores que desvirtuaron el problema de la Patagonia en su aspecto jurídico, desde que los 41 cronistas y geógrafos coloniales, ratificados por la Corona, fijaran los límites de Chile incluyéndola en ellos. \* Tampoco recuerda un más rápido y completo olvido. El juicio del pre-

\* Cf./ la abundante cartografía del primer tomo. (Nota de L. C.)

sidente Avellaneda, que conferenció con Ibáñez cuando éste se encontraba en Buenos Aires en viaje a Washington, ahorra todo comentario: "Es el único hombre de valer en el terreno diplomático que tiene Chile. Por suerte para mi patria, sus compatriotas no lo han comprendido". \*

Asentados los juicios anteriores, la reseña de los acontecimientos políticos que llevaron a la contemporización pierde el interés histórico. El llamamiento de don José Alfonso a la cancillería aparentaba una simple gracia a los radicales. En el fondo, reflejaba el cambio de actitud del gobierno chileno. Alfonso era totalmente extraño a la cancillería. Sólo conocía el problema de límites con Argentina a través de las publicaciones de la prensa y de las memorias ministeriales.

No obstante la gestión personal de Ibáñez en Buenos Aires, pronto Avellaneda repudió el acuerdo Tejedor-Blest Gana sobre el arbitraje. Presionado por la campaña de Frías y de otros políticos y periodistas exaltados, el gobierno argentino tomó diversas medidas que hacían tabla rasa de lo pactado. Irigoyen, mucho más hábil que sus predecesores en la cancillería argentina, selló de hecho la actitud de Avellaneda, que terminaba su mensaje de 1.º de mayo de 1876 con estas palabras envolventes de una clara amenaza: "Tras el nombre argentino hay un pueblo que sabe llevarlo con honor".

Tres días antes se nombraba a Barros Arana (fig. 1196), en razón de sus vinculaciones allende los Andes, ministro plenipotenciario ante la república del Plata y el imperio del Brasil, con instrucciones que significaban la cesión de las siete octavas partes de la Patagonia. Habida cuenta de su concepto sobre la esterilidad de las tierras situadas al sur del río Gallegos, se fijaba en este lugar el límite por ser el único natural inmediato a la ribera norte del Estrecho, sobre el cual, desde luego, debía reivindicar los derechos chilenos. \*\*

Argentina rompe los tratados

La misión de Barros Arana en Buenos Aires

\* Versión de don Bernardo de Irigoyen.

\*\* Las instrucciones a Barros Arana consultaban, en primer término, un arreglo directo sobre las siguientes bases:

"1.º Mi gobierno estaría dispuesto a ceder en favor del gobierno argentino sus derechos a toda la Patagonia, si éste reconociera como límite definitivo de nuestro territorio la ribera sur del río Santa Cruz en todo su curso, desde la desembocadura en el Atlántico hasta su nacimiento y desde aquí hasta la cordillera de los Andes, siguiendo una línea perpendicular al meridiano correspondiente;

"2.º Todos los territorios situados al sur de esta línea, incluso el Estrecho y la

Tierra del Fuego, serían en consecuencia reconocidos como parte integrante del territorio chileno."

Esta transacción, que dejaba a la Argentina las tres cuartas partes de la Patagonia, había sido propuesta antes por Ibáñez y rechazada por el gobierno argentino.

"3.º Si la anterior proposición no mereciera la aceptación de ese gobierno, nuestro anhelo por un arreglo que aleje para siempre posibles desavenencias con la República Argentina nos llevaría hasta circunscribir nuestras pretensiones en Río Gallegos, abandonándole todo el vastísimo territorio que se extiende al norte de la desembocadura de ese río y de una línea paralela con el grado 50."



FIG. 1196.—DON DIEGO BARROS ARANA. (Foto Archivo Nacional.)

el corazón del pueblo chileno, ansioso de fundirse en un abrazo fraternal con su hermano el pueblo argentino.

#### El recibimiento

El recibimiento del plenipotenciario por la prensa y el pueblo de Buenos Aires fué hostil, complicado en grado sumo con un incidente sin importancia en otro momento y clima. Avellaneda e Irigoyen, por su parte, colmaron al ministro chileno de delicadas atenciones.

Sin embargo, presionado por una opinión que amenazaba ahogarlo, el gobierno argentino recibía a Barros Arana por ser quien era, y no en cuanto representante de Chile. Los porteños se frotaron las manos. El honor nacional estaba vengado y la prensa estaba segura de que Chile sería reducido "a la

Si el arreglo directo fuera imposible, el plenipotenciario debía intentar la constitución del arbitraje, según las siguientes bases:

"1.º La materia del arbitraje la componen el territorio de la Patagonia, el Estrecho de Magallanes y la Tierra del Fuego, sobre todo lo cual ha versado la discusión que hoy se considera agotada por los dos gobiernos interesados;

"2.º No obstante lo anterior, V. S. pondrá todo el empeño posible porque sea separado del arbitraje el Estrecho de Magallanes en toda su extensión..."

El punto tercero era de procedimiento y el cuarto señalaba las leyes en que debía fundar su posición: el tratado de 1856, que reconocía los límites fijados en 1810, las leyes coloniales españolas que favorecían a Chile y las prescripciones generales del derecho internacional para tales casos.

Sin hacer caudal de las frases protocolares, Barros Arana llevaba, al embarcarse a principios de mayo,

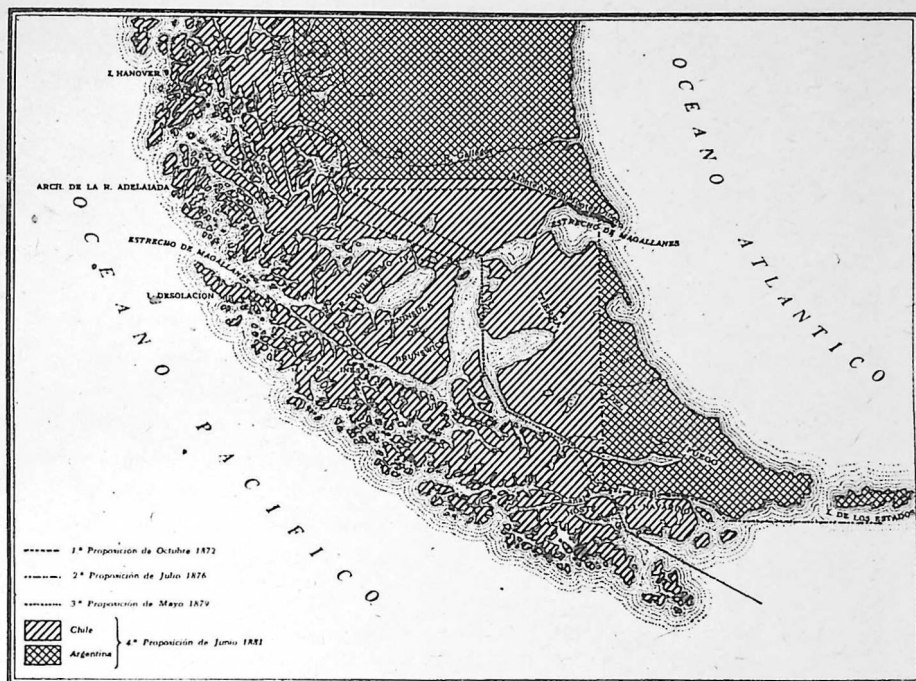


FIG. 1197.—LAS PROPOSICIONES PARA EL LÍMITE EN TIERRA DEL FUEGO.

angosta faja de tierra en que sus habitantes necesitaban asirse a las rocas de los Andes para no caer al mar". \*

El relato de las vicisitudes de la misión Barros Arana en Buenos Aires extravasa los constreñidos límites de este resumen. Baste señalar que la frase de Avellaneda cayó como abierto insulto entre los más exaltados partidarios del avenimiento en Chile, con Vicuña Mackenna a la cabeza. A las primeras impresiones negativas del erudito historiador siguió el fracaso del proyecto de transacción que dejaba para la Argentina la salida oriental del Estrecho, primera etapa que cierra el cambio de gobierno, con la elección de don Aníbal Pinto en la presidencia de la república.

Al hacerse cargo de su alta investidura el presidente Pinto, el 18 de septiembre de 1876, la indecisión en torno al problema de la Patagonia alcanzaba su período crítico. El 29 de julio, don Carlos Morla Vicuña comunicaba el

Los derechos  
chilenos sobre  
la Patagonia

\* El presidente Avellaneda dijo textualmente al recibirlo: "Vuestra presencia es para nosotros prenda de amistad sincera, y lo es tanto, señor ministro, que, reposando en la lealtad de vuestro carácter y de

vuestras palabras, *aparto por un momento, pero deliberadamente, las impresiones que han producido hechos recientes*, a fin de que podais dar inmediatamente principio al desempeño de vuestra misión".



hallazgo en el Archivo de Simancas de los documentos que establecían en forma incontrovertible el dominio de Chile sobre los territorios disputados. \*

Sin embargo, el gobierno chileno orientó su política hacia la renuncia de sus derechos a la Patagonia, a cambio de la soberanía de todo el Estrecho y de una pequeña faja adyacente. En vista de la difícil situación planteada al representante de Chile en Buenos Aires, nuestra cancillería aceptó la mediación del ministro del Perú en la capital argentina, don Manuel Irigoyen. La tensión producida por los exaltados acercaba cada vez más el peligro de un conflicto armado. Mas la situación interna argentina no era la más propicia. No tenían escuadra, tiempo, dinero ni marinos para equiparla. La situación económica era desesperada. Pinto y Alfonso, reanimados por las noticias que Barros Arana les transmitía del cambio de ambiente, resolvieron tentar una vez más el arbitraje, que volvió a plantearse luego de un viaje del plenipotenciario a Río de Janeiro, donde encontró cordial acogida. Pero luego de otras y cada vez más enredadas gestiones, la tentativa fracasó nuevamente. El gobierno chileno puso término a la misión de Barros Arana el 21 de mayo de 1878.

El fracaso de  
Barros Arana

La atmósfera pesada, casi hostil, que encontró al regresar a Chile, en todos los grupos y esferas, lo exasperó. Hizo firmar a su secretario, Gaspar Toro, que ni siquiera había actuado en la segunda fase de las gestiones, un folleto titulado "La diplomacia chileno-argentina en la cuestión de límites", en el cual dió rienda suelta a sus recriminaciones contra Ibáñez y Alfonso. Este respondió de inmediato con otro folleto, y don Adolfo Ibáñez completó la serie con su célebre "La Diplomacia Chileno-Argentina". El sentimiento nacional se volcó ciego contra Barros Arana, erigiéndolo en único responsable del fracaso.

Las  
recriminaciones

El episodio tuvo un epílogo tumultuoso, provocado por la aparición en escena de Manuel Bilbao. El antiguo revolucionario venía a Chile desde Buenos Aires para proponer al presidente Pinto un nuevo arreglo del problema de límites y a denunciar al ministro Alfonso como responsable de los fracasos pasados. El presidente celebró con él dos conferencias. Los ánimos estaban tan excitados que pronto se canalizó la indignación contra Bilbao en una asonada organizada por los estudiantes de Medicina. Cuando se dirigían a la casa del flamante negociador y abogado de la causa argentina, a uno de los manifestantes se le ocurrió gritar: "¡Vamos mejor a derribar la estatua de Buenos Aires!"

La muchedumbre había aumentado a unos cuatro mil exaltados. La esta-

\* El monarca, al nombrar virrey de las provincias del Río de la Plata a don Pedro de Cevallos, había ordenado entregarle una copia del mapa de Cano y Olmedilla, para que se atuviese a él en los límites de su jurisdicción, y este mapa adjudi-

caba la Patagonia a la Capitanía General de Chile. Este dato ya lo conoció el gobierno chileno en los días de Pérez. (Cf./ Medina: "Cartografía Hispano-Colonial de Chile", y figs. 2 y 3, del T. I.—Nota de L. C.)



FIG. 1199.—DON DIEGO DUBLÉ ALMEYDA.  
(Foto Museo Histórico.)

por los patrioteros, estalló con tal ímpetu, que el gobierno se vió obligado a ordenar la partida al río Santa Cruz de su escuadra, en son de guerra. Se hallaba entonces al frente del gobierno chileno el joven e impetuoso Belisario Prats, que resolvió responder con la misma moneda. El 31 de octubre de 1878 ordenó completar la dotación del "Blanco" y del "Cochrane" y el 4 de noviembre poner en pie de guerra toda la escuadra.

El sargento mayor de ingenieros Diego Dublé Almeyda (fig. 1199) fué enviado a Santa Cruz, a través de la Patagonia, para observar la escuadra argentina. En un gesto muy suyo, Dublé abandonó el incógnito y se presentó a las autoridades argentinas de uniforme. Fué arrestado y se resolvió fusilarlo. Mas como ello determinaba la guerra, los jefes argentinos se limitaron a vearlo a su antojo. Con el acuerdo que condujo al pacto Fierro-Sarratea fué puesto en libertad.

Cuando todo el mundo esperaba los choques iniciales, la actitud argentina cambió bruscamente. Sabía el gobierno de Buenos Aires que su dominio sobre la Patagonia podía lograrse por la paz, y, además, había descuidado los preparativos bélicos. En tal predicamento, inició Irigoyen una política hábil para lograr el primer objetivo, encauzada ahora en la persona del cónsul argentino en Santiago, don Mariano E. de Sarratea, vinculado estrechamente a la socie-

tua estaba situada en la Alameda, frente a la calle Ejército Libertador. Se rodeó con fuertes maromas, pero el monumento era sólido y las amarras se cortaron. El gobierno intervino con prudente energía y la manifestación se desvió, en forma de verdadera poblada, hacia el saqueo de algunas tiendas en la calle Ahumada.

Mientras estas asonadas caldeaban los ánimos en Santiago, un nuevo incidente estuvo a punto de provocar la guerra. La barca norteamericana "Devonshire" se presentó, con poderes de las autoridades argentinas, a cargar guano en la caleta de Monte León, en las costas patagónicas, al sur del río Negro. La cañonera "Magallanes", cumpliendo la orden permanente del gobierno chileno, apresó la barca y la condujo a Punta Arenas. La opinión argentina, movida

El incidente de la  
"Devonshire"

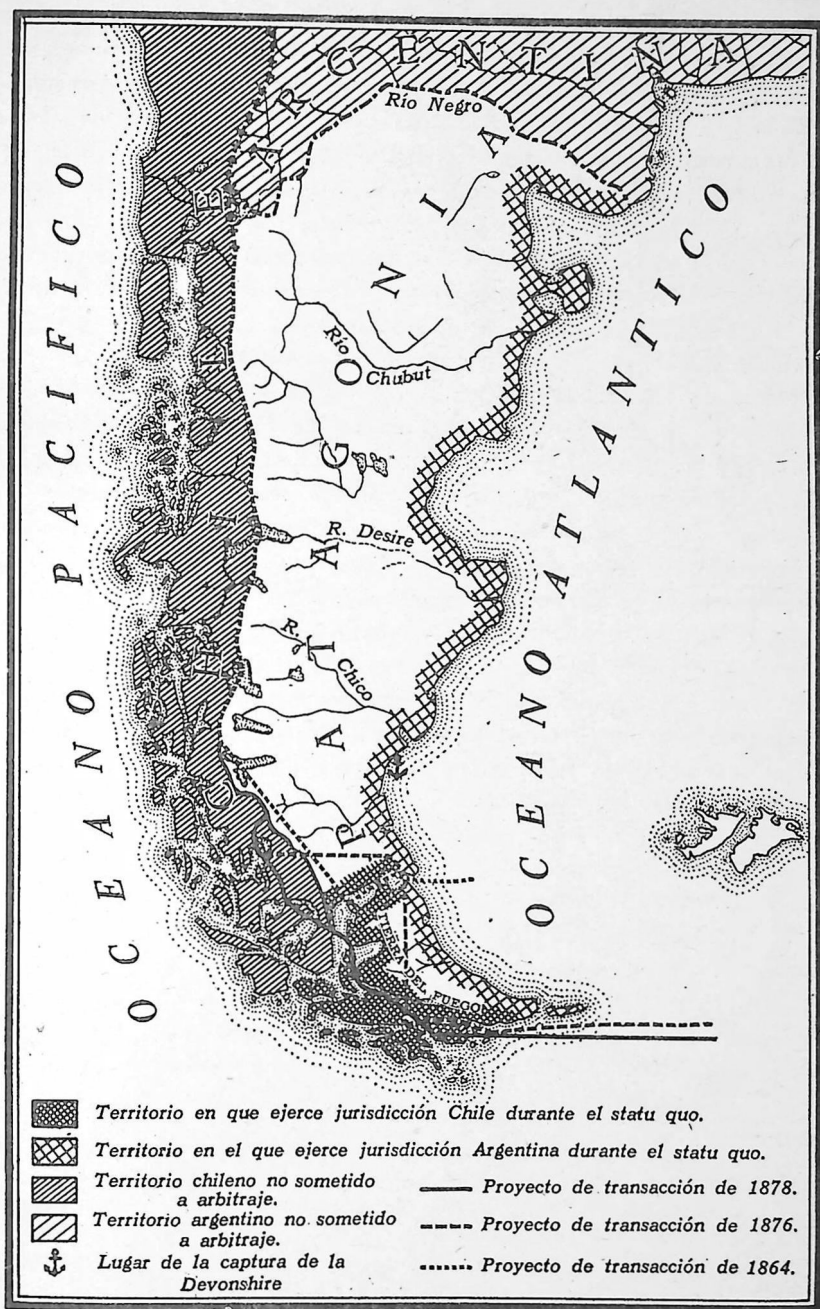


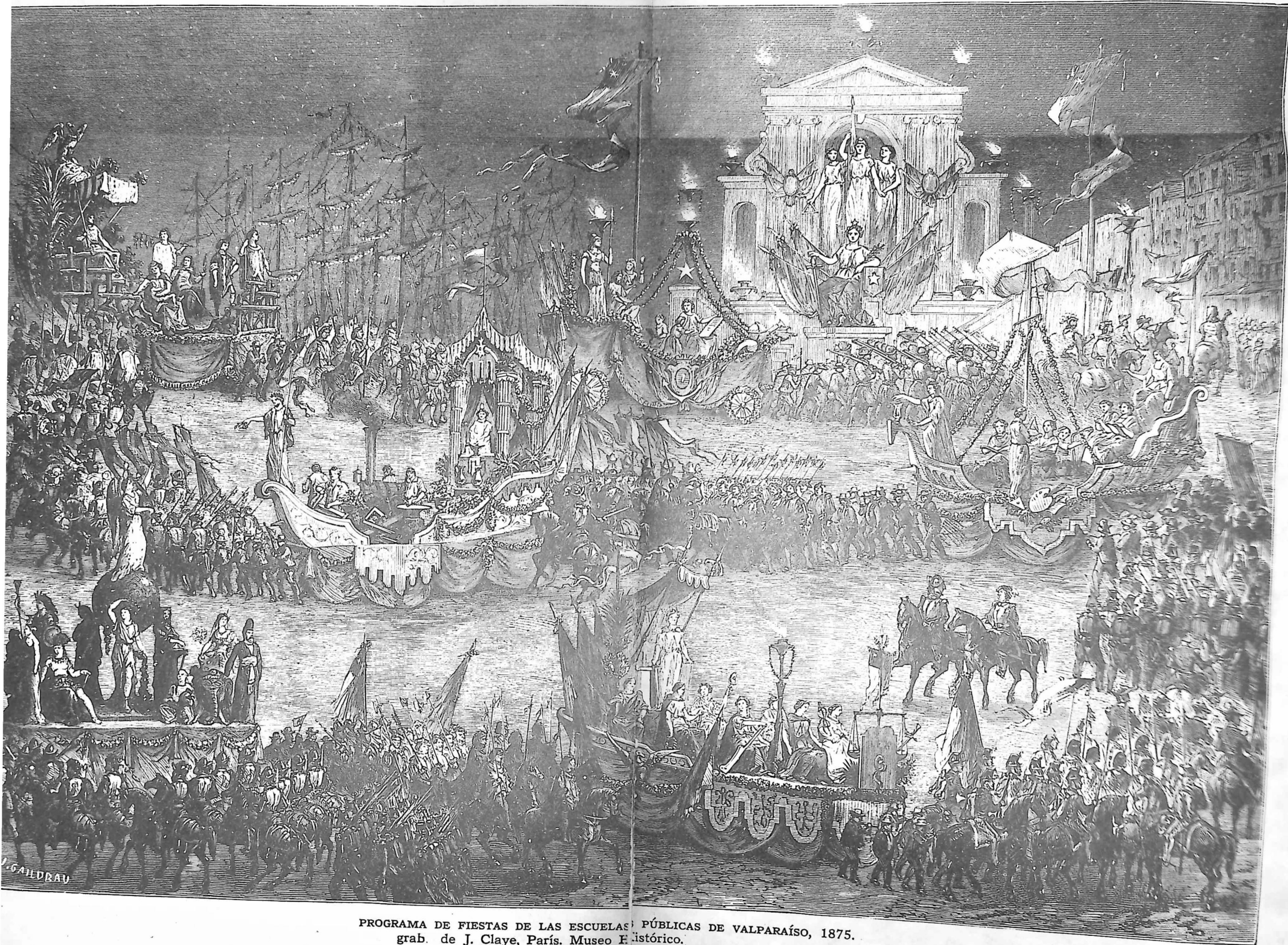
FIG. 1200.—PROYECTOS DE TRANSACCIONES EN EL CONFLICTO DE LA PATAGONIA.

dad chilena. En realidad le bastaba expresar su deseo de avenimiento para que el gobierno de La Moneda firmara cualquier arreglo encaminado a consolidar la posesión del Estrecho, que ya era *desiderátum* obsesivo nacional.

El pacto Fierro-Sarratea

El 6 de diciembre se firmaba el pacto entre el canciller chileno Fierro y el cónsul argentino Sarratea, que en el artículo V reconocía "como límites de sus territorios los que poseían al tiempo de separarse de la dominación española en 1810, como también el principio de derecho público americano según el cual no existen en la América que fué española territorios que puedan considerarse *res nullius*, de manera que los disputados deben declararse de Chile o de la República Argentina". Y el VI establecía que "mientras el tribunal (mixto, con dos chilenos y dos argentinos, que debería constituirse en el plazo de un mes) no resuelva la cuestión de límites, la república de Chile ejercerá jurisdicción en el mar y costas del Estrecho de Magallanes, canales e islas adyacentes, y la Argentina en el mar y costas del Atlántico e islas adyacentes".

El gobierno topó con no pocas dificultades para lograr su aprobación en las Cámaras y en el ambiente; mas las noticias que el cable transmitía del litoral boliviano las sofrenaron. La perspectiva de un conflicto con Bolivia y con la Argentina a la vez apuntalaron el pacto Fierro-Sarratea. El 14 de enero de 1879, la Cámara de Diputados lo aprobaba por 52 votos contra 8. En Buenos Aires fué recibido con júbilo. El gobernador de Tucumán escribía al presidente Pinto: "Avellaneda me ha escrito muy contento con el arreglo de la cuestión, porque como tú sabes, siempre me empeñé con él para que pusiera todos los medios de su parte a fin de arribar a un arreglo razonable" (figs. 1193 a 1195, 1197, 1198 y 1200).



PROGRAMA DE FIESTAS DE LAS ESCUELAS PÚBLICAS DE VALPARAÍSO, 1875.  
grab. de J. Claye, París. Museo Histórico.

# IX

Génesis de la guerra del Pacífico.  
La expansión chilena.  
Primeras hostilidades con Bolivia.  
La ocupación de Antofagasta.  
Bolivia declara la guerra.  
Perú entra en la contienda.  
Las fuerzas beligerantes.

**E**L buen entendimiento de las causas que generaron el conflicto armado entre Chile y la alianza Perú-boliviana exige, además del repaso *in mente* de las vicisitudes en las intrincadas relaciones que se venían encrespando desde hacía largos años, la consideración de ciertos factores de orden sociológico de primera fuerza.

Entre ellos ocupa lugar preferente el espíritu expansivo que animó al pueblo chileno en lo que iba corrido del siglo XIX. El temperamento y la reciedumbre de carácter, amasados en el crisol de dos pueblos a cuál más impetuoso, que vino a reunirse en el espíritu de empresa del vasco y la ética del castellano, lo impulsaron hacia las aventuras lejanas desde que tomara contacto con el mundo exterior. Una administración política de austera consecuencia actuaba como compresora. El ansia de emociones era la válvula de escape. La naturaleza del territorio, grato y fácil para el blanco, pero sin brindarle nada espontáneamente, abundó en el mismo sentido.

En lugar oportuno señalamos el desborde hacia los fértiles valles baldíos de allende los Andes, a la sazón despoblados. Otro tanto sucedió en el norte. Impelido por su espíritu de empresa, el chileno exploró el desierto, descubrió y organizó la explotación de sus riquezas; encendió la vida en sus entrañas, al parecer absolutamente estériles; fundó las empresas mineras de Caracoles, Oruro, Huanchaca y Corocoro en Bolivia. Su esfuerzo contribuyó, en gran parte, a la creación de la industria del salitre en Tarapacá y Antofagasta.

Ambas irradiaciones (este factor es de capital importancia) fueron espontáneas, ajenas a todo espíritu colectivo de conquista o de predominio político. Ni los grandes precursores del desierto ni los ganaderos de los valles cordilleranos se preocuparon de límites ni grados geográficos. Cuando aquéllos necesitaban una concesión, la pedían al gobierno de Bolivia, si estaba en este país, sin hacer el menor conato por ampliar la soberanía chilena.

Con su ya proverbial buena fe, gobierno y parlamento chilenos tenían

El espíritu  
expansivo  
de Chile en el  
siglo XIX

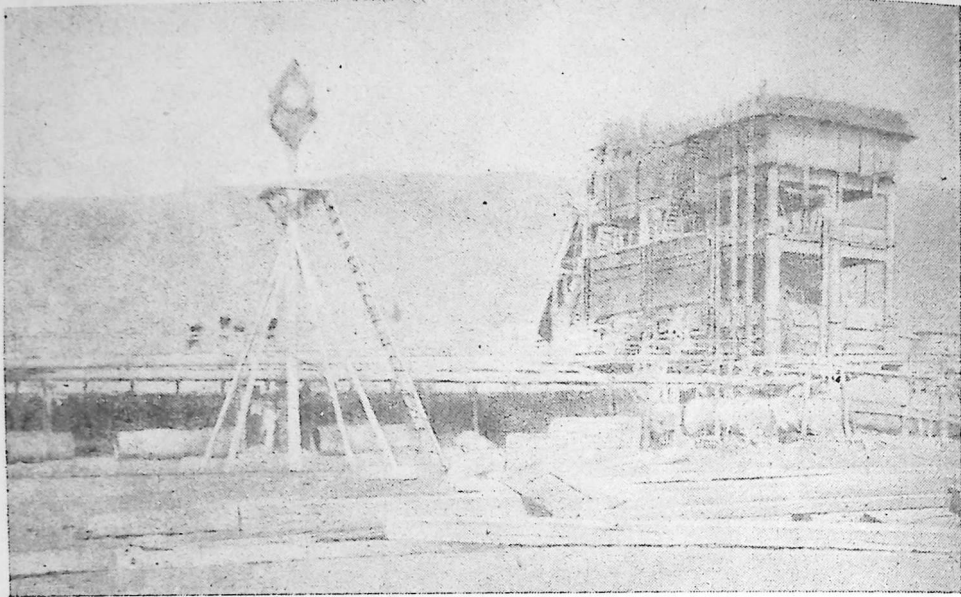


FIG. 1201.—ANTOFAGASTA: INSTALACIONES SALITRERAS. (Foto, 1890.)

confianza en ilusiones a prueba de desengaños en el tratado de 1874, que parecía poner  
Bolivia término a la disputa arrastrada desde 1842. Cifrabán sus esperanzas en la hidalguía del anciano presidente Frías. Por ende, subestimaban la fuerza latente que esterilizó el desarrollo político del pueblo hermano. Al lado de hermosas virtudes, en Bolivia, como en tantas otras regiones de la América española, pactos e instituciones estaban de consuno amenazados por el cuartelazo y el caudillismo, que pisoteaban sin el menor empacho. Baste repasar las amargas y honradas afirmaciones del gran escritor que fuera Alcides Arguedas. \*

Chilenos en Antofagasta En lugar oportuno hicimos caudal de la fuerza expansiva del espíritu de empresa chileno, sin ulteriores propósitos imperialistas, en la zona de Antofagasta. Desde que en 1846 una compañía chilena iniciara la explotación del guano en Mejillones, brazos y capitales chilenos habían transformado en emporio de riquezas minerales un territorio antes inhabitable. Las inversiones de la Compañía de Salitre de Antofagasta alcanzaban en 1879 a un millón de libras esterlinas, suma enorme, no sólo para la región, sino para la riqueza chilena misma de la época. El mineral de Caracoles impulsó inversiones de capi-

\* En sus excelentes obras "Pueblo Enfermo" y "Raza de Bronce", Arguedas multiplica frases de este tenor: El funcionario "ofrece el espectáculo de un tipo dominador, generalmente propenso al abuso

y a la arbitrariedad, pero temeroso de que sus faltas no sean aparentes ni caigan dentro de la penalidad de los códigos". (Nota de L. C.)

tal chileno por más de dos millones de libras, así como un verdadero éxodo de trabajadores.

Según el censo de 10 de noviembre de 1878, la circunscripción municipal de Antofagasta (Antofagasta, Salar del Carmen, Punta Negra, Salinas y Carmen Alto) tenía una población de 8.507 almas. De ellas, 6.554 eran chilenos; 1.226, bolivianos, y el resto, de otras nacionalidades. Un cálculo basado en el recuento de todo el litoral de Antofagasta efectuado en 1879 distribuía de esta manera la población:

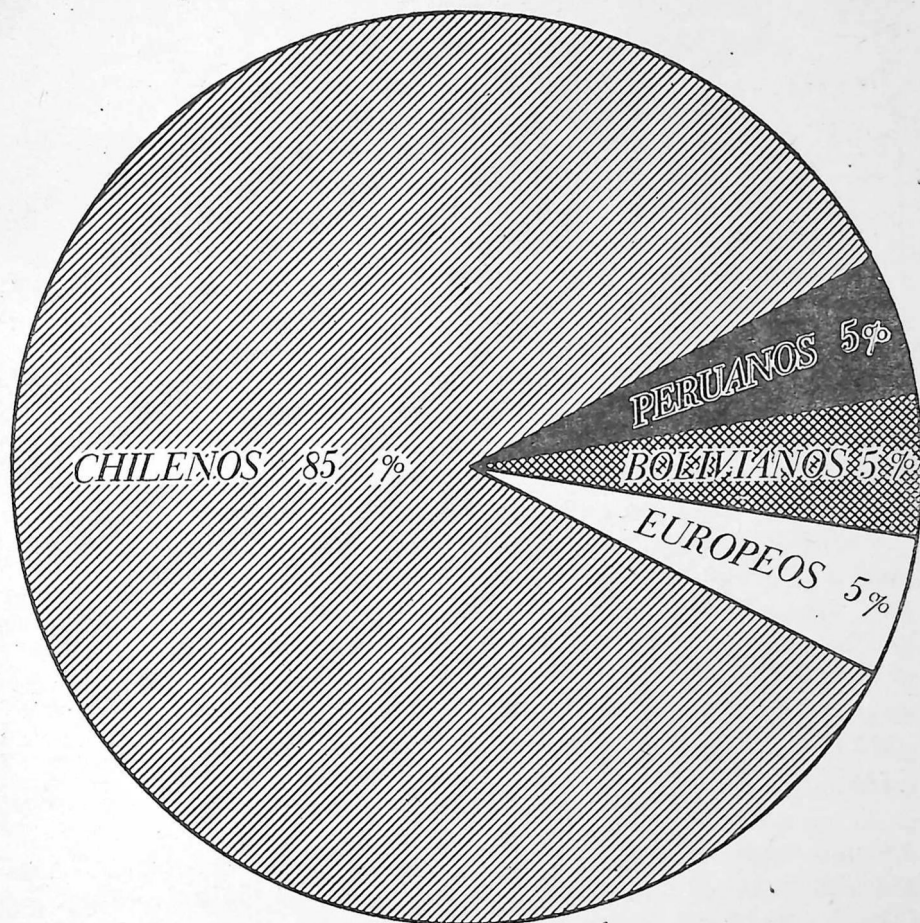


FIG. 1202.—POBLACIÓN DE ANTOFAGASTA EN 1879.

En una palabra, hacia 1874-79, todo —población, brazos, capitales y empresarios—, excepto la soberanía, era chileno en Antofagasta.

En marzo de 1876, el general Hilarión Daza, ministro de la guerra del Hilarión Daza

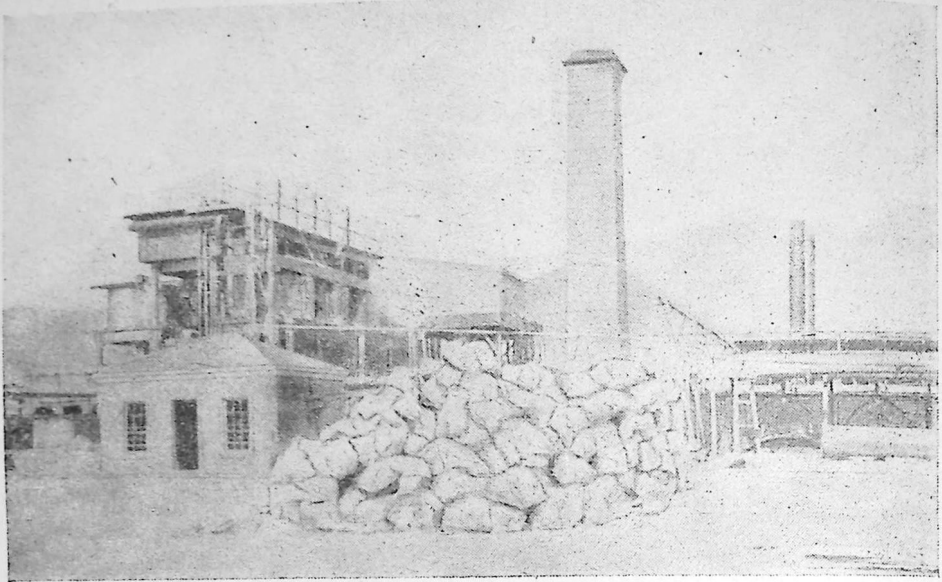


FIG. 1203.—ANTOFAGASTA: UNA SALITRERA. (Foto, 1879.)

presidente Frías, traicionó a éste y se apoderó del poder en Bolivia. Oriundo de Sucre, había ingresado joven en el ejército. Presentaba una larga hoja de servicios, escrita en los cuartelazos y revueltas de su patria. Instrumento de Melgarejo, también lo había traicionado en uno de tantos episodios tragicómicos que animaron la historia de tan singular como afligido país.

Aclamado "salvador de la patria" por los mismos que ensalzarían con su caída a los congéneres sucesores, acaparó la totalidad del poder, sin otra ley que su voluntad. Ministerios y Congreso fueron limitados a simples rodajes de la ominosa dictadura.

Los rozamientos entre las autoridades bolivianas y la población chilena habían comenzado con la caída de Melgarejo y revestido, no pocas veces, suma gravedad. Por suerte, cuando los incidentes llegaban a un tono insoportable, el gobierno boliviano confió la prefectura a un funcionario honrado y prudente, el doctor Emilio Fernández Costa (1873-76), y los ánimos se apaciguaron por algún tiempo. A fines de 1876, las tropas bolivianas dispararon, como de costumbre, sobre un grupo de mineros reunidos en una chingana de Caracoles, matando a Eliseo Arriagada e hiriendo a dos más. Una poblada de más de 400 chilenos se lanzó sobre el cuartel de policía, corvo en mano. La intervención de terceros logró contener el levantamiento. Las tropas bolivianas se encerraron en el cuartel mientras se enterraba a Arriagada. El cónsul chileno reclamó del asesinato, y Daza le canceló el exequátur.

primeras colisiones  
entre chilenos y  
bolivianos

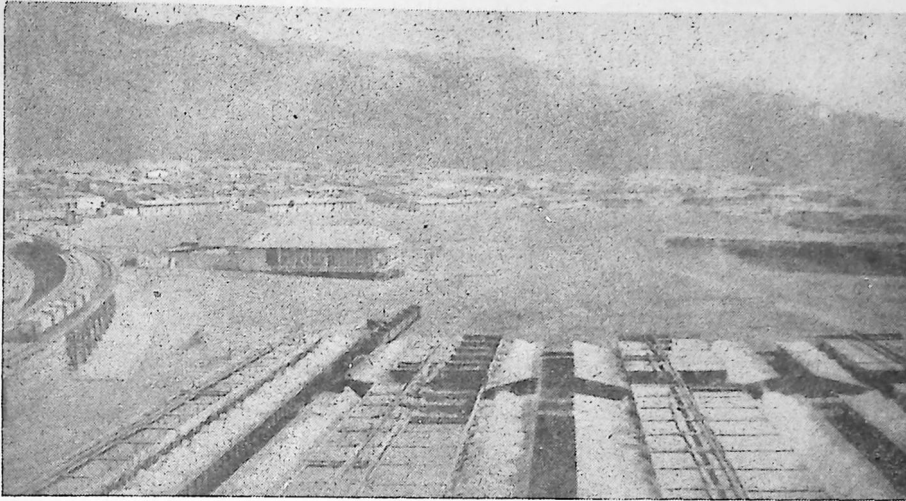


FIG. 1204.—ANTOFAGASTA. (Foto, 1879.)

La tensión culminaba al fundarse la sociedad de socorros mutuos denominada "La Patria", en octubre de 1876. Presidida por el ya ex cónsul Villegas, reunía cerca de diez mil afiliados, desde el alto personal de las industrias hasta el minero y el trabajador de las salitreras. Sus miembros se comprometían a sustraer sus juicios de la corrompida justicia boliviana, designando árbitros de su seno, encargados de dirimir las dificultades entre los afiliados.

La sociedad "La Patria"

Los bolivianos vieron en la sociedad, como es lógico, un propósito ulterior definido: la emancipación de Antofagasta. El temor era fundado, pues ésta, al no encontrar apoyo en el gobierno chileno, buscó aliados entre los caudillos rivales de Daza. Encargaron armas y municiones a Valparaíso, que fueron ocultadas en fardos de pasto y en sacos de cebada. Era la guerra: producido el choque armado, Chile entero habría ocurrido en auxilio de los suyos, atropellando leyes, gobiernos y tratados. Una infidencia permitió a Daza apoderarse de las armas. La guerra se aplazaba por dos años.

Como era de temer, no tardó en generalizarse en el pueblo chileno un odio irrefrenable contra Bolivia, que derivó de inmediato en su pronunciamiento colectivo contra la política pacifista del gobierno. A pesar de ello, el presidente Pinto estaba resuelto a evitar a todo trance la guerra con Bolivia. Los gobiernos duraban poco en el Altiplano, de suerte que esperaba el advenimiento de un mandatario correcto que pusiera término al insoportable estado de cosas, en cumplimiento del acuerdo de 1874. Daza, por su parte, interpretó la actitud de Pinto como manifestación del temor de verse envuelto en una guerra

Encono popular chileno

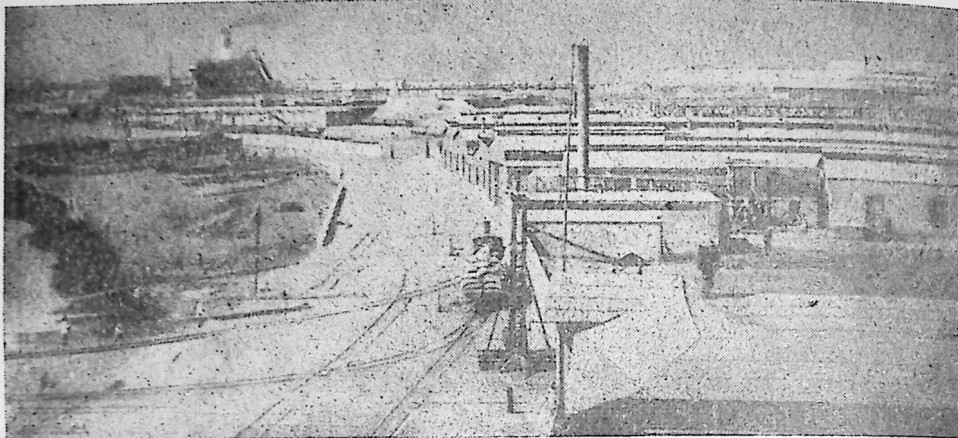


FIG. 1205.—ANTOFAGASTA: ESTABLECIMIENTOS SALITREROS. (Foto, 1879.)

al mismo tiempo con Argentina, Bolivia y Perú, y resolvió aprovechar la oportunidad para recuperar las salitreras y poner término a la peligrosa expansión chilena en el litoral boliviano. Amparándose en el cobro retroactivo del impuesto que había eliminado el tratado de 1874, el dictador ordenaba el 6 de enero de 1879 el embargo de la Compañía de Salitre (figs. 1201 a 1206) y la prisión de su gerente, Jorge Hicks. Con esta medida quedaban cesantes 2.000 obreros, es decir, entre el 15 y el 20% de la población de Antofagasta. El 1.º de febrero Daza escribía al prefecto Zapata: "Si (Chile) nos declara la guerra, podemos contar con el apoyo del Perú, a quien exigiremos el cumplimiento del tratado secreto. Con este objeto voy a mandar a Lima a Reyes Ortiz".

La actitud del  
gobierno

La actitud del gobierno chileno frente a la ruptura del tratado de 1874 se resintió por una dualidad de pensamiento que iba a subsistir hasta la declaración de guerra al Perú. Pinto era pacifista. En su mentalidad, de hidalguía incorruptible, transfería a los demás su propia rectitud moral y su respeto al derecho y a los tratados. La orientación opuesta la encabezaba el ministro del interior, don Belisario Prats. Sostenía que Daza, al romper el tratado, iba hacia la expulsión total de los pobladores y de las empresas chilenas de Antofagasta y que detrás de él estaba la voluntad del pueblo boliviano. Su enérgica actitud se impuso a sus colegas, y, reforzada por el consenso ya unánime del pueblo chileno, arrastró al presidente Pinto a una posición no menos levantada, que iba a culminar con la ocupación de Antofagasta y la guerra contra Bolivia y el Perú.

La ruptura de  
relaciones con  
Bolivia

El 12 de febrero Chile cortaba las relaciones con el gobierno boliviano y a la decisión de Daza respondía con la orden a los comandantes del "Blanco" y del "Cochrane" de que se dirigieran de inmediato a Caldera. Mas como las

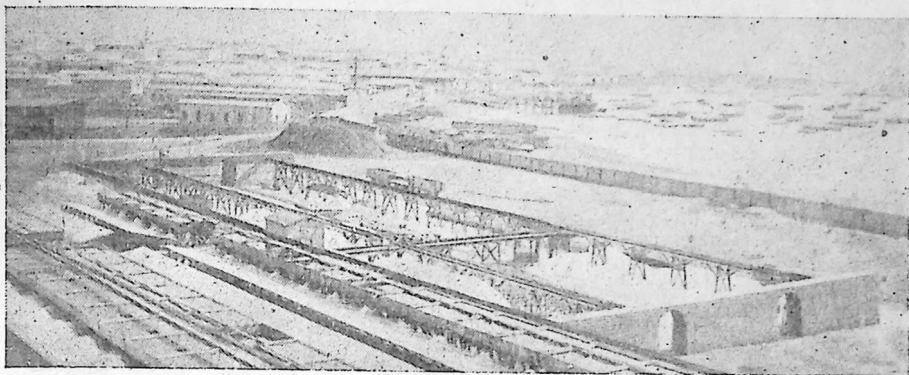


FIG. 1206.—ANTOFAGASTA. (Foto, 1879.)

alarmantes noticias hiciesen temer un alzamiento en masa de los diez mil chilenos y la inevitable liquidación de los 40 policías bolivianos, se ordenó que el "Blanco" siguiera a Antofagasta para calmar los ánimos. El blindado llegó a este puerto el 7 de febrero.

En la mañana del 14 la escuadrilla completa fondeaba en la bahía. A las 8 el coronel Sotomayor notificó al prefecto Zapata que iba a tomar posesión de la ciudad. Este se refugió en el consulado peruano, mientras los pobladores, presa de un entusiasmo delirante, abrazaban en la playa a soldados y marineros. La bandera chilena flameó en todos los edificios. El escudo boliviano de la prefectura fué despedazado en la calle. Sotomayor visitó en la tarde al prefecto y convinieron que se trasladaría libremente a Cobija con los funcionarios que quisieran seguirle. Mientras tanto, el gobierno chileno comunicaba al cuerpo diplomático acreditado en Santiago que, al violar Bolivia el tratado de 1874, Chile reivindicaba todos los derechos que poseía antes del pacto de 1866, es decir, el dominio de la parte del litoral situado al sur del paralelo 23, antiguo límite norte de su territorio que en virtud de tales tratados había cedido a Bolivia en transacción. Cinco días después del desembarco, el primer gobernador chileno de Antofagasta, don Nicanor Zenteno, telegrafiaba: "Todo el territorio comprendido entre el paralelo 23 y 24, de mar a cordillera, ha sido ocupado en nombre de la república".

La ocupación de  
Antofagasta

Inmediatamente, Sotomayor enlazó a Caracoles con Antofagasta por telégrafo e inició la extensión de las líneas hasta Mejillones. El 21 de marzo el cable submarino conectaba Antofagasta con Valparaíso y se levantaron galpones para alojar a las tropas.



FIG. 1207.—CACHINAL DE LA COSTA. (Dibujo de Philippi.)

La reacción  
boliviana

El pueblo boliviano reaccionó en masa con un entusiasmo y una decisión que sorprendieron a cuantos conocían el estado de crisis a que lo habían reducido los cuartelazos y las vejaciones de los caudillos. El 27 se celebró un gran mitin en La Paz. Daza arengó al pueblo con estas palabras: "El día 14 de los corrientes, dos vapores de guerra chilenos con 800 hombres de desembarco y apoyados por un considerable número de gentes depravadas por la miseria y el vicio, asesinos de cuchillo corvo, se han apoderado de nuestros indefensos puertos de Antofagasta y Mejillones por sorpresa".

Antes de dos meses, un ejército boliviano de 7.000 hombres estaba en condiciones de invadir el litoral ocupado por Chile. Daza no creyó necesario declarar la guerra. Pero el gobierno peruano, al decidirse a cumplir el pacto secreto, le exigió que diera el paso, para impedir que Chile se armara durante los tres o cuatro meses que los peruanos necesitaban para completar sus preparativos.

La declaración  
de guerra

Obligado por la exigencia, Daza declaró la guerra el 1.º de marzo de 1879. En el decreto se dispuso la expulsión de los numerosos chilenos que residían en Bolivia y la confiscación de sus bienes, así como los de las empresas chile-



FIG. 1208.—PAPOSO. (Dibujo de Philippi.)

nas. La medida afectó de manera especial a las compañías mineras de Oruro, Huanchaca y Corocoro.

La ocupación de Antofagasta despertó el ímpetu guerrero del pueblo chileno, que dormía desde los lejanos días de Paucarpata y Yungay. El instinto de la masa, libre de ratiocinios y abstracciones jurídicas, vió desde el primer momento lo que estadistas y políticos sólo captaron después de precipitarse los acontecimientos: que la guerra era inevitable y que Chile tendría que pelear contra Bolivia y Perú unidos.

Bulnes, que vivió la excitante tensión, la describe con entusiasmo en una de las páginas más encendidas de su obra: "...aquí la puja de la juventud acumulada por llenar las filas, los escritorios que se vaciaban, los bancos que se despoblaban, los empleados de las oficinas públicas que desertaban sus puestos, y en todas partes, la presión popular, dominadora e invisible, empujaba a las filas, rodeando con sus simpatías al que partía al norte, con su menosprecio al que no lo hacía..."

En honor a la bien ganada tradición civilista del pueblo chileno, es oportuno subrayar que todos lo hacían movidos por un impulso colectivo irrefrenable, mas dispuestos a reincorporarse a la vida activa y creadora una vez pasada la tormenta.

De los diversos móviles que, según hemos visto en el resumen de las relaciones exteriores, habían inducido al presidente Pardo a gestionar la alianza peruana



El presidente  
Prado

FIG. 1209.—CANTINERA DEL EJÉRCITO CHILENO. (Dibujo de Rojas.)

tripartita contra Chile, en vísperas de la guerra sólo quedaban en pie tres: el deseo de consolidar el monopolio del salitre, la antipatía del pueblo peruano por el chileno y el afianzamiento del predominio en el Pacífico sur, recuperado después de la guerra con España y perdido de nuevo con el encargo de los blindados "Cochrane" y "Valparaíso" ("Blanco Encalada").

Al estallar el conflicto chileno-boliviano, gobernaba el Perú el general Mariano Ignacio Prado (figs. 1235 y 1236), hombre recto y bondadoso, de medianas dotes intelectuales y escasas energías. Sin mayor ascendiente en el pueblo y en el ejército, dirigía un país de enormes recursos latentes, sin tradiciones de estabilidad republicana de ninguna especie. Frente al pacifismo pasivo de Prado se alzaba la activa belicosidad de un partido poderoso, por paradoja etimológica denominado civilista, en el que figuraban la mayor parte de los magnates de Lima, interesados en la industria salitrera, que necesitaban de la guerra y del triunfo para conservar el monopolio.

El desembarco de tropas chilenas en Antofagasta convirtió el sentimiento antichileno en furor que habría de-

tribado con estrépito a Prado si hubiera intentado resistirlo.

El Perú desprevenido La guerra sorprendía desprevenido al Perú. Los fuertes del Callao estaban en la práctica desmontados; la "Independencia" tenía sus calderas en tierra y se estaba reponiendo parte de la artillería; el "Huáscar" sufría reformas y el personal era en su mayor parte chileno. El ejército se hallaba disperso y con los cuadros incompletos. Escaseaban el armamento y las municiones.

No obstante el andar de ambos buques, la escuadra peruana tenía menos poder que la chilena en mar abierto. Era necesario, por tanto, adquirir otro acorazado antes de declarar la guerra. La cancillería peruana desarrolló una há-

bil política de mediación entre Chile y Bolivia, centrada en la proposición de paz de José Antonio Lavalle, plenipotenciario en Chile, \* mientras los agentes peruanos en el exterior encargaban armas en Estados Unidos, se preparaba con prisa febril la escuadra y se montaban los cañones de las defensas del Callao.

Lavalle y Pinto se trezaron en numerosas proposiciones y contra-proposiciones, que el primero rechazaba porque su objetivo era ganar tiempo. Negó reiteradas veces la existencia del tratado secreto entre su país y Bolivia, hasta que el propio presidente Prado reconoció ante el representante de Chile en Lima, Godoy, que su antecesor Pardo lo había dejado "ligado a Bolivia por un tratado secreto de alianza".

Dada la gravedad que entrañaba la confesión de parte, el presidente de la república reunió el Consejo de Estado el 1.º de abril en sesión secreta. \*\* Todos los consejeros, lamentando la guerra como la mayor calamidad que podía afligir al país, concordaron en que, a causa del tratado y de la negativa del Perú a aceptar la neutralidad, no quedaba otra alternativa que declararla a ambos países.

Planteadas por Santa María la duda sobre si "¿Estamos preparados para

\* Las bases iniciales fueron: Abandono del litoral por Chile; derogación por parte de Bolivia del impuesto sobre el salitre y del decreto que reivindicó las salitreras, y sometimiento a arbitraje de las divergencias entre Chile y Bolivia. Si no se aceptaban, Perú declararíala guerra a Chile.



La gestión de Lavalle

FIG. 1210.—OFICIAL DE CAZADORES DEL DESIERTO. (Dibujo de Rojas.)

\*\* Asistieron los consejeros don Antonio Varas, don Santos Lira, don José Salamanca, general Pedro Godoy, don José A. Gandarillas, don J. V. Lastarria, don Domingo Santa María y los ministros Prats, Blest Gana, Zegers y Fierro.

La declaración de guerra a Bolivia y Perú



FIG. 1211.—SARGENTO DEL REGIMIENTO BUIN. (Dibujo de Rojas.)

la guerra? ¿No nos convendría más aplazar su declaración hasta armar-nos?”, don Antonio Varas puso tér-mino al cambio de ideas con estas palabras: “Aunque la guerra es una desgracia, no podemos rehúirla des-pués de la forma como se ha condu-cido el Perú. No es el momento de preguntarnos si tenemos o no medios para hacerla. Cuando a un hombre se le escupe a la cara, no debe me-ter la mano al bolsillo para cercio-rarse de si carga o no revólver. Acep-to la guerra porque la creo justa; allá veremos cómo la hacemos”.

Iniciando una serie de indiscrecio-nes propias de la buena fe típica del temperamento chileno y del momen-to, no obstante haber prometido al presidente absoluto secreto, indispen-sable a todas luces, el general Godoy se encontró en el patio de La Mo-neda con un periodista colombiano amigo y, abrazándole, le dijo: “¡Ya declaramos la guerra al Perú!” Cinco minutos más tarde el telégrafo trans-mitía la noticia a Buenos Aires y al día siguiente era conocida en todas partes.

El 2 de abril el gobierno enviaba al Congreso los mensajes correspon-dientes y el 5 se publicaba por ban-

do la declaración de guerra a Bolivia y al Perú.

La reacción  
peruana

Entre el pueblo chileno, hecho ya a la idea desde hacía varios meses, la noticia hizo el efecto de una fórmula omitida por distracción. En cambio, en el peruano provocó todo género de explosiones patrióticas y de arrebatos gue-rrosos. En el mitin del 16 de abril, al que concurrieron autoridades civiles, militares y eclesiásticas, se acordó reducir a Chile a la porción comprendida entre los paralelos 26 y 47 de latitud sur, “territorio suficiente para la escasa población de dos millones y medio con que cuenta esa republiquilla”. “El

Perú, encargado de regir los destinos continentales, debe poseer el Estrecho de Magallanes, para mantener a Chile constantemente sometido a su vigilancia."

La reacción del pueblo chileno se desvió del primer encono con Bolivia. La befa, los insultos y el odio a Chile, espoleados con el tropicalismo y la exaltación de las circunstancias por la prensa peruana, hicieron de trapo rojo que mantuvo invariable su norte durante toda la guerra.

Los contendores iban a luchar sólo con el material bélico de que disponían en el momento de declararse la guerra. Las gestiones peruanas para la adquisición de uno o dos blindados listos en Inglaterra o en Italia fracasaron, así como los intentos llevados a cabo en Buenos Aires para arrastrar a la Argentina a la alianza tripartita. La situación le iba a permitir a este país el logro por la vía diplomática de las ventajas que realmente le interesaban, sin correr los albrures de la guerra ni hacer frente a sus sacrificios.

El desequilibrio aparente de la población entre los beligerantes era grande. Las del Perú y Bolivia unidas doblaban a la de Chile. Pero tanto estos datos como los relativos a los recursos económicos, los ejércitos y las escuadras no permiten formarse un concepto cabal de la potencialidad respectiva, sobre todo en países nuevos de compleja urdimbre sociológica. Es forzoso tener en cuenta los factores morales, la energía, la unidad espiritual, la organización política y administrativa, la madurez de las instituciones y el momento histórico.

Mientras los 2.200.000 chilenos, sin otra excepción que un escaso número de araucanos y algunas tribus sureñas, podían ofrecer un alto rendimiento militar, tal vez la tercera parte de la población Perú-boliviana, constituida por indios no incorporados a la civilización, carecía de valor en un conflicto co-



La reacción chilena

Las fuerzas beligerantes

FIG. 1212.—OFICIAL DE CABALLERÍA (Cazadores). (Dibujo de Rojas.)

La población



FIG. 1213.—GRANADEROS A CABALLO. (Foto, 1880.)

mo el de 1879, y en los dos tercios restantes había una proporción difícil de calcular de mestizos semicivilizados de dudosa calidad bélica.

La energía física

Desde el punto de vista de la energía militar, la balanza se inclinaba a las claras del lado chileno. Aparte la unidad psicológica y el alto porcentaje de sangre española, el pueblo chileno fué, es sabido, la resultante de una de las selecciones genésicas más duras que sea dable imaginar, acumulada durante tres siglos de incesante lucha. En las campañas de la independencia y de Yungay, el mestizo chileno había demostrado excepcionales aptitudes para transformarse en un soldado de primera clase, con un empuje que recuerda muy de cerca al ancestro del soldado español de los tercios que dominaron el mundo en el siglo XVI. Las circunstancias iban a revivir el secular concepto del "Flandes indiano".

La potencialidad económica

La potencialidad económica y financiera también se desequilibraba en favor de Chile. En la última síntesis económica hemos visto que, al estallar la guerra, la gran crisis de 1873-78 tocaba a su término. Como un reflejo pal-

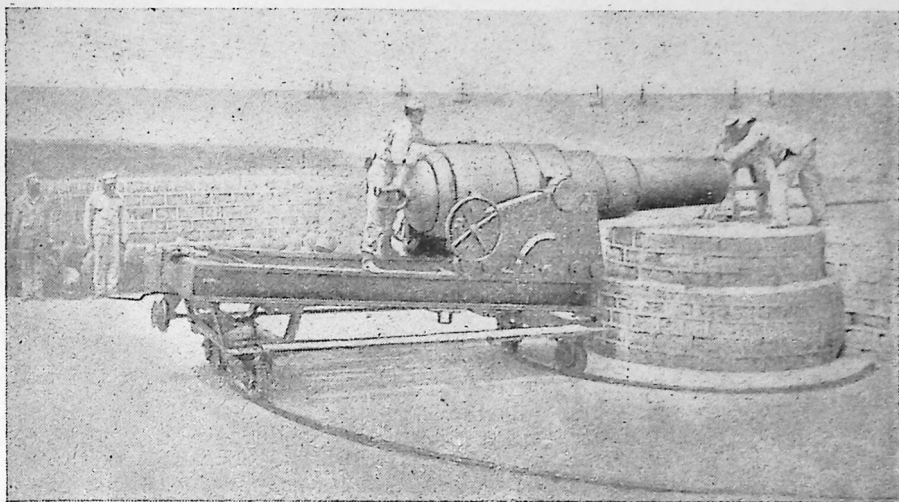


FIG. 1214.—CAÑÓN DE 250 LIBRAS (Antofagasta). (Foto, 1879.)

pable de la bonanza, es interesante adelantar que el país financió una guerra de gran duración y magnitud con sus recursos ordinarios, con \$ 52.000.000 de papel moneda, empréstitos interiores y las pocas fuentes de recursos que logró organizar en los países enemigos, sin recurrir a empréstitos externos, sin suspender el servicio de intereses de sus deudas y sin que la moneda se desvalorizara sensiblemente.

No obstante sus enormes riquezas, el Perú estaba en bancarrota al estallar la guerra. El interés de los financistas europeos por acaparar la consignación y venta de guano los impulsó a abrirle al Perú un crédito excesivo. Durante los cuatro años corridos entre 1865 y 1869 se contrataron siete empréstitos, por un valor total de 36.762.000 soles. En 1868 el pasivo peruano llegaba a 60.816.301 soles. En 1870, Piérola contrataba en París un empréstito por 59.600.000 soles, y en 1871, otro en Londres por 90.000.000, garantizado con la hipoteca de todas las covaderas que existieran en las costas e islas peruanas.

Algunos historiadores peruanos hacen subir la deuda total de su país en el momento de estallar el conflicto a 640.000.000 de soles y su servicio anual a 40.000.000. Esta desastrosa gestión financiera se había desarrollado en una atmósfera de inmoralidades, peculados y escándalos de toda índole, fruto del caudillismo de arrastre, que debían perdurar en el recuerdo universal por largos años. Completa el cuadro el hecho de que las rentas no bastaban para saldar los ejercicios financieros, no obstante la suspensión de la deuda externa.

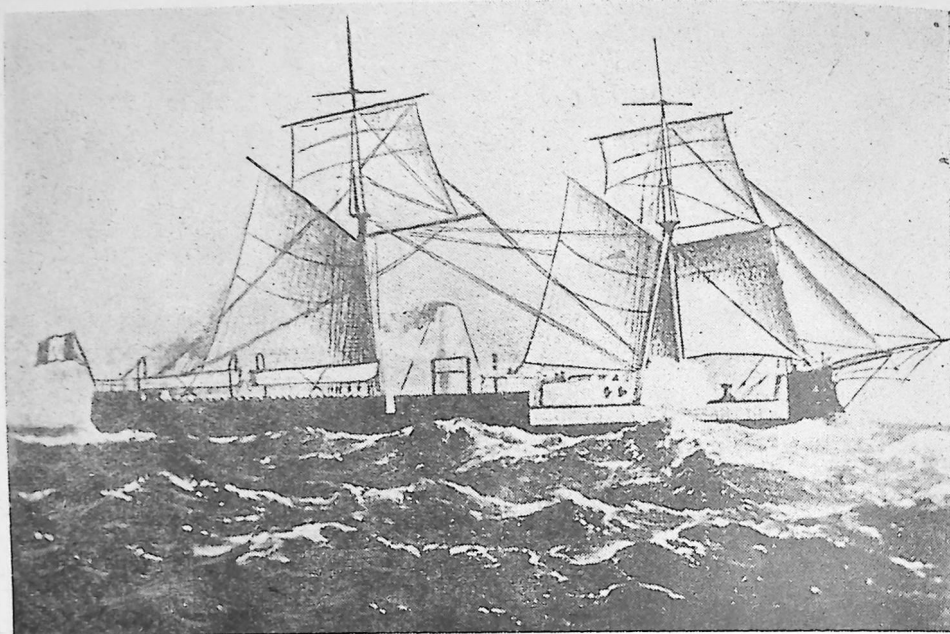


FIG. 1215.—EL "HUÁSCAR". (Foto Museo Histórico, Santiago.)

Es imposible representar en cifras la capacidad económica de Bolivia. Baste señalar que veinticinco años después de la guerra, una estadística económica de las naciones iberoamericanas calculaba los recursos con que contribuye cada habitante a formar las entradas nacionales de esta manera:

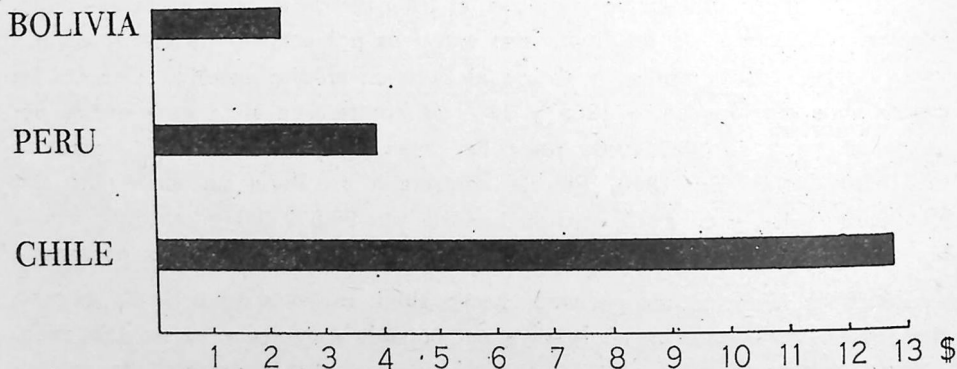


FIG. 1216.—RECURSOS POR HABITANTE, ENTRADAS NACIONALES. (En moneda chilena de 45 d.)

La organización interior

Si todos los factores señalados abundaban teóricamente en beneficio de Chile, un factor decisivo descontaba su triunfo: la organización política y administrativa. Hemos señalado ya desde diversos ángulos y en reiteradas

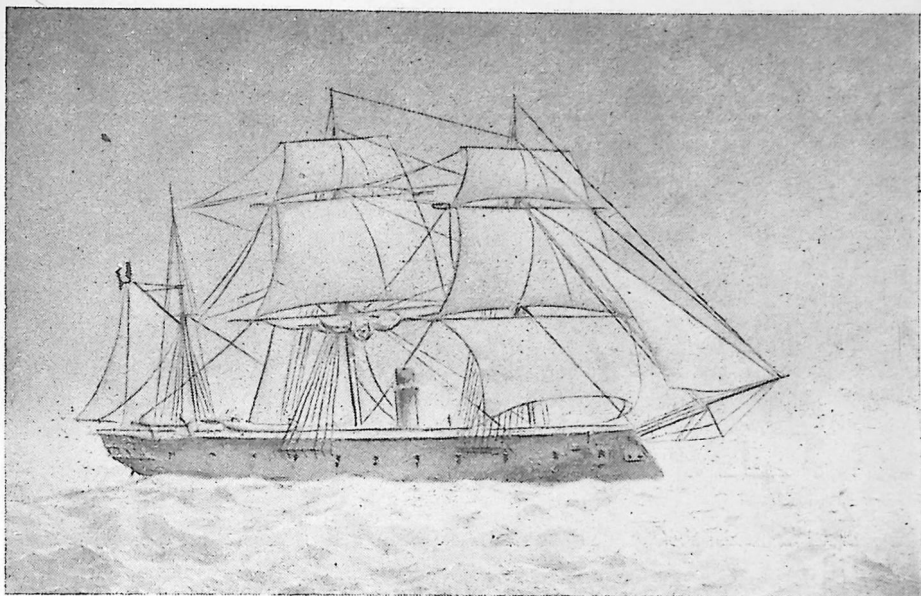


FIG. 1217.—LA "INDEPENDENCIA". (Foto Museo Histórico, Santiago.)

ocasiones los valores tradicionales de civilismo, estabilidad política, justicia severa y administración honrada y eficiente. Sin temor a herir susceptibilidades, es preciso considerar que muy otro era el panorama que en su dolorosa evolución presentaban Bolivia y Perú. En el momento de estallar la guerra, la cordura de Prado ocultaba la descomposición cívica interior. El panorama en Bolivia era mucho peor. En los primeros cien años de vida independiente estallaron alrededor de 190 revueltas y motines (casi dos por año) y se sucedieron más de 40 gobernantes. Algunos caudillos letrados alternaron con los soldadotes en el mando; además Bolivia no logró proseguir el desarrollo de la civilización española, desenvolver el legado colonial.

La balanza se equilibraba en los contingentes humanos y en el material de guerra. En 1879 el gobierno chileno había reducido el ejército de línea, por economía, a 2.440 plazas nominales, que oscilaban en los efectivos entre 2.000 y 2.200 hombres. Esta pequeña fuerza estaba dividida en cinco cuerpos de infantería de 300 plazas cada uno: 1.º, 2.º, 3.º y 4.º y zapadores, un batallón de artillería y dos regimientos de caballería: cazadores y granaderos. La guardia nacional se había reducido en 1877, también por economía, de 23.280 plazas a 6.687; pero la instrucción de los contingentes licenciados estaba aún fresca (figs. 1209 a 1213).

Los contingentes  
chilenos

En los primeros momentos, los chilenos expulsados del Perú y de Bolivia

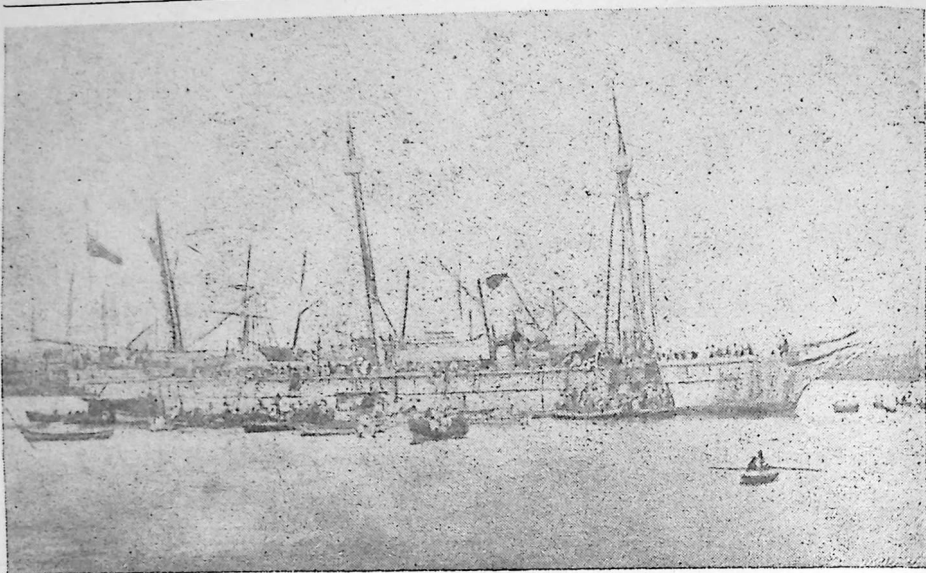


FIG. 1218.—LA "PILCOMAYO". (Foto Museo Histórico, Santiago.)

suministraron al ejército contingentes de primera clase. La población chilena en el Perú fluctuaba alrededor de las 30.000 almas, y la mitad, por lo menos, eran jornaleros en edad de cargar armas. Vejados y desposeídos de sus bienes, iba a animarlos en su enrolamiento el espíritu de venganza. Un cálculo de la época fijaba en 7.000 el número de chilenos repatriados del Perú que formaron en las filas del ejército expedicionario. El número de residentes en Antofagasta y expulsados del interior pasó de 15.000, en su mayor parte mineros y jornaleros. Al desembarcar en Antofagasta, el coronel Sotomayor formó con ellos cuatro batallones, que el ministro Saavedra elevó a regimientos de 1.200 plazas.

#### Los armamentos

Con los fusiles Grass, modelo francés de 1874; los Beaumont, modelo 1871, y los Kromposchreck de repetición, modelo francés de 1878, que usaba la infantería de marina, el número de fusiles modernos de que disponía el ejército chileno fluctuaba al estallar la guerra alrededor de 18.000. Con los fusiles Minié anticuados, el número total se elevaba a 47.500. La caballería estaba dotada con 2.000 carabinas Winchester y Spencer. La artillería contaba con 12 cañones Krupp de montaña y 4 de campaña. Su alcance era de 3.000 y 4.800 m. respectivamente. También se utilizaron algunos cañones antiguos de bronce rayado, que hacían subir el total a 54. Las municiones no alcanzaban para una columna de 3.000 hombres. La antigua maestranza y fábrica de cartuchos estaba completamente abandonada. Reinstalada bajo la dirección del coronel Marcos Se-

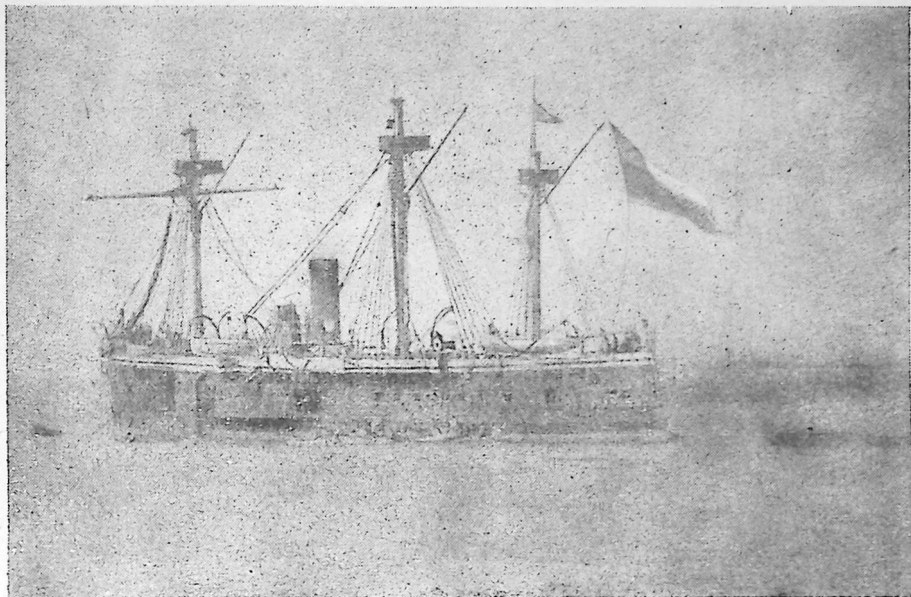


FIG. 1219.—EL "COCHRANE". (Foto Museo Histórico, Santiago.)

gundo Maturana, consiguió llenar en forma positiva hasta 130.000 vainillas Comblain diarias. La munición de artillería, que antes se fabricaba en la maestranza, vino toda del extranjero (figs. 1214 y 1224 a 1226).

Los datos sobre los efectivos del ejército peruano son inciertos. Según la "Estadística del Estado del Perú" del año 1878, el 1.º de enero de 1879 ascendía a 5.613 hombres. Añadiendo los oficiales en retiro, el historiador peruano Clavero lo hace subir a 7.000 plazas, de las cuales eran oficiales ¡2.679! El efectivo fluctuaba alrededor de los 5.000. El número de generales ascendía a 25. La guardia nacional contaba con 1.930 oficiales. Cálculos inseguros le asignaban alrededor de 65.000 hombres. El número de fusiles, relativamente modernos, ascendía a 5.366, de once tipos distintos. La artillería de montaña y de campaña constaba de 16 cañones modernos y 16 antiguos, casi sin municiones. Después de la fortificación del Callao, la plaza era invulnerable para la escuadra chilena.

Los efectivos  
peruanos

El ejército boliviano constaba de 2.239 hombres. Los "colorados" de Daza estaban armados de fusiles Remington. Los demás cuerpos sólo disponían de fusiles anticuados de diversos tipos, unos de fulminante y otros de chispa. La guardia nacional apenas representaba valor militar, no obstante sus 54.000 individuos enrolados.

El ejército  
boliviano



FIG. 1220.—LA ESCUADRA CHILENA EN 1879. (Oleo de Somerscales, Museo Histórico.)

Chilenos y aliados se proveyeron sin tropiezos, si bien con la demora consiguiente, de cañones, rifles y municiones en Europa y Estados Unidos, tra-yéndolos unos por el Estrecho y otros por Panamá.

La escuadra  
chilena

El poder de la escuadra chilena descansaba por completo en los acorazados gemelos "Cochrane" y "Blanco Encalada", de 2.032 toneladas, blindaje de 9 pulgadas, andar de 11 millas con sus fondos limpios y seis cañones de retro-carga de 250 libras. El resto lo formaban las corbetas de madera "Chacabuco" y "O'Higgins", de 1.101 toneladas, con 8 cañones de 115, 2 de 70 y 2 de 40 libras. Ambas debían pasar a fines de 1878 "a la categoría de buques de vela, por el mal estado de las calderas de sus máquinas". La corbeta "Esmeralda", de 854 toneladas, 12 cañones de 40 libras y cinco millas de andar, desempe-ñaba el papel de pontón, "único rol que sus años y sus achaques permitíanle sobrellevar sin fatiga". La cañonera "Magallanes", de 772 toneladas, 1 cañón de 115, uno de 64 y andar de 10½ millas, era el único buque de la escuadra chilena que se hallaba listo para entrar en campaña. La cañonera "Covadonga", de 412 toneladas, dos cañones de 70 y 7 millas de andar, era poco más que un lanchón. El vapor "Abtao", de 1.051 toneladas, 3 cañones de 115 y 10 millas

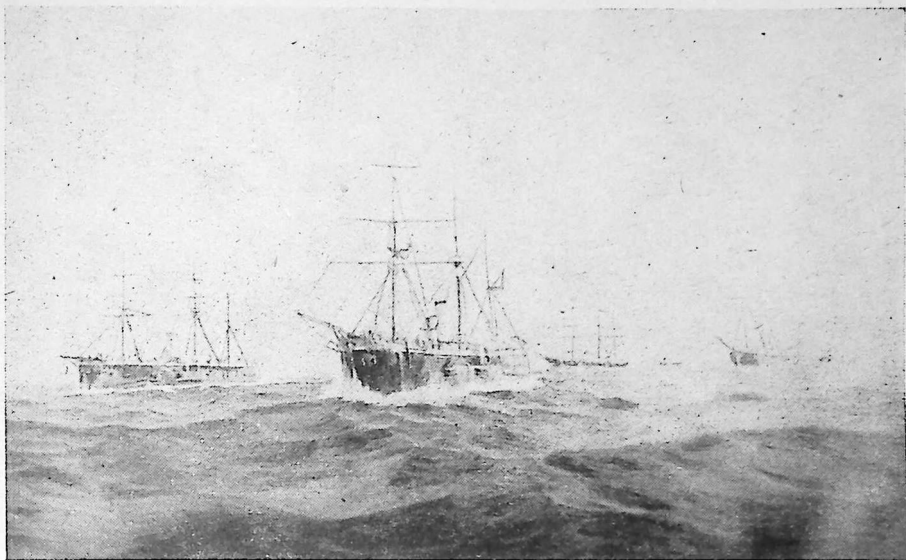


FIG. 1221.—LA ESCUADRA CHILENA EN 1879. (Oleo, Museo Histórico.)

de andar, era un buque mercante armado en guerra (figs. 1219 a 1222, 1228 y 1238).

Todos estos buques unidos, aun suponiéndolos en perfecto estado, eran incapaces de enfrentar con éxito a la "Independencia" y al "Huáscar". La guerra del 79 la iban a decidir los marinos jóvenes: Latorre, Prat, Montt, Condell, etcétera.

La escuadra peruana constaba de las siguientes naves:

La escuadra  
peruana

Monitor "Huáscar", 1.130 toneladas, blindaje de 4½ pulgadas, dos cañones de 300 libras de avancarga, colocados en torre giratoria, y 11 millas de máximo andar (fig. 1215).

Fragata blindada "Independencia", de 2.004 toneladas, 4½ pulgadas de blindaje, dos cañones de 150 libras, doce de 70, cuatro de 32 y cuatro de 9. Andar: 11 millas (fig. 1217).

Corbeta "Unión", de 1.150 toneladas, doce cañones de 70 y uno de 9. Andar de 13 millas y, forzando máquinas, 14.

Corbeta "Pilcomayo", de 600 toneladas, dos cañones de 70, cuatro de 40 y cuatro de 12. Andar de 9½ millas (fig. 1218).

Monitores "Atahualpa" y "Manco Cápac", de 1.033 toneladas, 10 pulgadas de coraza, dos cañones de 500 de ánima lisa y 4 millas de andar.

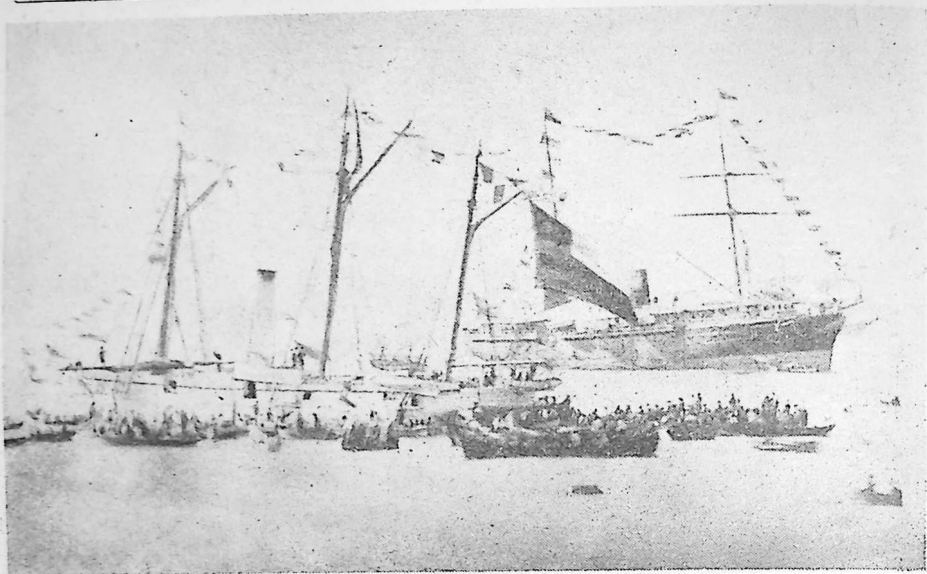


FIG. 1222.—LA "COVADONGA" Y EL "LOA". (Foto Museo Histórico.)

El estado de la escuadra peruana era aún peor que el de la chilena. Las calderas de la "Independencia" estaban en tierra, y el "Huáscar", desartillado. Pero el gobierno peruano se mostró mucho más diligente y previsor que el chileno. La escuadra estaba completamente lista un mes y medio después de declarada la guerra. Iba a comandarla, además, uno de los más insignes marinos del Pacífico.

# X

La primera fase de la guerra.

Pinto, generalísimo.

Williams Rebolledo.

Arteaga.

La obra del Ministerio Prats.

El Ministerio Varas-Santa María.

Williams se dirige al Callao.

Arturo Prat.

Condell.

El Combate Naval de Iquique.

Punta Gruesa.

La guerra se define.

**A**L estallar la contienda, Chile sólo contaba con un jefe que, por la amplitud de su criterio, sus conocimientos y su experiencia de las campañas coloniales, era capaz de concebir un plan combinado de operaciones, y, por su don de mando, competencia y golpe de vista militar, de realizarlo como generalísimo de mar y tierra: el capitán de navío Patricio Lynch. Formado en la marina inglesa, poseía la mejor escuela del mundo contemporáneo y una larga práctica en las campañas coloniales, insustituible en el teatro peruano de la guerra. Pero el nombramiento de Lynch, que atropellaba a los almirantes y hería a los generales, habría causado un escándalo de peores consecuencias que la acefalía de comando naval y terrestre que vamos a presenciar.

No quedaba, por tanto, al presidente Pinto otro camino que ejercer personalmente la responsabilidad de generalísimo de mar y tierra, como su buen sentido se lo diera a entender, y nombrar un almirante jefe de la escuadra y un general comandante en jefe del ejército que, de acuerdo con el imperativo de la aristocracia gobernante, debían ser dos reliquias del pasado y, siguiendo el primer mandamiento del decálogo militar chileno de la época, reñir durante toda la campaña, en vez de concertarse para la acción común.

Pinto,  
generalísimo

La solución para el comando de tierra la dió el entonces diputado don José Manuel Balmaceda, al convencer a su íntimo amigo, el ministro de la guerra, coronel Cornelio Saavedra, de que debía trasladarse a Antofagasta para organizar el ejército. El comando de la escuadra correspondía por derecho propio al almirante Williams.

Don Juan Williams Rebolledo \* heredó de su padre el temperamento y

Williams  
Rebolledo

\* Curacaví, 1825 - Santiago, 26 de junio de 1910.

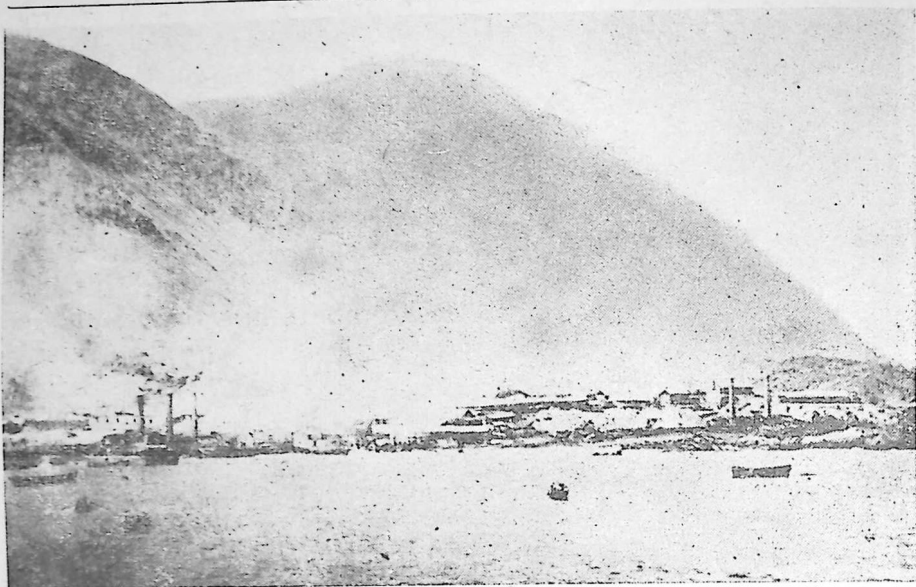


FIG. 1223.—TOCOPILLA. (Foto, 1879.)

el carácter británicos. Hombre de una pieza, recto, pundonoroso y animado de un rígido concepto del deber, había formado moralmente a la oficialidad joven de la marina. Si hemos de creer a los civiles que con él actuaron, los elogios de la opinión lo habían endiosado. Sus compañeros de armas achacaban su misantropía a causas ajenas: tanto a la vanidad de la fama como al precario estado de su salud. El almirante había tenido siempre un altísimo concepto propio de su competencia y de sus aptitudes. Jamás consultaba ni discutía con nadie sus planes ni sus decisiones y estimaba como impertinencia cualquier sugestión. \* “El enfermo —dice Bulnes— se rodeó de los que le eran más solícitos y se formó a su alrededor un círculo que no emanaba luz, ni dejaba penetrar la de afuera, produciendo como consecuencia el divorcio entre él y la mayoría de los oficiales de la armada.”

Fortificación de  
Antofagasta

La primera medida de Williams fué embarcarse en dirección a Antofagasta, sin disponer ningún arbitrio para poner a la escuadra, del pie de paz en que se encontraba, en el de guerra. Contrasta su actitud con la diligencia de Saavedra. Luego de construir dos fortines para defender Antofagasta por el mar (fig. 1224), dejó listas antes de regresar a Santiago el 29 de marzo todas

\* Para cualquiera ampliación en el estudio de la guerra del Pacífico, Cf., además de la “Historia General”, Ts. XVI, XVII y XVIII, Bulnes: “Guerra del Pacífico”.

Sobre el origen y la naturaleza de la

enfermedad de Williams, vid. la correspondencia de Altamirano con don Aníbal Pinto y la carta de Sotomayor a Varas de 4 de junio de 1879 (“Revista Chilena”, N.º 55).

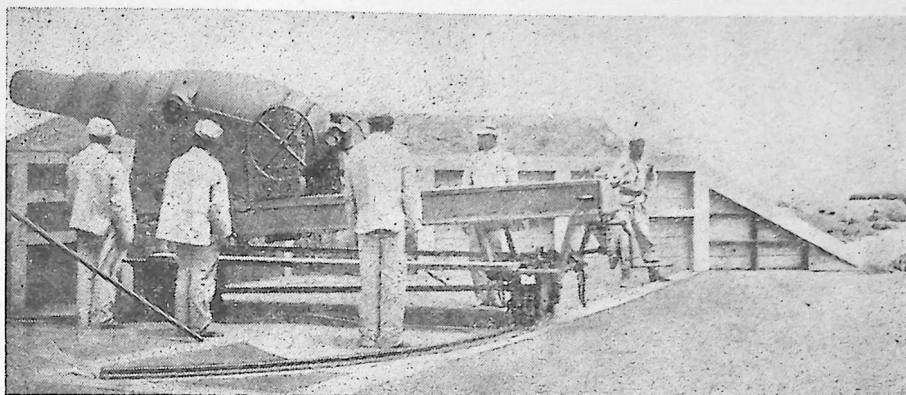


FIG. 1224.—FORTIFICACIONES EN ANTOFAGASTA. (Foto, 1879.)

las dotaciones, además de cuatro batallones de cívicos con 1.000 hombres cada uno, listos para recibir la instrucción. Después de librar escaramuzas sin importancia, el ejército chileno, al mando de Sotomayor, ocupaba el litoral boliviano situado al norte del paralelo 23. El almirante Williams comunicaba el 27 de marzo la toma sin resistencia de Tocopilla y de Cobija.

Todos los militares que ya estaban en el norte (Sotomayor, Saavedra, los Dublé Almeyda, etc.) fueron partidarios desde el primer momento de centralizar en Antofagasta la formación del ejército de operaciones. El presidente era de opinión contraria. Según su criterio, eran pueriles los temores del descenso de un poderoso ejército desde el altiplano. Conocía muy bien la geografía de la región. "Agresión del interior —escribía a Saavedra— no debemos esperarla. Cada día me persuádo más de esto. La primera campaña con el Perú será marítima. Vencedores nosotros en el mar, el campo de batalla será el Perú." De esta suerte, cuando se trató de decidir acerca del lugar donde debía formarse la futura fuerza de operaciones, optó sin vacilar por el centro de Chile (figs. 1225 y 1226), donde existían toda clase de recursos, y no en Antofagasta, donde faltaba hasta lo más imprescindible, que era necesario llevar, venciendo grandes dificultades y con un derroche inútil de dinero.

Por las informaciones de Godoy y por otras fuentes se sabía que la escuadra peruana estaba en astillero. Las baterías se hallaban en su mayor parte desmontadas o descompuestas y sin servidores, pues como hemos indicado eran casi todos chilenos. Sotomayor llevaba el encargo de informar a Williams sobre la situación y sugerirle que se dirigiera en el acto al Callao para tentar la destrucción de la escuadra enemiga o su embotellamiento. Pero el susceptible almirante se sintió invadido en sus funciones y el 3 de abril envió su renuncia a Altamirano. A la luz de documentos de reciente hallazgo, la me-

Los planes de  
Williams

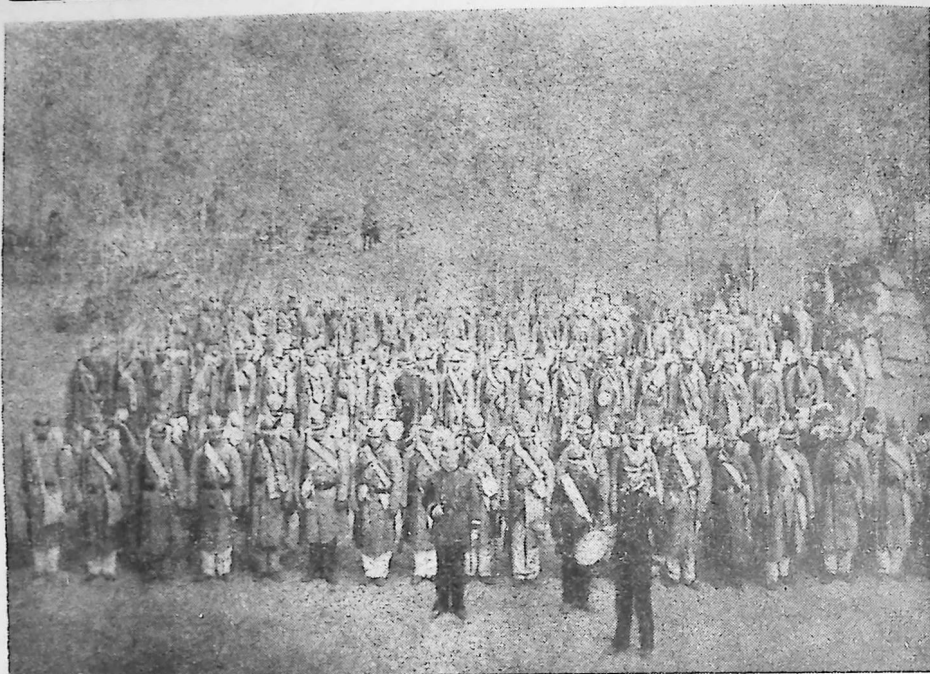


FIG. 1225.—UNA COMPAÑÍA DEL CHACABUCO EN SAN BERNARDO. (Foto, 1879.)

didada del almirante obedecía al convencimiento de que su plan era mucho más sencillo y viable. Bloquearía a Iquique, fuente principal de recursos de los peruanos, y éstos se verían obligados a enviar su escuadra para levantar el asedio. Williams la destruiría en alta mar, caballerosamente, sin necesidad de asaltos alevosos ni exponer a los acorazados a ser blanco de alguno de los cañones Blackeley o Armstrong del Callao, que ya podían estar montados y con artilleros.

El plan del almirante, lejos de calmar la desastrosa impresión que había causado en Pinto y en Prats su negativa a realizar el plan sugerido, la agravó. Después de un largo cambio de notas, el gobierno, ahora, indicaba al almirante la conveniencia de bloquear Iquique para impedir la llegada de refuerzos y la exportación del salitre. Huelga añadir que Williams acogió con entusiasmo la operación, no porque fuera la más cuerda, sino porque se trataba de su propio plan. En la noche del 3 al 4 de abril zarpó rumbo a Iquique, donde llegó el 5 con el "Blanco", el "Cochrane", la "O'Higgins", la "Esmeralda" y la "Magallanes" para iniciar el bloqueo. Pero como no había completado el relleno de las carboneras antes de salir de Antofagasta ni llevó consigo al transporte carbonero "Matías Cousiño", se encontró sin combustible y en la más absoluta im-

l bloqueo de  
Iquique



FIG. 1226.—REGIMIENTO N.º 2 RECIBIENDO EL ESTANDARTE. (Foto, 1879.)

potencia para perseguir a los transportes con tropas que venían del Callao o efectuar cualquiera otra operación. Además, la comandancia de marina le había advertido que telegrafíase los movimientos de la escuadra, para el ulterior destino de los transportes con carbón. Su deplorable estado de salud le hizo olvidar el aviso de su viaje a Iquique y los barcos siguieron con destino a Mejillones, para donde los había pedido antes. Lo mismo que con el combustible, ocurría con el aceite, las municiones y los víveres.

El cable comunicó a Prado la salida de Valparaíso hacia Iquique del vapor "Copiapó", con víveres, carbón y tropas. En el acto ordenó que la "Unión" y la "Pilcomayo", únicos buques a la sazón listos, se colocaran al acecho en una caleta entre el último puerto y Antofagasta para capturarlo. El azar quiso que el 12 de abril se encontraran frente a Chipana con la "Magallanes", al mando de Latorre, que iba a Iquique conduciendo el pliego en que Pinto consultaba con Sotomayor las posibilidades de la expedición de 5.000 hombres que Prats deseaba enviar a Tarapacá.

Combate naval  
de Chipana

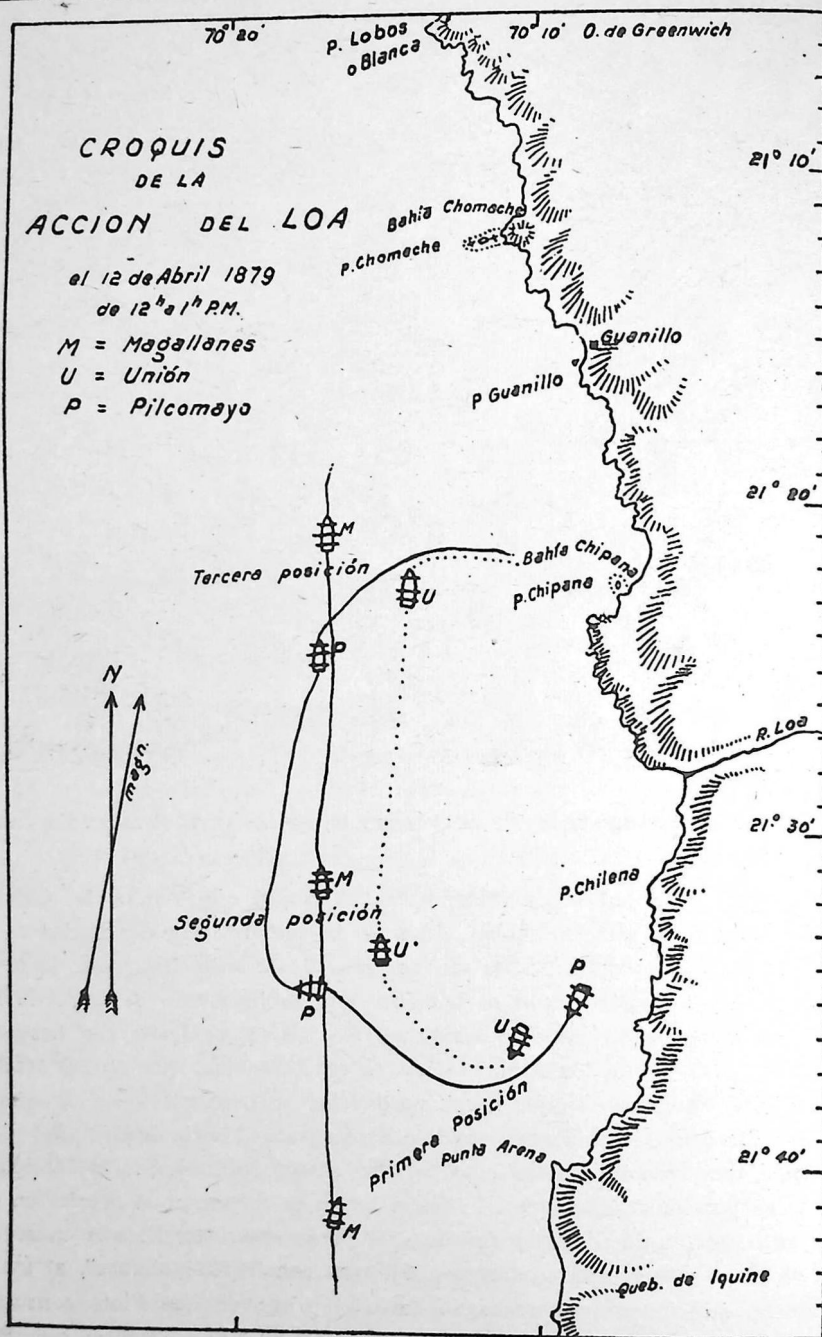


FIG. 1227.—CROQUIS DEL COMBATE DE CHIPANA. (En García Castelblanco.)

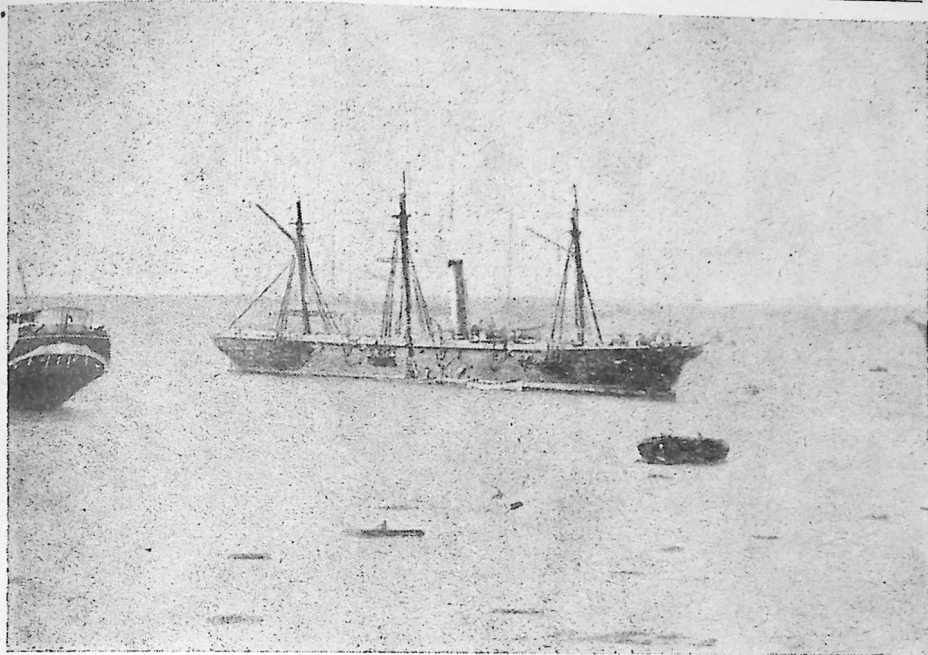


FIG. 1228.—LA "MAGALLANES". (Foto Museo Histórico.)

Latorre pudo retroceder sin peligro de ser alcanzado, pero fiado en su buena estrella y en la impericia de los marinos peruanos, resolvió abrirse paso hacia su destino. La diferencia de poder era de 5 a 1.

Con el propósito de separar a los dos buques enemigos, de muy desigual andar, Latorre puso proa al norte con toda la fuerza de sus máquinas. La "Pilcomayo" quedó en la estela de la "Magallanes", mientras la "Unión", gracias a su mayor velocidad, tomó la posición que creyó más favorable para batir a la corbeta chilena por la aleta.

Durante una hora, la "Unión" hizo 150 disparos que quedaron cortos, y la "Magallanes", 41. A la 1 de la tarde una granada dió en la nave peruana. La máquina dejó escapar una columna de vapor. La "Unión" se detuvo y virando por estribor fué a reunirse con la "Pilcomayo". Latorre prosiguió su marcha (figs. 1227 a 1230).

Irritado con la intentona de las corbetas peruanas, Williams salió en su persecución. Después de un crucero inútil, resolvió y puso en práctica la destrucción de los muelles y plataformas de embarque en Pabellón de Pica y en Huanillos, así como la resacadora de agua y el tránsito ferroviario en Iquique. Pretendía forzar a la opinión pública limeña para que, exasperada, obligase

Destrucción de los  
establecimientos  
peruanos

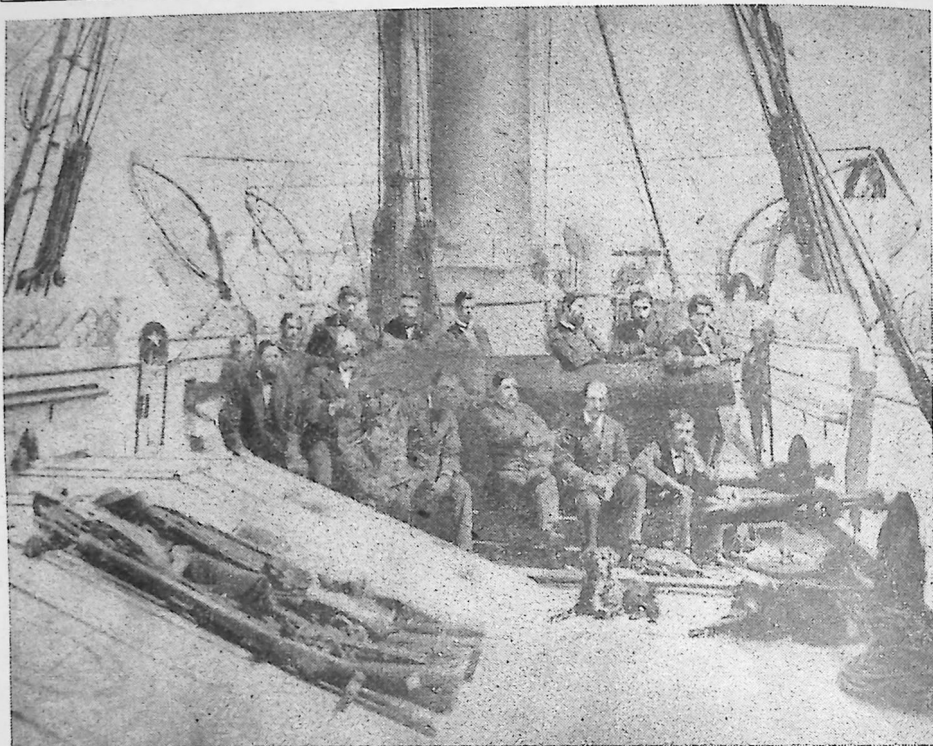


FIG. 1229.—OFICIALIDAD DE LA "MAGALLANES". (Fotografía tomada poco después del combate de Chipana.)

al gobierno a enviar la escuadra para que se suicidase en un combate en mar abierto.

Pero mientras la escuadra chilena acababa de esterilizarse, inmóvil ante Iquique, Prado aceleraba las reparaciones de los buques y les creaba un refugio invulnerable artillando Arica. Cuando las naves peruanas se hicieron a la mar, las dividió en grupos homogéneos por el andar, a la vez que organizaba un excelente servicio de informaciones, a base de la libertad de prensa en Chile, del control del cable y de agentes escalonados a lo largo del teatro de operaciones.

El comando de  
tierra: Arteaga

Volvamos a los sucesos de tierra. El 8 de abril se nombró comandante en jefe del ejército al general Justo Arteaga, \* anciano ya de 74 años, del cual nada había que temer desde el punto de vista político, pero nada tampoco que esperar desde el militar. Con todo, el peligro de su comando no estaba tanto en sus defectos como estrategia cuanto en su temperamento por

\* Santiago, 1805 - 9 de julio de 1882.

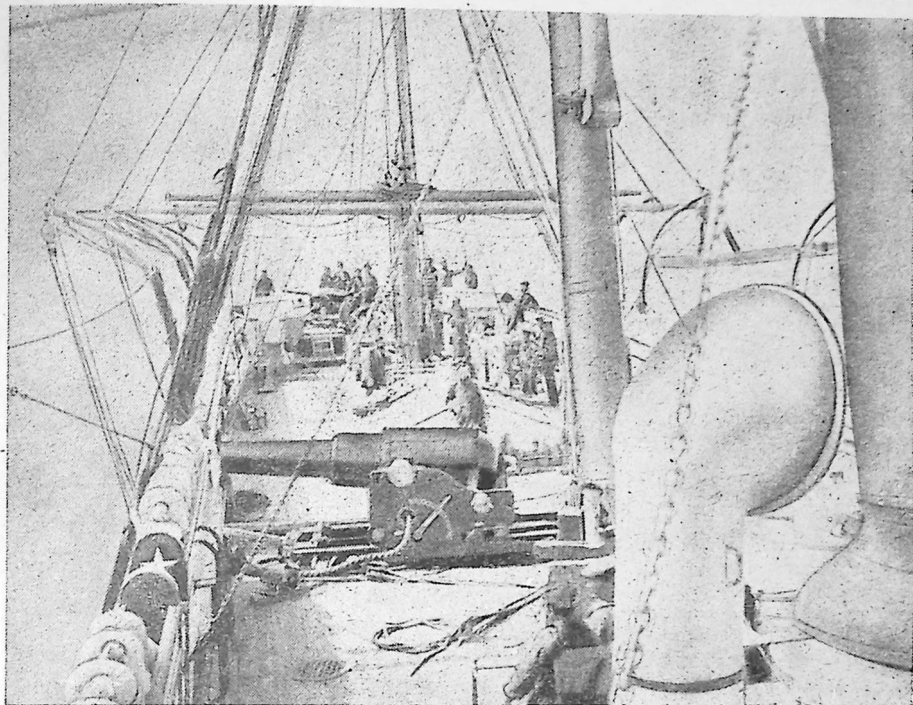


FIG. 1230.—LA "MAGALLANES". (Foto, 1879.)

demás nervioso, sujeto a súbitas depresiones y al atolondramiento frente a lo imprevisto, como le había sucedido en 1851 en el asalto al cuartel de artillería y en otras vicisitudes de su larga carrera, pródiga en cuartelazos y motines.

Por sistema, oponía dificultades a todos los planes de operaciones, no sólo a los ajenos, sino también a los propios, cuando el gobierno los aceptaba. Esclavizado por el hábito, ya incapaz de renovarse, frente a las exigencias de una guerra muy distinta de las que conociera en su juventud y madurez, lo mismo que al almirante Williams, fué imposible hacerle entender que las operaciones navales y terrestres debían por fuerza combinarse, subordinadas ambas a la alta dirección de la guerra, incluso en sus consideraciones de orden político. En su designación había pesado no poco la poderosa influencia de sus hijos —Justo y Domingo Arteaga Alemparte— en la prensa, que Prats necesitaba para afirmar el gobierno bamboleante y prolongar los días, ya contados, de su Ministerio.

Luego de largas deliberaciones, se decidió ocupar Tarapacá con un ejército de 5.000 hombres, que debían embarcarse el 28 a las órdenes de Arteaga.

Proyectos sobre  
Tarapacá

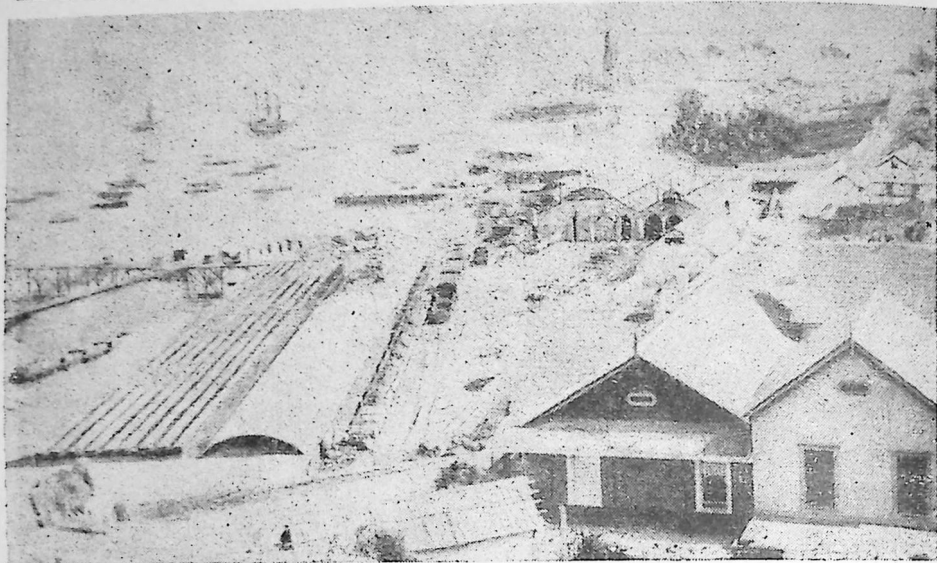


FIG. 1231.—COQUIMBO. (Foto, 1880.)

Antofagasta quedaría guarnecida por los cívicos y protegida por tres cañones de 150 que se habían enviado desde Valparaíso. “A nadie se le ocurrió preguntar si existían odres para proporcionar agua a la tropa una vez en tierra, ni si había cartuchos de infantería y proyectiles de infantería.” Tampoco se pudo artillar Antofagasta, porque al enviar los cañones desde Valparaíso se olvidaron las cureñas.

La actividad  
lítica en Santiago

Al recibir su alta investidura, Pinto abrigaba el firme propósito de implantar la libertad electoral. En las primeras elecciones que le cupo presidir en 1879, expresó las recomendaciones de prescindencia a ministros, intendentes y gobernadores. Tan levantada actitud envalentonó a los conservadores, aplastados no hacía mucho por Errázuriz, reacción a la que se añadió el empeño de Prats por afianzar en los comicios su candidatura presidencial, que no contaba con el beneplácito de Pinto.

Pero el factor que iba a anularlo de manera decisiva fué la posición de intendentes y demás resortes electorales del partido oficial. La opaca personalidad de Prats no les inspiraba la confianza en el éxito que les inculcara Errázuriz en 1870. No pocos se fueron con Santa María, el astro del día, y otros resolvieron guarecerse bajo el débil apoyo de Pinto, que era en fin de cuentas “el presidente”. Con Prats no figuraban la mitad.

Como era ineludible, se produjo una confusión mayor aún que la de diez años atrás: liberales de Prats, liberales de Santa María, nacionales, conserva-



FIG. 1232.—CHAÑARAL. (Foto, 1879.)

dores, radicales e independientes se combinaron en cada provincia de la manera más variada. Al establecerse el poder electoral en los mayores contribuyentes, los conservadores eran árbitros de las calificaciones y de las mesas receptoras en numerosos departamentos. Pasaron, por tanto, de la defensiva a la ofensiva, compensando con creces los abusos de que fueran víctimas en los departamentos donde estaban en minoría. El 8 de noviembre, el presidente Pinto anotaba en su diario: "La calificación se ha convertido en un medio de ganar plata. Los descamisados se califican diez o veinte veces, y venden su calificación por cualquier cosa. En Santiago ha sido una farsa. La calificación no se ha hecho en las mesas, sino en la casa de don Domingo Fernández Concha y otros".

Las elecciones de diputados y senadores se efectuaron el último domingo de marzo de 1879, las primeras por voto acumulativo y las últimas por lista completa. En Coquimbo (fig. 1231), Vicuña Mackenna, candidato independiente, con el apoyo de los conservadores y de algunos liberales gobiernistas, obtuvo 3.400 votos, contra 3.358 del candidato nacional, el ministro de la guerra, coronel Cornelio Saavedra. De 16 senadores propietarios que se renovaron, los liberales obtuvieron 8, cinco de Santa María y del presidente y tres de Prats; los conservadores, 4; los nacionales, 3, y los independientes, 1. Los radicales, combatidos por Prats con energía, no obtuvieron ningún asiento en el Senado, pero el voto acumulativo los favoreció en las elecciones de diputados.

Las elecciones  
de 1879

La labor del  
Ministerio Prats

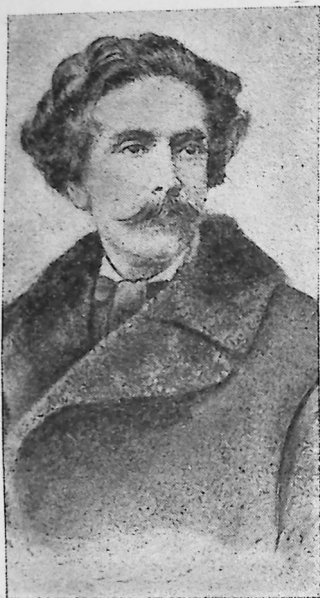


FIG. 1233.—DON AMBROSIO MONTT. (Grabado en Leipzig para la op. cit. de Lastarria.)

Unidos con los liberales de Santa María y los nacionales, formaban un grupo más poderoso que los liberales de Prats.

La clarividencia y la rapidez que Prats imprimió a los primeros preparativos bélicos debieron haberlo levantado a la primera figuración nacional. Para su desgracia, nada podía esperar de militares y marinos, inclinados a anteponer el espíritu de cuerpo a cualquiera otra consideración. Menos de la aristocracia gobernante, que, como hemos visto e insistido no pocas veces, llevaba en la sangre la antipatía a toda capacidad descollante y enérgica. Menos aún de la mayoría de la opinión, dominada por Vicuña Mackenna y otros tribunos, que en esos momentos idolatraba al almirante Williams, erigido en genio naval. Canalizada de esta suerte, la absoluta mayoría abundaba en señalar a Prats como el responsable de la inacción de Williams y el estorbo que impedía al activo y hábil general Arteaga apoderarse de Tarapacá, fuente de los recursos del enemigo.

Paralelo a este sentimiento colectivo, que cada vez tomaba más cuerpo, la figura de don Antonio Varas, consejero inigualable del presidente en todos los trances, se agigantaba. De aquí la poderosa marejada que exigía la entrega del gobierno a Varas mientras durase la guerra y la complacencia con que Pinto y Santa María la acogieron. La resolución estaba tomada desde el día mismo en que estalló la contienda. Mas el presidente, de acuerdo con su carácter, esperó a que la opinión pública exigiera el cambio.

El ataque al Ministerio Prats lo inició don Ambrosio Montt (fig. 1233) en la Cámara de Diputados. Los conservadores realizaron un supremo esfuerzo por salvarlo, pero Prats, exasperado, hizo al presidente, que se paseaba dándole la espalda, un ademán grosero. Para su desgracia, un espejo inoportuno lo delató. Pinto no reveló un gesto. La Cámara rechazó el voto de censura. Pero cuando los ministros regresaron a La Moneda, llevando alborozados la noticia de la aplastante victoria, el presidente recibió a Prats tan seco, que el ministro hubo de presentar la renuncia al día siguiente, 13 de abril. No volvieron a saludarse por el resto de sus días.

Prats se hundió políticamente para siempre. Ello nos mueve a recalcar la honda deuda de gratitud, aún insoluble, que el pueblo chileno debe a su mi-

Choque entre el  
presidente y Prats

Reivindicación  
histórica de Prats

nistro del interior de 1879. Nada más adecuado para ello que ceder la pluma al sobrino del propio presidente Pinto, reproduciendo una de las páginas más honrosas, en cuanto a justicia histórica, que registra la historiografía chilena. \*

Movido por el despecho en su amor propio y no por esperanzas de paz, que ya no era cuerdo albergar, Pinto formó el nuevo Ministerio con los hombres que le habían acompañado en sus tenaces esfuerzos por evitar la guerra. Varas se hizo cargo de la cartera de Interior y Santa María de la de Relaciones Exteriores. El resto del Ministerio: don Jorge Huneeus, ministro de justicia e instrucción; el general Basilio Urrutia (fig. 1234), de guerra y marina, y don Augusto Matte, de hacienda, hacia la época carecían de personalidad ante las de Varas



El Ministerio  
Varas

FIG. 1234.—DON BASILIO URRUTIA. (Foto Museo Histórico.)

\* "El gabinete Prats —dice Bulnes— supo lo que deseaba y a dónde iba. Los acontecimientos no lo arrastraron, sorprendiéndole desprevenido. Tuvo política y resoluciones: adoptó el partido de ocupar Antofagasta, antes que permitir que se hiciera una burla del tratado de 1874; afrontó con energía el peligro de la intervención del Perú; acometió con valor la guerra, adoptando planes y medidas que habrían sido de una eficacia trascendental en caso de realizarse. Levantó el efectivo del ejército, en dos meses, de 2.000 a 8.000 hombres. Compró en Europa 8.000 rifles Comblain con cinco millones de tiros; mil carabinas con sus municiones; 8 cañones Krupp de campaña con 8.000 proyectiles; encargó un vapor transporte y otros artículos relacionados con la formación del ejército, lo que era entonces un gran esfuerzo por la situación del erario.

"El Ministro de Hacienda, don Julio

Zegers, había alcanzado a presentar al Congreso un plan para arbitrar recursos, que consistía: a) en un descuento sobre los sueldos y pensiones pagadas por el erario; b) un impuesto de 10% sobre las utilidades líquidas de las explotaciones del salitre y de la plata; c) suspensión temporal del pago de la amortización de la deuda externa con acuerdo de los acreedores; d) una emisión de papel moneda de 6.000.000 de pesos.

"Si ese gabinete hubiese podido revelar lo que llevo referido —continúa Bulnes—, es probable que la opinión pública le fuera más benévola; pero su deber lo obliga a callar, y esta situación, tan profundamente desventajosa, entre un parlamentario que puede decir lo que quiere, una prensa que se inspira en él y un gobierno que por patriotismo está obligado a silenciar lo que hace, tuvo que sorprenderla, también, el ilustre ciudadano que sucedió a don Belisario Prats."



Santa María

FIG. 1235.—DON MARIANO IGNACIO PRADO, PRESIDENTE DEL PERÚ. (Foto Museo Histórico, Santiago.)

no poseía su intuición para captar las aptitudes de los demás. Activo y resuelto, y, a la vez, ligero y precipitado, se dejaba llevar de la primera impresión, que corregía cuando los acontecimientos le restregaban la realidad ante los ojos.

Movido por el sentimiento anticlerical que presidió su vida pública, Pinto se negó a dar cabida en el gabinete a los conservadores. El Ministerio Varas-Santa María fué obstaculizado, desde sus primeros pasos, no sólo por la poderosa fuerza de opinión que controlaba Vicuña Mackenna y por el número relativamente grande de los enemigos de la candidatura presidencial de Santa María, sino también por los conservadores, que representaban a la cuarta o la quinta parte de la opinión votante.

La situación en el Perú

Mientras en Chile se producían estos acontecimientos políticos, Prado había conseguido cambiar por completo la situación militar del Perú. La fortificación de Arica se había llevado a cabo sin que Williams hiciera nada por estorbarla. A fines de abril había en Tarapacá 7.000 hombres, si bien de ellos sólo 4.600 poseían valor militar. Entre el 30 de abril y el 2 de mayo, Daza llegó a Tacna con un ejército boliviano de 6.000 hombres, casi sin municiones, que salvó 450 Km. en doce días. En Lima sólo quedaban 6.000 reclutas, sin armas modernas ni municiones.

El ejército chileno

El Ministerio Prats había logrado elevar el ejército chileno a unos 8.000

y Santa María. Eran tan profundos los cambios acaecidos en Chile entre la etapa 1851-61 y el año definidor de 1879 en los partidos, el gobierno, las ideas y, en fin, todos los factores que condicionan la actitud de un estadista, que Varas, al aceptar el Ministerio, lo hizo con el firme propósito, compartido con Pinto, de limitarse a prestigiar y amparar a Sotomayor, que ambos juzgaban la máxima capacidad organizadora y directora, capaz de llevar a Chile a la victoria.

La personalidad deslumbrante de Santa María, de que haremos caudal cuando emerja al primer plano, se unía al talento más vigoroso —después de Montt— en la larga serie de excelentes estadistas chilenos, si bien carecía del poder magnético del gran constructor, y

hombres de línea: 4.500 en Antofagasta y 3.800 en el centro, además de unos 5.400 guardias cívicos, que ascendían el total a 13.400 hombres, dotados de armamento moderno, pero sólo con 2 millones 800.000 cápsulas Comblain.

No es necesario hacer aquí caudal de los numerosos planes de operaciones en disputa. Varas era muy cuerdo y juzgaba que, sin destruir antes el poder naval del Perú y organizar la movilización y el aprovisionamiento adaptándolos a las modalidades del desierto, nada podía emprenderse. Pero la opinión pública, espoleada por Vicuña Mackenna, exigía perentoriamente la marcha contra el enemigo sin transportes, sin servicios, sin agua y sin víveres. \* El Ministerio canalizó sus iniciativas en dos direcciones: mientras por una parte adelantaba la formación del ejército y de los servicios, por otra discutía planes de operaciones inmediatas que, luego de repetidas consultas con el almirante y con el general, se estrellaban fatalmente con las cortas fuerzas disponibles, los transportes, los abastecimientos y la falta de municiones. Al calor de uno de tantos dimes y diretes, Arteaga renunció. Las amplias explicaciones y la actitud conciliadora de Pinto lograron hacerle desistir.

El gobierno comenzó, como era natural, por pedirle su opinión al general en jefe, al almirante y a don Rafael Sotomayor, en el que Pinto pensaba delegar sus facultades de generalísimo. Arteaga respondió el 14 de mayo aconsejando la invasión de Tarapacá con 8.000 hombres. Era enemigo de operar sobre Lima.

El almirante Williams rechazó el bloqueo del Callao. También era par-

\* Recuérdese, a este respecto, el pintoresco bautismo de fuego del gran escritor, aprendiz de revolucionario en 1851, cuando organizó una flamante columna y fué



FIG. 1236.—DON MARIANO IGNACIO PRADO. (Foto Museo Histórico, Santiago.)

Los proyectos

fácilmente derrotado porque se le había olvidado el detalle de llevar municiones. (Nota de L. C.)



Se acepta el plan  
de Arteaga

FIG. 1237.—DON ARTURO PRAT. (En la biografía de Medina.)

tidario de la operación sobre Tarapacá, predicamento que aceptó a su vez Sotomayor, siempre que pudiera disponerse de un ejército expedicionario y otro de segunda línea de 15.000 a 20.000 hombres en total.

Por último el gobierno optó por el plan de Arteaga. Preparó una división de 2.500 hombres, que debía conducir Lynch, para que completara el contingente de 8.000 requerido, y le telegrafió preguntándole sobre el estado y número de sus municiones, de que había hecho caso omiso Arteaga, no obstante los reiterados esfuerzos para efectuar un arqueo, sobre el cual insistiera Vergara, nombrado su secretario *in partibus infidelium*. Bien es cierto que el general distanció al civil al saberlo nombrado.

Al recibir el telegrama, el anciano general practicó un balance. De inmediato pidió cantidades que sabía imposibles. Como se le insistiera que amoldara su pedido a la realidad, contestó: "No me moveré. No soy subteniente".

Williams se dirige  
al Callao

Mientras tanto, Williams había venido preparando sigilosamente su escuadra con carbón y víveres para más de un mes y municiones capaces de sostener un gran combate, ocultando sus planes. Sin noticias ciertas sobre el estado de los buques peruanos, sin telegrafiar a Valparaíso para que se suspendiera el envío de tropas y municiones, sin preocuparse de los buques inválidos que dejaba en Iquique, ni de los puertos indefensos del norte; por último, sin destacar siquiera avanzadas exploradoras para prevenir un posible cruce con las naves enemigas, que sabía casi listas, puso proa al Callao, con el propósito de pulverizar la plaza y destruir la escuadra peruana. \*

Las naves de  
Iquique

A poco de iniciada la tentativa, un pescador italiano informó al almirante que, tal como lo indicaban las comunicaciones captadas en Cobija, el "Huáscar", la "Independencia" y uno de los barcos menores se habían dirigido a Arica en la noche del 16, convoyando a los transportes, que conducían a 4.000 soldados. Williams dió orden de poner proa al sur de inmediato e informó a Sotomayor de que la expedición sólo había perseguido el objeto de acallar las

\* Los detalles del fantástico plan se conservan en el proyecto que Williams redactó en alta mar el 18 de mayo. (Cf./ Bulnes, op. cit.)

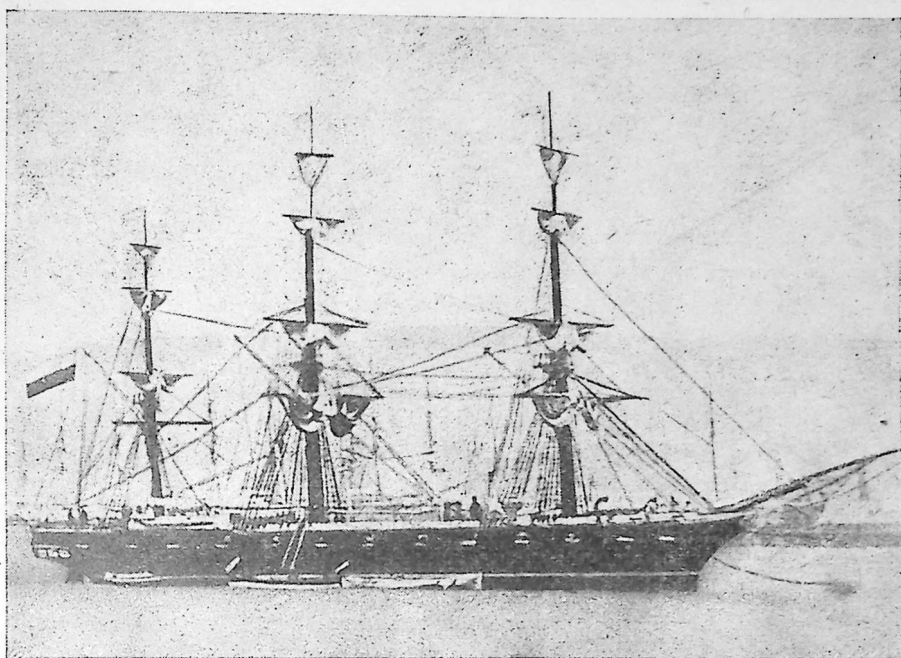


FIG. 1238.—LA "ESMERALDA". (Foto Museo Histórico.)

exigencias de la prensa, demostrando la imposibilidad de destruir la escuadra peruana dentro de la rada del Callao.

En Iquique habían quedado la "Esmeralda" y la "Covadonga" con el encargo de mantener el bloqueo. Como jefe de mayor graduación, tomó el mando de la misión el capitán de fragata graduado Arturo Prat (figs. 1237 y 1239).

El héroe había nacido en la hacienda de San Agustín de Puñual (parroquia Arturo Prat de Ninhue, actual departamento de Itata), el 3 de abril de 1848, en el seno de una antigua familia española venida a menos. Sus dos hermanos mayores habían muerto en la infancia. "De compleción raquítica y endeble —dice su tío materno Jacinto Chacón—, tenía una expresión melancólica y un aire distraído. Era hijo de un padre dechado de virtudes, pero, como Job, aquejado de gravísimos males." Su madre, doña Rosario Chacón, lo había sometido desde pequeño al tratamiento hidroterápico de Pressnitz. Ya fuera como resultado de éste o por reacción espontánea del organismo, el niño enclenque se transformó en un mozo de elevada y esbelta silueta y músculos de acero.

Durante los dos años y medio que permaneció en la escuela, se mostró El estudiante travieso y desaplicado, lo que no le iba a impedir la distinción en varias ma-

terias, entre otras la aritmética y la geografía. El 28 de agosto de 1858 ingresaba en la Escuela Naval, donde puso de manifiesto la misma desaplicación e idéntica agilidad mental.

Después de su heroico sacrificio, un tendero que tenía su establecimiento frente a la escuela contaba que un buen día Prat le pidió prestado un machetón con que partía azúcar, sin imaginarse por cierto el empleo que iba a hacer de él, y no fué pequeño su asombro al verlo enfrentarse, arma en ristre, con un grupo de niños de mayor edad que pretendían darle un "capote". Parece que la belicosidad siguió en la Escuela Naval. En uno de los libros del régimen interno del establecimiento se lee: "11 de mayo de 1860. Prat, Arturo, peleó con Condell. 4 horas de arresto".

La madurez

Desde que saliera de la Escuela Naval se operó en Prat un profundo cambio de carácter. A la inconsciencia infantil sucedió un severo concepto del deber, a la vez que una tendencia al aislamiento, ya advertida por la madre, evolucionada a poco hacia un tacto y una circunspección raros en los primeros años de la juventud. Bulnes resume el concepto con admirable capacidad de síntesis: "Después de su muerte, su vida fué objeto de investigaciones prolijas, y de ellas se destaca en líneas severas una personalidad moral completa, en el hogar, a bordo del buque, en el servicio. Sus horas de descanso las dedicaba al estudio, y siendo oficial de marina recibió el título de abogado. No hay una sola nota en su carrera, desde que entra a la Escuela Naval hasta que manda la "Esmeralda", que no acredite buena conducta, control de sí mismo, seriedad. Era modesto de carácter, sobrio de palabras, de maneras sencillas, sin un matiz de fanfarronería".

El estudioso

Fué un gran estudioso. Desde la primera juventud le apasionaron las ciencias naturales y la astronomía. Durante algún tiempo le atrajo el espiritismo, puesto de moda por Allan Cardec. En noviembre de 1865 era teniente segundo, grado con el que peleó en Papudo. Aunque entre 1866 y 1873 no hubo campañas, su competencia y su laboriosidad le permitieron hacer rápida carrera. El 12 de febrero de 1873 recibía los despachos de capitán de corbeta, y el 5 de mayo casaba en Valparaíso con doña Carmela Carvajal. Dos años después recibía su título de abogado.

De profunda fe religiosa, su vida hogareña eliminaba las calaveradas y farras con que los militares y marinos de la época amenizaban los frecuentes ocios, actitud que le enajenó las simpatías de sus compañeros. Sus estudios legales lo colocaron moralmente fuera del gremio. Se le conceptuaba útil, cuando mucho, para oficinista. Si alguien hubiera señalado intuitivamente su temple, habría provocado una carcajada general. Corrían los tiempos en que el



FIG. 1239.—DON ARTURO PRAT. (Foto Museo Histórico.)



FIG. 1240.—IQUIQUE A MEDIADOS DEL SIGLO XIX. (Litografía de Delamare, Col. L. C.)

valor militar era indisoluble del amatonamiento, la parranda, la copa y la mujer.

El "marino-  
literato"

Cuando la escuadra zarpó rumbo a Antofagasta, Prat quedó en un puesto subalterno en la comandancia general de marina. Intentó que Williams lo llevara consigo, pero el almirante contestó "que no le gustaban los marinos literatos". \* Arturo Prat hubo de quitarse el uniforme ante el vejamen. Al embarcarse el 29 de marzo don Rafael Sotomayor, se llevó a Prat como secretario, a instancias de Altamirano. Una vez en el norte, Sotomayor lo envió a Santiago con la misión de lograr transportes para el aprovisionamiento de la escuadra. Williams, por su parte, le encargó que a su regreso trajera la "Covadonga", que había quedado en Valparaíso.

A través de la correspondencia con Williams, de los informes acerca de su misión en la Argentina y del plan estratégico sobre Lima, que insinuó a Sotomayor durante el viaje a Antofagasta, se perfila en Prat otra faceta que, como era fatal, hubo de silenciar su heroico sacrificio. Entre todos los políticos, militares y marinos que actuaron en la Guerra del Pacífico, fué el que reveló más amplio y más seguro golpe de vista político-militar y más imaginación es-

\* Cf./ "Revista Chilena", Nos. LXIX y LXX, p. 414.



FIG. 1241.—EN PAZ SOLDÁN.

tratégica auténtica. Pero su destino le había señalado una empresa superior.

El 16 de mayo, en el momento de zarpar rumbo al Callao, Williams llamó a Prat para hacerle presente la responsabilidad que iba a pesar sobre él. Como toda la camarilla, tenía pobre idea de su coraje y de sus dotes de mando. Salvo el almirante y Sotomayor, que todavía veía con los ojos de aquél, nadie dudaba en la escuadra de que el "Huáscar" y la "Independencia" venían en viaje a Arica. Prat era uno de los convencidos de la salida de los acorazados peruanos, de suerte que se limitó a decirle "que él sabría defender su puesto, aborizando al "Huáscar" si se presentaba". \*

La conciencia del sacrificio

Williams le dejó un sobre cerrado, que sólo debía abrir el día 20. Era

\* Carta de Sotomayor a Pinto, 4 de junio de 1879.



FIG. 1242.—EL COMBATE NAVAL DE IQUIQUE. (Oleo de Somerscales, Club Naval de Valparaíso.)

una carta que decía: "Mi viaje tiene por objeto atacar al enemigo en la bahía del Callao. Le adjunto un oficio para el gobierno, que usted hará llegar a su destino en primera oportunidad". "Por si no nos volvemos a ver, recuerde al amigo que lo distingue."

Arturo Prat se había quedado en Iquique (figs. 1240 y 1241) lamentando no compartir la gloria que aguardaba a sus compañeros. Al leer la carta, dijo: "Mañana será un gran día para Chile". La mística transformó después esta exclamación en videncia de su destino.

Exactamente como lo anunciaran las comunicaciones interceptadas, una flotilla peruana transportaba 4.000 hombres, protegidos por los blindados "Huáscar" e "Independencia". El presidente Prado izaba su insignia en el "Oroya", el buque más rápido del convoy. El 20 anclaba en Arica.

Los transportes quedaron en este puerto desembarcando a sus contingentes y los acorazados continuaron al sur. Sabían por cierto que la escuadra chilena navegaba rumbo al Callao. El mismo día 20 tocaron Pisagua y el 21 zarparon a las 4 de la madrugada rumbo a Iquique.

El 21 de mayo

El 21 de mayo correspondía la ronda a la "Covadonga", al mando del

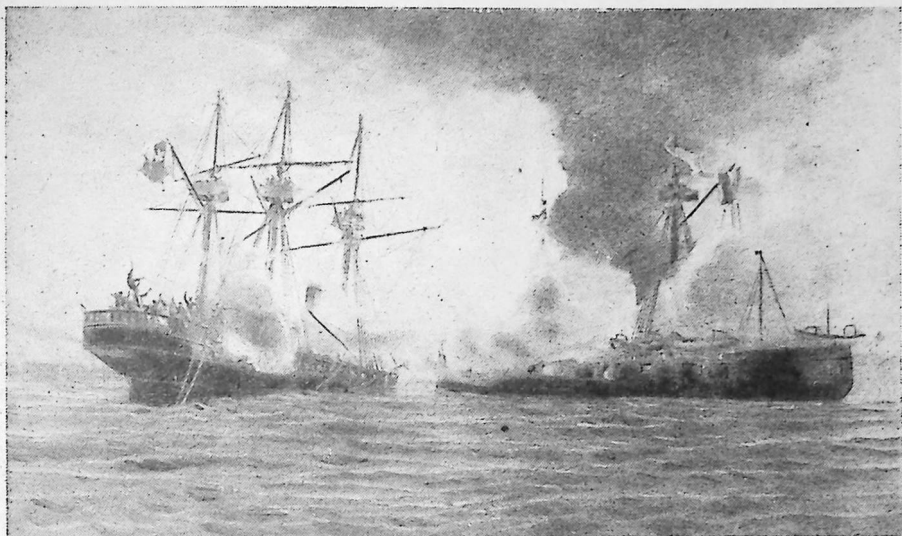


FIG. 1243.—HUNDIMIENTO DE LA “ESMERALDA”. (Oleo de Somerscales, Museo de Bellas Artes.)

capitán de corbeta Carlos Condell (figs. 1253 y 1255), en la entrada de la bahía. La “Esmeralda” permanecía en el fondeadero. Cerca de ella estaba el transporte “Lamar”.

Al despejarse la neblina mañanera, el vigía de la “Covadonga” gritó: “¡Humos al norte!” Condell se vistió con presteza y comprobó con sus anteojos que se dirigían dos buques al puerto. Varios marineros que habían servido en ellos reconocieron a la “Independencia” y al “Huáscar”. Condell se acercó a la “Esmeralda” para informar a Prat. La población de Iquique se aglomeraba ya en la playa para presenciar la captura de las naves chilenas. De inmediato, Prat ordenó por medio de señales a la “Covadonga”: “Seguir mis aguas”, formó a la tripulación y, desde el puente, le dirigió estas palabras que todo chileno ha grabado en su memoria: “Muchachos, la contienda es desigual. Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo y espero que no sea ésta la ocasión de hacerlo. Mientras yo viva, esa bandera flameará en su lugar, y si yo muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber”. Y quitándose la gorra, la agitó en el aire, exclamando: “¡Viva Chile!” Poco después gritó a Condell: “Que almuerce la gente. Reforzar las cargas”. Condell le respondió: “*All right!*”

Aún vibraban en el aire los vivos con que la tripulación respondiera a Prat, cuando la primera granada reventó entre la “Esmeralda” y la “Covadonga”. El “Lamar” fugó hacia el sur. Comienza el combate

La “Esmeralda” (fig. 1238), corbeta de madera de 850 toneladas y 200

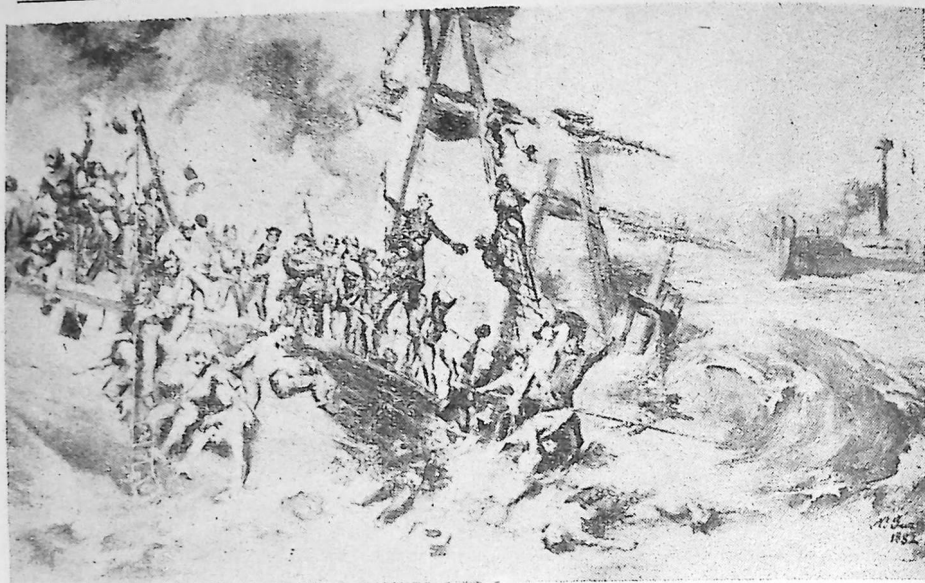


FIG. 1244.—EL COMBATE DE IQUIQUE. (Oleo de Guzmán. Reproducción, Museo Histórico.)

caballos de fuerza, con 8 cañones de 40, 4 de 30 y 2 de 6, había sido botada en 1854 y sus máquinas estaban en tal estado, que, al levantar ligeramente la presión del vapor, las calderas reventaron. Prat, impotente, se acercó a la playa, colocándose en la línea de la ciudad a 200 metros de aquélla, para obligar al "Huáscar" a que disparara por elevación para no dañar al pueblo.

El sacrificio de la corbeta

La "Covadonga" salió del puerto pegada a la playa. Una bala del "Huáscar" le atravesó el casco de banda a banda, matando al cirujano Videla, a un contra-maestre y a un marinero. La tripulación tapó la vía de agua y la cañonera dobló la isla, poniendo proa al sur con un andar de 4 millas por hora. Grau destacó a la "Independencia" en su persecución, mientras batía a la "Esmeralda". El jefe peruano, mal informado de que la corbeta chilena estaba rodeada de torpedos, se detuvo a 600 metros y comenzó a disparar a mansalva sobre la vetusta nave, que permaneció inmóvil, sin hacer un solo impacto en hora y media de fuego. La "Esmeralda" le contestaba con sus cañones lisos de 40 y con fuego graneado de fusilería. Los proyectiles rebotaban en el blindaje del monitor "como pedradas en un muro de granito".

La "Esmeralda" estaba empavesada como para una fiesta. Un corneta tocó sin cesar a degüello hasta que el buque se hundió. Los oficiales Riquelme (fig. 1248), Wilson, Fernández Vial y Zegers (fig. 1246) hacían de cabos de cañón y los "¡Hurras!" y "¡Viva Chile!" coreaban cada disparo.

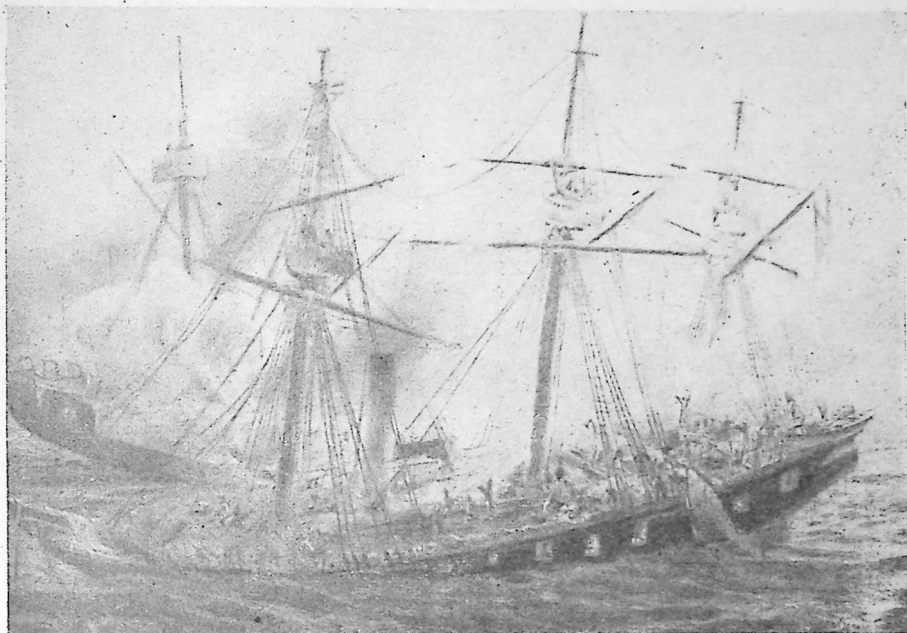


FIG. 1245.—EL HUNDIMIENTO DE LA "ESMERALDA". (Oleo de Somerscales. Escuela de Artillería Naval, Viña del Mar.)

A las 9 fué emplazada una batería de a 9 en los cerros próximos al barco chileno. Una granada de tierra mató a tres hombres y otra hirió a igual número. Prat ordenó cambiar de fondeadero para esquivarla y la corbeta se arrastró pesadamente a su segunda posición, 1.000 metros al norte de la ciudad y a 250 de tierra, donde permaneció hasta su hundimiento.

Se cruzan los  
fuegos sobre la  
"Esmeralda"

La puntería de los artilleros del "Huáscar" mejoró. Una granada atravesó la "Esmeralda", causando un incendio que pronto fué extinguido. A las once y media de la mañana Grau ordenó espolonear a la corbeta y dispararle los cañones a toca penoles. El "Huáscar" retrocedió para tomar distancia y, arrojando una gruesa bocanada de humo, se lanzó a toda máquina. La "Esmeralda" alcanzó a virar sobre su centro y recibió el golpe de refilón; pero los cañones aventaron en pedazos entre 40 y 60 hombres. La cubierta de la vieja nave "presentaba el aspecto de un matadero, en que se veían brazos, piernas y cabezas palpitantes". La sangre formaba charcos que se mecían con los vaivenes de las olas.

El espolonazo había sido recibido con una descarga de las baterías de la nave abordada y otra de rifle de casi todo el personal. Antes de separarse

El abordaje de  
Prat



FIG. 1246.—DON VICENTE ZEGERS. (Foto Museo Histórico.)



FIG. 1247.—DON LUIS URIBE. (Foto Museo Histórico.)

los buques, Prat logró saltar sobre el "Huáscar", espada en mano, gritando: "Al abordaje, muchachos". Su voz se apagó con el fragor de las detonaciones y sólo lo siguió el sargento Juan de Dios Aldea, que estaba a su lado. "En el mismo momento del espantoso choque —dice uno de los espectadores de tierra— vióse a un gallardo oficial que, espada en mano, saltaba desde el castillo de popa sobre el lomo de aquel Proteo del mar, haciendo flotar en el aire los faldones de su marcial levita."

La tripulación del "Huáscar" combatía desde troneras y enrejados que la resguardaban. Prat alcanzó a recorrer algunos pasos en dirección a la torre de mando, y al llegar a ella lo hirió el disparo de un tirador oculto. Aunque desfallecido, logró mantenerse un momento con una rodilla sobre la cubierta. Un marinero que salió de la torre de artillería le disparó un tiro en la frente. Aldea, acribillado a balazos, se apoyaba moribundo en uno de los palos del buque.

Desde la cubierta de la "Esmeralda", la tripulación presenciaba el desarrollo del drama y juraba vengar a su jefe.

Grau repitió el ataque de espolón y los disparos a toca penoles. Uribe (fig. 1247) quiso repetir la maniobra de Prat, pero el buque no obedeció y

el espolonazo abrió una vía que inundaba la santabárbara y las máquinas. Los disparos diezmaron al tercio de la tripulación que aún sobrevivía.

Ignacio Serrano (fig. 1249) gritó de nuevo: "¡Al abordaje!" El "Huáscar" retrocedió de inmediato, llevándose en la cubierta a Serrano y a los diez o doce hombres que lo siguieron armados de rifles y machetes. Sobre la cubierta del monitor estaba el teniente Velarde con dos marineros que huyeron. Velarde recibió un balazo y moría poco después. Serrano avanzó hacia la torre artillera; mas también cayó acribillado con los suyos, salvo dos o tres marineros que se arrojaron al agua y treparon a la "Esmeralda" gracias a oportunos cables.

Veinte minutos después, Grau ordenó el tercer espolonazo. El buque estaba ya completamente inmóvil y la herida fué tan grande, que se inclinó de proa, "como ave que dobla el cuello para morir". Los cañones seguían disparando. El último tiro sonó cuando ya estaba la proa bajo el agua. Eran las 12.10 (figs. 1242 a 1245).

Al iniciarse el combate, la tripulación de la "Esmeralda" sumaba 198 hombres. Al finalizar habían muerto 141. Los botes del "Huáscar" recogieron



Serrano y sus  
hombres

El final

FIG. 1248.—DON ERNESTO RIQUELME. (Dibujo de Rojas.)



La "Covadonga"

FIG. 1249.—DON IGNACIO SERRANO. (Foto Museo Histórico.)

vivos 57: los jefes y oficiales Uribe, Sánchez, Wilson, Zegers, Fernández Vial y Hurtado, el cirujano Guzmán, su ayudante Segura y 49 marineros.

En hermoso gesto de hermandad, el ciudadano español don Eduardo Llanos, con otros miembros de la colonia, sepultó los cadáveres de Prat y Serrano (fig. 1250), que estaban tendidos en la acera de una calle, entre la aduana y el muelle.

Volvamos ahora a las vicisitudes y peligros que amagaban a la "Covadonga". La hemos dejado navegando hacia el sur, muy pegada a la costa, donde había calado para ella —viejo lanchón de 412 toneladas, armado con dos cañones de 70— y no, desde luego, para la

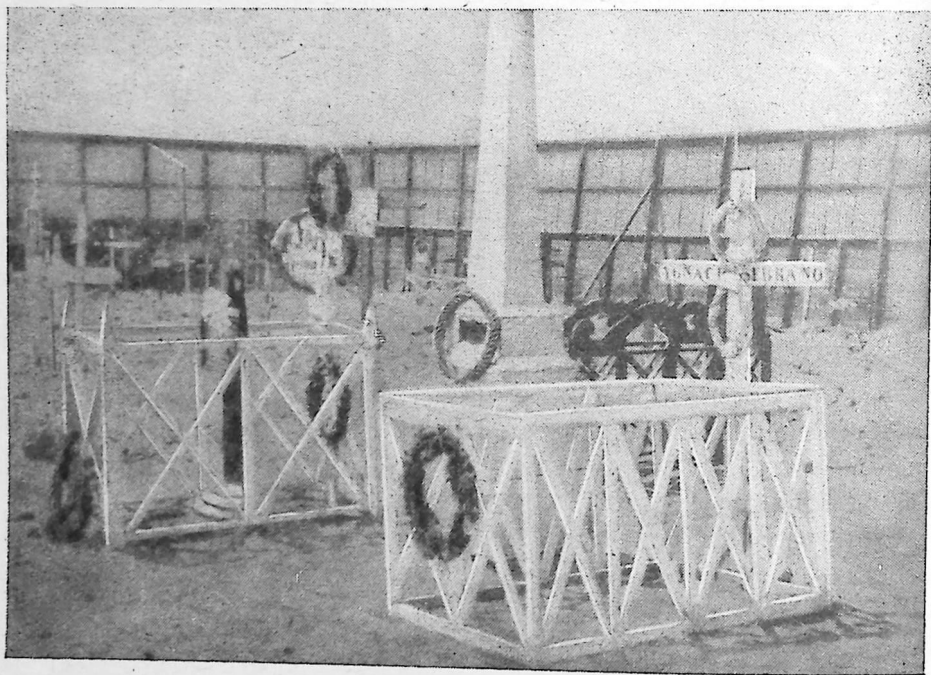


FIG. 1250.—TUMBAS DE PRAT Y SERRANO EN IQUIQUE. (Foto, 1880.)

"Independencia", acorazado de 2.000 toneladas.

El barco peruano se situó en la primera saliente de la costa y desde allí empezó a hacer fuego por batería. La "Covadonga" contestaba con sus dos cañones. El jefe de la "Independencia", More, no logró detener a la goleta, pues la puntería de sus artilleros era desastrosa y el poco calado le impedía acercarse.

En el trayecto entre Molle y Punta Gruesa, que ambas naves hicieron en paralela marcha, el blindado, no obstante la mala puntería, logró cañonear con cierto éxito a su débil adversario. Los proyectiles dieron en los palos, en las jarcias, en los botes, y dos en el casco, que fueron a hundirse en las carboneras. A su turno, la "Covadonga" diezmaba la tripulación peruana, mal protegida, con el fuego de cañón y de rifle. El perseguidor, cambiando de posición, tomó la estela del perseguido para utilizar la colisa de proa; pero el sargento Olave, con cuatro rifleros, desde el castillo de popa, lograba derribar a cuanto artillero pretendía servir el cañón.

More, exasperado, cometió dos veces la imprudencia de espolonear a la "Covadonga" en una costa de bajos y arrecifes que no conocía. Al llegar a Punta Gruesa, la nave chilena, seguida a 200 metros por la peruana, no obstante su poco calado, tocó fondo y el casco rechinó. Mas logró zafarse. Condell exclamó: "¡Aquí se fregaron!" En efecto, la "Independencia" tentó de usar una vez más

*Iquique Mayo 23 de 1879*  
*Señor Jéner Molinas.*  
*Antofagasta*  
*Sírvase comunicar a Valparaíso*  
*lo siguiente*  
*Señor Comte Jefe de Marina*  
 El día 21 del presente la Emersalda ha sostenido un <sup>sangriento</sup> combate de 4 horas con el "Huascar". La Emersalda con el feabellon izado al feico de Melana fue echada a fuego al tercer ataque de espoloneo del Huascar. Han muerto el Capitán Prat, el teniente Serrano, el Guard. Marina Biquelme, el ingeniero Hijado, los terceros, mauteritos, gateros, e ingeniero Mutilla e ~~ca~~ 150 individuos de la tripulación. El que escribe e el resto de la oficialidad e tripulación fuimos rescapados del agua por los botes del "Huascar" e en la actualidad estamos prisioneros en Iquique.

*Dios que a él.*  
*Juan Uribe*

El combate de  
Punta Gruesa

FIG. 1251.—EL PARTE DEL COMBATE DE IQUIQUE. (Museo Histórico.)

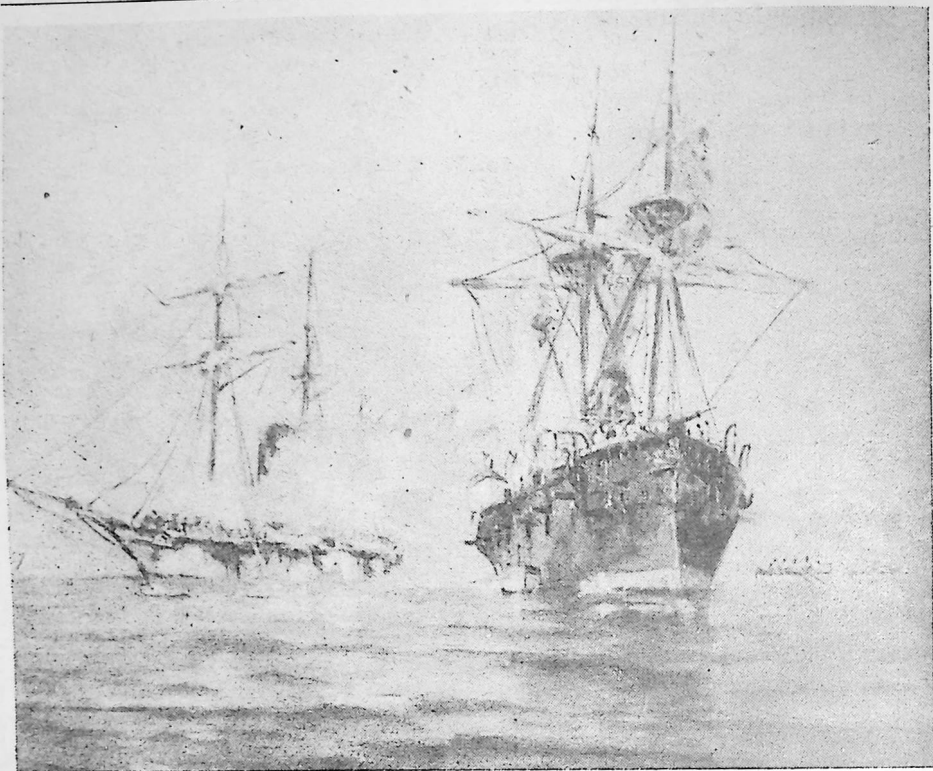


FIG. 1252.—EL COMBATE DE PUNTA GRUESA. (Oleo de Casanova Z., Museo de Bellas Artes.)

el espolón y se lanzó a toda máquina sobre el arrecife que acababa de esquivar. La "Covadonga", quedando recostada sobre la roca, con la quilla deshecha. More dijo que en ese momento habían caído heridos los timoneles. Condell retrocedió en el acto y le disparó a quemarropa seis cañonazos que destrozaron la cubierta y el casco. La "Independencia" arrió su bandera (figs. 1252 y 1254, 1256 y 1257). \* More pidió botes, y Orella (fig. 1258), el segundo jefe chileno, accedió al pedido. Pero Condell, entusiasmado, resolvió volver a Iquique en auxilio de la "Esmeralda". Eran las dos de la tarde. La corbeta hacía dos horas que estaba en el fondo del mar, y el "Huáscar" avanzaba a toda máquina en demanda de la "Covadonga". Al divisarlo, Condell comprendió que todo había concluído en Iquique y viró de nuevo al sur. Impresionado por la magnitud del desastre, Grau desistió de perseguirlo, movido por la esperanza de que fuera posible zafar a la "Independencia" y remolcarla a Iquique. Pero la catástrofe

\* Así consta en el proceso de More.

era irreparable. Recogió a More y a los pocos oficiales y marineros que quedaban a bordo y prendió fuego al casco. Finalizaba el día y con él la tensa jornada.

Las primeras e inciertas noticias se esparcieron como el rayo en el país, produciendo una enorme emoción. El pesimismo del carácter nacional prevaleció en el primer instante. El relato del hundimiento de la "Independencia" eran patrañas de las autoridades de Antofagasta para paliar la magnitud del desastre. Pronto la primera impresión fué sustituida por el reactivo no menos fatalista del fondo quijotesco: las naves chilenas se habían hundido con la bandera al tope.

El 24 la tensión era sólo compensada por la ética del ancestro. Sólo a



La noticia en Santiago

FIG. 1253.—DON CARLOS CONDELL. (Foto Museo Histórico.)

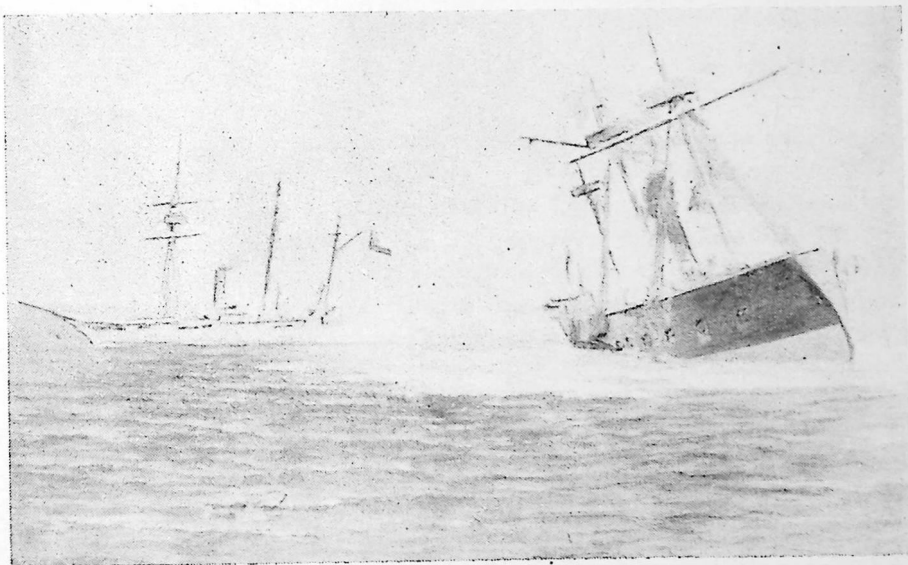


FIG. 1254.—EL COMBATE DE PUNTA GRUESA. (Oleo de Somerscales, Club Naval de Valparaíso.)



FIG. 1255.—CONDELL Y SU ESPOSA. (Foto Museo Histórico.)

Las consecuencias  
del Combate de  
Iquique

val. Gracias al heroísmo de Prat iba a salvarse también el convoy que conducía 2.500 hombres, municiones y víveres a Antofagasta. \*\* Pero la trascendencia moral del combate excedió en gran manera a la material.

El heroísmo chileno causó estupor en los peruanos de Iquique, primero, y en los directores de la guerra, después. Grau, impresionado, repitió varias veces al doctor Távara en la tarde del 21: "Doctor, ¿cómo se batían estos chilenos!" El mismo recogió la espada y las prendas que se encontraron sobre el

\* Martina Barros de Orrego: "Recuerdos de mi Vida", p. 149.

\*\* Altamirano escribía a Varas estas líneas clarividentes: "Aún no se me pasa el susto. Todo ha estado dispuesto para una gran catástrofe. "Huáscar" e "Independencia" debieron concluir en una hora con "Esmeralda" y Covadonga". En seguida, cayendo, como lo habrían hecho, rápidamente sobre Antofagasta, se habrían apoderado de todos nuestros transportes.

las 10 de la noche se conocieron detalles del heroico sacrificio de Arturo Prat y del hábil triunfo de Condell. Una irrefrenable reacción de confianza en sus destinos, que Chile no conocía desde los tiempos lejanos de Yungay, estalló en el alma nacional. La obscuridad de aquella noche lóbrega, la lluvia torrencial y la tormenta no fueron por cierto óbice para que una enorme muchedumbre recorriera la Alameda contagiada de delirante entusiasmo. "De pronto se destacó en la vereda la figura distinguida de un caballero anciano, de cabello blanco, que arrojaba al aire su sombrero y, con voz entrecortada por los sollozos, gritaba "¡Viva Chile!" Era don José Zegers Montenegro, padre de Vicente, que estaba a bordo de la "Esmeralda" y a quien suponía muerto en la contienda". \*

El Perú perdió en los combates del 21 casi la mitad de su poder na-

Después habrían incendiado Antofagasta, y en seguida, toda nuestra costa. Nos ha salvado el heroísmo de nuestros marinos, y a él mediante, un acontecimiento que debía traernos la muerte nos ha traído gloria y ventajas materiales, porque el cambio de la "Esmeralda" por la "Independencia" nos es muy ventajoso. Pero aquí, para entre nos, Dios puede cansarse de protegernos si seguimos siendo tan torpes".

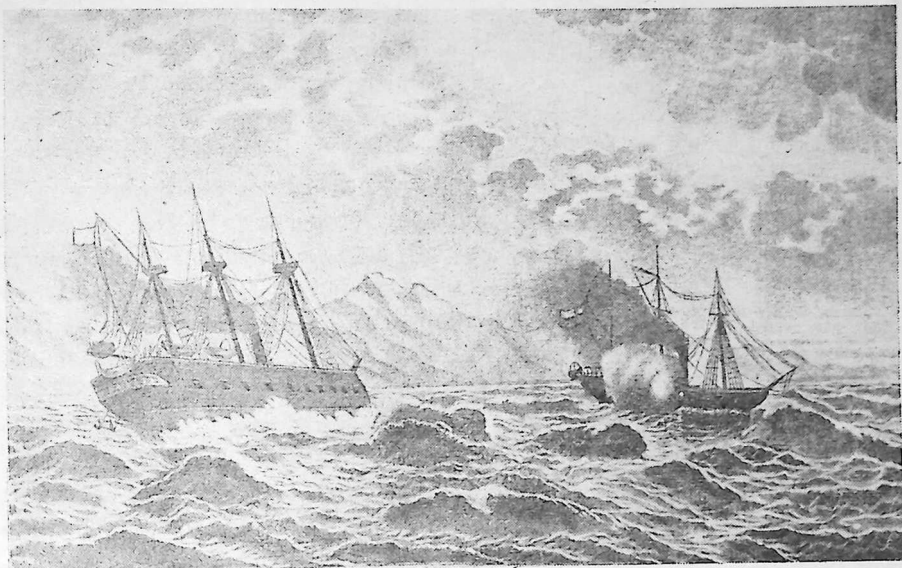


FIG. 1256.—COMBATE DE PUNTA GRUESA. (Litografía de la época.)

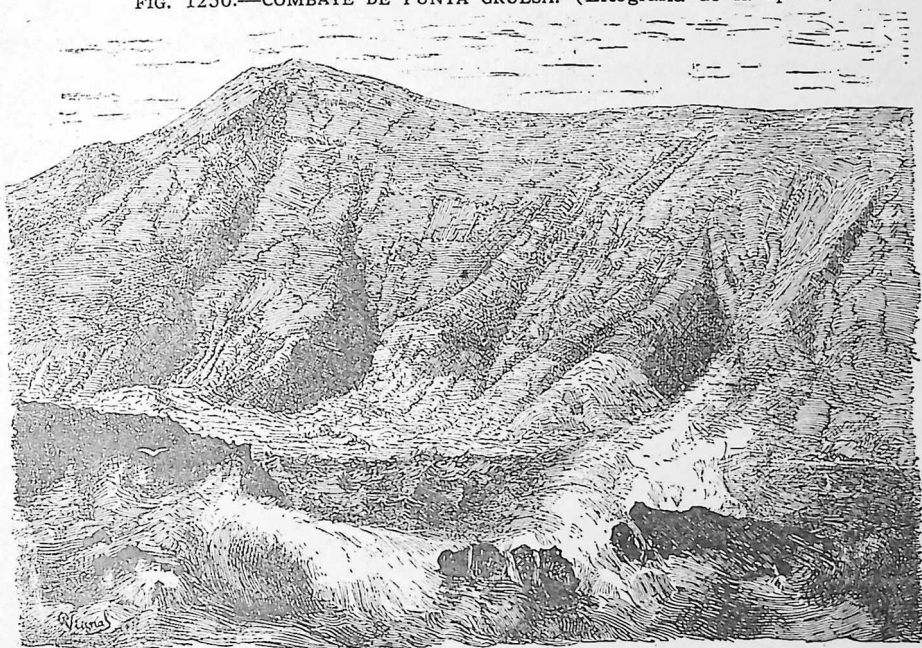


FIG. 1257.—COSTA SUR DEL PERÚ. (En Wiener: "Pérou et Bolivie", Paris, 1880.)

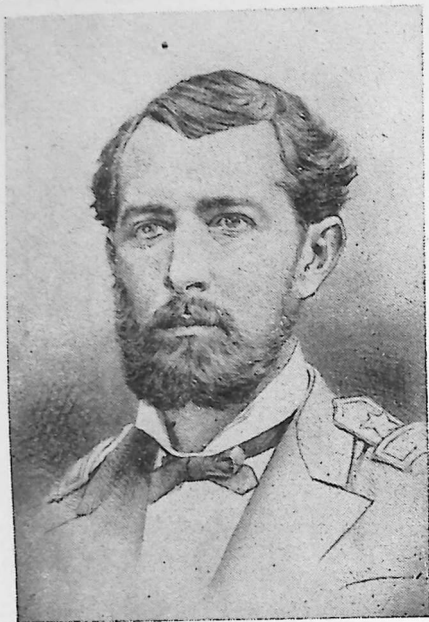


FIG. 1258.—ORELLA. (Dibujo de Rojas.)

horas y media contra una batería de tierra y un poderoso acorazado, y concluyó con su bandera al tope". Similares juicios se hicieron públicos en España, Francia, Alemania y Japón.

Pero mucho más hondo, como es lógico, fué el efecto en el alma nacional. El ejemplo de Prat engendró una consigna sagrada: "La obligación de luchar hasta la muerte, sin tomar en cuenta el poder del adversario". El alma del héroe se transfiguró en el alma del pueblo chileno.

La Guerra del Pacífico se definió el 21 de mayo en la rada de Iquique. El resto fué una carnicería inútil.

cadáver de Prat y las envió a su viuda con una carta emocionada, en la cual le dice que su esposo "fué víctima de su temerario arrojo en defensa y gloria de la bandera de su patria".

Los marinos de la fragata británica "Turquoise" hicieron extraer a sus buzos un trozo de madera de la "Esmeralda"; labraron con él una cruz y se la enviaron "al bravo comandante Condell", expresándole: "Los oficiales del buque de S. M. B. "Turquoise", admiradores del glorioso combate de la "Esmeralda" y "Covadonga", sin ejemplo en los fastos navales". El "Times", de Londres, dijo: "Este es uno de los combates más gloriosos que jamás hayan tenido lugar. Un viejo buque de madera, casi cayéndose a pedazos, sostuvo la acción durante tres

# XI

La crisis de los mandos.  
La pesadilla del "Huáscar".  
Rivalidades entre civiles y militares.  
Sotomayor y Latorre.  
La misión Balmaceda en Buenos Aires.  
El Ministerio Santa María-Sotomayor.  
Erasmus Escala.  
El combate naval de Angamos.

**A** PESAR de que el ejército chileno ocupaba Antofagasta desde hacía tres meses, ni Sotomayor ni Saavedra ni Arteaga se habían preocupado de su defensa por mar. Poco después del mediodía del 26 de mayo, el "Huáscar" hizo su aparición en el puerto. Pero, en vez de forzarlo, emprendió la caza del "Itata", que huía al sur. Como no pudiera alcanzarlo, tentó la del "Rímac", sin lograr mejor éxito. Desistió de la captura de los transportes, y a las 4.30 se encontraba de nuevo frente a Antofagasta.

El monitor disparó sobre la "Covadonga", que le contestó en el acto; sobre las baterías de tierra, que se desmontaron a los primeros disparos, y sobre los estanques de agua que abastecían la ciudad, sin causar ni recibir daños. Informado Grau de que la escuadra chilena se hallaba a la altura de Pisagua, luego de apresar dos veleros en Cobija y rellenar las carboneras en Ilo, regresó a Iquique.

El "Huáscar" e  
Antofagasta

Hemos dejado a la escuadra chilena rumbo al sur, después del fallido intento sobre el Callao. Como era de temer, desde que el "Matías Cousiño" se separó de ella, en casi todos los barcos escaseaba el carbón. Cerca de Iquique se cruzaron con el "Huáscar". El "Blanco" y la "Magallanes" iniciaron en el acto la caza. El "Cochrane" no tenía carbón. Esta vez las máquinas del monitor peruano fallaron. La persecución se inició desde seis millas de distancia, que el blindado chileno había logrado acortar a menos de cuatro, cuando Williams la suspendió... por agotamiento del combustible.

En su viaje a Ilo, el "Huáscar" pasó cerca del lugar donde cruzaba el "Matías Cousiño" desde hacía dos semanas, esperando las órdenes que Williams había olvidado darle. El transporte pudo salvarse gracias a su andar de 11 millas y a la desviación del monitor para no chocar con dos lanchas del "Matías Cousiño", largadas para aligerar la marcha, que Grau tomó por torpedos.

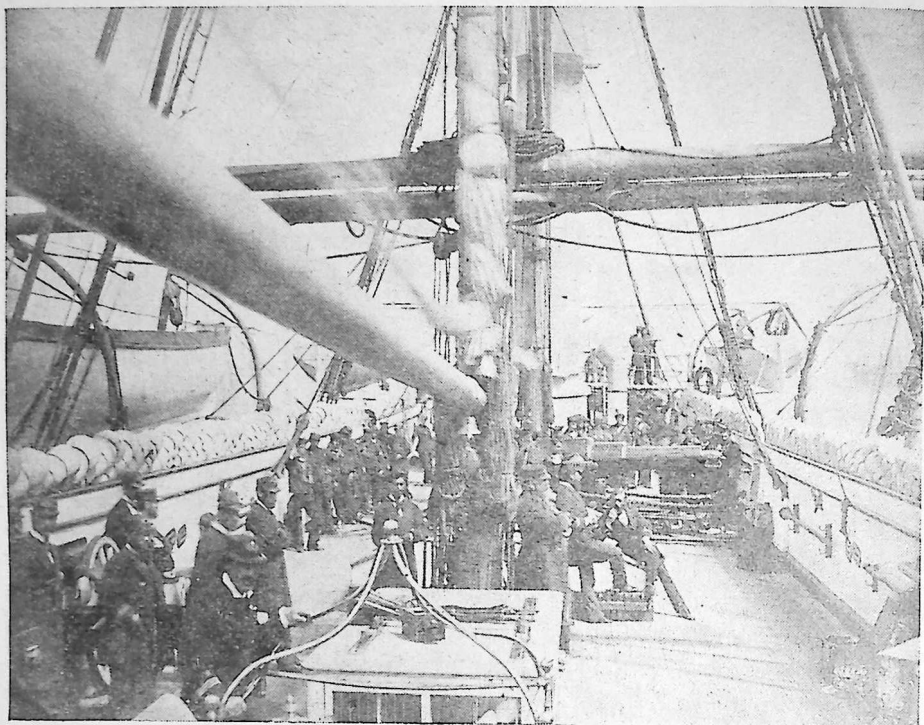


FIG. 1259.—TRIPULACIÓN DE LA "MAGALLANES". (Foto, 1879.)

El nuevo encuentro entre el "Huáscar" y el "Blanco", avistados a la altura de Huanillo el 2 de junio, se resolvió una vez más en dieciocho horas de inútil persecución. Williams confesó después que en "el largo trayecto pude notar, por segunda vez, que el andar del "Blanco" en el estado en que se encontraba era casi igual al del monitor".

Pocas veces un pueblo ha puesto sus destinos en manos de un hombre con tanta fe como el chileno en las de Williams. La cadena de sus ineptitudes provocó en todos el desencanto, primero, y la repulsa, después, por la política de destrucción de los elementos de embarque y el incendio innecesario de algunos puertos. Estas depredaciones causaron al pueblo chileno casi tanta indignación como al peruano y a los neutrales, porque las juzgaban indignas de pueblos viriles.

Los marinos jóvenes, Condell, Latorre, Montt, etc., no disimulaban su irritación con la camarilla que dominaba al almirante, pero conservaban el respeto por su antiguo maestro y su férreo sentido de la disciplina les sellaba los labios.

Por cualesquiera de estas causas, entre las que debe recordarse asimismo

La renuncia de  
Williams

su larga enfermedad, o por todas a la vez, Williams presentó su renuncia el 5 de junio. Sin embargo, por sugerencias de Sotomayor, el gobierno la rechazó. Para colmo, haciendo caudal del *leitmotiv* del almirante, es decir, la descarga de su fracaso en la intervención del gobierno, en adelante se le dejó desenvolverse solo. Como Williams no se hallaba en estado de comandar una escuadra, el alistamiento y las operaciones se paralizaron hasta su renuncia definitiva.

El 9 de julio volvió a la escena el "Huáscar" con sus fondos limpios y las máquinas flamantes. En su búsqueda del fondeadero del "Abtao", Grau dió con el "Matías Cousiño", al que disparó a boca de jarro una bala de 300 libras. Al oír el estampido, Latorre acudió a toda máquina con la "Magallanes" (figs. 1259 a 1261). Eran las dos y media de la mañana del 10 de julio. Al principio Grau creyó que se trataba del "Cochrane" e inició la fuga. Mas percatado de que era la "Magallanes", puso proa hacia ella. El fuego se abrió a 300 m. en posiciones que sólo permitían utilizar fusiles y ametralladoras. El "Huáscar" intentó tres veces espolonear a la nave chilena, mas las diestras maniobras de Latorre evitaron el choque. En una de las tentativas logró la "Magallanes" empotrar en el monitor, a 100 m., una bala endurecida de 115, que penetró el blindaje a flor de agua. La llegada del "Cochrane" puso en fuga al "Huáscar". El nombre de Latorre brilló de un extremo a otro de Chile, erigido en símbolo de la pericia, la fortuna y la victoria.

Mientras la tensión se concentraba en el mar, el Ministerio Varas había proseguido con energía el incremento y la disciplina del ejército y la organización de los servicios complementarios. Había recibido un contingente de

El combate naval  
del 10 de julio



FIG. 1260.—DON JUAN JOSÉ LATORRE. (Dibujo de Rojas, Museo Histórico.)

Reorganización  
del ejército

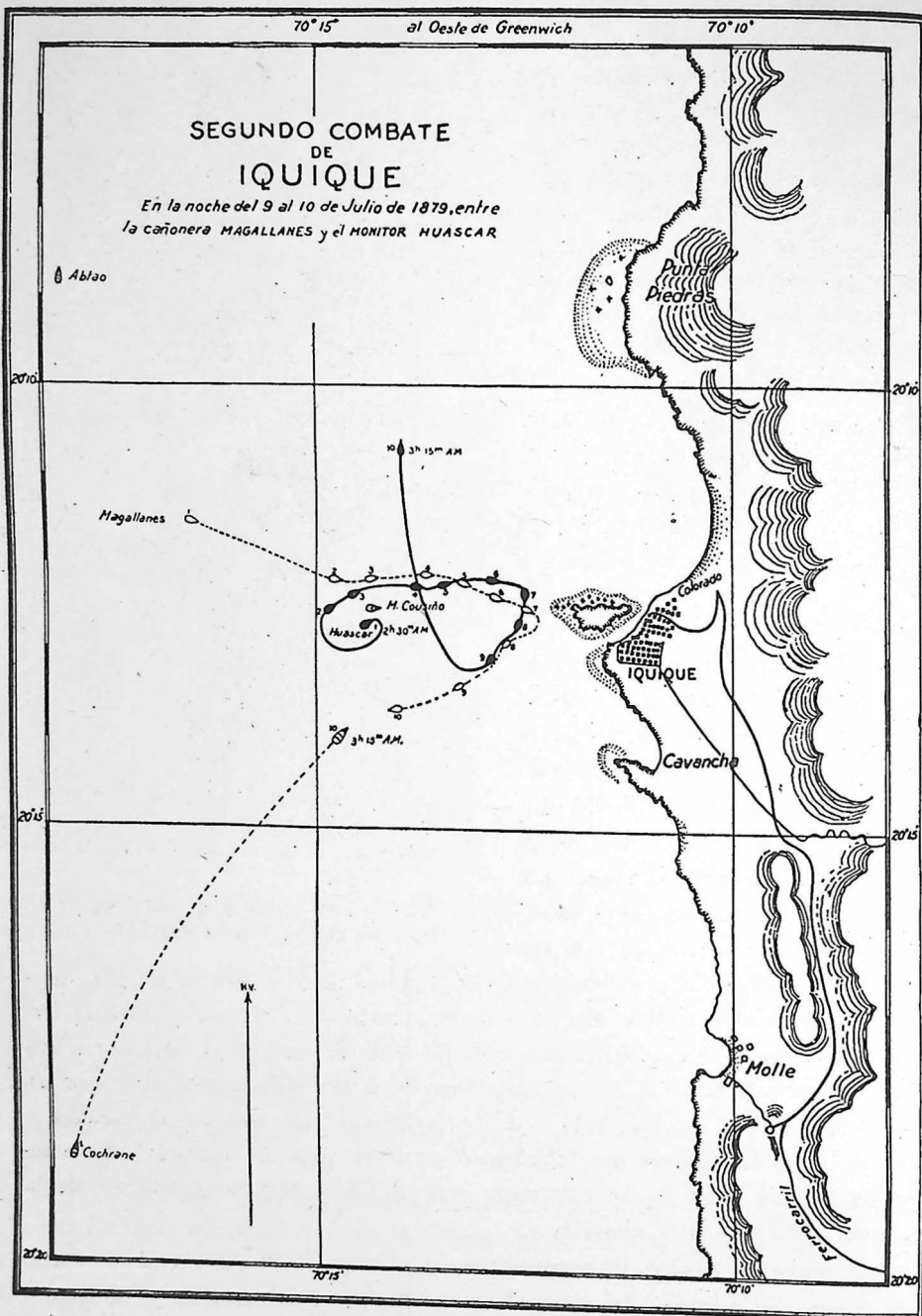


FIG. 1261.—COMBATE DEL 10 DE JULIO.

8.000 hombres y a mediados de julio contaba con 18.000 en Antofagasta y 8.000 en el sur. Con el objeto de apuntalar la senil inoperancia de Arteaga, Pinto designó jefe de estado mayor al general Villagrán (fig. 1263), el nombramiento más acertado que registra la primera etapa de la guerra. Las esperanzas que el presidente y Urrutia cifraron en él se confirmaron con creces. No sólo organizó el ejército y afirmó la disciplina de los bisoños enviados del sur, sino que controló el difícil carácter de Arteaga en una medida que nadie había supuesto posible.

Villagrán fué, además, el primer militar que captó, mucho antes que Velásquez, Lagos, Baquedano y los Dublé, la personalidad superior que ocultaban las modestas apariencias de Sotomayor.

De menores resultados fueron los nombramientos de Vergara como secretario del general en jefe y de don José Alfonso como auditor de guerra. Arteaga no aceptaba otro concurso que el de sus allegados y correligionarios.

El Ministerio Varas creó asimismo la intendencia y comisaría general del ejército y armada en campaña, confiándola a don Francisco Echaurren Huidobro. Hizo artillar, con los pocos cañones antiguos que existían, Lota, Coronel, Lebu, Talcahuano, Antofagasta, Chañaral, Caldera (fig. 1264), Coquimbo, Guayacán y Tongoy. El coronel José Francisco Gana reparó los fuertes de Valparaíso. Se encargaron a Europa dos botes lanzatorpedos, focos eléctricos, 12 ametralladoras Hotkins, 6 cañones de 70 de tiro rápido para los buques, 12 de 150 para los fuertes. Fueron adquiridos el "Amazonas" y el transporte "La Belle", que más tarde fué rebautizado con el nombre de "Angamos". Con elementos nacionales se instaló una fábrica de cápsulas de tiro Comblain con capacidad de 100.000 vainillas diarias.

Al declararse la guerra, el profesor de clínica externa de la Escuela de Medicina, doctor Nicanor Rojas, inició con un gesto simbólico la actitud unánime y noble del cuerpo médico chileno. El cuerpo médico



FIG. 1262.—DON JOSÉ FRANCISCO VERGARA. (Dibujo de Rojas, Museo Histórico.)

Médicos, profesores y alumnos se apresuraron a seguir el hermoso ejemplo. El 19 de mayo informaba Rojas al consejo de la Universidad que dos



La crisis de  
mando

FIG. 1263.—DON JOSÉ ANTONIO VILLAGRÁN. (Fotografía Museo Histórico.)

llo y le habría sido imposible pernoctar en la tienda de campaña durante las frías noches de los desiertos en los cuales debía operar. Tampoco había formado jefes divisionarios ni estado mayor que pudieran suplir su senectud. Desde joven no pudo avenirse con otros jefes. Bastaba que un ministro, funcionario o particular mantuviera la armonía con Williams para que Arteaga le declarase la enemiga.

Desde otro ángulo, distinto pero concorde, como repitiera inveteradamente en su tumultuosa vida de motines, se había revuelto desde el primer día contra el gobierno que le confiara el mando.

Paralelo a estas dificultades comenzó a tomar desarrollo un espíritu de cuerpo orientado en sentido absurdo, que iba a prolongar la guerra, a costar ríos de sangre y más de una vez estuvo a punto de acarrear desastres de pro-

\* El Dr. Rojas dirigió al gobierno la siguiente comunicación: "El que suscribe, profesor de cirugía de la Universidad, tiene el honor de ofrecer al supremo gobierno, para ayuda de los gastos de la guerra, la asignación de \$ 800 de que goza por la asistencia clínica de los hospitales. También pongo a disposición del supremo gobierno los pequeños trabajos que ofrecí al ministro de la guerra, y que creo

días después partiría al norte a servir el cargo de cirujano en jefe del ejército, con la mayor parte de sus alumnos. \*

El hospital de San Vicente de Paul se hizo insuficiente, de tal modo que fué necesario improvisar otros hospitales de sangre. La iniciativa privada acudió en auxilio del gobierno. En los hospitales mecánicos "Domingo Matte" y en el del monasterio de las religiosas agustinas se implantó por vez primera en Chile el sistema de Lister para la curación de las heridas (figs. 1265, 1266 y 1270 a 1273).

Por desgracia, un ejército tan bien organizado y poderoso dentro de la escasa densidad de población americana estaba imposibilitado de actuar por falta de comando. Sus 74 años apenas permitían a Arteaga mantenerse en el caba-

de gran utilidad, pues en ellos trato de la organización del servicio sanitario del ejército en campaña y sobre higiene militar. Además de estas pequeñas ofrendas, creo de mi deber ofrecer gratuitamente mis servicios en cualquier puesto que se me señale en el ejército del norte, o en otra parte, ya sea como médico o como ciudadano".

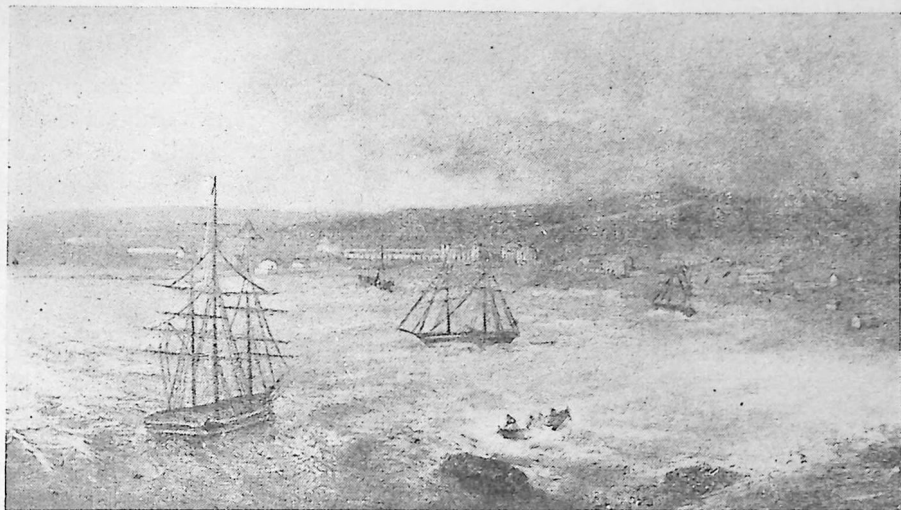


FIG. 1264.—CALDERA EN 1860. (Dibujo de Philippi.)

porciones incalculables. El gobierno había colocado cerca de Arteaga a una de las personalidades más extraordinarias que Chile ha producido: José Francisco Vergara (fig. 1262). Su golpe de vista militar como táctico y estratega ha merecido elogios de cuanto profesional europeo ha estudiado la Guerra del Pacífico, incluso Ekdahl, detractor sistemático del concurso que a ella aportaron los civiles. Pero Vergara no era militar de línea, sino teniente coronel de cívicos movilizados: un intruso, un "cucalón" que con su brillante e impetuosa personalidad amenazaba robar al modesto militar de línea el único galardón de sus largos años de pobreza, abnegado gregarismo y sacrificios: los laureles de la victoria.

La rivalidad  
entre militares  
y civiles

Poco a poco, bajo la máscara del espíritu de cuerpo, tomó incremento una rivalidad entre militares y civiles que el tacto admirable de Sotomayor logró más tarde adormecer con su actuación personal, mas no extinguir. Los brillantes oradores, políticos y magistrados juzgaban a los militares ineptos e ignorantes, y éstos les devolvieron el menosprecio con una antipatía que pronto se trocó en odio patológico. \*

\* El que después fuera general Canto, uno de los pocos que se dieron cuenta de que, sin la cooperación de civiles y militares, la campaña del Perú era imposible, decía años más tarde al autor: "Bastaba que Vergara, Urriola u otro jefe movilizado propusiera un plan o idea cualquiera, aunque fuese bueno y aun salvador de

un trance difícil, para que el elemento militar, encabezado por el coronel Sotomayor, primero, y por Velásquez, más tarde, no sólo lo rechazara, sino para que hiciese todo lo contrario, a veces comprometiendo el resultado de las operaciones y exponiendo al ejército a contrastes de proyecciones inverosímiles".

Williams y Arteaga



FIG. 1265.—DR. ALLENDE PADÍN, SUPERINTENDENTE DEL SERVICIO SANITARIO EN CAMPAÑA. (Foto Col. familia Lillo.)

su enojo con la más fina cordialidad ostensible. Santa María logró reunirlos en Antofagasta el 29 de junio. A la salida, Williams le dijo: “¿Con este general quiere usted mover el ejército? ¿Con esto va usted a pelear y piensa dar batalla? *Está viejo e imbécil.* ¿No lo ha notado usted? *Parece que no entiende lo que se le dice.*” A su vez, Arteaga dijo al ministro que “para ir a Lima era necesario un jefe *activo y valiente* en la escuadra...”

La solución de  
Varas y Pinto

El primer viaje de Santa María a Antofagasta y la insistencia del gobierno sobre la operación de Tarapacá no hicieron sino ahondar la distancia entre Arteaga y La Moneda. Por fin supo Varas aprovechar la crisis de los comandos para sugerir al presidente Pinto una solución que venía insinuándole gradualmente desde que se hiciera cargo del Ministerio: la necesidad de concentrar el alto mando en un civil o en un militar que actuara sobre el teatro de operaciones, con la suma de los poderes que la Constitución confiere al presidente de la república.

En el brillante grupo político, desde Santa María hasta Vicuña Mackenna, en el que todos se juzgaban émulos de Federico el Grande o del general Moltke, sólo había dos capaces de desempeñar el alto mando: el superintendente de la Casa de Moneda, don Rafael Sotomayor, y el teniente coronel de

En este lamentable tejemaneje de enconos, el peor era el que separaba al almirante y al general. Domingo y Justo Arteaga Alemparte encabezaron desde “Los Tiempos” y la Cámara la campaña contra Williams. Su ineptitud tenía paralizado el progreso de las operaciones. Sin capturar al “Huáscar”, nuestros transportes, aprovisionamientos y municiones estaban a merced del enemigo. El fatal viaje al Callao había paralizado la proyectada ocupación de Tarapacá, ya lista.

En menos de dos meses, el semidiós que se exaltara en Williams estaba hecho un guiñapo. Como era lógico y hasta humano, el almirante no veía en su vertiginosa caída la consecuencia de sus yerros, sino de la obra de sus detractores. La hostilidad no llegó al rompimiento definitivo, porque Arteaga cubría

guardias nacionales, ingeniero José Francisco Vergara, que iban a conducir al ejército hasta Tacna el primero y hasta Lima el segundo. El 11 de julio de 1879 se cursaba el decreto que decidía el curso de la guerra. \*

Rafael Sotomayor Baeza (fig. 1267) contaba en el momento de su designación cincuenta y seis años. Como casi todas las figuras que destacaron en la política durante el último tercio del siglo XIX, pertenecía a la excelente pléyade, en su mayoría compuesta por jóvenes provincianos, con la cual Montt desplazó del mando a la aristocracia tradicional. Secretario de la Intendencia del Maule, buscador de oro en California, juez de letras, intendente, ministro de Montt y de Pinto, había demostrado en el desempeño de sus cargos integridad y competencia.

Su firme cordura le hizo ver de inmediato que la subordinación a un solo mando era en aquellos momentos meta inalcanzable. Presentía el concierto de resistencias que iban a levantar la oposición y los aspirantes a la presidencia, y se negó a abrir los pliegos que le entregara Pinto. Dejó que cada cual participara en la medida que creyera corresponderle en la dirección de la contienda y como ministro de la guerra en campaña se consagró a la reparación de la escuadra, a crear los servicios indispensables para la guerra del desierto y a preparar con habilidad el mando de los marinos y militares en los cuales había advertido positivas aptitudes: Baquedano, Lagos, Latorre, Lynch, etc.

Entre tan múltiples actividades, canalizó su atención la guerra del desierto. El juicio histórico no le regatea el mérito de haber sido el único que logró dominar los enormes obstáculos que la naturaleza opone en estas regiones. Organizó los servicios necesarios con una inteligencia, un sentido práctico y un

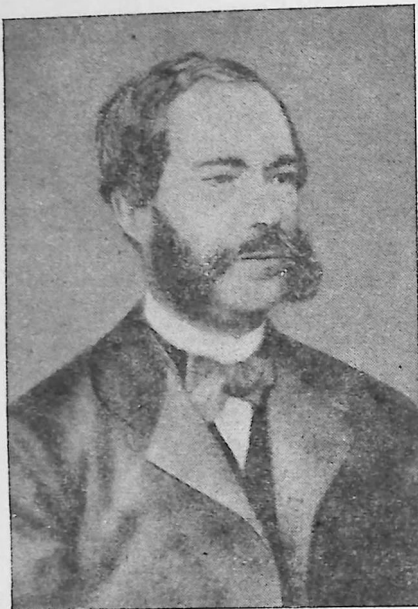
\* En la parte dispositiva decía: "1.º Nómbrase a don Rafael Sotomayor comisario general de gobierno para que, cerca del ejército expedicionario al norte y cerca de la armada nacional, ejerza durante la campaña que está para emprenderse las atribuciones de inspección y dirección su-



Don Rafael Sotomayor

FIG. 1266.—DON RÓMULO FIGUEROA, UNO DE LOS ORGANIZADORES DEL SERVICIO SANITARIO EN CAMPAÑA. (Dibujo de Rojas, Museo Histórico.)

perior que corresponden al ejecutivo, conforme a las instrucciones reservadas que le serán impartidas". El Art. 2.º establecía que todas las autoridades "darán en consecuencia cumplimiento a cuantas órdenes y disposiciones impartiera, como si emanasen del Presidente de la República".



El realista

FIG. 1267.—DON RAFAEL SOTOMAYOR BAEZA. (Fotografía, cortesía de don Carlos Peña O.)

esfuerzo tenaz que sólo se doblegó cuando su derrumbe físico, exigido en exceso, le puso brusco término en vísperas de la batalla de Tacna.

Soportando con prudencia admirable toda clase de vejaciones, logró en tal medida ganarse la admiración y el cariño de los hombres valiosos, que los conceptos de Lagos, Latorre, Montt llenarían largas páginas. El general Baquedano expresaba en su pintoresco lenguaje: "¡Sotomayor! Hombre grande. Grande. Por él todo. Ejército, país, presidente. Único grande. ¡Lo demás, no!"

Jamás actuó Sotomayor en su vida pública movido por corazonadas. Lento, realista y penetrante, organizaba paso a paso las observaciones y la experiencia adquiridas en el terreno.

Guiado por una intuición opaca pero segura y poderosa, sobreponiéndose al fracaso general de civiles y militares, encauzó la guerra por el camino que condujo a las grandes victorias. Apenas Arteaga dejara el mando del ejército, comenzó a organizar los servicios de transporte y aprovisionamiento con el concurso de Lynch, Baquedano y Bascuñán. El 30 de septiembre de 1879 estaban listos desde el acarreo del agua y del forraje hasta el último detalle para un ejército de 10.000 hombres.

Todo esto lo realizó a costa de innúmeros sacrificios, convertido en el blanco de todas las calumnias, de la maledicencia y de improperios sin cuento.

Arteaga renuncia

A la vez que operar sobre Tarapacá, el consejo de ministros acordó que Santa María se dirigiera de nuevo a Antofagasta para concertar con Arteaga los últimos planes. Al regresar de su primer viaje, el futuro presidente había dicho: "Tenemos una escuadra sin almirante y un ejército sin general". La frase lapidaria había llegado a oídos del afectado, de suerte que no esperó el choque para presentar la renuncia. Fué sustituido en calidad de interino por el general Escala, del que decía Santa María: "No se me ha presentado como un obstáculo, sino como facilidad, pero sin que se me pueda ocultar, a pesar de ello, que está muy abajo de la empresa que se le encomienda".

El acarreo de materiales y tropas, y el tráfico, en fin, entre Valparaíso y

Antofagasta, veíanse de nuevo amenazados con la reparación de la "Unión" y la "Pilcomayo". La necesidad de proteger la llegada de pertrechos por Magallanes desguarneció el norte. Mas antes de que tal desplazamiento de la escuadra se produjera, el desgobierno había causado su primera víctima.

Los transportes "Rímac" y "Paquete del Maule" debían trasladar tropas de Valparaíso a Antofagasta. Se aplazó la salida y se ordenó al "Cochrane" que tomara el rumbo de ambas naves mercantes. Por un telegrama publicado en "El Atacama" de Copiapó, Grau supo de la salida exacta y probable llegada y se colocó al acecho con la "Unión" y el "Huáscar". Al divisar humo, el "Rímac" se acercó, hasta que, reconociendo a la "Unión", a unas cuatro millas, viró a toda máquina hacia el poniente. Al cabo de cuatro horas, la "Unión" había acortado la distancia a 600 millas, cuando apareció el "Huáscar". Se izó bandera blanca de rendición. Los soldados arrojaron sus armas y la carga que pudieron al mar. El "Huáscar" se adueñó del "Rímac" con 240 soldados, los caballos y toda la carga que no estaba en cubierta, y, lo que es peor, la correspondencia del gobierno para el general en jefe. Por ella supo Prado de los nombres y la fecha de llegada a Punta Arenas de los vapores que venían de Europa cargados con armas, municiones y pertrechos.

La pérdida del  
"Rímac"

Al confirmarse en Santiago, luego de cinco días de angustiosa incertidumbre, la captura del transporte, se produjo la explosión más peligrosa, tal vez, contra el gobierno que registra la historia de la guerra. La multitud se apelo-tonó frente a los balcones de Pinto y la guardia parecía fraternizar con ella. El ministro de la guerra, Urrutia, apedreado a las puertas del Senado y vejado por Vicuña Mackenna en la sesión, renunció indeclinablemente. Altamirano y Echaurren tuvieron asimismo que abandonar sus puestos. Los reemplazaron el almirante Goñi (fig. 1268) y Vicente Dávila Larraín (fig. 1269).

Varas supo aprovechar el momento para dictar un decreto que prohibía a las oficinas del telégrafo comunicar los telegramas sobre los movimientos de transportes y demás noticias que pudieran servir al enemigo. La opinión toleró el decreto, pero la reserva nunca fué completa. Hasta la caída de Lima, el gobierno peruano estuvo informado por la prensa chilena de todo lo que necesitaba saber.

La censura del  
telégrafo

Los acontecimientos señalados hacían cada vez más difícil la posición de Williams. A la pérdida del fervor colectivo se añadió en el almirante la conciencia tardía de que el estado del material no le permitiría rehabilitarse. El ascenso de Condell, a raíz de Punta Gruesa, le supo acíbar. El 2 de agosto levantó el bloqueo de Iquique y regresó a Antofagasta para presentar la renuncia y la de su estado mayor.

Renuncia definitiva  
de Williams

El almirante Williams no necesita de acomodos históricos. Sus aptitudes

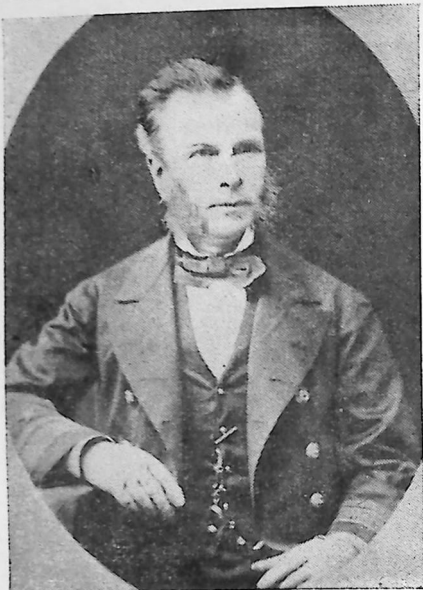


FIG. 1268.—ALMIRANTE GOÑI. (Foto Museo Histórico.)

eran las del maestro y no las de almirante en jefe de una flota en tiempo de guerra. La circunstancia lo había colocado en un escenario inadecuado a sus positivas virtudes. No triunfó personalmente, pero triunfó en sus alumnos, pues hijos suyos fueron el espíritu del deber y la pericia de la oficialidad joven de la marina chilena. Creó algo más difícil y duradero que la alta capacidad de comando, expuesta al revés de una bala o una dolencia, cual fué quizás el caso de Williams: creó una tradición en la que se hermanaron la alta capacidad con el cumplimiento inflexible del deber y el espíritu de sacrificio. Montt, Prat y dos o tres más entre sus alumnos, colocados indiferentemente a la cabeza de la escuadra, la habrían conducido al triunfo, tal como lo hizo Latorre.

Williams no fué el vencedor, pero fué uno de los principales forjadores de la victoria.

Cambio de política  
hacia Bolivia

Las vicisitudes de la guerra, centrada contra la mayor potencialidad del Perú, habían sugerido en el presidente y en Santa María un cambio de actitud hacia Bolivia. "La solución más satisfactoria de la cuestión en que nos hallamos comprometidos sería una alianza con Bolivia, tomando ésta los departamentos del sur del Perú y dejándonos hasta el Loa"... Daza fingió prestar oídos a la sugestión, y cuando tuvo en su poder todos los documentos que deseaba, incluso la designación de Eusebio Lillo como plenipotenciario para finiquitar el pacto, los dió a conocer al gobierno peruano y envió los originales a Buenos Aires para convencer al gobierno argentino de la mala fe chilena e instarlo a intervenir en la guerra para su futura seguridad.

La misión  
Balmaceda en  
Buenos Aires

Desde que estallara el conflicto, la actitud de allende los Andes se había convertido en pesadilla para el gobierno y los dirigentes chilenos. Y con el objeto de aclararla y exigir la ratificación del pacto Fierro-Sarratea, Pinto envió en misión especial al diputado por Carelmapu y más tarde presidente de la república, José Manuel Balmaceda. El plenipotenciario salió de Santiago el 19 de marzo de 1879, con Adolfo Carrasco Albano y Guillermo Puelma Tupper como secretarios y con su hermano Ramón y Cornelio Saavedra Rivera como

agregados, muy vinculado el último con las esferas oficiales de Buenos Aires.

Los enviados encontraron un ambiente hostil por completo a Chile. Pero la Argentina estaba casi desarmada en el mar y las relaciones con el Brasil no habían mejorado. Si las provincias entraban en la guerra, no era probable que el Imperio lo hiciera, mas tampoco era segura su neutralidad. El gobierno de Buenos Aires optó por obtener pacíficamente la solución perseguida, guardando en la forma respeto por el representante chileno y presionándolo en el fondo con la amenaza de intervención. Fruto de esta última actitud fué la negativa a declarar la neutralidad, el envío de la escuadra a Río Negro, como amago de Magallanes, y el afianzamiento de la

posesión hasta esta línea, elevando los efectivos del ejército expedicionario de 1.000 a 5.000 hombres y, más tarde, a 9.000. No llegó a realizarse la expedición a Magallanes, pero toda la zona cordillerana de la Patagonia, ocupada por estancieros y subdelegados chilenos, quedó sometida a la soberanía argentina.

Para Balmaceda el problema era, no ya el reconocimiento del pacto Fierro-Sarratea, sino impedir la declaración de guerra de la Argentina. El 8 de abril pidió la declaración de neutralidad, lo que ponía al gobierno de Avellaneda, empeñado en evitar la guerra, en la disyuntiva de declararla en el acto o caer arrastrado por la exaltación belicosa ambiente. Se realizaron gestiones privadas y contribuyó a rectificar el traspie la entrada de Santa María en la cancillería, diez días más tarde, al recomendar a Balmaceda que no insistiera en la declaración de neutralidad. Para dirigirlo mejor, el 21 le ordenaba "abstenerse de todo procedimiento y aguardar instrucciones".

Sin embargo, la euforia bélica del nuevo canciller alarmó a Avellaneda, que propuso un nuevo *modus vivendi*, aceptado por el gobierno chileno y firmado en Buenos Aires el 3 de junio. La cuestión de límites quedaba aplazada por diez años. Entre tanto, "la Argentina ejercerá jurisdicción en el mar



FIG. 1269.—DON VICENTE DÁVILA LARRAÍN. (Foto Museo Histórico.)

Ocupación  
militar de la  
Patagonia

El *modus vivendi*  
del 3 de junio

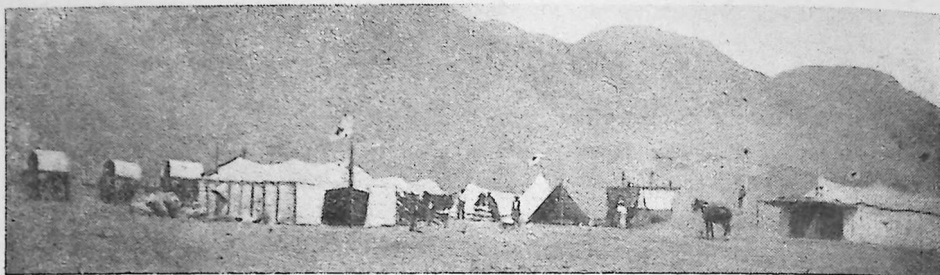


FIG. 1270.—HOSPITAL DE SANGRE EN ANTOFAGASTA. (Foto, 1879.)

y costas del Atlántico e islas adyacentes; y la República de Chile, en el mar y costas del Estrecho de Magallanes, canales e islas adyacentes”.

Pero el Senado argentino rechazó el *modus vivendi*. Balmaceda se retiró de Buenos Aires. Su misión no influyó ni podía influir en la neutralidad argentina. Era tácito el acuerdo “de no ir a la guerra hasta que llegasen los acorazados que se iban a encargar y Argentina afianzase en el mar la superioridad sobre Chile”.

La misión  
Lastarria  
en Brasil

Desde 1873, por abulia o por temor a complicaciones exteriores, Chile había rehuído el acercamiento propuesto por el Brasil. Incluso se había suprimido la legación en Río. En abril de 1879 se acordaba “acreditar una legación de primer orden cerca del emperador del Brasil” y se designaba para el cargo a Lastarria.

Los hábiles políticos fluminenses disimularon con arte las injurias que Lastarria había lanzado otrora contra el “Imperio negrero” y “S. M. Pedro el Chico”. Por cierto, Lastarria no logró ningún pacto, pero fué ayudado de manera cordial en cuanto a los tejemanejes de la política diplomática continental. La misión de Godoy en Colombia dió al traste con su prisión en el Callao, pues al tocar en el puerto el vapor de la carrera, el plenipotenciario y su séquito fueron extraídos a viva fuerza del buque neutral y encerrados como reos ordinarios.

La posición  
internacional  
ante el conflicto

Al estallar la Guerra del Pacífico, Europa y América daban por descontado el triunfo de la alianza Perú-boliviana. El desequilibrio aparente era enorme. Esta circunstancia inducía a suponer que las simpatías de América, salvo la Argentina, reaccionarían del lado chileno, por la tendencia ancestral a inclinarse del lado del más débil. No ocurrió así. El Uruguay siguió tibio las aguas de su gran vecina del sur. El Ecuador, Colombia y Venezuela se pronunciaron por el Perú, y en Centroamérica la admiración se trocó en entusiasmo. Costa Rica le suministró 5.500 rifles con sus municiones, y las auto-



FIG. 1271.—HOSPITAL DE SANGRE EN ANTOFAGASTA. (Foto, 1879.)

ridades de Panamá acarrearon el material bélico adquirido por los aliados en Estados Unidos.

La explicación es simple. El temperamento y el carácter hispanoamericanos fueron siempre más afines con los del Perú que con los de Chile. La misma causa que acerca el chileno al europeo lo separa de sus hermanos de la América ibera. Sobre esta urdimbre ya dispuesta, la activa y sutil diplomacia peruana tejió fácilmente su trama. El convencimiento de que Chile era un país imperialista y conquistador, un peligro para todo el continente sur, iba a durar lo que el segundo destello que aureoló a Chile entre 1880 y 1900.

El gobierno de Estados Unidos interpuso sus buenos oficios con el objeto de poner término a la guerra mediante sus ministros en Perú, Bolivia y Chile. El ministro en La Paz, Mr. Pettis, llegó a acuerdo con Doria Medina para la cesión a Chile de todo el litoral desde el grado 23, por arbitraje simulado, a cambio de una indemnización en dinero. El Perú también aceptó sus buenos oficios. Chile transó en cuanto a la proposición boliviana, pero se negó a negociar con el Perú. Bolivia, por su parte, manifestó que no podía tratar independientemente de su aliado, y con esta declaración se puso término a las gestiones.

La mediación  
norteamericana

La adquisición de armas y municiones se centralizó en la legación de Chile en París en la persona de Alberto Blest Gana. Los agentes peruanos no pudieron impedirla, si bien anunciaban la salida de los vapores que las conducían. La buena fortuna les permitió llegar a su destino. El aprovisionamiento del Perú se hizo principalmente desde Estados Unidos, vía Panamá, con la tolerancia del gobierno. Al finalizar el mes de julio, Perú y Bolivia habían recibido entre 15 y 20.000 rifles, 2 botes torpederos, 6 cañonés Krupp de 6 cm., ametralladoras, proyectiles, etc., despachados en gran parte como máquinas trilladoras.

Los  
aprovisionamientos

Cuando Varas, ante las exigencias de Pinto y la presión de Montt, aceptó las responsabilidades del Ministerio del Interior en abril de 1879, hizo ver al presidente las reacciones que provocaría su persona en los bandos políticos,

Una intriga  
contra Varas

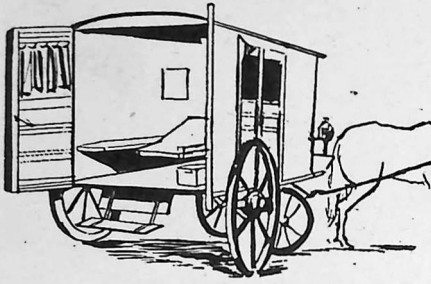


FIG. 1272.—AMBULANCIA, 1879. (Dibujo de Rojas.)

no obstante su propósito de prescindir de las luchas internas, consagrarse por entero a ganar la guerra y volver después a la vida privada.

Reforzaba el terror a la "amenaza montt-varista" el exceso de personalidad del ministro. Entre los liberales no sólo tenía la enemiga latente de los aspirantes a la presidencia, es decir, de todos los dirigentes del partido, sino también la activísima del grupo de Prats. Los

conservadores, aparte de su odio tradicional a Varas, estaban heridos por su exclusión del gabinete en un momento en que debían aunarse todas las voluntades. Los radicales no eran hostiles al Ministerio, pero tampoco mostraron grandes empeños en defenderlo.

Al principio, este concierto de resistencias, que ningún gabinete podía soportar durante mucho tiempo, aparecía sofrenado por dos factores: el enorme prestigio de Varas y la gravedad del momento internacional. Mas con las primeras lizas el panorama cambió por completo. En Punta Gruesa el Perú perdió la mitad de su poder naval. El combate de Iquique había demostrado un temple nacional que nadie fuera de Chile sospechaba. La Argentina estaba decidida a ganar sin lucha la Patagonia y Chile a cedérsela. Había 18.000 combatientes disciplinados. Las armas y las municiones venían en camino. En el haber de la herencia de Varas figuraban el triunfo cierto, los honores, la presidencia de la república y la gloria eterna.

A estas alturas entró en escena el senador José Manuel Encina, del que sus contemporáneos decían de consuno que cuando el presidente Errázuriz Zañartu, tenido por el político chileno más astuto de todos los tiempos, iba de ida, don José Manuel venía de vuelta. La trama de los enredos de que se valió para lograr su propósito llenaría largas páginas, inadecuadas en un resumen. Encina, pronunciado por Santa María, no veía el rival en Varas (habida cuenta de las razones expuestas en el párrafo anterior) sino en el general vencedor, apoyado por los conservadores y por la dirección popular de la guerra. Poniendo como pantalla a Prats, se befó al ministro de la guerra, general Basilio Urrutia. Este y Huneeus renunciaron. La acción se concentró en la figura del presidente. Encina formuló en el Senado ocho preguntas que entrañaban la exigencia de explicaciones sobre el fracaso de la escuadra y la inmovilidad del ejército. Vicuña Mackenna pidió datos sobre las compras de carbón, procedente de las minas de que era accionista don Aníbal Pinto. Aun-

Don José  
Manuel Encina

que la sesión fué secreta, por todo el país se difundió la noticia de que el poco andar de las naves se debía a la mala calidad del carbón que se compraba para favorecer los intereses del presidente de la república. A pesar de que la interpelación falló a la mayoría que Encina creía haber reunido, Varas presentó su renuncia.

El 20 de agosto quedaba constituido el nuevo Ministerio:

Interior: Santa María.

Relaciones: Miguel Luis Amunátegui (jefe de uno de los seis grupos liberales).

Justicia: José Antonio Gandarillas (uno de los jefes de los liberales errazuristas).

Hacienda: Augusto Matte.

Guerra y Marina: Rafael Sotomayor Baeza.

La historia ha reconocido en Varas, además de su prodigiosa labor al lado de Montt, su gloria como uno de los pilares fundamentales de la victoria en la guerra del 79:

El Ministerio Santa María nació de tres acuerdos expresos y uno tácito: 1.º Rechazo del concurso ofrecido por los conservadores; 2.º Santa María y los suyos allegarían todo el apoyo de que fueran capaces para afirmar el tambaleante sillón presidencial, y 3.º La dirección de la guerra quedaba a cargo exclusivo de Sotomayor. La cláusula sobreentendida era la libertad para que Santa María preparara la candidatura presidencial como le pluguiese. El gabinete nació en nombre de la necesidad nacional de un grupo homogéneo, compuesto por miembros de una sola familia política, que imprimiese actividad a la guerra. En realidad, estaba compuesto de tantos grupos como miembros. El único al margen de los bandos era Sotomayor. La unidad sólo había sido un velo ideado para cubrir el rechazo de los conservadores y la eliminación de los radicales.

Por desgracia, Sotomayor quedó eliminado de la alta dirección estratégica de la guerra. Hubo de resignarse, en consecuencia, a encuadrarla en el marco que le impusiera el acuerdo del gobierno y de los comandos naval y militar. Aunque se le había provisto de amplísimos poderes, resolvió no sólo prescindir



FIG. 1273.—AMBULANCIA, 1879. (Dibujo de Rojas.)

El Ministerio  
Santa María-  
Sotomayor

Santa María  
asegura su  
elección

Reparaciones  
en la escuadra



FIG. 1274.—DON GALVARINO RIVEROS.  
(Foto, Museo Histórico.)

dir de ellos, sino circunscribir la marcha de las operaciones al criterio del gobierno, con el objeto de que sus miembros pudieran hacerse la ilusión de ser ellos los directores y él un simple ejecutor de sus órdenes. Esta sabia y sagaz determinación le permitió actuar a modo de filtro: ejecutaba los acuerdos sensatos y oportunos y eludía con disimulo los desatinados, sin oponerse a ellos de frente.

Mientras Sotomayor dirigía en el norte la reorganización general de las fuerzas armadas y Santa María atendía en Santiago la marcha del gobierno, Gandarillas y Vicente Dávila Larrián, sucesor de Echaurren en la intendencia del ejército, se consagraron en Valparaíso a la reparación de la escuadra. A mediados de septiembre estaba listo el "Cochrane". Luego de

recorrer con buzos los fondos y repararse las máquinas, que se hallaban en estado calamitoso, quedó en condiciones de rendir 12 millas por hora. Se efectuó, también, el cambio de las calderas de la "O'Higgins" y la "Chacabuco", dispuesto por el Ministerio Varas, y se artilló y transformó el "Loa".

La falta de personal competente no permitió reacondicionar en tan buenas condiciones el "Blanco", que sólo rendía, después de sus arreglos en Mejillones, nueve millas escasas.

Erasmus Escala

El general Erasmus Escala había sido uno de los más bravos y pundonorosos oficiales y, más tarde, bizarro comandante de regimiento. Pero carecía, también en grado heroico, de las condiciones necesarias, no ya para idear un plan de campaña, sino para realizar la más sencilla operación militar, sin correr el riesgo de perderse por falta de "ocurrencia", como en aquel entonces se decía.

Santa María se propuso colocar al frente del ejército a una entidad meramente decorativa, un general querido de los soldados, que no irritaba a ningún jefe, porque a nadie hacía sombra. Pero no contó con que Escala seguía impermeable al transcurso del tiempo y que cedía siempre al consejo postrero del que le caía en gracia. La influencia de Vergara iba a ser no sólo intermitente, sino supeditada a la del último advenedizo.

El nuevo general en jefe comenzó por prescindir de todos los servicios que

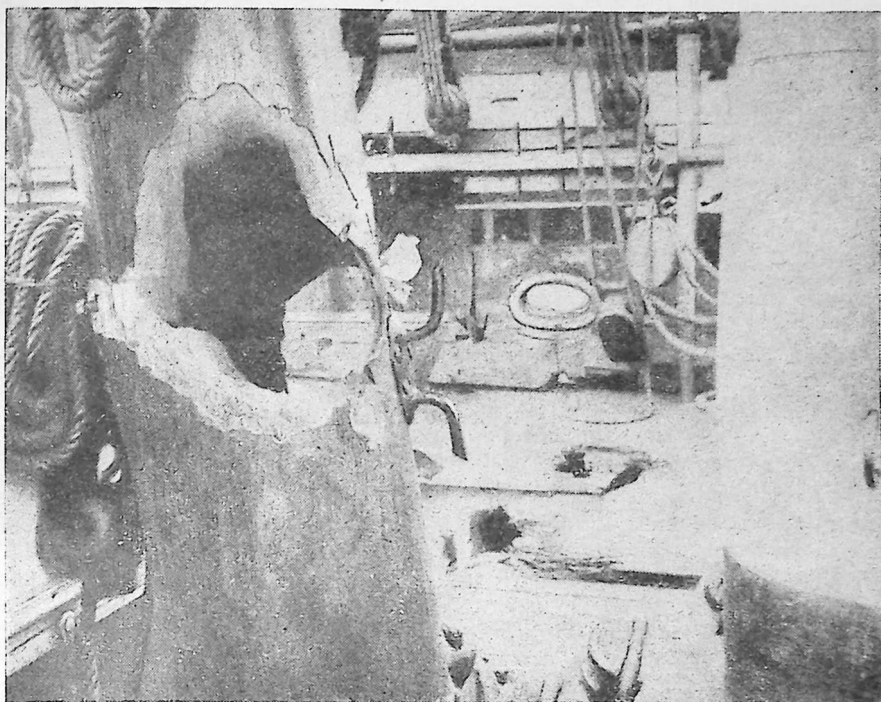


FIG. 1275.—AVERÍA DEL "ABTAO", EN EL COMBATE DE ANTOFAGASTA. (Foto, 1879.)

habían creado Sotomayor, Arteaga y el gobierno. El estado mayor, el aprovisionamiento, parque, etc., eran otros tantos desacatos a su autoridad. Cuando el coronel Sotomayor le habló de formar divisiones o brigadas, la novedad lo indignó. Por lo demás, el coronel Sotomayor, jefe del estado mayor, era de carácter tan difícil como prudente y conciliador su hermano, el ministro de la guerra. Desde la partida, su entendimiento con Escala era imposible.

Con todo, una nueva renuncia del general en jefe habría afectado no poco a la disciplina del ejército, bastante resentida. Don Rafael Sotomayor decidió, por tanto, conservar a Escala como entidad decorativa y cargar con todo el peso de la campaña.

Los acontecimientos internos chilenos y la imposibilidad de adquirir nuevos buques hicieron concebir a Prado un complejo plan de operaciones navales, muy celebrado por su audacia, pero que, en el fondo, era hijo de la desesperación.

En la noche del 24 al 25 de agosto se hallaban en Antofagasta el "Abtao", con sus máquinas desarmadas, los transportes "Limarí" y "Paquete del Maule"

El plan de  
operaciones

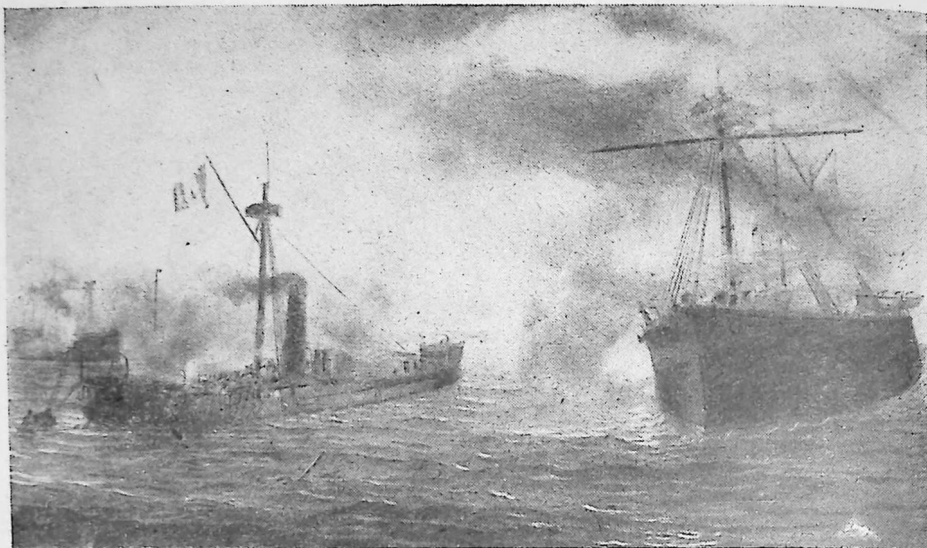


FIG. 1276.—COMBATE DE ANGAMOS. (Oleo de Somerscales, Museo de Bellas Artes.)

y la corbeta "Magallanes", que hacía la ronda. Grau logró penetrar en el puerto burlando la vigilancia de la corbeta. Pero en tierra advirtieron la presencia del "Huáscar" y en el acto se prepararon las baterías. El intento de torpedear el "Abtao" falló al descomponerse la dirección del artefacto, y al clarear se dirigió al sur.

Nuevas  
incursiones  
del "Huáscar" en  
Antofagasta

Luego de afortunadas correrías, regresó a Antofagasta, sabedor de que los blindados chilenos no estaban en el puerto. La puntería de los nuevos artilleros ingleses contratados por el gobierno peruano era excelente. Dos disparos del "Huáscar" cayeron en la cubierta del "Abtao", averiándolo (fig. 1275), no obstante lo cual la nave chilena no dejó de disparar. En la noche llegó el "Blanco", al mando de López, con tanto atuendo de sirenas y cohetes de luces para no chocar con los mercantes, que Grau lo identificó de inmediato y pudo huir al norte.

Luego de largas disputas, durante las cuales se pretendió dividir la escuadra en dos fracciones independientes, en los últimos días de agosto se transfirió el mando del "Cochrane" a Latorre, con la oficialidad que él seleccionara, con el objeto de acabar de una vez con la pesadilla del "Huáscar", y nombrando almirante de la escuadra al capitán de navío Galvarino Riveros (fig. 1274), que sumaba a la antigüedad la inexperiencia y la ineptitud. Santa María lo había calificado "del más infeliz de los mortales". Sin embargo, con su fe ciega en los asesores, puso a su lado, con el cargo de secretario, al autor de la Canción Nacional, el poeta Eusebio Lillo.

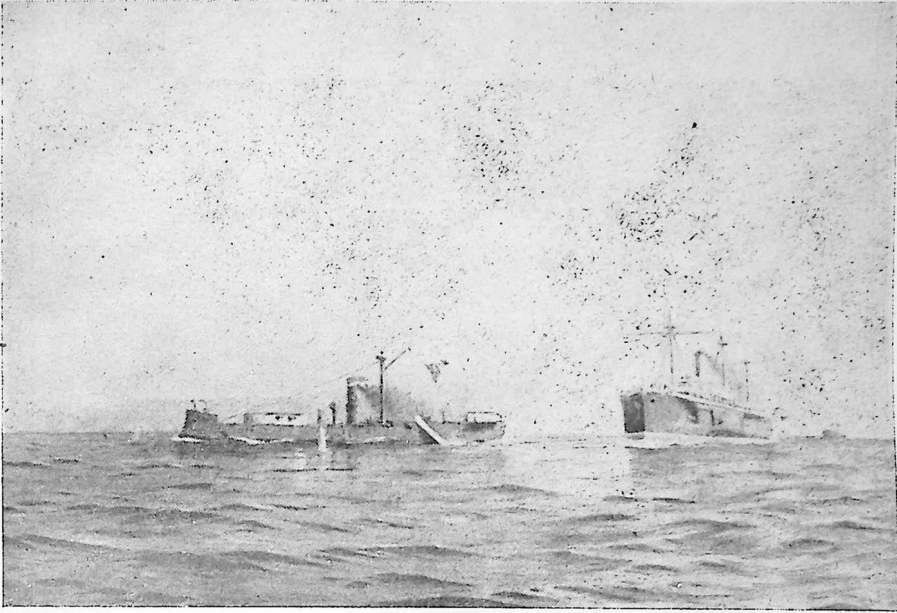


FIG. 1277.—COMBATE DE ANGAMOS. (Oleo de Casanova Z., Club Naval de Valparaíso.)

Nadie paró mientes en Riveros. En cambio, la designación de Latorre Latorre produjo una sensación de alivio de un extremo a otro del país. Juan José Latorre y Benavente (figs. 1260 y 1283) \* pertenecía al brillante grupo de oficiales formado por Williams Rebolledo. Pocas veces se han reunido en un hombre tales dones de mando, pericia táctica, sagacidad estratégica, presencia de ánimo, rápido golpe de vista, audacia consciente y ecuanimidad.

Al fin el gobierno elaboró un plan inmediato. El 27 de septiembre se celebró en Antofagasta un consejo de guerra para ponerlo en práctica. Los objetivos inmediatos eran hundir el "Huáscar" a cualquier precio, incluso protegido por las fortificaciones de Arica, e invadir Tarapacá. En la madrugada del 2 de octubre la escuadra partió al norte y el 3 se estacionó a la altura de Arica. Algunos pescadores capturados confirmaron la salida del "Huáscar" y la "Unión". En la bahía no quedaba otro buque de guerra que la "Pilcomayo". Grau acababa de partir hacia los puertos del norte chileno. No bien hubo confirmado la noticia, Sotomayor concibió el plan que condujo al combate de Angamos. Santa María lo aprobó en todas sus partes.

El 7 Riveros salió de Mejillones con la orden de cruzar toda la noche al La persecución suroeste de Antofagasta "para perseguir a los buques enemigos hacia el norte del "Huáscar"

\* Santiago, 25 de marzo de 1846 - Viña del Mar, 9 de julio de 1912.

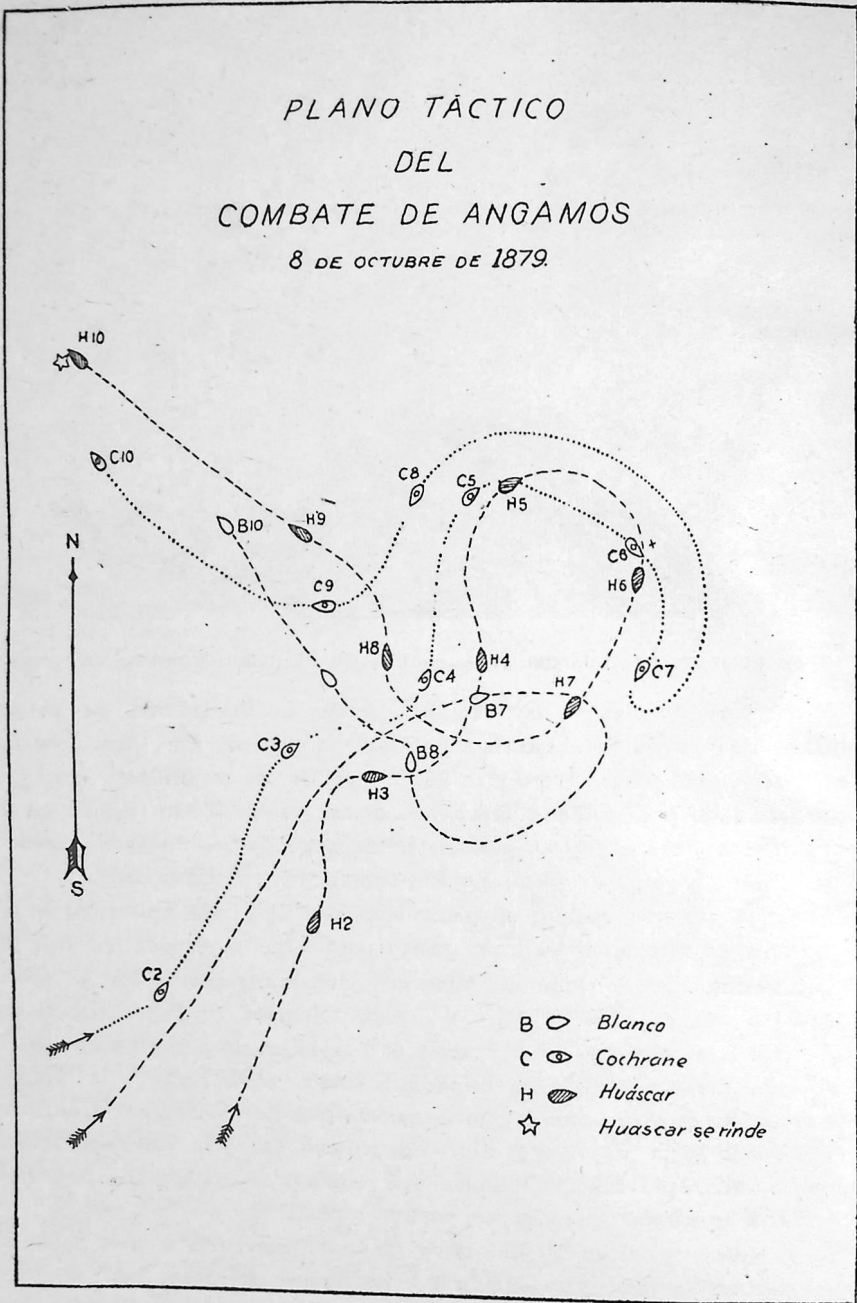


FIG. 1278.—EN GARCÍA CASTELBLANCO.

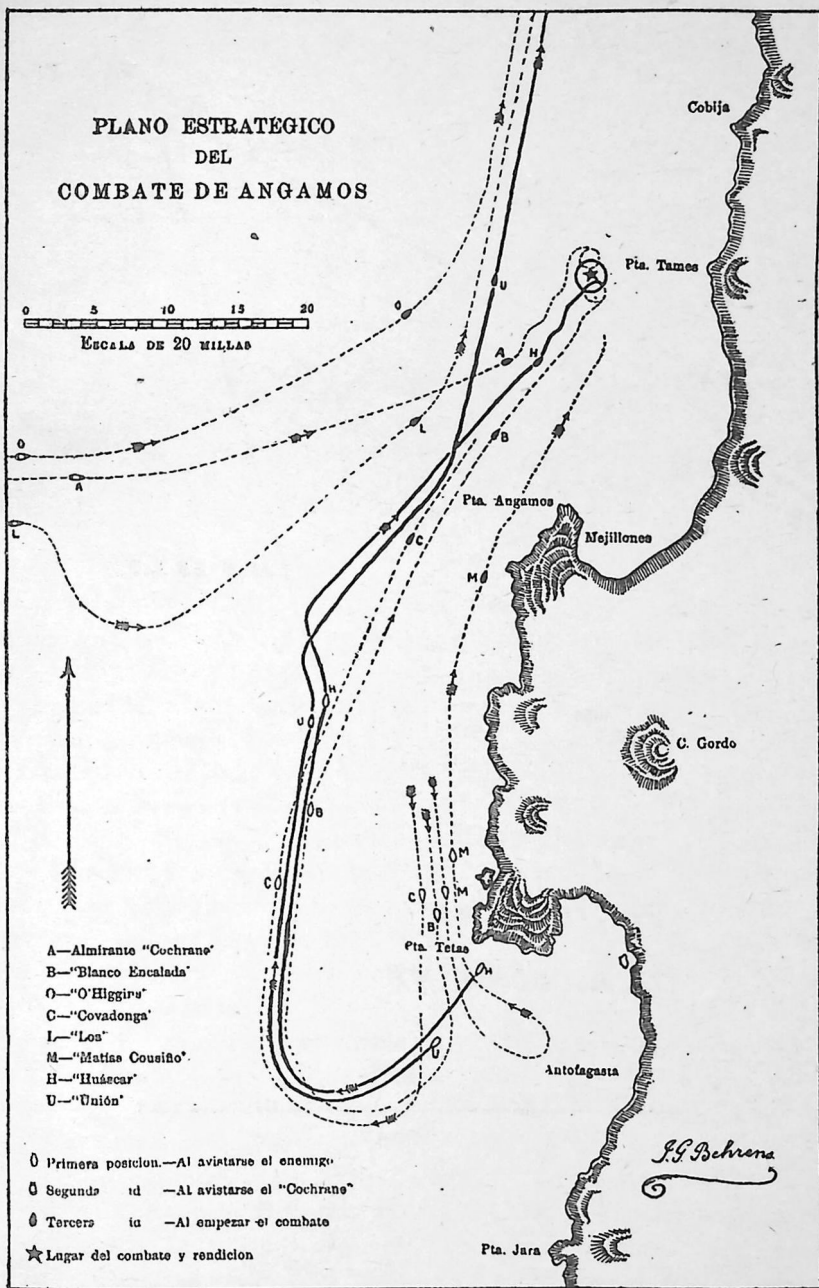
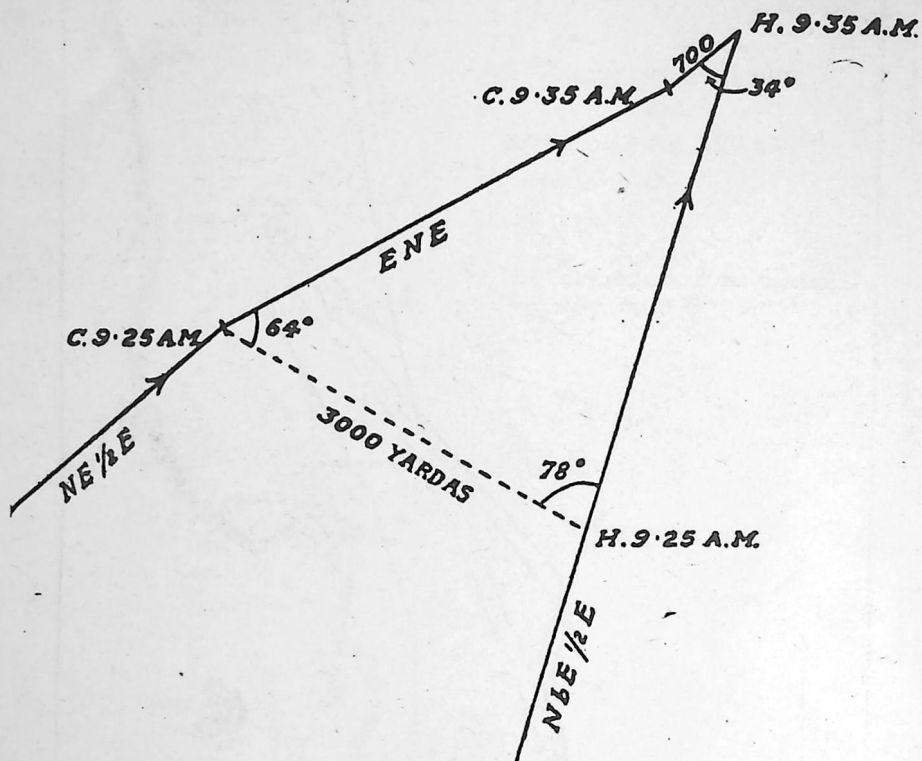


FIG. 1279.—EN GARCÍA CASTELBLANCO.



H. HUÁSCAR

C. A. COCHRANE

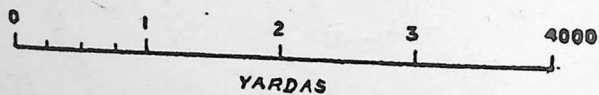


FIG. 1280.—PERSECUCIÓN Y CAPTURA DEL "HUÁSCAR". (En García Castelblanco.)

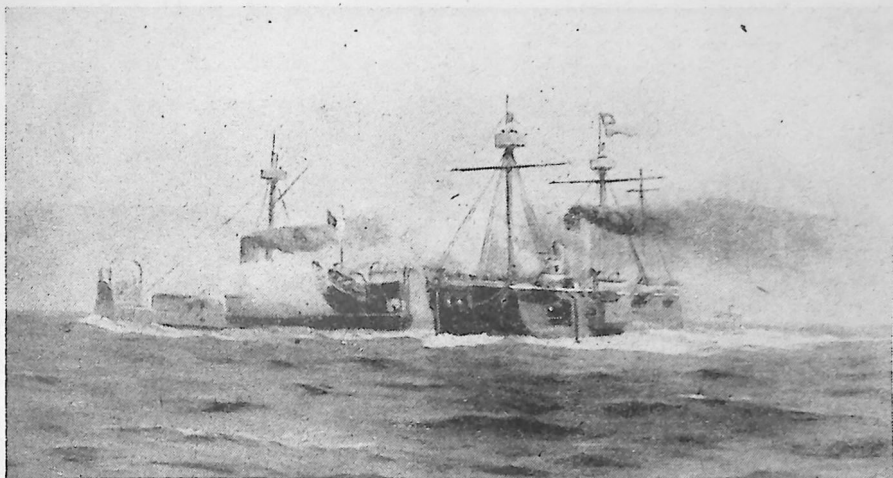


FIG. 1281.—COMBATE DE ANGAMOS. (Oleo de Somerscales, Club Naval de Valparaíso.)

y proteger a Antofagasta en caso necesario”, y se situó frente a Punta Tetás, que cierra la bahía por el norte. Poco después Latorre establecía su crucero frente a Mejillones.

Grau entró en Antofagasta a la una de la madrugada del 8. Como no hallara naves que torpedear, se reunió a las 3.15 con la “Unión”, que había quedado en la entrada de la bahía, y ambos buques se dirigieron al norte. Pronto advirtieron a proa “tres humos y destellos sospechosos”, y, por precaución, se desviaron al oeste. A la misma hora los vigías del “Blanco” anunciaron: “¡Humos a la vista!” Las tres naves de Riveros (el “Blanco”, la “Covadonga” y el “Matías Cousiño”) emprendieron la caza. A las 7.15 los vigías peruanos anunciaron uno, dos, tres humos al norte. Eran el “Cochrane”, el “Loa” y la “O’Higgins”, que avanzaban a toda máquina, perpendiculares a la costa, a cortar por la proa a las naves peruanas.

La sorpresa creaba a Grau el dilema de huir hacia el suroeste, sin preocuparse del “Blanco”, que venía distanciado, o seguir a toda máquina pegado a la costa, doblando la punta de Angamos antes que el “Cochrane”, que estaba a más de 20 millas de la costa, lo cortara por la proa.

La “Unión” huyó a 14 millas por hora, seguida del “Loa” y de la “O’Higgins”, que pronto distanció, y alcanzó a doblar libre el promontorio de Punta Angamos. Latorre ordenó elevar al máximo la presión de las calderas. El calor era tan intenso que los fogoneros caían asfixiados. Fué necesario que los médicos les suministraran éter para reanimarlos. El “Cochrane” avanzaba perpendicular a la costa, a más de 11¼ millas por hora. Sobre cubierta, Vi-

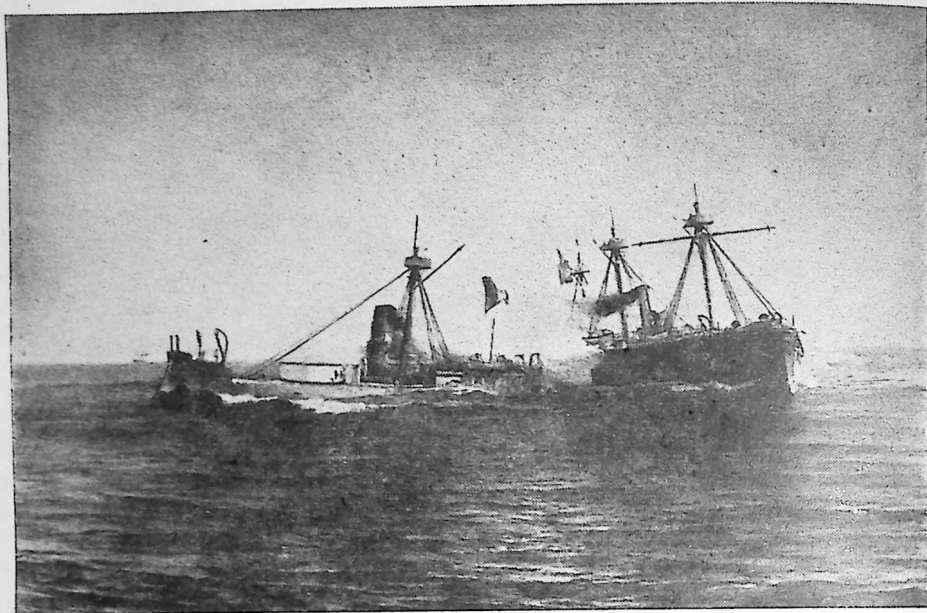


FIG. 1282.—LA CAPTURA DEL "HUÁSCAR". (Oleo de Somerscales, Museo de Bellas Artes, Santiago.)

cente Merino Jarpa, el futuro héroe de la Aduana de Iquique, calculando que el acorazado caería detrás de la popa del "Huáscar", al aumentar éste su velocidad, comenzó a repetir en voz baja, mas de manera que lo oyese Latorre: "Un cuarto a babor", "Un cuarto a babor". El comandante hizo verificar la velocidad de ambas naves y, al comprobar que, en efecto, iba a caer detrás del "Huáscar", ordenó: "¡Un cuarto a babor!" Los muchachos arrojaron sus gorras al aire gritando: "¡Ya es nuestro! ¡Ya es nuestro!"

El combate naval  
de Angamos

La distancia se acortó a 3.000 metros. Grau rompió los fuegos, con la esperanza de que Latorre se detuviera a contestarlos guiñando. Las punterías de los artilleros ingleses fueron excelentes. La primera andanada de la torre pasó rozando la chimenea del "Cochrane", un proyectil de la segunda destrozó el pescante de proa y la tercera dió oblicuamente en el blindaje sin perforarlo, mas produciendo una gran conmoción que hizo levantar en las máquinas columnas de vapor. Latorre, que dirigía el combate de pie sobre cubierta, como temiera haber perdido andar, ordenó romper los fuegos. Eran las 9.40 de la mañana, y la distancia, 2.200 metros.

El primer cañonazo del "Cochrane" dió en la torre de combate, matando doce hombres. El segundo cortó el guardín de babor de la rueda de combate, dejando al "Huáscar" sin gobierno. Diez minutos después, el cuarto proyectil



FIG. 1283.—ALMIRANTE JUAN JOSÉ LATORRE. (Foto Museo Histórico.)

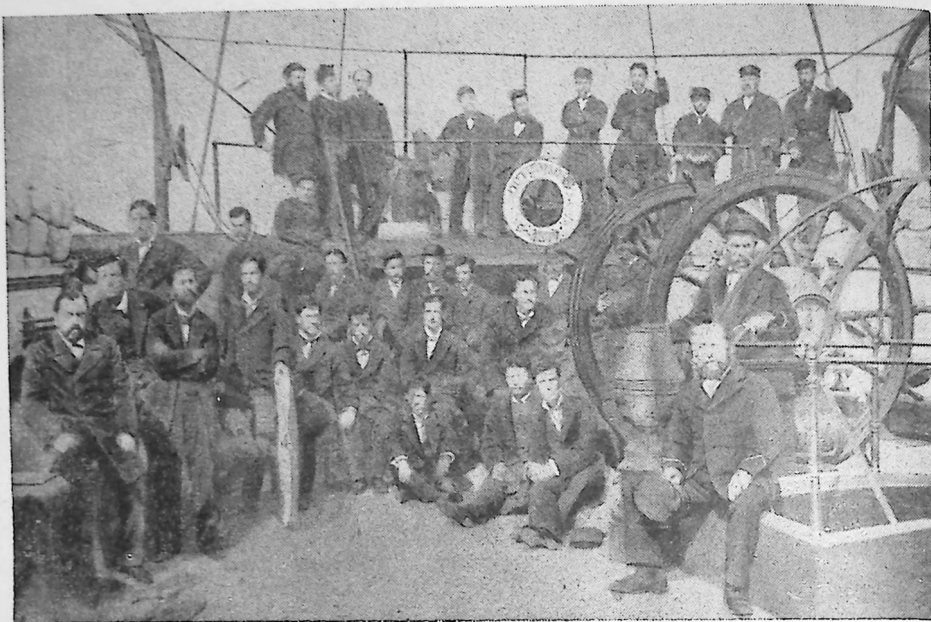


FIG. 1284.—TRIPULACIÓN DEL "COCHRANE". (Foto, 1879.)

dió en la torre de mando, hizo volar a Grau y dejó moribundo a su ayudante Diego Ferré. Al buscarse los restos del gran marino peruano, sólo se hallaron un pie y los dientes incrustados en el forro de madera de la torre. Otro disparo acabó de destrozar el telégrafo de la máquina y la rueda de gobierno. Desde ese momento, los artilleros del "Huáscar" perdieron la fijeza.

El monitor, ya sin gobierno, cayó hacia la derecha, a consecuencia de la torcedura del espolón, y describió un círculo hacia el "Cochrane", manteniendo sus disparos. Latorre hizo una maniobra paralela y la distancia se acortó a 450 m. A las 10.10 la tripulación del "Huáscar", desmoralizada, arrió la bandera. Latorre suspendió los fuegos, mas como el "Huáscar", después de los dos minutos reglamentarios, no detuviera su máquina, los reanudó. El teniente Enrique Palacios izó nuevamente la bandera. El mando había pasado por cuatro oficiales, a medida que quedaban fuera de combate. La voluntad y el coraje indomeñables de Palacios lograron imponerse. \*

\* El casco de una bomba causó a Palacios una herida profunda en la cara; otro de granada se incrustó en un pie, y otros dos lo hirieron en ambos hombros; un fognazo le quemó las manos y las barbas, y tres balas de rifle le causaron otras tantas heridas. Sólo abandonó el mando

cuando cayó extenuado por la pérdida de sangre. Los oficiales chilenos lo recogieron moribundo y le prodigaron todo género de atenciones en homenaje a su conducta. Falleció en la ambulancia, no obstante los esfuerzos de los médicos chilenos por salvarle la vida.

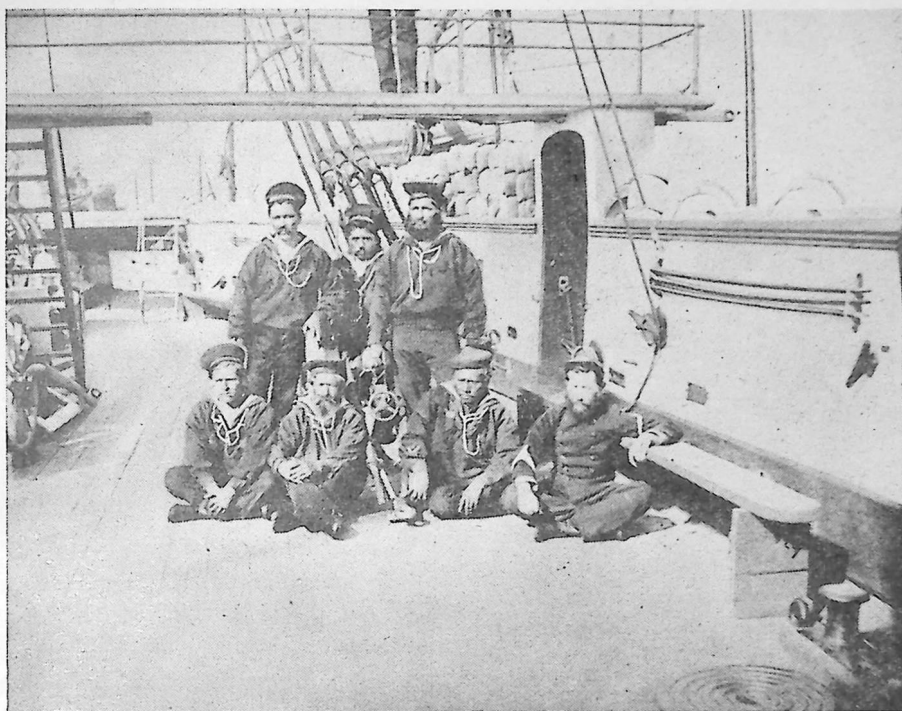


FIG. 1285.—CABOS DE CAÑÓN DEL "COCHRANE". (Foto, 1879.)

A las 10.20 el "Huáscar" quedó por tercera vez sin gobierno y giró de nuevo sobre estribor. Latorre interpretó el movimiento como ataque al espolón y cerró la caña a babor para espolonearlo a su vez. El monitor alcanzó a pasar libre por la proa del "Cochrane" y fué a dar sobre el "Blanco", que llegaba en ese instante. Riveros se interpuso con tanto ímpetu entre el monitor y el acorazado que los dos buques chilenos estuvieron a punto de chocar. Un diestro viraje de Latorre, que despertó la admiración de los críticos navales extranjeros, evitó el desastre.

Con estos movimientos, el "Huáscar" se alejó a 1.200 metros. Latorre forzó las máquinas para acortar de nuevo la distancia. El "Huáscar" repitió su giro por estribor y el "Cochrane" lo embistió. La popa del monitor salvó a 5 metros, pero recibió los cañonazos a boca de jarro por depresión. Los giros del "Huáscar" continuaron una y otra vez, y los acorazados chilenos intentaron espolonearlo. Por un momento consiguieron los peruanos restablecer el gobierno de su destrozado buque y poner proa al norte. Los blindados lo acibillaron. A las 10.55 arrió definitivamente la bandera. Llevaba una hora y cuarto

La captura



de combate contra un barco muy superior en poder y toda resistencia se había hecho inútil desde la llegada del "Blanco". Una vez cerradas las válvulas, fué conducido a Antofagasta con sus propias máquinas.

El comando táctico de Latorre llamó la atención de los marinos ingleses. El "Cochrane" acusó cinco balazos, uno de ellos procedente del "Blanco". Tuvo 1 muerto y 9 heridos. El otro acorazado chileno no tuvo bajas. El "Huáscar" recibió en el casco once impactos que no tocaron las máquinas. De los 205 tripulantes, 65 murieron en combate o cayeron al mar.

La captura del "Huáscar" había llegado a ser pesadilla de Chile entero. Se comprenderá la tensión nerviosa producida en Santiago al recibirse el

La reacción chilena

FIG. 1286.—DON MIGUEL GRAU. (Foto Museo Histórico, Santiago.)

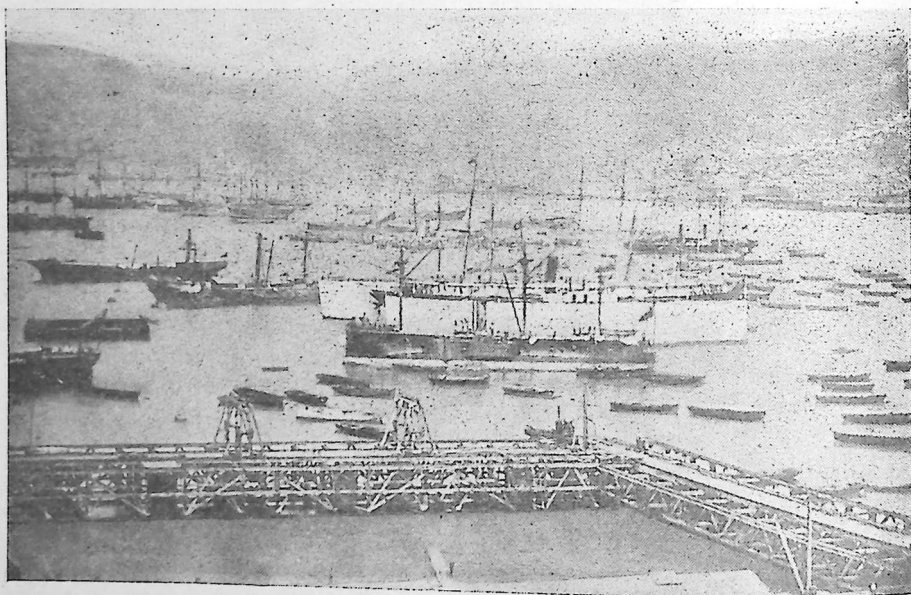


FIG. 1287.—EL "HUÁSCAR" EN VALPARAÍSO. (Foto, 1879.)



FIG. 1288.—LLEGADA DE LATORRE A VALPARAÍSO. (Foto, 1879.)

telegrama de Sotomayor que anunciaba la inminencia del combate. La noticia de la victoria se esparció de inmediato. Ningún acontecimiento de la Guerra del Pacífico logró producir el entusiasmo que Angamos. Las figuras de Prat y Latorre, fundidas en único símbolo, encarnaron en el pueblo chileno el máximo concepto del heroísmo.

La muerte de Grau \* (fig. 1286) fué sentida con sincera emoción. El mismo día 8 el gobierno telegrafiaba a Sotomayor: "Según la relación de usted el

Honores a Grau

\* Miguel Grau y Escudero, hijo de un capitán colombiano y una dama peruana, nació en Piura el 27 de julio de 1834. El ancestro lo acercó a una de las variantes del carácter chileno; de aquí su singularidad entre los marinos peruanos y la simpática comprensión —a través de los odios enconados por la guerra— de sus rivales.

Grau demostró dotes de valor, de audacia consciente y un concepto muy acertado de la ineptitud de Williams. Su estelar carrera le dió merecida celebridad, no alcanzada por otro marino ni militar en el curso de la contienda. Protegió el acarreo

de tropas y el abastecimiento de los ejércitos peruanos del sur, entorpeció los transportes marítimos chilenos, capturó vapores con tropas y mantuvo en jaque durante más de diez meses a una escuadra cuatro veces más poderosa.

La sobria entereza de su carácter viril, su generosidad y la simpatía por el débil, le alzaron un hermoso pedestal sobre la ineptitud del comando naval chileno en las primeras jornadas de la guerra. Supo, en fin, obtener del "Huáscar" el máximo rendimiento guerrero que era posible sacar a un buque de sus condiciones.

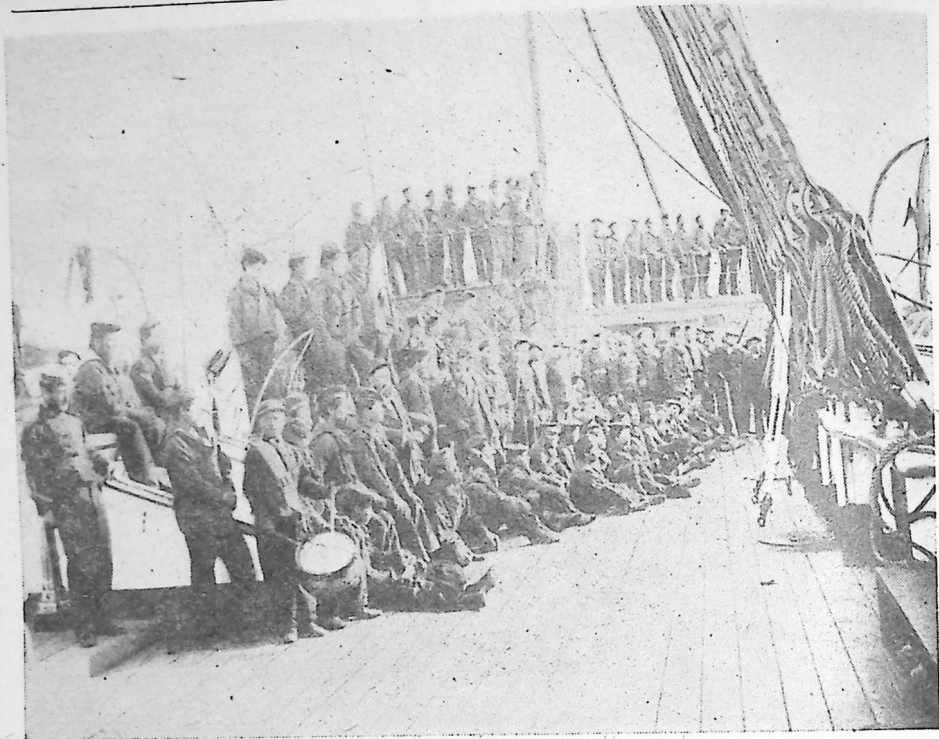


FIG. 1289.—TRIPULACIÓN DEL "COCHRANE". (Foto, 1879.)

almirante Grau ha muerto valientemente en el combate. Cuide usted que su cadáver sea dignamente sepultado. El pueblo, obedeciendo a sus tradiciones, se hace un deber en presentar homenaje al valor y la honradez".

Del cuerpo destrozado sólo lograron recogerse un fragmento de la mandíbula y las piernas, que fueron sepultados en el mausoleo del general Benjamín Viel, pues uno de sus hijos estaba ligado a Grau por vínculos de afinidad. Once años más tarde el gobierno chileno entregó al Perú los restos del almirante. La emotividad de la ceremonia puso de manifiesto la admiración que su pericia náutica y su caballerosidad española le habían conquistado en el corazón del pueblo chileno.

La reacción peruana

La pérdida del "Huáscar" repercutió de manera desastrosa en la moral peruana. Y las consecuencias materiales fueron aún mayores. Las comunicaciones marítimas se hicieron imposibles y se originó una situación estratégica gravísima para los aliados. Sus ejércitos quedaban fraccionados en tres frentes; ninguno de ellos era bastante poderoso para resistir la acometida del ejército chileno, dueño de la iniciativa estratégica, ni podían auxiliarse entre sí.

## XII

El departamento de Tarapacá.  
Desembarcos en Pisagua y Junín.  
Batalla de Dolores.  
Captura de la "Pilcomayo".  
Batalla de Tarapacá.  
Retirada de los aliados y ocupación  
del departamento.

**E**L antiguo departamento peruano de Tarapacá se extendía, de norte a sur, desde la quebrada de Camarones (19° 12' de lat. sur), que lo separaba de Moquegua (provincias de Moquegua, Tacna y Arica), hasta el río Loa (21° 28'), y de oriente a poniente, desde la línea anticlinal del primer cordón de la cordillera de los Andes hasta el mar. Su extensión era de 55.176 kilómetros cuadrados. Como Antofagasta, la región desértica salpicada de pequeños oasis.

Militarmente, comprendía cuatro zonas muy caracterizadas, paralelas de norte a sur: la de la costa, la región salitrera, la pampa del Tamarugal (meseta en el centro) y la de la cordillera y sus estribaciones.

Componen la zona de la costa promontorios romos, con abundantes rocas eruptivas despedazadas, que rematan con acantilados de 300 a 400 metros en el mar. A sus pies, una playa angosta se ensancha a veces. Sólo tres caletas tenían comunicación ferroviaria con el interior: Patillos con Lagunas, Iquique con La Noria y Pozo Almonte, Pisagua con Agua Santa. El clima es benigno aunque brumoso, con una temperatura media de 18 grados.

La zona de la costa

La zona salitrera, paralela al mar, del que dista como promedio unos 40 Km., forma una franja de 20 a 30 Km. por 800 de largo entre los paralelos 19 y 26. La industria había creado una activa vida artificial. Era necesario traerlo todo, salvo el agua, que se extraía de pozos hasta de 100 m. y necesitaba ser destilada en establecimientos especiales. Había, además, tres pozos abundantes en agua potable, comunicados por ferrocarril con el mar: Dolores, Pozo Almonte y San Lorenzo.

La zona salitrera

La pampa del Tamarugal es una meseta desértica entre los 1.000 y 2.500 metros sobre el nivel del mar. Las hondonadas están cubiertas de ripio con cantos afilados que hacen muy penosa la marcha de hombres y animales. Aquí y allá, manchas de arbustos espinosos y enclenques y algunos tamarugos (árbol de la familia del algarrobo) aparecen como mudos testimonios de perdidos y antiquísimos bosques. El agua labró, en otras edades geológicas, cauces profun-



FIG. 1290.—PISAGUA. (Foto, 1879.)

dos, hoy secos. Por el de Camarones y el del Loa corre agua hasta el mar. En los restantes se consume en los arenales del lecho antes de llegar a la pampa.

En ninguna de estas zonas llueve jamás, aunque son frecuentes las camanchacas, espesas nieblas nocturnas, que se disipan en la mañana con el calor del sol y no permiten ver a cincuenta pasos. En la pampa el clima es duro y de grandes oscilaciones. Con frecuencia el termómetro sube en el día a 40 grados y baja en la noche a 0.

#### La cordillera

La cordillera en Tarapacá es muy cerrada, con numerosos volcanes y altas cumbres nevadas de difícil travesía. Las planicies y laderas superiores son desoladas e inhóspitas. La vida se ha refugiado en los profundos y angostos valles. Al amparo de un hilo de agua, los aborígenes cultivan la tierra con las prácticas ancestrales y desarrollan una industria rudimentaria.

#### Los caminos

En 1879 el departamento de Tarapacá estaba surcado por tres caminos longitudinales. El de la costa sigue la orilla del mar, uniendo los distintos puertos y caletas. Es el más corto, pero cruza grandes desiertos y en su recorrido no hay agua potable ni recursos de ninguna naturaleza. El segundo discurre por el pie de la vertiente oriental de la cordillera de la costa y enlaza las oficinas salitreras y, merced a los caminos transversales, los diversos puertos y caletas. Es más largo que el anterior, pero en su trayecto se encuentran los pozos de

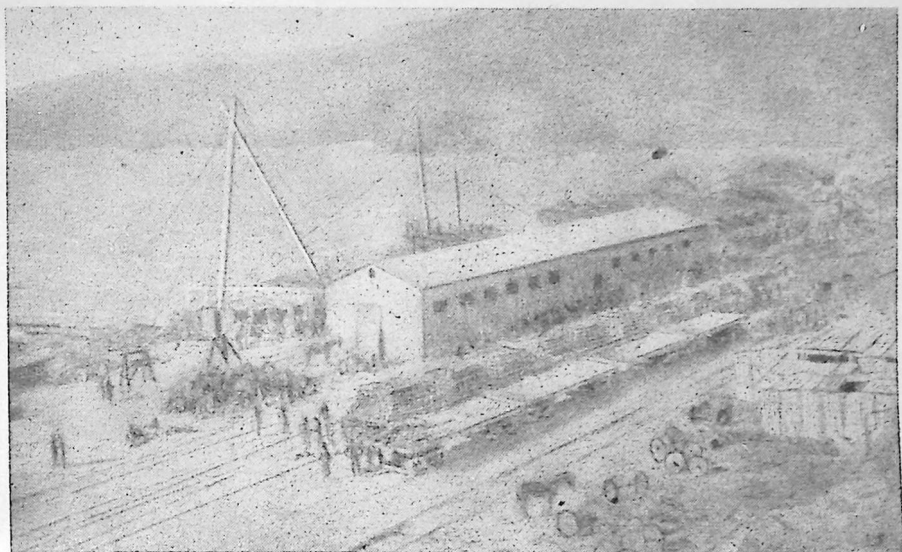


FIG. 1291.—PISAGUA. (Foto, 1879.)

agua y los recursos de los establecimientos salitreros. El tercer camino longitudinal corre por el pie de las estribaciones occidentales de los Andes.

Huelga añadir que los caminos transversales de la pampa del Tamarugal, desde que se alejan de las salitreras hasta llegar a las quebradas fértiles de los Andes, es decir, en una extensión de más de 50 Km. en línea recta, carecen de los más elementales recursos.

Según el estado de 5 de noviembre de 1879, el ejército aliado de Tarapacá estaba compuesto por 4.000 bolivianos y 7.000 peruanos. Los primeros, que bajaron del Altiplano con Daza, venían desnudos, sin armas, municiones, abastecimientos ni caja. Su moral era desastrosa. Los soldados, abatidos por la nostalgia del terruño y la ausencia de la mujer, que en las operaciones locales y en las revueltas civiles les cocinaba y atendía, desertaban a ojos vistas.

El ejército  
perú-boliviano de  
Tarapacá

El ejército Perú-boliviano, que llevaba como general en jefe a Buendía y al coronel Suárez como jefe de estado mayor, con el convencimiento de que el chileno desembarcaría en Patillos, al sur de Iquique, o en Pisagua, se distribuyó en estos lugares, al norte de la última plaza indicada y en los espacios donde había disponibilidad de agua.

El 15 del mismo mes, el ejército chileno de Antofagasta sumaba 16.500 hombres efectivos. En el centro del país quedaban 2.000 y en Arauco otros 2.000. Del anterior total, 9.500 soldados constituyeron las fuerzas expediciona-

El ejército chileno  
de Antofagasta

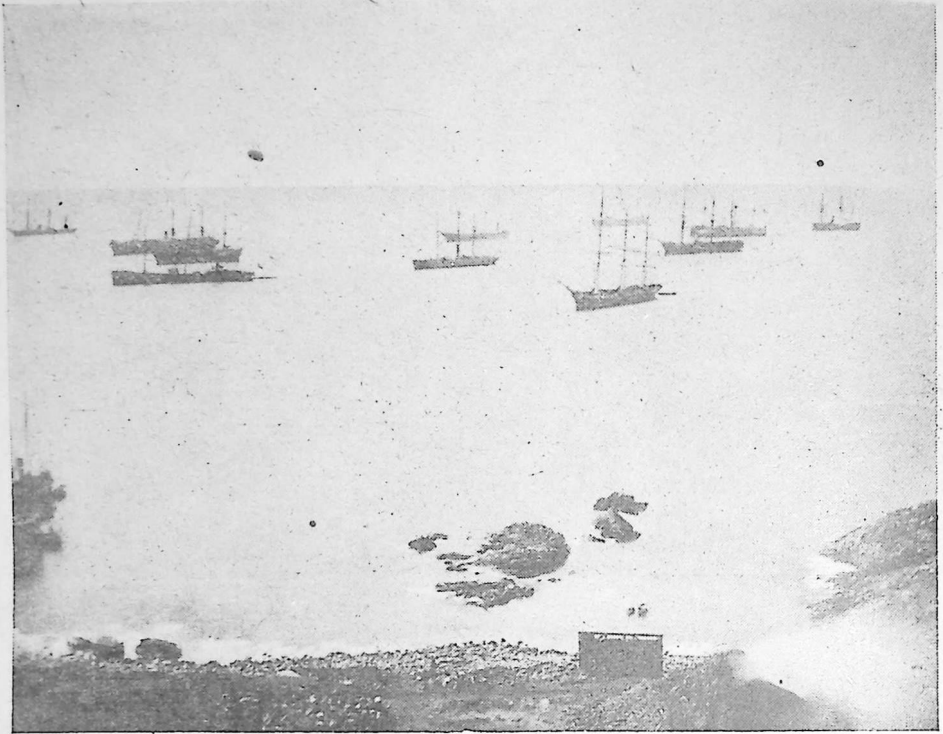


FIG. 1292.—PISAGUA. (Foto, 1879.)

rias a las órdenes de Escala, y los 7.000 restantes, la reserva acantonada en Antofagasta bajo el mando del general José A. Villagrán.

Decidida la ocupación de Iquique, Sotomayor necesitaba desembarcar al norte de la plaza, para interponerse entre los ejércitos de Tacna y Tarapacá. Optó por Pisagua, no sin la oposición de los partidarios de Junín, capitaneados por Santa María, al que convenciera un minero expulsado del Perú, Bernardo de la Barra, que, sin distinguir una pistola de un sable, se había improvisado como tantos otros en táctico y estrategia. Luego de interminables discusiones y para no contrariar al ministro, Sotomayor resolvió a última hora desembarcar cerca de 5.000 hombres en Pisagua, poco más de 2.000 en Junín, y mantener una reserva embarcada de 2.500.

A las 7 de la mañana del 5 de noviembre, Condell, con la "Magallanes" y la "Covadonga", ordenó abrir el fuego sobre las defensas de Pisagua. El fuerte norte sólo consiguió hacer un disparo, pues la artillería chilena lo pulverizó antes del segundo. Latorre, con el "Cochrane" y la "O'Higgins", realizó otro tanto en el fuerte sur en 40 minutos de combate e hizo señal a la escuadra

Desembarco en  
Pisagua y Junín

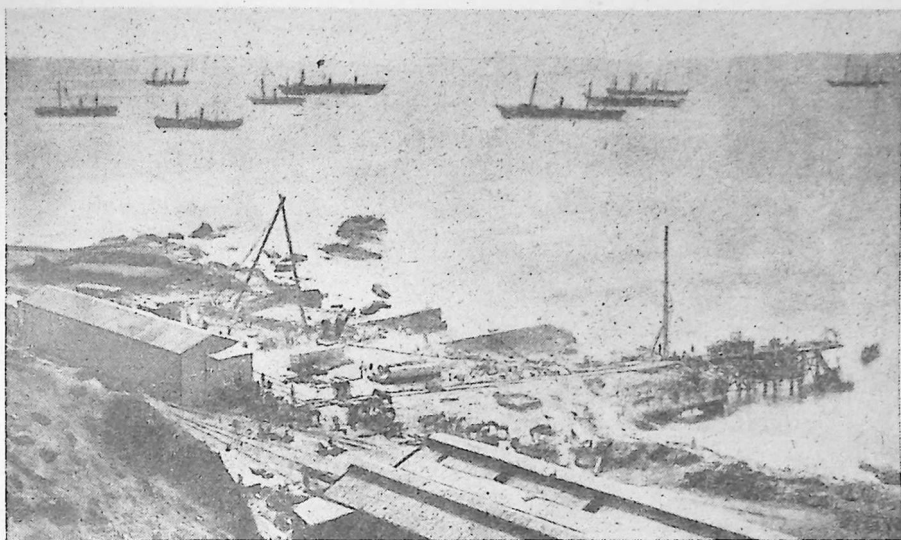


FIG. 1293.—PISAGUA. (Foto, 1879.)

para que iniciase de inmediato el desembarco, acercándose a 400 m. de la playa para protegerlo. La brava resistencia de peruanos y bolivianos fué vencida con nutrido fuego desde los botes. A las 3 de la tarde, la bandera chilena flameaba en el Alto del Hospicio (figs. 1290 a 1295).

La división de Junín no topó con otro inconveniente que lo inadecuado de la caleta. Lynch tardó más de cuatro horas en desembarcar sus tropas.

La toma de Pisagua creaba un problema muy grave, pues el agua se traía desde Arica en barcos cisternas y, además, la población había aumentado con el desembarco en 10.000 bocas. Sotomayor confió a Baquedano el abastecimiento provisional con los medios de que dispusiera la escuadra y envió al comandante Vergara hacia las oficinas de la pampa con dos compañías de cazadores. Vergara tomó posesión de dos grandes estanques, amén de los forrajes y víveres de un convoy de ferrocarril. De inmediato ocupó el pozo de Dolores, con las bombas en perfecto estado. Era la salvación del ejército chileno. El pozo podía abastecerlo de abundante agua potable y la providencial captura del equipo ferroviario permitía a poco transportar rápidamente las tropas desde Pisagua al interior.

Reunidas muchas de las tropas dispersas con el desembarco chileno, Buendía logró concentrar en Pozo Almonte y sus inmediaciones 7.500 aliados, que en vísperas de la batalla de Dolores subían a 9.000. Mientras tanto, Sotomayor

La dispersión de las  
fuerzas chilenas

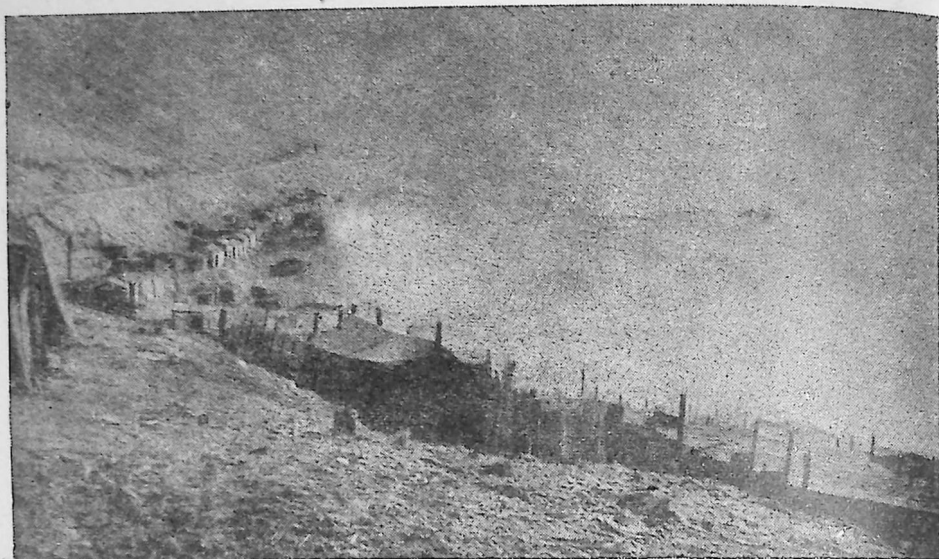


FIG. 1294.—DESEMBARCO EN PISAGUA, (Foto, 1879.)

había resuelto poner en práctica su plan de operaciones con los 12.000 hombres de que disponía al reunirsele los desembarcados en Junín. Pero Escala, a la postre de interminables órdenes y contraórdenes, que elevan un monumento a su impericia, fraccionó sus fuerzas en tres núcleos que el ejército aliado podía aniquilar sucesivamente si hubiese poseído energía y movilidad elementales. 4.500 hombres quedaron en Dolores, 2.000 en Jazpampa y 5.500 en Hospicio y Pisagua.

El desconcierto y las informaciones contradictorias hicieron a Sotomayor esperar de un momento a otro el choque del ejército de Daza con las fuerzas destacadas en Jazpampa, a la vez que imaginaba a Buendía en Pozo Almonte, La Noria e Iquique. Su estupor fué mayúsculo al informarle un propio que el ejército aliado se acercaba a Agua Santa, es decir, se hallaba a media jornada de Dolores.

Se encontraba en este lugar al mando de las fuerzas chilenas el coronel Sotomayor (fig. 1297). Influido por el consenso general acerca del peligro del campamento de Dolores, abandonó excelentes posiciones estratégicas en los cerros vecinos y avanzó en demanda del enemigo, con lo que prescindía por completo de la artillería, amén de exponerse a ser rodeado por un contingente muy superior al suyo. El teniente coronel José Francisco Vergara intentó hacerle desistir de un yerro que iba a ser fatal. Pero Sotomayor lo trató de muy



FIG. 1295.—PISAGUA. EN PRIMER PLANO, EL DOCTOR KID.

malos modos y se negó a considerar siquiera la más mínima sugerencia esbozada por un "cucalón" \*.

Los restantes jefes coincidieron en que las posiciones elegidas por Sotomayor eran suicidas. Al fin se impuso la cordura. El coronel aceptó en todas sus partes el plan de Vergara y tuvo la hombría de reconocerlo en el parte oficial. Las nuevas posiciones del "cucalón" dominaban el camino a Jazpampa, el ferrocarril, el agua y la retirada. Para un ejército con la moral del de Buendía, eran inexpugnables. Sin embargo, en vez de concentrar las defensas en las posiciones más sólidas, las cubrieron todas: los dos cerros de San Francisco, el de Tres Clavos, el pozo de Dolores, el cerrito de San Bertoldo, la estación..., con lo que, dado el corto efectivo de las fuerzas chilenas, dejaban numerosos puntos débiles.

\* El origen del estigma es el siguiente: viajaba en el "Huáscar" el joven y rico limeño Benigno Cucalón, que no era marino ni militar. En una de las persecuciones del "Blanco", Cucalón resbaló sobre la cubierta húmeda del puente del "Huáscar" y cayó al mar. Como no era posible detener el buque sin grave riesgo de enfrentar los cañones del "Blanco", el infor-

tunado Cucalón pereció. Los militares chilenos bautizaron con el nombre de "cucalones" a los civiles que seguían al ejército por patriotismo o por simple espíritu deportivo. También se denominó "cucalón" al gran sombrero o casco blanco de corcho, de origen inglés, que usaban los civiles y algunos jefes militares en el trópico (salacot). (Nota de L. C.)

Batalla de Dolores



FIG. 1296.—DON DOMINGO AMUNÁTEGUI.  
(Foto Museo Histórico.)

chocando con la infantería de Urriola. Buendía ejecutó un movimiento envolvente que rebasó el ala izquierda del ejército chileno, para separarlo de su base de Pisagua y tomar el pozo por el frente, a la vez que enviaba una columna para apoderarse de los cañones indefensos de Salvo.

La tentativa de flanqueo fracasó. Las columnas peruanas, diezmadas por la artillería, se desorganizaron rápidamente. La batalla se redujo, por esta ala, al dramático asalto de los cañones de Salvo, que ha ganado caracteres legendarios en la historia de la Guerra del Pacífico. Una nube de polvo favorecía a los asaltantes, que, a pesar del fuego que recibían por la espalda de sus propios sostenes, lograron llegar hasta las piezas, atendidas sólo por 63 hombres. Pronto el combate se trocó en duelo a 20 ó 30 metros. Los artilleros defendían sus cañones, ya inútiles a tal distancia, con carabinas y revólveres. Salvo tenía treinta bajas cuando llegaron los primeros soldados del Atacama, que arrollaron al enemigo cuesta abajo.

El rechazo amilanó a las tropas de Buendía, repelidas también por la artillería en su tentativa de rebasar el ala izquierda. La caballería peruana, desobedeciendo la orden de proteger la retirada de los infantes, huyó de la liza a galope tendido. El ala izquierda peruana corrió parecida suerte. Sólo la reserva de Cáceres, que apenas había combatido, pudo retirarse intacta y ser-

La fatiga de las nuevas tropas incorporadas a los aliados, que sumaban, como hemos visto, 9.000 hombres, indujo a Buendía a postergar la batalla, aun a trueque de enfrentarse con los refuerzos chilenos que, con Escala al frente, avanzaban a marchas forzadas. El combate se trabó a las tres de la tarde del día 19, en forma imprevista, al disparar Salvo con su artillería sobre grupos dispersos de aliados que venían a beber en el pozo Porvenir.

Ya sea como fruto de deliberados propósitos o por mero acomodo instintivo, el comando aliado parecía desarrollar un plan de batalla. Suárez, con la mayor parte de su división, procuró contener las tropas chilenas de Amunátegui (fig. 1296), penetrar en el bajo que divide los dos cerros de San Francisco y tomar el pozo por la espalda,

La derrota aliada

# BATALLA DE DOLORES



LAMINA XVI

- 1. Oficina del Porvenir. Centro de las fuerzas enemigas.
- 2. Caballería de los aliados.
- 3. Oficinas salitreras.
- 4. Batallón Coquimbo.

- 5. El Zepita atacando a la bayoneta.
- 6. Carga a la bayoneta del Atacama rechazando al Zepita.
- 7. Batería Salvo.
- 8. Comandante en jefe y Estado Mayor chilenos.

- 9. Navales.
- 10. Caballería chilena.
- 11. 3.º de Línea.
- 12. Artillería Velásquez.

- 13. Dolores.
- 14. Comandante en jefe y Estado Mayor del ejército aliado.

vir de punto de reunión a los muchos dispersos.

Al día siguiente, no bien se produjera el convencimiento de que el enemigo se había retirado, los soldados chilenos, motu proprio, solicitaron permiso para recoger a los heridos que no pudieron seguir al ejército en fuga. Los condujeron al hospital de sangre en parihuelas formadas con los fusiles, les dieron de beber y los atendieron como verdaderos hermanos. \* Hermosa muestra del humanitarismo con que comenzó la guerra, sólo perdido con los salvajes remates de heridos en Tarapacá, iniciadores de la trágica secuela que iba a sellarla con sangre hasta el final.

A las cinco de la tarde, Sotomayor entregaba el mando a Escala, que acababa de llegar con refuerzos cuando ya la contienda estaba decidida. El coronel no se había dado cuenta de la trascendencia de la batalla que acababa de ganar. Los batallones bolivianos huían a la desbandada hacia el interior, dejando el rastro regado de heridos y rezagados; la caballería galopaba al norte; los infantes de Buendía se dispersaban, unos hacia Pozo Almonte, otros hacia Arica y Tarapacá. Sólo en la noche del 19, Suárez, que había tomado el mando después de la fuga de Buendía, lograba reunir entre 4.000 y 4.500 hombres, es decir, la mitad de los efectivos que entraran en la lid siete horas antes. Escala no sólo prescindió de la persecución directa ordenada por el ministro Sotomayor, sino que ni siquiera intentó cerciorarse del rumbo que tomaban los fugitivos de Dolores.

Un día antes de la batalla de Dolores, el 18 de noviembre, el "Blanco Encalada" navegaba rumbo al sur cuando divisó Riveros a la división enemiga compuesta por la "Unión", el "Chalaco" y la "Pilcomayo". Las naves peruanas se dispersaron, y el "Blanco" optó por capturar a esta última, lo que conseguía luego de breve persecución.

Ocupado Iquique sin resistencia, el principal problema era establecer la situación y número de las fuerzas enemigas. Vergara propuso a Escala efectuar un reconocimiento en Tarapacá con un escuadrón de granaderos a caballo. Dada



FIG. 1297.—DON EMILIO SOTOMAYOR.  
(Dibujo de Rojas.)

Captura de la  
"Pilcomayo"

La expedición a  
Tarapacá

\* Cf./ las Memorias de Canto y los relatos de Vergara.



FIG. 1298.—DON VÍCTOR LIRA ERRÁZURIZ, HÉROE DE TARAPACÁ. (Foto Museo Histórico.)

mucho a los 1.000 hombres desmoralizados que se había supuesto. En vez de ordenar a Vergara que regresase, le telegrafió: "En este momento sé por el capitán Lira (fig. 1298) que en Tarapacá debe haber muchos enemigos y que pueden pasar de mil... Bueno sería que los granaderos se les dejaran caer al venir el día y les den un malón como ellos saben darlo". Nada refleja mejor la ingenuidad de Escala. Una fuerza lenta y pesada de 400 chilenos tenía que medirse con dos o tres mil aliados. Vergara no se atrevió a cumplir la orden con las escasas fuerzas de que disponía y pidió un refuerzo de 500 infantes del 2.º de línea. Pero en vez de detenerse en Dibujos a esperarlos, siguió hacia Tarapacá, sin más agua que la de las caramayolas.

Escala autorizó, bajo la presión de subalternos ansiosos de pelear, a su nuevo jefe de estado mayor, el coronel Luis Arteaga (el coronel Sotomayor había renunciado a raíz de Dolores), para que saliera con 1.900 hombres y, al mando de la columna de Vergara, capturase los restos del enemigo acampados en Tarapacá.

Arteaga partió con 150 tiros por cabeza, víveres y agua para dos días, dejando encargo de que Bascuñán condujera un convoy con los elementos ne-

la movilidad de sus fuerzas, era lo único cuerdo que podía hacerse. Sin embargo, los jefes y oficiales que no habían combatido en Dolores, deseosos de pelear, concibieron la idea de aprovechar la ausencia del ministro Sotomayor y la indecisión de Escala para lanzarse a escondidas del primero a destruir los últimos restos del enemigo. El general en jefe pronto cedió a sus exigencias y modificó la primitiva idea de Vergara, agregando a la compañía de caballería dos de zapadores, mandadas por Santa Cruz, y dos cañones Krupp, fuerza muy pesada para una exploración y demasiado débil para una persecución.

Vergara salió de Dolores el 24 con 400 hombres. Cerca de Dibujos, donde debía pernoctar, recibió comunicaciones de Escala. El general había sido informado de que las fuerzas enemigas concentradas en Tarapacá excedían con

cesarios para librar un verdadero combate. De esta suerte, Arteaga se encontró en Isluga al mando de 2.300 hombres, sin agua, víveres, ni municiones. Lo cuerdo habría sido esperar el convoy que los traía; pero la sed apretaba y resolvió beber a viva fuerza en la quebrada de Tarapacá, ocupada por el enemigo.

Para comprender el plan de batalla ideado en la noche del 26, es necesario antes imaginarse el escenario: un arroyo de fuerte desnivel, que serpentea por un cauce de trescientos a cuatrocientos metros de ancho, con vueltas y revueltas, y que cambia de continuo su curso durante las avenidas torrenciales del deshielo, encerrado a ambos lados por lomas de unos 300 m., cortadas a pique en casi toda su extensión, con escasas y violentas subidas por senderos de cabras. Algunas mesetas avanzan irregularmente desde los flancos en sentido transversal al valle, que discurre de oriente a poniente.

Al trabarse la batalla de Tarapacá, dos divisiones aliadas con cerca de 1.400 hombres se hallaban ya en Pachica, a 10 Km. de aquel pueblo. En la quebrada había, en números redondos, 4.000 hombres descansados y con la moral bastante recuperada.

Las fuerzas aliadas



FIG. 1299.—DON ELEUTERIO RAMÍREZ.  
(Foto Museo Histórico.)

La batalla de  
Tarapacá

Arteaga dividió sus fuerzas en tres columnas. La primera, con 500 hombres, al mando del teniente coronel Ricardo Santa Cruz, debía dirigirse por el filo de las lomas de la izquierda, antes del amanecer, hacia la garganta de Quillahuasa, a 2.750 m. de Tarapacá, y cerrar al enemigo el camino hacia el interior. La segunda, mandada por el teniente coronel Eleuterio Ramírez (figs. 1299 y 1300), con 900 hombres, 2 cañones y 30 cazadores a caballo, debía penetrar por el lugarejo de Huaraciña, atacar de frente al enemigo y empujarlo hasta topar con Santa Cruz en Quillahuasa. La tercera, comandada por el propio Arteaga, se formó con el Chacabuco, la artillería de marina y 2 cañones. Debía seguir a la de Santa Cruz una hora después, detenerse frente a Tarapacá y batir al enemigo por el flanco desde la altura, mientras Ramírez lo embestía de frente.



FIG. 1300.—DON ELEUTERIO RAMÍREZ.  
(Dibujo de Rojas.)

que las elevaron a 1.500 hombres, contra 350 chilenos. A las 10.30 Santa Cruz había perdido sus cañones. Los soldados, exhaustos, disparaban desde las piedras que instintivamente buscaban para protegerse. Habían perdido la tercera parte de sus efectivos cuando llegó en su auxilio la división de Arteaga. La balanza se inclinaba del lado chileno cuando volvió a perder el fiel con el auxilio de cerca de 1.000 hombres más para Cáceres. Hacia mediodía, la batalla se tornaba en contra de Arteaga. A pesar de su valor y de su sangre fría, había perdido el control de la situación, y sus tropas, diezmadas, retrocedían al parecer definitivamente.

La providencia quiso que Vergara, en vez de volverse a Dolores, como debió hacerlo, asistiera sin mando al combate. Hizo lo único que ya cabía: enviar a Dolores un mensaje pidiendo auxilio. "Señor general, nos batimos hace más de tres horas con fuerzas muy superiores. Estamos en mala situación, y no es improbable una retirada más o menos desastrosa. Conviene que nos mande a encontrar con agua y algunos refuerzos".

Una tregua

Al partir el mensajero, sin embargo, se producía un cambio favorable que iba a producir una tregua de más de dos horas. El mayor Jorge Wood divisó a los granaderos de Villagrán que, cansados de esperar a Santa Cruz, regresaban de Quillahuasa, y concibió la posibilidad de una carga. Los gra-

Los soldados iban sin agua, víveres ni municiones. Hacía 40 horas que los caballos no comían ni bebían. Las tropas entraron en el combate extenuadas y sin cartuchos para una brega larga y accidentada.

El ejército peruano, después de reorganizarse y descansar, se preparaba para proseguir la retirada a Arica, sin haber colocado siquiera puestos avanzados. No obstante, aunque ignoraran el número de las fuerzas que intentaban cercarlos, hicieron frente a la situación con gran entereza de ánimo y certero golpe de vista táctico.

Fracasada la sorpresa, Santa Cruz continuó su avance, mientras dejaba que el enemigo trepara impune a sus espaldas. A poco de romperse los fuegos, acudieron en auxilio de las fuerzas peruanas de Cáceres nuevos efectivos

El avance chileno

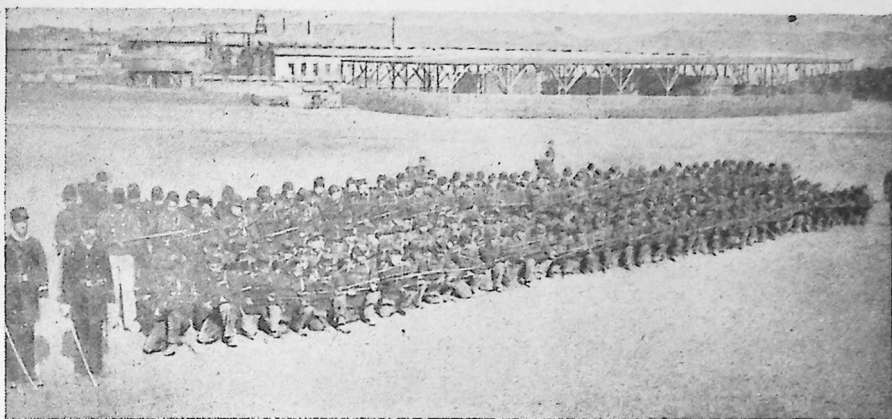


FIG. 1301.—BATALLÓN CÍVICO DE ARTILLERÍA NAVAL, CUARTA COMPAÑÍA. (Foto, 1879.)

naderos se precipitaron al toque de degüello, las tropas peruanas huyeron y la infantería chilena, algo repuesta, cargó a su vez.

Mientras los sucesos referidos se desarrollaban en los altos, Ramírez avanzaba con el 2.º de línea, dos cañones y 25 cazadores. Al divisar el valle que se le había señalado como objetivo exclamó: "¡Me mandan al matadero!" Penetró en Tarapacá, donde se trabó una lucha furiosa que, en definitiva, dió la victoria a los peruanos. Pero una crisis en la ofensiva de éstos le permitió retroceder con los restos de sus hombres a Huaracifña. De esta suerte, los vencidos de Tarapacá se reunían en el bajo con los vencedores de las lomas. A las dos de la tarde la división de Arteaga se había concentrado por obra de los acontecimientos y no por disposición de los jefes. Los soldados se tiraron en el suelo hasta hartarse de agua y, en seguida, se quedaron dormidos. Los más resistentes se dispersaron merodeando alimentos. Los soldados de caballería desensillaron sus caballos y les dieron de comer. Arteaga esperaba el fresco de la noche para regresar a Dibujos.

Victoria aparente

Sólo dos jefes no participaban de la confianza general: el ayudante oficioso del comandante, José Francisco Vergara, y el segundo jefe de Navales, sargento mayor Benavides. Según su criterio, el enemigo no había huído, sino que se había replegado para reorganizarse y, casi seguramente, esperar refuerzos. Sus empeños por convencer a Santa Cruz y Arteaga fueron vanos. Todo el mundo quería descansar. El desgaste físico embotaba la inteligencia y la voluntad.

Los temores de Vergara y Benavides eran muy fundados. Mientras los chilenos descansaban en la ratonera, los peruanos reorganizaron sus fuerzas y dispusieron una sorpresa igual a la ideada por sus rivales la noche anterior.

El avance peruano

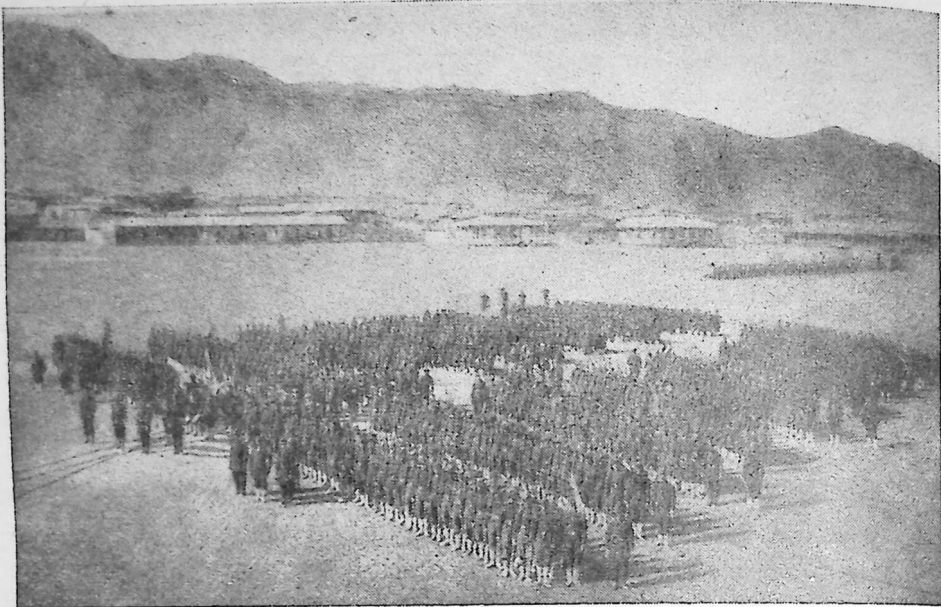


FIG. 1302.—EL SEGUNDO DE LÍNEA. (Foto, 1879.)

Avanzaron por los dos cordones de lomas que encierran la quebrada de Tarapacá y por el fondo de la misma, cazando a cuanto disperso encontraban, rematando a los heridos, sin que los oficiales pudieran evitar tal atrocidad. Su número no bajaba de 4.800 hombres.

La retirada

Al percatarse de la situación, Arteaga ordenó la retirada. La persecución duró dos horas, sin que una simple carga de los granaderos aliviara la presión sobre la infantería. Los restos del ejército se salvaron gracias a la carencia de caballería peruana. El aviso de Vergara había movilizó a Baquedano, jefe del campamento chileno en ausencia de Escala, y la oportuna llegada de agua y víveres salvó a más de doscientos soldados que estaban a punto de perecer extenuados en el desierto.

Según los documentos oficiales, el ejército chileno perdió el 50% de sus efectivos y hubo de lamentar las muertes de Eleuterio Ramírez, Bartolomé Vivar y numerosos oficiales. La batalla de Tarapacá, como ya hemos indicado, selló todo el resto de la guerra con una tónica de ferocidad inhumana (figs. 1301 a 1305).

La reacción  
peruana

Antes de clarear el día 28, el ejército peruano salió rumbo a Pachica para continuar la retirada a Arica, llevando como trofeos 66 prisioneros y el estandarte del 2.º de línea, capturado después de caer el último de sus defensores. Partía con la moral de nuevo deprimida por la extenuación, la derrota

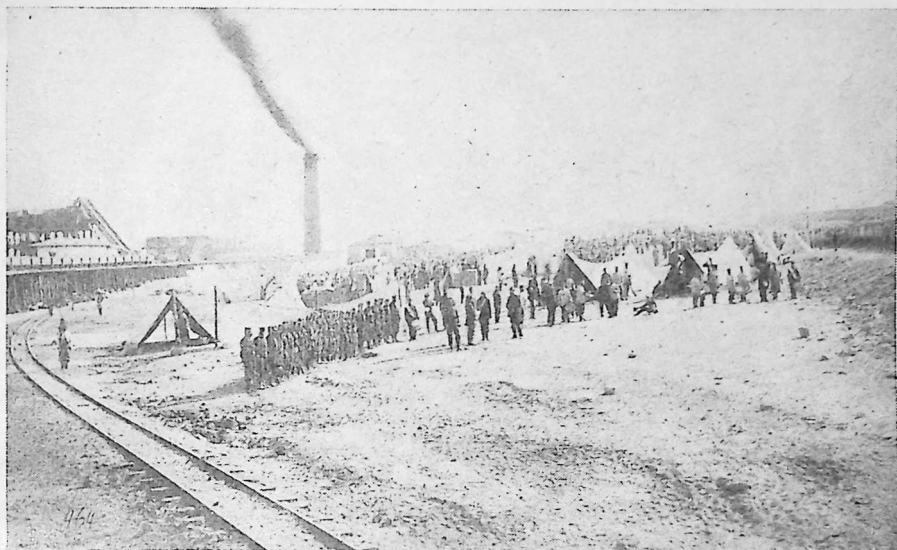


FIG. 1303.—EL CHACABUCO EN ANTOFAGASTA. (Foto, 1879.)

de Dolores y la conciencia de la pérdida del departamento de Tarapacá. La reacción del 27 se había apagado con el término del fragor. Para colmo de males, la población de Tarapacá, hombres, mujeres y niños, temiendo de los chilenos la venganza por la matanza de heridos y prisioneros, abandonaba sus hogares y hacía mil veces más angustiosa la marcha de un ejército en derrota, sin medios de movilización, bagajes ni víveres. Hombres y animales comenzaron a poco a poco a perecer de extenuación.

Después de recorrer 316 Km. en veinte días de marcha y soportar indescritos padecimientos, llegaba Buendía a Arica el 18 de diciembre. De los 5.381 soldados que salvara de San Francisco y lograra retirar de Iquique, llegaron sólo 3.700, "desnudos, descalzos, pareciendo cadáveres, y la décima parte sin fusiles".

La reacción del sentimiento nacional fué en Chile violentísima. El orgullo herido por el revés de Tarapacá necesitaba un héroe y pronto encontró el símbolo en Eleuterio Ramírez. Mas también necesitaba una víctima propiciatoria y no tardó mucho en hallarla.

La reacción  
chilena

La documentación misma de la guerra y la reunida después de ella demuestran que Vergara, relevado del mando de la expedición, acompañó al nuevo jefe como simple particular, sin mando ni función militar de ninguna especie. Su golpe de vista táctico estuvo a punto de evitar la catástrofe, si se



FIG. 1304.—REGIMIENTO BUIN. (Foto, 1879.)

hubieran atendido sus premiosas instancias de organizar las fuerzas dispersas y replegarse de inmediato a la pampa, una vez saciadas la sed y el hambre. Contaba Vergara con el entusiasmo de un breve número de jefes y oficiales jóvenes e ilustrados (Arteaga, Santa Cruz, Canto, Gana, etc.), así como con el de los civiles movilizados. En cambio, para la mayor parte de los jefes y oficiales de línea simbolizaba al odiado "cucalón", al intruso advenedizo que disputaba sus derechos al profesional.

Desde otro muy diferente ángulo, la vertiginosa personalidad de Vergara había alarmado a los conservadores, al comando popular de la guerra, a muchos de los liberales enemigos de Santa María y a los "hombres de peso" sin distinción de bandos. Se habían librado de Sotomayor y del "retorno al decenio", para caer en manos de un radical de temperamento opuesto al viejo ideal aristocrático del equilibrio negativo. Había que esperar una oportunidad, y Tarapacá la brindó de manera inesperada.

Las consecuencias  
de la derrota de  
Tarapacá

Los sentimientos y las pasiones no cuentan ante la verdad y la justicia. Los arrastrados ataques a Pinto y a Sotomayor se canalizaron ahora contra el blanco de sus iras. Se adulteraron los telegramas y las cartas, se falseó la cronología de los sucesos, se ocultaron las órdenes de Escala y se estableció la narración de la batalla de tal suerte que toda la culpabilidad caía sobre el "cucalón intruso", muy secundariamente sobre Arteaga, y lejos, muy lejos, sobre Escala, que, en definitiva y por su calidad de general en jefe, era el gran responsable. Fué inútil que Arteaga y Santa Cruz aceptaran con viril entereza y castellana hidalguía la responsabilidad del plan y los resultados del combate.

Vergara solicitó el retiro y se enclaustró en su quinta de Viña del Mar, decidido a no participar más en la guerra.

El contraste de Tarapacá ejerció notable influencia en el ulterior desarrollo de la campaña. La primera se canalizó en la desconfianza del presidente



FIG. 1305.—EL CUARTO DE LÍNEA EN ANTOFAGASTA.

Pinto sobre la capacidad del comando militar y el temor a las consecuencias de sus lapsus activos. La segunda fué la adopción de un criterio militar insólito. Pronto vamos a ver al presidente recomendar a Sotomayor que procurase adoptar una actitud defensiva, como si estuviera en la mano del invasor el obligar al enemigo a atacarlo. La tercera fué el descrédito de las copaduras a lo Moltke. En adelante nadie quería oír siquiera hablar de flanqueos, envolturas ni sugerencia alguna que oliera a tales maniobras. Sólo se confió en los ataques frontales con grandes masas que presionaran de manera uniforme toda la línea enemiga.

La pérdida del departamento de Tarapacá determinó de inmediato la crisis de gobierno en Perú y Bolivia. Prado abandonó el poder para dirigirse a Europa y, después de un afortunado golpe militar, Piérola se apoderó de él con el título de jefe supremo de la república. Sus palabras iniciales, al tomar el mando, tienen valor histórico: "Para un pueblo que tiene fe y resolución de salvarse, no hay jamás situación que pueda llamarse desesperada. Creo que la nuestra dista mucho de serlo; pero aun cuando lo fuese, los hombres de corazón sólo sucumben luchando". \*

La crisis peruana:  
Piérola

El final de Daza fué digno epílogo a la tragicomedia de su gobierno. Al

El final de Daza

\* La personalidad de Piérola es una de las más estupendas entre las muchas que animan la historia americana. Seminarista estudiosísimo, a los 19 años perdió a sus padres y colgó de inmediato la sotana. Iniciaba una tensa lucha por un desiderátum fantasmagórico. Profesor de filosofía a los 20, asombraba a sus oyentes con las disertaciones sobre Kant y Leibnitz. A los 22 obtenía el título de abogado. Su memoria terminaba con estas palabras: "Coloquemos frente a fren-

te el triple aspecto del problema de la soberanía, y concluiremos que "la soberanía en acción consiste en la obligación de mandar".

La audacia de sus operaciones financieras (el contrato con Meiggs para la construcción de ferrocarriles y el entendimiento con Dreyfus en el asunto del guano) lo convirtió, desde el cargo de ministro de hacienda, en el hombre más discutido del Perú.

Su paso por Chile dejó en él una pro-

llegar a Arica se encontró con una revolución más y la aceptó. "¡Me han fregado!", dijo al saber la noticia, y se fué a Arequipa y de allí a Europa. Años después regresó a la patria para justificar su conducta. La guardia que lo conducía a Sucre lo asesinó cerca de Uyuni.

Depuesto Daza, se confió la presidencia interina de Bolivia al general Narciso Campero, militar cuerdo, laborioso y valiente, si bien arrastraba sus concomitancias con los antiguos dictadores que esterilizaron a su país. El primer acto de Campero fué ratificar la lealtad de Bolivia hacia el Perú.

Lynch, jefe  
político de  
Tarapacá

Al ocupar Latorre a Iquique, Sotomayor había nombrado comandante de armas al capitán de navío Patricio Lynch. El gobierno confirmó la designación cambiándole el título por el de "jefe político de Tarapacá". Lynch comenzó por organizar los servicios locales y designar un municipio, constituido por los cónsules y por Eduardo Llanos, el ciudadano español que sepultara los restos de Arturo Prat y de Serrano. Un viajero anotó el hecho de que la organización dada por Lynch a Iquique superaba a la de las ciudades chilenas.

funda huella, que ha sido hasta ahora inadvertida, marcada por el contraste entre el régimen legalista, probo y austero y el desquiciamiento del resto de la América española. Desde el punto de vista sociológico, su concepción política enlaza con la Ilustración de las postrimerías coloniales.

Para realizar su quimera, Piérola necesitaba apoderarse del gobierno. Se hizo, así, un conspirador temerario e infatigable, que no dejó un minuto de reposo a los gobiernos de Pardo y de Prado. Y, escaldado con el fracaso de las revoluciones terrestres, decidió adueñarse de la escuadra. Mediante un audaz golpe de mano, sus conjurados se apoderaron del "Huáscar", que lo recibió con las insignias de Jefe del Estado. Logró evadir la persecución de otras naves peruanas, hasta que topó con la escuadra inglesa del almirante Horsey que lo buscaba. Se trabó un combate entre el "Shah" y el "Amathyst", por un lado, y el "Huáscar", por otro, después del cual el monitor logró huir amparado por la noche. El choque con la escuadra inglesa del Pacífico enervó entre los peruanos el sentimiento nacional. Piérola llegó de nuevo a Valparaíso en julio de 1877. El "demonia del mediodía" mantenía una pasión violenta por María Leblanc, viuda del fotógrafo francés Garraud, hacia la fecha en el apogeo de su gracia e ingenio parisienses. En las horas de angustia, el pueblo limeño, ya dictador Pié-

rola, se distraía con la canción de Mme Garraud, que recuerda la del Père Bénabé del París de Luis XV:

*Dícese que el Jefe Supremo  
en Valparaíso heredó  
la hermosa cámara oscura  
del fotógrafo Garraud.*

Esta amalgama de insaciable sed de gloria, matizada con la embriaguez de la aventura por la aventura, el tremendo concepto de su propio valer, el olímpico desprecio por el ajeno y su "pose" permanente, dan pinceladas un tanto ridículas a su estupendesa personalidad. De estatura pigmea, su diminuto pie, la perillita melodramática y el mechón de pelos que se arremolinaba en su frente, dan al contraste con sus quimeras un tono irónico.

Mas, al margen de un exterior de opereta, hay mucha distancia entre Piérola y el arquetipo del caudillo americano a lo Melgarejo o "Tirano Banderas". Un legítimo fondo místico, base de su fuerza, y una inventiva ardorosa, canalizada hacia la acción, engendraron tres etapas definidas: el seminarista y el pedante intelectual de la juventud; el caudillo de 1872-79, que pretendió cambiar la suerte de la contienda Perú-chilena, y el hábil político y gobernante de 1895-99, que —apoyado en los civilistas y en los mejores elementos de su país— realizó uno de los mandatos más firmes y progresistas que el Perú ha conocido. (Nota de L. C.)

# XIII

El departamento de Moquegua.  
Desembarco en Ilo.  
La guerra contra el desierto.  
El general Baquedano.  
Muerte de Sotomayor.  
Batalla de Tacna.  
El coronel Pedro Lagos.  
El asalto al Morro de Arica.

**E**L largo período de descanso que determinaba la posesión de Tarapacá hasta las nuevas operaciones canalizó la actividad política en Santiago hacia la discusión de innumerables planes. Sotomayor proponía expedicionar directamente sobre Lima, pero el gobierno decidió hacerlo en el departamento de Moquegua y el ministro intentó varias veces dejar la dirección de la guerra. En cuanto a la política militar misma, se caracterizó por la entrada en escena de un nuevo personaje, el aventurero colombiano Justiniano Zubiría, admirador entusiasta del genio de Piérola, que había llegado a Valparaíso en 1878. Se le nombró teniente coronel de guardias nacionales y fué agregado al cuartel general de Escala, en calidad de ayudante, en razón de sus supuestos conocimientos del futuro teatro de operaciones. Poco a poco, la verborrea y la imaginación de Zubiría fueron deslumbrando la mente sencilla de Escala y, después de su decisiva congestión cerebral, lo erigió en su mentor.

El otro acontecimiento fué el regreso de Vergara al norte. Pinto logró convencerlo, espoleando su alto sentido de la responsabilidad, y Escala lo acogió de nuevo con benevolente complacencia. Vergara regresa al norte

Con todo, la relajación que la ingerencia de políticos y periodistas sembró en el ejército, la ineptitud y la enfermedad de Escala, la crisis en la moral de Sotomayor producida por los ataques y las intrigas que ganaron cuerpo contra su posible candidatura presidencial, y el retraimiento de los jefes de iniciativa y empuje ante las rudas embestidas de la crítica, paralizaron al ejército chileno poco después de Dolores y dieron tiempo a Piérola para rehacer la defensa peruana.

El territorio que ocupa el departamento peruano de Moquegua, dividido políticamente en las provincias de Moquegua, Tacna y Arica, forma una región El departamento de Moquegua.

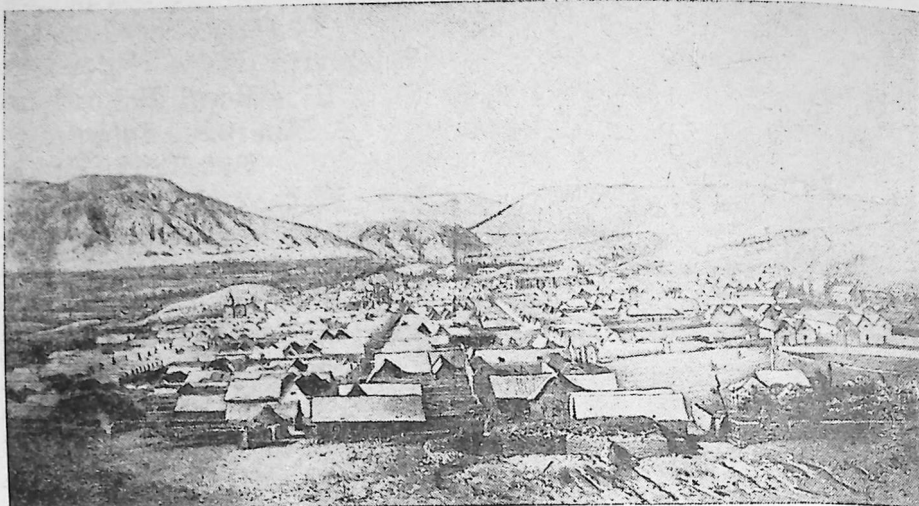


FIG. 1306.—VISTA GENERAL DE MOQUEGUA. (Litografía de Delamare, París.)

homogénea, limitada al norte por los ríos Moquegua e Ilo, al oeste por el Pacífico, al sur por los ríos Azufre y Azapa y al este por el cordón de la pendiente occidental de los Andes. Está ordenado en una gradería de planos descendentes desde la cordillera al mar. A pesar de que la playa es en general baja, sólo presenta tres puertos y caletas aptos para el desembarco de un ejército: Arica, Ite e Ilo. Como Tarapacá, Moquegua es un desierto inhóspito, donde jamás llueve, interrumpido a veces por pequeños valles fértiles regados por ríos que sólo llegan al mar en los meses de enero, febrero y marzo. Estos valles están separados por desiertos enormes, de suelos medanosos, cubiertos de guijarros y cruzados por hondos cañones secos. Las ciudades más importantes eran entonces Tacna y Arica, unidas por un ferrocarril de 61 Km., y Moquegua, a 100 Km. del mar, comunicada con la caleta de Ilo por otro ferrocarril.

Con el objeto de reunir informes sobre el estado y número de las tropas enemigas, Sotomayor confió al comandante Aristides Martínez el mando de una columna de 500 hombres del Lautaro, 12 granaderos y un grupo de pontoneros, que debía desembarcar en Ilo, apoderarse del convoy terrestre que conducía armas y destruir el ferrocarril a Moquegua (fig. 1306).

Una expedición  
pintoresca

La expedición desembarcó el 30 con sigilo. Los disparos sobre unas piedras que algunos soldados supusieron enemigos provocaron la fuga de la guarnición. El fracaso de la sorpresa hizo desistir a Martínez de la captura del convoy. El otro objetivo podía conciliarse con una humorada. Era la víspera de Año Nuevo y en la maestranza se encontraban dos convoyes listos para partir. Instaló en ellos a sus tropas y, con dos cañoncitos que le facilitó la

“O’Higgins”, decidió pasar con sus tropas el Año Nuevo en Moquegua. Por supuesto, habían cortado precautoriamente el telégrafo, de suerte que, ignorando la presencia del enemigo, los guardaagujas y los empleados del ferrocarril subían en las estaciones para abrazar emocionados a las tropas que suponían limeñas.

Los trenes llegaron a la estación de Moquegua al atardecer del día 31. Los andenes estaban repletos de gentes que esperaban a los parientes y conocidos, viajeros desde Ilo. Como en las estaciones intermedias, todos los tomaron por soldados peruanos. Hombres y mujeres se disputaban el privilegio de abrazarlos. No es para descrito el espanto que se produjo al comprobarse el error. Mientras los más huían a la desbandada, algunas damas se desmayaban. La

gracia de la mujer peruana puso las notas más simpáticas de la humorada chilena. “¡Jesús! —exclamó una señora—. ¡Qué Año Nuevo nos vienen a hacer pasar estos malvados!” Una de las accidentadas, atendida por el propio Martínez, al recobrar el conocimiento, le preguntó con picardía: “¿Es usted soltero, señor oficial?”

Martínez ocupó sin resistencia la ciudad al día siguiente. Mas, como sus hombres comenzaran a embriagarse, emprendió el regreso a Ilo, donde llegó en la mañana del 2 de enero. \*

Sabida la concentración del ejército Perú-boliviano en Tacna y Arica, fuerte de 12.000 hombres, Sotomayor decidió desembarcar en Ilo, a pesar del desierto que separaba este puerto de ambas ciudades. La expedición se preparó ahora con todo lujo de detalles y el desembarco se llevó a la práctica en las mejores condiciones imaginables. El ferrocarril sólo tenía pequeños desperfectos y las autoridades peruanas dejaban material rodante y dos locomotoras.

\* Cf./ Silva Palma: “La Calaverada de Moquegua”.

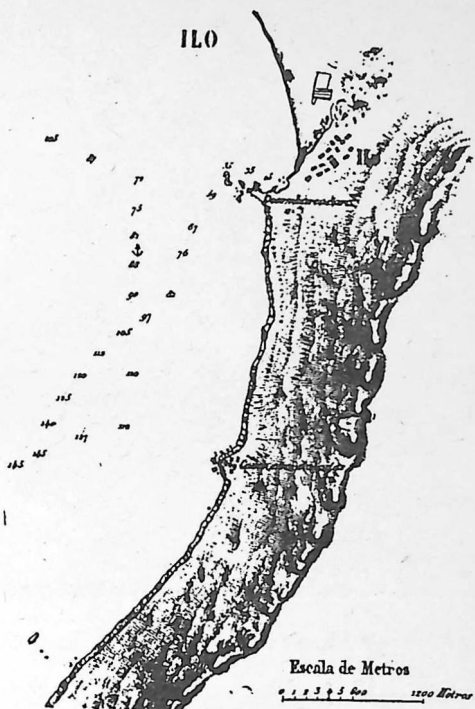


FIG. 1307.—EN PAZ SOLDÁN. (Op. cit.)

El desembarco  
en Ilo

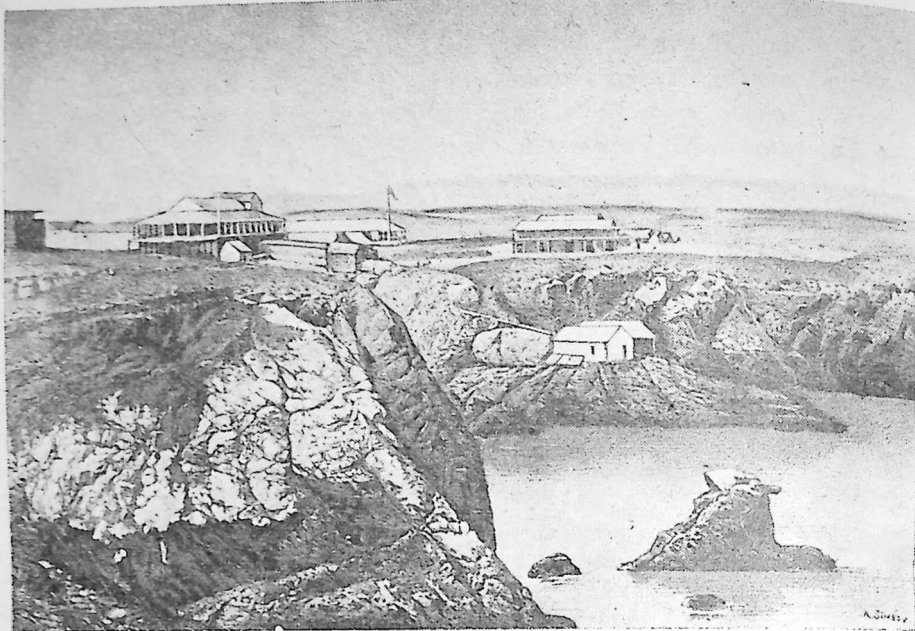


FIG. 1308.—PUERTO DE ISLAY. (Dibujo de A. Simeón, Litografía de Delamare, París.)

“El enemigo es muy cumplido y benévolo con nosotros”, escribió Sotomayor. El 2 de marzo se reunían en este puerto 12.850 hombres. Muchos de ellos llevaban ya ocho meses sin divisar verdura.

Mientras se preparaba y realizaba el desembarco en Ilo, dos episodios distrajeron la atención del principal teatro de las operaciones.

Un hado adverso acompañaba a Thompson (fig. 1309), el marino de mayor prestigio después de Williams al iniciarse la guerra. El gobierno le confió el “Huáscar”, que llegaba a Arica el 25 de febrero para relevar al “Cochrane”. Después de varios intentos contra el puerto y un tren que se dirigía a Tacna, enfrentó al “Manco”, que había salido en su búsqueda. Thompson efectuó un movimiento temerario con el objeto de espolonearlo. La escasa presión de las calderas lo tuvo durante varios minutos a merced de los cañones del monitor peruano. Una bala lo despedazó, dejando la cabeza y la espada clavadas cerca del lugar donde cayera Prat.

La expedición  
sobre Mollendo

La necesidad de ocupar Mollendo, que enclavaba con su bloqueo dos naves, movió a Sotomayor a enviar fuerzas al mando del coronel Orozimbo Barbosa. Los soldados del 3.º de línea y algunos dispersos, con anuencia del capitán y tres oficiales, iniciaron el saqueo de la aduana, se embriagaron y prendieron fuego al pueblo. La expedición regresó de inmediato. Pero lo grave no

fué el saqueo en sí mismo, sino la actitud de Escala. Mientras en Santiago opinión y gobierno clamaban contra lo ocurrido y el almirante francés enviaba una nota bochornosa para Chile, el general en jefe se ponía resueltamente de parte de los soldados y de los oficiales que los instigaron.

Resuelta la ocupación de Moquegua, se organizó una expedición al mando del general Baquedano, compuesta de 4.366 hombres. Lo ocurrido poco después iba a justificar una vez más la profunda desconfianza del gobierno en la capacidad de los militares de la época y su convencimiento de que la intervención personal de Sotomayor, hasta en los más mínimos detalles, era ineludible para prevenir un desastre.

Escala, azuzado por Zubiría y por los agentes políticos que lo rodeaban, se negaba a permitir al ministro la menor intervención en el mando del ejército. Respondía tal actitud no sólo al concepto de su propio valer como general en jefe, sino al temor de que el ministro le arrebatara las glorias de la campaña, y, con ellas, el galardón supremo de la presidencia de la república, que no pocos conservadores le habían insinuado con el ejemplo de Bulnes.

Baquedano partió con la caballería rumbo a Hospicio, donde había un estanque con agua. Sotomayor, en previsión de que nada dispondría Escala, le ordenó que llevara mulas con agua y víveres, ante la posibilidad de que la locomotora que debía seguirlo no llegara a su destino. Baquedano hizo caso omiso de la orden y salió sin elementos. En Hospicio se consumió rápidamente el agua del estanque y la locomotora que debía reponerla descarriló.

Muñoz partió de Ilo el 12 de marzo a las 5 de la tarde y llegó a Hospicio a las 10 de la mañana del día siguiente con la tropa sedienta. Al ver los estanques vacíos, se desbandaron los soldados hacia el río. Como no pudiera hacerse obedecer, Muñoz ordenó a los artilleros disparar sobre ellos. "Mátenos, mi coronel —le gritaron los más cercanos—. Preferimos morir fusilados."

Muñoz emprendió al día siguiente la marcha con tropas sedientas, aplas-



FIG. 1309.—EL COMANDANTE THOMPSON.  
(Foto Museo Histórico.)

La travesía del  
desierto

Marcha de  
Baquedano de Ilo  
a Moquegua

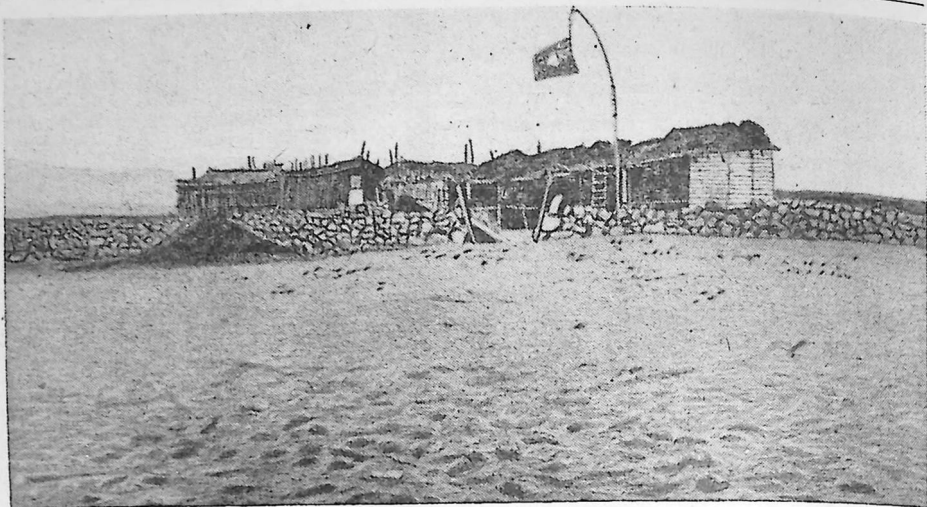


FIG. 1310.—TAMBO DE LA JOYA, EN LA PAMPA DE ISLAY. (Litografía de Delamare, París.)

tadas por el sol del desierto. Un oficial murió de insolación y unos cien individuos cayeron, pero fueron cargados en los animales de que se disponía, luego de destrabárseles los dientes con el acero de las bayonetas y roto la tela formada en la garganta por la insolación. Lo ocurrido sólo era el preludio de venideros desastres, si se dejaba solos a los militares de Arauco y de Santiago en la guerra del desierto.

El ejército de  
Piérola en  
Arequipa

La primera preocupación de Piérola había sido constituir en Arequipa un segundo ejército del sur que, a la vez de reforzar el poder militar peruano en el departamento de Moquegua, sirviera de contrapeso a su rival Montero, del que no se sentía muy seguro. Con tales objetivos envió a aquella ciudad al coronel Andrés Gamarra. Pero sus 1.300 a 1.500 hombres nada podían contra los 4.360 de Baquedano, de suerte que se retiró a las posiciones de Los Angeles, que eran consideradas inexpugnables desde los lejanos días de la Independencia. Se trata de una extensa meseta, casi triangular, que se extiende de este a oeste. El estrecho frente orientado al mar estaba surcado por un sendero en zigzag, tan difícil de escalar para un ejército, que un par de compañías podían defenderlo contra fuerzas muy superiores. Por el norte, defiende la meseta un acantilado casi inaccesible, serpenteado en la base por otro sendero estrecho y áspero, denominado "de los Guaneros", que iba a dar en el fondo hasta el río Tarata. Por el sur, otro acantilado, menos pendiente, desciende hasta la quebrada de Tumillaca, por la que se precipita el río Ilo a reunirse con el Tarata.



FIG. 1311.—PAMPA DE ISLAY. (Litografía de Delamare, París.)

El plan de Baquedano era amagar el frente de Gamarra con la artillería y alguna infantería, flanquearlo por la quebrada de Tumillaca con una división de 2.000 hombres al mando de Muñoz para cortarle la retirada y escalar con el Atacama el acantilado del norte por el camino de los Guaneros. Combate de Los Angeles

La sorpresa inicial fué lograda con éxito. Rafael Torreblanca guió el ascenso por los estrechos desfiladeros "que sólo permitían a mis soldados subir de a uno en fila, asegurándose con manos y pies y usando de sus bayonetas para escalar las escabrosas pendientes que a cada paso amenazaban despeñarnos al abismo". Aunque Gamarra sabía que iba a ser atacado en la madrugada del 22, descuidó por completo la defensa, y ni siquiera puso observadores en el flanco norte, convencido seguramente de que nadie intentaría tamaña temeridad. El Atacama descansó un momento y, en seguida, al grito de "¡Viva Chile!", se lanzó sobre las pircas. Tomados entre tres fuegos, los peruanos lograron retirarse hacia el Tarata, maniobra que pudieron efectuar por el extravío de Muñoz.

La división de Gamarra se dispersó en su mayor parte. Las espaldas del ejército chileno quedaban aseguradas para su avance sobre Tacna y la moral de la defensa aliada sufría un nuevo y rotundo golpe.

Nuevas disensiones



FIG. 1312.—DON MANUEL BAQUEDANO.  
(Foto Museo Histórico.)

Los últimos traspies señalados en el comando en jefe agravaron la distancia entre Escala y Sotomayor. Un nuevo incidente, provocado por la camarilla que en torno a Escala había consolidado Zubiría en detrimento de casi todos los comandantes de cuerpos, determinó la sanción del ministro para las dos partes en litigio. El día 28 de marzo el general presentó su renuncia, fundándola en "los procedimientos atentatorios de don Rafael Sotomayor a sus derechos y a su dignidad".

En Santiago, mientras tanto, no se daba mayor importancia a las disensiones de Ilo. Pinto contestó de buen humor a su ministro: "Los militares toman muy al pie de la letra que son hombres de guerra, y cuando el enemigo los deja descansar, pelean entre sí".

Escala en Santiago

Escala regresó a Santiago convencido de que su presencia bastaría para provocar el retiro de Sotomayor y su regreso al frente con mayores atribuciones. Después del discurso en que expuso sus puntos de vista, Pinto comentaba: "El discurso de Escala dejó una impresión muy triste en los que oían. Hablaba como un papagayo, con calor y tono teatral, para decir necesidades a las que suponía gran importancia"... "En algunos de los ministros hubo siempre un vivo deseo de que Escala permaneciera a la cabeza del ejército; pero después de oírlo no pudieron menos que decir que se admiraban cómo un hombre de tan cortos alcances pudo estar de general en jefe, sin desorganizar el ejército, olvidando que algunos de ellos (Santa María) habían sido los autores de su nombramiento". \*

Descomposición  
de la moral en las  
fuerzas chilenas

Al desaparecer el general Escala del escenario de la guerra, el panorama del ejército era aparentemente aterrador. Para la mayor parte de los regimientos que quedaban en Ilo, la guerra había dejado de interesar. Todas las energías se consumían en las disputas, los chismes y las rivalidades internas. Una verdadera racha de pesimismo, la peor entre las desencadenadas durante la guerra, ganó el ánimo de todos. Por suerte, a pesar de las apariencias, era un

\* Pinto: "Apuntes", Revista Chilena, N.º LII, p. 122.



FIG. 1313.—EL GENERAL BAQUEDANO. (Oleo de P. Subercaseaux, Museo Histórico.)

fenómeno más de forma que de fondo. Bastó el cambio de general para que todo volviera a la normalidad. El mismo ejército y los mismos jefes, con el mando de Baquedano y la alta dirección de Sotomayor, van a desplegar apti-

El general  
Baquedano



FIG. 1314.—EL GENERAL VELÁSQUEZ. (Foto Museo Histórico.)

tes disensiones. Su concepto del comando táctico era simple, casi primitivo: el ataque frontal, a menos que la posición del enemigo lo hiciera imposible, como en Los Angeles, y la desconfianza en las maniobras envolventes o complejas. Su acción se encerraba en el aforismo: "¡Soldado chileno! ¡De frente! ¡Soldado chileno! ¡De frente!" Estos rasgos cardinales no autorizan, sin embargo, para aceptar a ojos cerrados la caracterización de un "pobre hombre", que imaginaron sus contemporáneos y ha pasado a la Historia. Era profundamente sensato, poseía cierta sagacidad natural y buen juicio militar dentro de su escuela. Era tan incapaz de una hábil concepción táctica como de un gran disparate. Este equilibrio sumado al enorme desnivel entre el valor militar del ejército chileno y el Perú-boliviano explican el hecho de que no sufriera ninguna derrota.

El don de mando.

Compensaba su incapacidad como táctico y estratega un inapelable don de mando. Lo que ordenaba se cumplía inflexiblemente, aun cuando fuera una torpeza. Jamás vacilaba ni retrocedía. La frase "¡Lo dicho! ¡Lo dicho!" se

tudes insospechadas y a demostrar una firme disciplina.

El general Manuel Baquedano y González \* contaba a la sazón 54 años. Había acompañado a su padre en la campaña de 1838 y, no obstante su corta edad, peleó en Buin y en Yungay. En 1851 se batió en Loncomilla, como ayudante de Bulnes, en el ejército gobiernista. Sabemos que, terminada la batalla, pidió permiso para visitar a su padre, jefe del estado mayor de Cruz, acto que refleja con fidelidad la fisonomía moral del nuevo jefe.

Tartamudo y de una extraña pobreza de ideas, hacía el efecto de un ser elemental. No se le entregaba, con el mando del ejército, la dirección de la guerra, que se subentendía siempre a cargo de Sotomayor. Lo único que se esperaba con fundamento de sus cualidades positivas era que restaurara la disciplina, quebrantada por las recientes

\* Santiago, 1826 - 30 de septiembre de 1897.

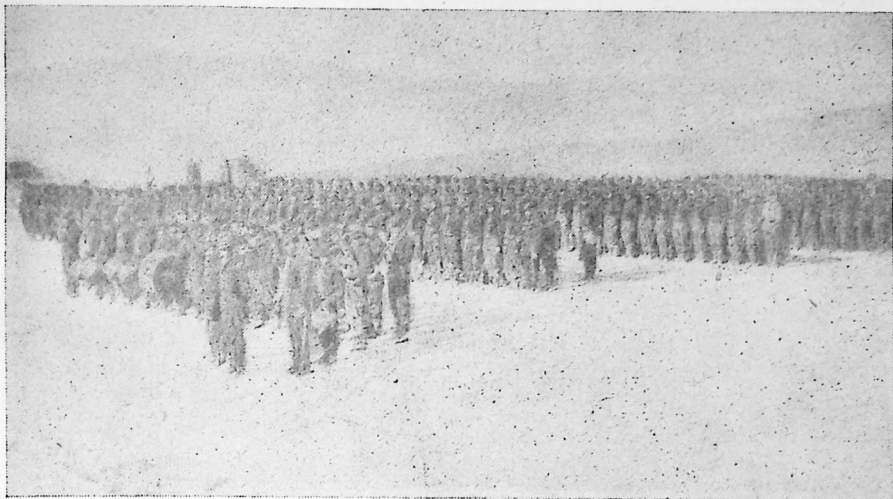


FIG. 1315.—REGIMIENTO ESMERALDA EN POCOLLAY. (Foto, 1880.)

hizo proverbial. De carácter recto y reacio al adulo, disolvió las camarillas de sus predecesores e impuso la disciplina en chicos y grandes. “Donde está Baquedano no hay chismes”, escribía Sotomayor mucho antes de nombrarlo general en jefe.

Tratándose de un enemigo inmóvil, condenado a perpetuidad a la defensiva, estas dotes bastaban para ganar la guerra, siempre que una cabeza organizadora condujera el ejército hasta las posiciones enemigas. Por una de las numerosas paradojas de la Guerra del Pacífico, esa cabeza iba a ser la de Vergara, el prototipo del odiado “cucalón”.

En cambio, fué desacertado el nombramiento de Velásquez en la jefatura del estado mayor. Este jefe, que los milagros de la experiencia actuante sobre una inteligencia lúcida iban a convertir al final de la guerra en un general completo, por aquel entonces era sólo un oficial especializado, enamorado de su arma, hasta el punto de sostener con reticencia: “El que quiera a los artilleros es amigo mío; el que no los quiera es mi enemigo”.

Velásquez, jefe de Estado Mayor.

La peor dificultad que la nueva situación creaba a Sotomayor era la hostilidad producida en el ejército y en el país por el nombramiento de Baquedano. El ministro resolvió el expediente con su proverbial tino. Hizo que el nuevo general en jefe invitara a almorzar a jefes y oficiales y les pidiese unión y ayuda en nombre de la patria. Con su incorrecto lenguaje, repitiendo en su trabalenguas cada frase, dijo: “Compañeros, amigos: He tenido la honra de ser designado para mandar este noble y sufrido ejército, y como militar tengo que

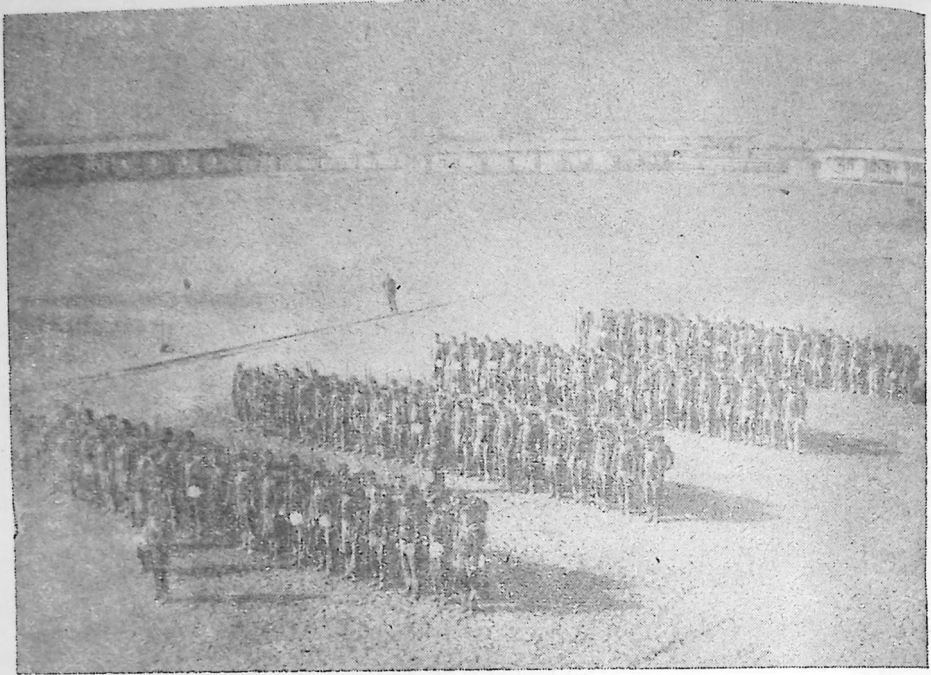


FIG. 1316.—NAVALES. (Foto, 1879.)

obedecer las órdenes superiores. Sé que yo nada valgo; pero sé también que en este ejército hay jefes de ilustración reconocida y de gran patriotismo; a todos los llamo a mi lado para que me ayuden a servir a la patria, realizando la magna empresa encomendada a este ejército. Yo los invito a ayudarme cada uno como pueda. Nada de disgustos entre vosotros; el fin común de la obra debe mantenernos unidos. Vida nueva. ¡Olviden los males pasados; todos amigos, todos unidos por un mismo pensamiento; todos al lado del general en jefe para salvar a la patria. ¡Viva Chile!"

"La alegría y la esperanza —añade Dublé— volvieron a todos los corazones y desde ese instante los jefes tuvieron fe en el triunfo."

Resuelto el avance sobre Tacna, Sotomayor decidió concentrar todas las fuerzas contra Montero entre aquella plaza y Arica, prescindiendo del ejército peruano inmóvil en Arequipa y de la conservación de Moquegua. Había que atravesar un desierto inclemente, más desamparado aún que el de Tarapacá.

Vergara salió de Moquegua con los regimientos de granaderos y cazadores, reducidos por las tercianas y la inutilización de muchos caballos a no más de 500 hombres, en la mañana del 8 de abril. Poco después lo hacía Vargas por el camino de la costa. Ambas caballerías se reunieron dos días después en



FIG. 1317.—OFICIALIDAD DEL SANTIAGO. (Foto, 1879.)

Locumba, donde batieron al guerrillero Albarracín y dispersaron sus fuerzas. El mismo día 8 de abril tomó el Buin el camino de la costa, al que siguieron las demás divisiones, salvo la de Barbosa, que permaneció en Ilo para seguir la vía marítima, en custodia de la artillería de campaña, que no podía ir por tierra. Las lecciones de Tarapacá y de la marcha de Ilo a Moquegua previnieron los fracasos, pero no podían evitar las enormes asperezas de la jornada (figs. 1308, 1310, 1311).

“Durante la marcha por los arenales —dice Bulnes— se perdía la formación... Los soldados seguían a la desbandada y cada media hora se tendían en el suelo a descansar. El sol reverberante les dardeaba las espaldas, y desesperados arrojaban sus rollos, sus capotes, parte de las municiones y sólo conservaban sus rifles, que llevaban apoyados en los hombros, mientras caminaban perdidos en la arena mullida, envueltos en una nube de polvo salobre... Las carretas quedaban sumidas en la arena hasta el eje.”

A mediados de abril, los hospitales de Moquegua y de Ilo guardaban 750 enfermos, sin contar los enviados a Iquique y a Pisagua. Las bajas causadas por las tercianas y las viruelas superaron el 10% del efectivo chileno. Fué necesario pedir refuerzos, con los que el ejército se elevó a 16.000 hombres, de los cuales 1.500 quedaron entre Hospicio y Pacocha (Ilo) custodiando la línea de comunicaciones con la escuadra, 13.000 en el campamento de las Yaras, y el resto en Ite y en los hospitales.

Los enfermos

Despachados la artillería y los últimos cuerpos que quedaban en Ite, Sotomayor entregó la jefatura militar del puerto al comandante Jorge Wood (fig. 1318), y el 16 de mayo, caballero en su mula, se dirigió al campamento de las Yaras. Al día siguiente reanudó animoso sus tareas. El 20 los jefes lo advirtieron más jovial y alegre que de costumbre, como si quisiera transmitirles su propia satisfacción por la dura batalla que acababa de ganar al desierto. Apenas acababa de sentarse a comer, después de tomar algunas cucharadas de sopa, se levantó de súbito, dió algunos pasos y cayó pesadamente,

Muerte de Sotomayor



La ingratitude  
contemporánea

FIG. 1318.—DON JORGE WOOD. (Colección Negativos, Museo Histórico.)

da esperaba también a su memoria. Su callada y utilísima labor nada podía esperar de la historia heroica. Su recuerdo sólo perduró, como en santuario privado, en Baquedano, Lagos, Velásquez, Latorre, Lynch y muy pocos más, algunos de los cuales aún vivían cuando comenzó su crucifixión a posteriori. Se llegó hasta suprimir telegramas e inventar otros para negarle la paternidad del plan de Angamos (Uribe).

A la luz de su proyección histórica, Chile reconoce hoy en Sotomayor la victoria sobre el desierto, la organización de una fuerza disciplinada y aguerrida, con un general en jefe a la cabeza que, si bien no constituía un genio militar, era capaz de llevarla al asalto de las más formidables posiciones en gestas inolvidables que parecen de leyenda.

Baquedano se sintió de inmediato y honradamente incapaz de proseguir solo y recurrió al auxilio del secretario del ministro. Santa María propuso confiar a Vergara la dirección de la guerra, pero el consejo de ministros acordó entregarla a un triunvirato y telegrafió a Lynch: "Diga al general Baquedano que siga adelante las operaciones convenidas con el ministro, poniéndose de acuerdo en todo con los coroneles Vergara y Velásquez". Pero Vergara com-

víctima de una congestión cerebral. Fué sangrado sin éxito y a los cinco minutos espiraba.

La muerte del ministro impresionó hasta desconcertarlo por completo al gobierno. Los pocos hombres superiores que surgieron de la guerra se habían connaturalizado con su ardua labor. Lynch dijo: "Era la cabeza y el cerebro de la campaña". Urrutia: "Era el alma y el brazo del ejército. Lo ha muerto el trabajo, y su pérdida en las actuales circunstancias es irreparable. Nadie se ocupaba de la guerra como él; nadie estudiaba como él, y puedo decir que nadie pensaba en la patria como él".

Con sobrecogedor simbolismo, por aquellos días los acreedores liquidaban sus cortos bienes, desatendidos, y su familia trocaba la modesta decencia en que había vivido por la pobreza. El duro calvario de la incomprensión de sus conciudadanos que lo acompañó en vi-

prendió que, de todas las soluciones, la peor era el triunvirato, pues mataba la unidad de mando. Sólo hizo uso de sus poderes para dar cuenta de los resultados de la batalla de Tacna e inmediatamente se separó del ejército.

Se inicia así la tercera fase en la evolución del comando desde que comen- zara la guerra. Cesó la intervención directa del gobierno: Baquedano y Velás- quez se hicieron cargo del ejército. y de sus servicios anexos.

Mientras estos acontecimientos ensombrecían el panorama chileno, Mon- tefo había logrado equipar, armar y disciplinar el ejército peruano de Tacna y Arica, fuerte de 12.000 plazas nominales. Según el estado oficial de 15 de mayo de 1880, el ejército boliviano, al mando del coronel Eleodoro Camacho, constaba de 5.150 plazas efectivas.

Las fuerzas aliadas  
de Tacna

No tardaron en chocar Montero y Camacho, hasta el punto de que fué necesaria la presencia en Tacna del general Campero, presidente de Bolivia, que se hizo cargo de la jefatura de ambos ejércitos de acuerdo con las cláusulas del tratado de 1873. Decidido a dar la batalla en las inmediaciones de Tacna, Campero optó por establecer sus posiciones en el cerro de Intiorco, que fué pomposamente bautizado con el nombre de "Campo de la Alianza", situado en plena pampa a 8 Km. al NO. de la ciudad.

El cerro o loma es una meseta baja, con pendientes suaves en todas di- recciones, que se extiende de SO. a NE. en una llanura medanosa. Era neces- sario acarrear el agua desde el río Caplina, a 4 Km., única fuente en la región. Las principales ventajas de la posición consistían en que inutilizaba la nume- rosa caballería chilena y el suelo medanoso impedía estallar a un alto número de las granadas que cayeran en él. La batalla de Tacna debería ser por fuerza un combate de infanterías. Campero ocupó esta posición, tácticamente fuerte, pero estratégicamente débil, el 16 de mayo.

El "Campo de la  
Alianza"

El 22, Velásquez, acompañado por los jefes de las cuatro divisiones, los coroneles Lagos y Vergara, más de 200 jefes y oficiales y 1.000 individuos de tropa, realizó el reconocimiento de las posiciones enemigas. Se elaboró en detalle el plan de combate, en forma de ataque frontal, escalonado hacia la derecha. En cumplimiento de un acuerdo secreto en la reunión de jefes y ofi- ciales que tuvo lugar a raíz de la muerte de Sotomayor, con el objeto de alejar a Vergara del ejército, se le desposeyó de hecho del mando de la caballería. Para salvar las apariencias se le dejó el mando de los granaderos a caballo, con instrucciones al comandante Yávar de no obedecerle.

Informado erróneamente Campero de que las fuerzas chilenas sumaban 22.000 plazas, decidió intentar una arriesgada sorpresa, frustrada por la previ- sión de Lagos. Las instrucciones de Sotomayor y de La Moneda relativas al

La batalla de  
Tacna



FIG. 1319.—DON PEDRO LAGOS. (Foto Museo Histórico.)

primer gran encuentro que debería librarse en Tacna aconsejaban la constitución de una nutrida reserva. De esta suerte, y como tales fuerzas no participaron en la batalla, se enfrentaron 9.645 soldados chilenos con 12.500 aliados.

La batalla comenzó a las nueve de la mañana del 26 de mayo con un duelo de artillería que se prolongó más de una hora. La superioridad manifiesta de la artillería chilena era neutralizada por el suelo arenoso. El general Pérez, jefe de estado mayor de las fuerzas aliadas, exclamaba cada vez que una granada chilena se enterraba en la arena sin explotar: "Otra onza de oro perdida". Pero tanto se mofó de la circunstancia, que una de las granadas, como si concentrara cierto mágico poder en venganza de sus estériles compañeras, ha-

cia el final de la batalla fué a dar en la mismísima frente del burlón general.

A las 10 de la mañana Amengual recibió órdenes de avanzar contra el ala izquierda aliada. Los soldados, batidos a mansalva, dejaron el campo materialmente regado de cadáveres y heridos. No obstante, demostrando una moral que asombró a los observadores extranjeros, los restos diezmados llegaron a 80 metros de las trincheras enemigas. Por desgracia, debido a un incomprensible lapsus, luego de una hora y media de combate las municiones se agotaron. Las tropas de Amengual comenzaron a retroceder. Eran las once y media de la mañana. Masas espesas de aliados se lanzaron en su persecución. Los granaderos que comandaba Yávar estaban al lado. Jefes, oficiales y soldados les suplicaron que cargaran para obligar al enemigo a detenerse, formar cuadros y dar tiempo a que llegaran las municiones. El comandante general de caballería acudió personalmente y dió la orden de cargar; pero Yávar se negó a hacerlo mientras no recibiera orden del general en jefe y se retiró a presenciar impasible el fusilamiento de la infantería de Amengual, que, sin un cartucho, retrocedía, no obstante, en orden. A las doce y media, la división de Barceló, que había llegado a cincuenta metros de las trincheras aliadas, retrocedía también sin municiones, acosada por el enemigo.

Aparentemente, la batalla de Tacna estaba perdida.

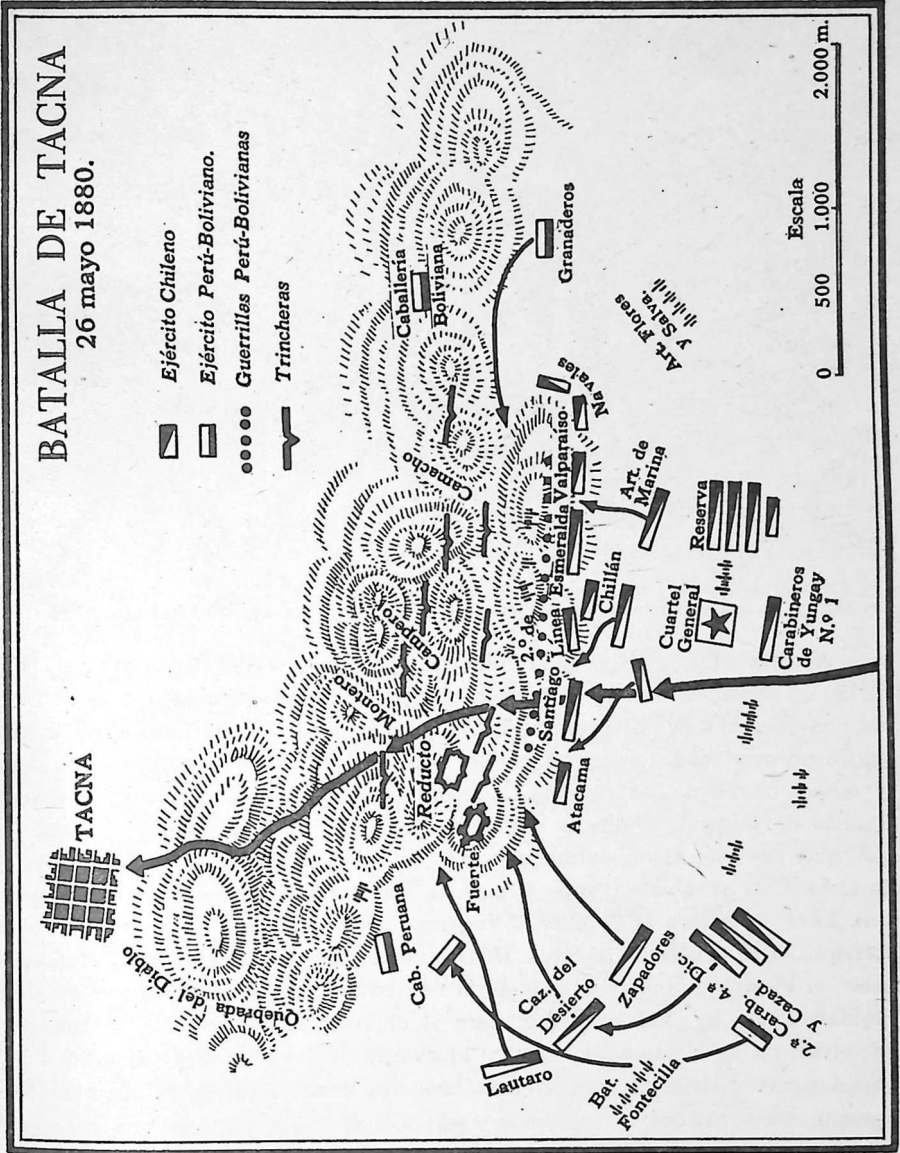


FIG. 1320.—CROQUIS DE LA BATALLA DE TACNA.



FIG. 1321.—ENTERRANDO MUERTOS EN EL CAMPO DE LA ALIANZA. (Foto, 1880.)

La intervención del coronel Pedro Lagos

A estas alturas llegó a la línea de fuego el coronel Pedro Lagos (fig. 1319) y, reponiéndose de su primera y trágica impresión, abarcó el panorama de una sola mirada. El enemigo había corrido parte de sus fuerzas de la derecha, no presionadas a tiempo por la división de Barbosa enviada contra ellas, y echado mano de las reservas. Abandonó su papel hasta entonces pasivo y solicitó de Baquedano que le permitiera avanzar con la división de Amunátegui, que, por otro error, permanecía con los brazos cruzados a 3.000 metros de la línea. Casi al mismo tiempo llegaba la autorización del general en jefe para que Yávar empleara la caballería. Vergara, acompañado por el ingeniero Arturo Orrego Cortés, encabezó la carga. Huelga añadir que 400 jinetes no podían contener el avance de masas de infantería vencedoras. Los granaderos no lograron siquiera llegar al choque directo; pero el objetivo táctico se había alcanzado: la formación de cuadros, que detuvo el avance de los aliados y permitió a los restos de la división Amengual amunicionarse con los cartuchos recogidos de los muertos y heridos.

Imprevisión

Amengual y Barceló habían pedido a tiempo las municiones; pero los carros se atascaron en la arena y a nadie se le había ocurrido organizar su transporte en mulas o por la caballería inactiva. Al fin, algunos oficiales discurrieron llevar los cajones en sus monturas. Pero, ¡nuevo contrat tiempo!, los cajones estaban sólidamente atornillados. Ni al comandante del parque, ni al



FIG. 1322.—ARICA ANTES DEL GRAN TERREMOTO DE 1878. (En "Illustrated London News".)

jefe de estado mayor, ni al general se les había pasado por la imaginación aflojar los tornillos. Las cargas de Vergara y Yávar, al detener el avance aliado, dieron tiempo para romper a culatazos los malhadados cajones, y, a partir de ese momento, las masas atacantes, clareadas por la certera puntería de los sobrevivientes, no pudieron avanzar un paso más.

Minutos más tarde, la división Amunátegui, hábilmente dirigida por Lagos en persona contra el centro y la izquierda enemigas, entraba en fuego. Las maltrechas divisiones de Barceló y Amengual se rehicieron y el servicio de municionamiento se regularizó con rapidez. La batalla de Tacna estaba ganada sin necesidad de utilizar la reserva.

Enardecidos por el espectáculo macabro del remate de los heridos que no lograron retirar, las tropas de Amunátegui avanzaron a paso de carga arrollando cuanto se les ponía por delante. A las dos y media de la tarde caían los últimos reductos aliados y la pampa comenzaba a negrear con los grupos fugitivos, dispersos en todas direcciones. El cariz de la batalla produjo, como era de rigor, tremendas bajas. El Atacama perdió ¡el 47% de sus efectivos! Los totales representaron el 20% de las fuerzas que entraron en combate. A las

El avance de Amunátegui.



FIG. 1323.—ARICA HACIA 1870. (Litografía de Delamare, París.)

Captura de Tacna cinco de la tarde, Amengual y Bulnes tomaron posesión de Tacna (fig. 1320).

En cuanto a los contingentes enemigos, la batalla no determinó la retirada, sino la dispersión en pequeños grupos que huían a la desbandada, hacia La Paz los bolivianos y hacia Arequipa los peruanos.

La plaza de Arica.  
El Morro

Desde que la guerra con Chile fuera inevitable, Prado había concentrado sus esfuerzos en crear una base de operaciones para la escuadra peruana en Arica. Desde el punto de vista militar, la plaza era de fácil defensa. En el extremo sur de la bahía se alza el célebre Morro, formado por el remate de un espolón que arranca de los contrafuertes de los Andes y corre de oriente a poniente a ambos lados del cauce del Azapa. Por el oeste y el sur, laderas de más de 200 metros caen casi perpendiculares al mar. Por el norte sólo es accesible por un angosto sendero en zigzag. En cambio, por el este la pendiente es suave hasta llegar a la altura denominada "La Silla", lugar desde el cual el camino discurre entre pequeñas gargantas hasta la cumbre. Una meseta casi cuadrada de 200 m. de lado constituye la cima del Morro. En ella no hay agua dulce.

El promontorio domina el horizonte hasta el máximo alcance de las armas de la época hacia el mar, el sur y el norte; pero hacia el este un cerro bajo permitía mover tropas sin ser vistas desde la altura. Prado había iniciado la fortificación de Arica contra el ataque marítimo, único posible en aquellos momentos. En la planicie del Morro se instalaron 11 cañones de grueso calibre y en la parte alta del flanco este se construyó un reducto cerrado, el Fuerte del Este, con tres cañones de grueso calibre, que podían hacer fuego hacia el mar y hacia el este y dominaban el Fuerte Ciudadela, construido sobre un pequeño morro más bajo de la misma pendiente. En el último había tres cañones de grueso calibre que dominaban el valle.



FIG. 1324.—FORTIFICACIONES EN EL MORRO DE ARICA. (Foto, 1880.)

Montero inició los trabajos de defensa terrestre cuando supo del desembarco chileno en Ilo. Con sacos de tierra y arena construyó un parapeto de 1,40 m. para tiradores en una extensión de 3 Km. que enlazaba varios bastiones y accidentes del terreno. Además de las cargas de dinamita colocadas en los fuertes, se sembró el terreno frente al Morro y los accesos con pequeñas minas que explotaban al pisar el fulminante oculto en la arena. Al producirse el desenlace de Tacna, Arica sólo contaba con 2.100 defensores, y la carencia de agua potable en el Morro impedía resistir un verdadero sitio. Pero Baquedano necesitaba reanudar de inmediato las comunicaciones con la escuadra para el aprovisionamiento del ejército, que sólo podía establecerse en este puerto. De modo que decidió apoderarse por asalto del Morro (figs. 1322 a 1331).

La defensa del  
Morro

El general en jefe confió la operación al coronel Ricardo Castro, mas sus colegas lograron convencerlo de que el hombre era Lagos.

El coronel Pedro Lagos \* había ascendido por méritos a la oficialidad. A un gran prestigio unía un certero golpe de vista militar. Aparte de Vergara, anómalo espécimen providencial, fué el jefe que en la Guerra del Pacífico demostró mayores presencia de ánimo y fertilidad de recursos en los contratiempos y frente a lo imprevisible, así como superior intuición táctica.

El coronel Pedro  
Lagos

Por inverosímil que parezca, Bolognesi, jefe militar de Arica, ignoraba el desenlace de la batalla de Tacna, a la vez que Baquedano y su estado mayor carecían de datos para realizar un rápido avance. Vergara, el único que conocía a fondo la geografía militar del Perú, había regresado al sur al día siguiente

\* Chillán, 1832 - Concepción, 8 de enero de 1884.

Los preparativos

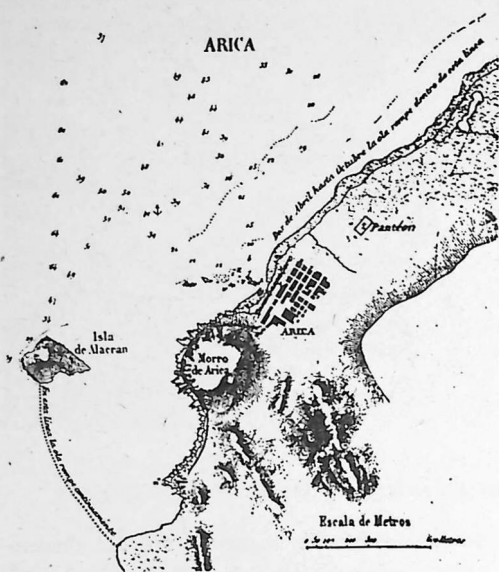


FIG. 1325.—EN PAZ SOLDÁN.

de la victoria, sabedor del acuerdo secreto que lo eliminaba del ejército. Latorre, por suerte, sacó de apuros al comando chileno, enviándole un mensaje a la playa de Challuta. \*

Una vez reconstruidos los puentes sobre el Lluta, la artillería se reunió con las restantes fuerzas chilenas el 4 de junio. Baquedano practicó de inmediato un reconocimiento que le sirvió para convenirlo de las dificultades de la empresa. Intimidada la rendición, Bolognesi contestó al parlamentario chileno, sargento mayor José de la Cruz Calvo, luego de atenderlo con cortesía: "Resistiremos hasta quemar el último cartucho".

Con la dirección de los reconocimientos y el sitio elegido para acampar Lagos engañó al jefe peruano, haciéndole creer que concentraría sus ataques contra los tres fuertes del norte, que Bolognesi reforzó con elementos retirados de los del sur. El coronel chileno disponía de 4.000 infantes. En su plan nada podían hacer la artillería ni la caballería, pero aprovechó ésta para cortar la retirada al enemigo. El batallón Lautaro y el 2.º de línea, al mando del coronel Barbosa, recibieron orden de asaltar los fuertes del norte, cuando las demás tropas hubieran conquistado los del Este y Ciudadela. Dejando los fuegos del vivac encendidos y algunos soldados de caballería encargados de mantenerlos, se deslizaron cautelosamente durante la noche, para colocarse a kilómetro y medio a retaguardia de los objetivos. Lagos dividió sus fuerzas en tres grupos. El 4.º de línea debía asaltar al Fuerte del Este. El Buin y el 3.º se trenzaron en una disputa, porque ninguno quería permanecer en la reserva. Lagos la resolvió arrojando una moneda al aire. Los oficiales del 3.º pidieron cara y, ganada la apuesta, se dirigieron hacia el Fuerte Ciudadela. Con las primeras claridades del alba, los regimientos avanzaron en silencio.

El asalto

Los soldados del 3.º fueron descubiertos antes de llegar al fuerte y, al

\* El bote no pudo atracar, pero un verdadero héroe, el negro Lewis, célebre nadador, se jugó la vida lanzándose al agua. Luego de dramática lucha con las olas

embravecidas, durante la cual estuvo más de una vez a punto de estrellarse contra las rocas, logró llevar a la playa el fundamental mensaje.

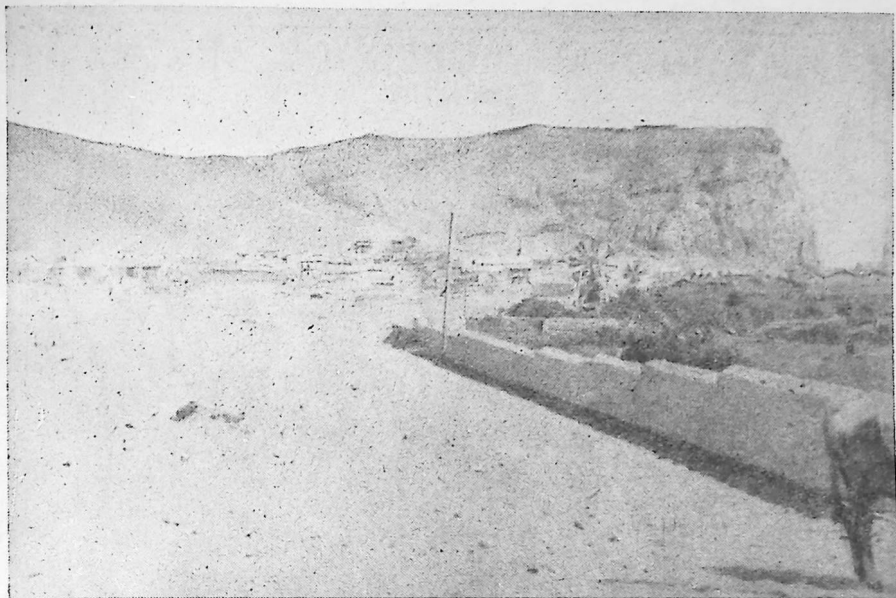


FIG. 1326.—ARICA Y EL MORRO, DESDE EL FUERTE SAN JOSÉ. (Foto, 1880.)

escucharse el primer disparo, emprendieron el asalto a la carrera. Rompieron con corvos y bayonetas los sacos de afena de la base, con lo cual se derrumbaron los superiores. Ya en el recinto del fuerte, hizo explosión el polvorín. Troncos, cabezas, brazos y piernas de peruanos y chilenos volaron mezclados con las piedras. Los sobrevivientes, enfurecidos, pasaron a cuchillo a cuanto jefe o soldado atraparon. Entre las víctimas se contó el coronel Arias.

En el Fuerte del Este, la guarnición rompió también sus fuegos contra el 4.º, causándole muchas bajas. El coronel que lo defendía murió en su puesto, pero los soldados se fugaron y el fuerte cayó sin mayor resistencia.

Al percatarse de su error, Bolognesi llamó a la división desplazada para defender el Fuerte Ciudadela. Compuesta de unos 600 hombres, fué cortada por la mitad, y los que lograron subir, como no pudieran sostener el Ciudadela, se reunieron con los defensores del Morro. Con esta maniobra quedaban desguarnecidos los fuertes inferiores, que Barbosa capturó casi sin combate.

El Fuerte  
Ciudadela

Quedaba ya sólo en poder de los peruanos el Morro, con su defensa de Cerro Gordo. El plan de Lagos ordenaba esperar al Buin en el Ciudadela y en el del Este para emprender juntos y en orden el asalto final a la cumbre. Pero alguien que no ha podido ser identificado gritó: "¡Al Morro, muchachos!", y tanto el 3.º como el 4.º, desobedeciendo la orden anterior, se lanzaron hacia

El ataque a Cerro  
Gordo



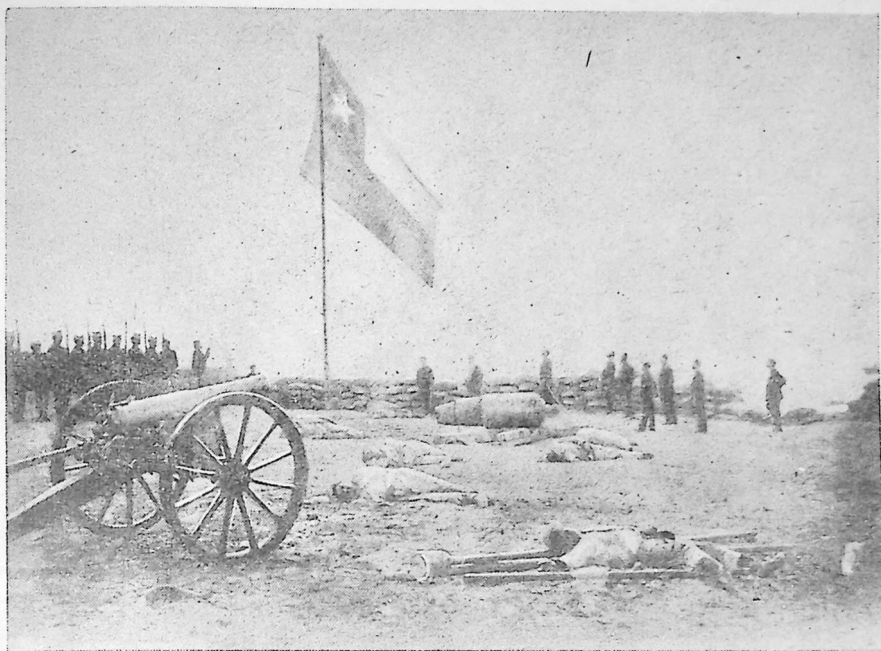


FIG. 1328.—LA BANDERA CHILENA ES IZADA POR VEZ PRIMERA EN EL MORRO DE ARICA.  
(Sensacional fotografía tomada poco después del asalto.) \*

el último reducto, saltando algunas minas, pisando en otras. El comandante San Martín cayó mortalmente herido. Lo substituyó Solo de Saldívar. Mas, en realidad, había desaparecido el mando. Era un torbellino de bayonetas que pasaba sobre las trincheras, sin curarse para nada de las minas, arrollándolo todo.

En la planicie de la cumbre se habían reunido Bolognesi y los jefes peruanos sobrevivientes. Ya no quedaba nada que hacer, pues apenas hacían fuego cuatro o cinco soldados. El heroico veterano, tal vez para evitar a sus subordinados un sacrificio inútil, mandó cesar los fuegos e izó en su espada un trapo blanco. Los soldados chilenos, sin comando y ciegos de furor por la explosión de las minas, que interpretaban como traición y deslealtad en el combate, tendieron a Bolognesi y la mayor parte de sus acompañantes. La muerte de Ugarte se transfiguró en un mito que lo presenta arrojándose desde la plazuela al acantilado que caía vertical sobre el mar desde más de 130 metros, montado en su caballo negro como ébano con herraduras de oro.

\* Cf./ apéndice sobre la iconografía.

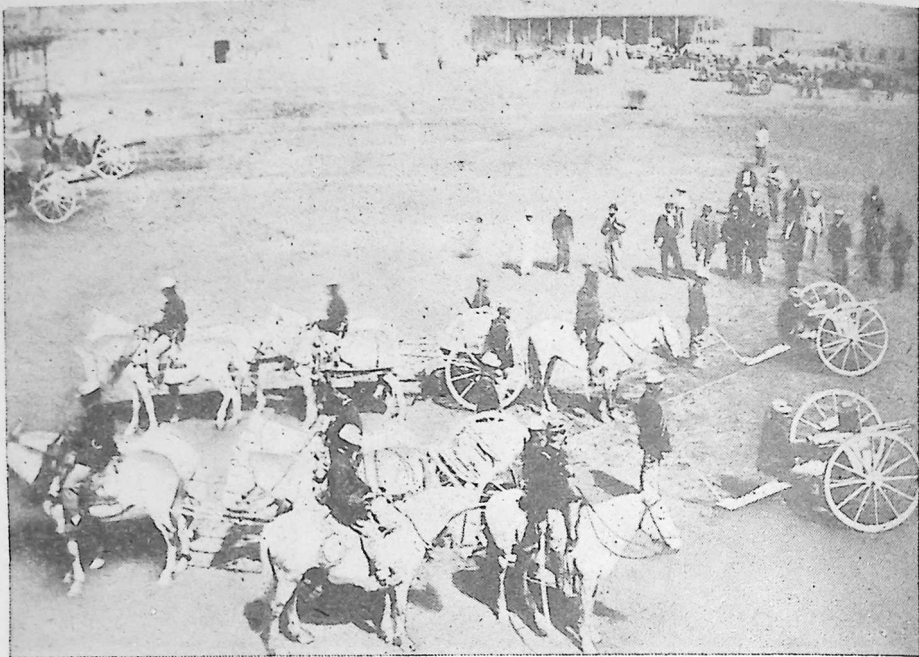


FIG. 1329.—BATERÍA DE AMETRALLADORAS EN ARICA. (Foto, 1880.)

#### Epílogo sangriento

El sangriento epílogo de la jornada fué sinceramente lamentado por los jefes chilenos. Bológnesi, como Grau, había sabido ganarse su afecto, y todos deseaban salvarle la vida. El sargento mayor Baldomero Dublé Almeyda y otros muchos hicieron esfuerzos desesperados para salvar las vidas de oficiales y soldados peruanos. Mas no pudieron impedir que se asesinara a mansalva a un grupo de prisioneros en las puertas de la iglesia de Arica, ni que, de inmediato, se desbandaran los soldados por la ciudad y la saquearan.

El comandante del monitor peruano "Manco Cápac", no bien vió izada la bandera chilena en la cumbre del Morro, abrió la válvula de su nave, que se hundió a las 8 de la mañana. Los tripulantes pidieron asilo a los neutrales surtos en la bahía y, como les fuera negado, se entregaron en calidad de prisioneros a la escuadra chilena.

#### El milagro del asalto al Morro de Arica

El Morro cayó en 55 minutos, contados desde que el 3.º y el 4.º de línea tomaron los fuertes del Este y Ciudadela, es decir, el tiempo imprescindible para recorrer el trayecto al tranco de caballo sin combatir. Los marinos extranjeros que conocían la plaza habían cruzado apuestas sobre la duración del asalto, oscilando éstas entre tres días y dos semanas. Desde el punto de vista



FIG. 1330.—OFICIALES DEL REGIMIENTO DE ARTILLERÍA N.º 2 EN ARICA. (Foto, 1880.)

táctico, Arica es la nota culminante en toda la historia militar de la República, así como el desembarco en Pisagua es la más hábil concepción estratégica.

El plan previo no es sino una bella fantasía, inventada para prestigiar a Baquedano ante el ejército y la opinión. Lagos dirigió el asalto a su albedrío, sin recibir instrucciones de ninguna naturaleza. No se atrevió, incluso, a pedir municiones de repuesto, elementales para el fracaso posible de la sorpresa, temiendo que el general, que no lo miraba con buenos ojos desde su conducta indisciplinada frente a Escala, lo relevase del comando, y resolvió dar el golpe con 150 tiros por hombre, es decir, con municiones para una hora y media de combate.

A las 11 de la mañana del 8 de junio el gobierno recibía el telegrama del jefe civil de Tarapacá, capitán de navío Patricio Lynch, que anunciaba la toma del Morro. Diez minutos después llegaba el de Baquedano. El regocijo nacional fué sólo comparable a la noticia de la toma del "Huáscar". La necesidad que los pueblos experimentan de simbolizar en un hombre su propia energía ungió al hasta ayer anónimo general Baquedano en héroe nacional, estratega púnico y táctico invencible. La toma de Lima, y con ella la paz, era asunto de dos o tres semanas. Se le ascendió a general de división. Y, como casi siempre ocurre en fenómenos similares, ni el gobierno ni la opinión pararon mientes en que el verdadero vencedor de Tacna y Arica había sido el pueblo chileno, organizado por la inteligencia poderosa de un civil, el ministro de la guerra en campaña, don Rafael Sotomayor, y dirigido en los campos de batalla por una cabeza táctica surgida del seno mismo de la guerra: el coronel Pedro Lagos.

Regocijo nacional

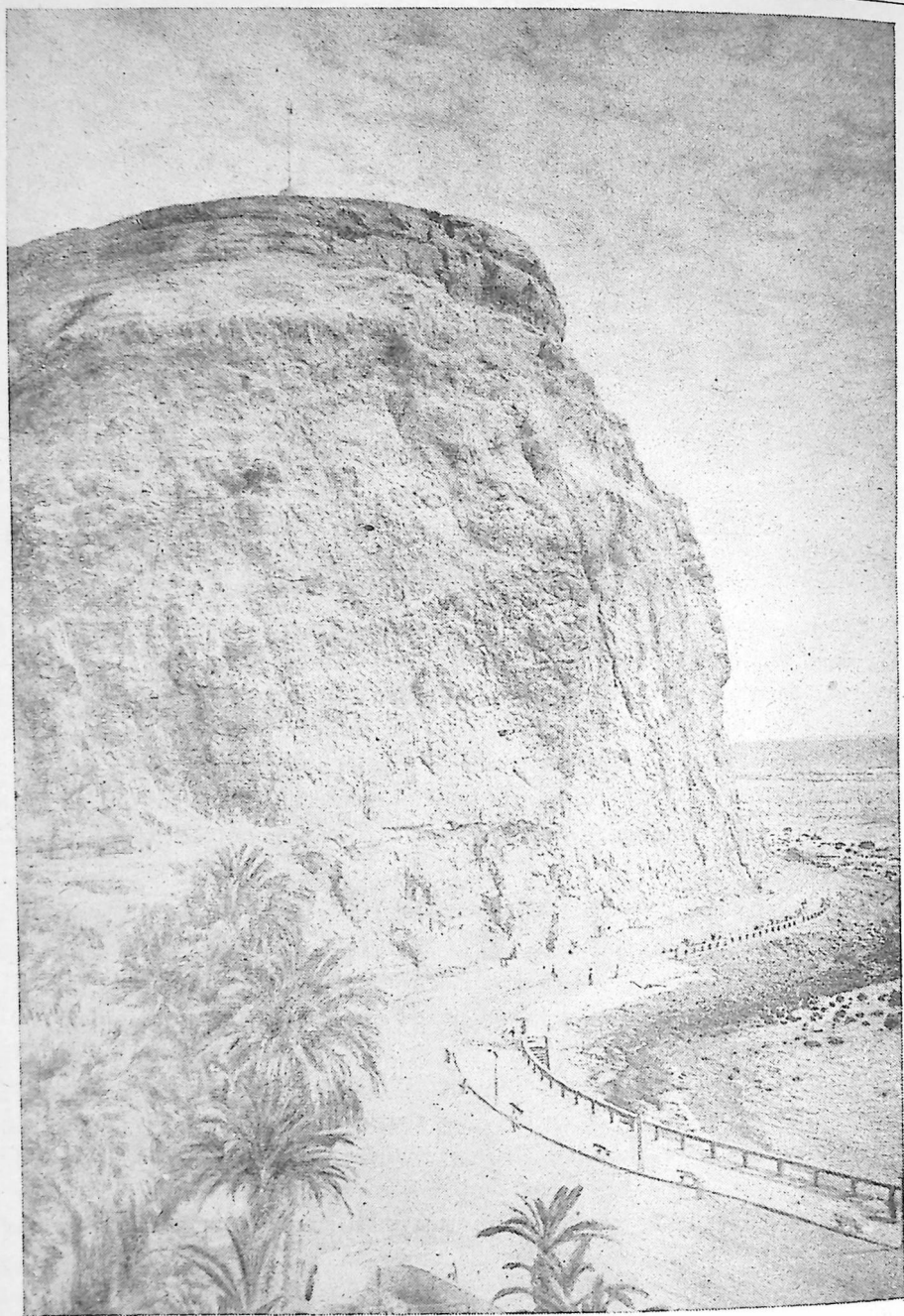


FIG. 1331.—EL MORRO DE ARICA. (Foto de L. C., 1950.)

# XIV

La campaña de Lima.  
La personalidad de José Francisco Vergara.  
La diplomacia y la guerra.  
El bloqueo del Callao.  
Reorganización del ejército chileno.  
La defensa de Piérola.  
San Juan, Morro Solar, Chorrillos.  
La batalla de Miraflores.  
Ocupación de Lima.

**A** PENAS conocida la noticia de la toma de Arica, resucitó el desacuerdo entre el gobierno y la opinión sobre el rumbo futuro de la guerra. La tenaz resistencia del presidente Pinto a la campaña sobre Lima aumentó con la muerte de Sotomayor. El 20 de septiembre de 1880 había escrito a Altamirano: "Gastamos en la actualidad de 33 a 34 millones al año. Yendo a Lima, ese gasto subirá a lo menos a 40 y tantos millones al año". La resistencia de Santa María era aun mayor que la del presidente. Pero no era sólo el Ministerio. Toda la "gente de peso" consideraba la expedición a Lima como cosa de locos, a los que azuzaban los prevaricadores con el aprovisionamiento del ejército.

Mientras tanto la voluntad del país se había pronunciado en forma incontentible: quería ir a Lima, costase lo que costare.

La primera consecuencia política de la muerte de Sotomayor fué la liquidación del Ministerio Santa María. El delicado trance inspiró a éste la jugada maestra de su larga carrera: disolver el gabinete, sustituirlo por otro de su apañío haciendo valer su ascendiente, ahora todopoderoso, sobre Pinto y, sin perjuicio de utilizar tal ascendencia para combatir la discutida expedición, no aparecer ostensiblemente como cabeza de la resistencia a los deseos del país y del ejército. Demostrando su enorme habilidad política, formó el Ministerio con tres partidarios decididos de su candidatura presidencial y dos anodinos. El nuevo gabinete juró el 16 de junio:

Interior: Manuel Recabarren, radical;

Relaciones Exteriores: Melquíades Valderrama, liberal;

Hacienda: José Alfonso, radical;

Justicia, Culto e Instrucción Pública: Manuel García de la Huerta, liberal;

Guerra y Marina: Eusebio Lillo, liberal independiente.

Lillo había sido nombrado sin consulta. Como era de prever, apenas se

El ministerio  
Recabarren



FIG. 1332.—DON JOSÉ FRANCISCO VERGARA. (Foto, Col. de L. C.)

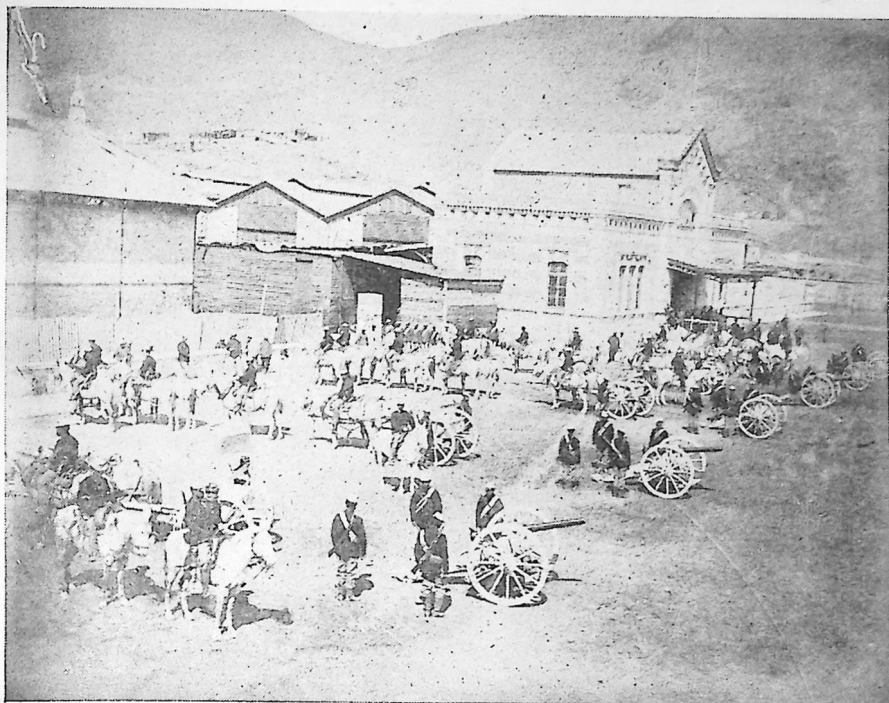


FIG. 1333.—PRIMERA BATERÍA DE ARTILLERÍA KRUPP. (Foto, 1880.)

le comunicó la designación se apresuró a declinar el honor, exponiendo con franqueza y cordura su incapacidad para desempeñarlo. En vista de ello, y tal vez como parte de su programa, Santa María logró convencer a Pinto de que se confiara el puesto llave del momento a José Francisco Vergara.

Contra lo que esperaban los hombres graves, el nombramiento de Vergara repercutió en el país entero como una clarinada. Era la expedición a Lima. Era la guerra dirigida al fin por un hombre joven e impetuoso, por una gran cabeza capaz de concebir ideas propias y de realizarlas. El ejército, formado en su 90% por civiles movilizados, exteriorizó una sensación de alivio. Baquedano ya sólo pensó en seguir a Lima, y Velásquez, aunque profundamente irritado, apuró en silencio el insulto.

La mayor parte de los biógrafos e historiadores que lo han intentado, se estrellaron ante la personalidad fascinante de José Francisco Vergara (fig. 1332). \* El espectáculo de un millonario que divide su vida entre la gerencia

La personalidad estelar de José Francisco Vergara

\* Santiago, 10 de octubre de 1833 - Viña del Mar, 15 de febrero de 1889.



FIG. 1334.—DOÑA IRENE MORALES. (Museo Histórico.)

Santa María, Alamos González, Errázuriz, etc., y de los huéspedes distinguidos que visitaban el país.

El intelectual

Sobre un fondo típico de inquebrantable lealtad, su inteligencia amplia y sensible y los modales correctos y suaves ponían notas originales en el tipo clásico del antiguo caballero chileno. La curiosidad intelectual lo había encaminado en casi todos los sentidos del saber humano. Lector infatigable, favorecido por una memoria feliz y las cualidades ya anotadas, había escudriñado el conocimiento y la belleza desde la botánica hasta la poesía, pasando por las matemáticas, la técnica industrial, la hidráulica, la historia y la política. Su asombrosa amplitud mental era auténtica, la antítesis del charlatán, bueno para todo y apto para nada.

Los conocimientos  
militares

La táctica y la historia militar habían sido afición predilecta de Vergara desde la niñez. Estos conocimientos y las virtudes anotadas tenían por fuerza que suscitar la ojeriza de muchos y un profundo rencor en los más apasionados, a pesar de su ecuanimidad y de sus modales morigerados. Por suerte para la

de los negocios, los viajes al extranjero y el sibaritismo de la lectura, las flores y el trato de un círculo de amigos escogidos; que a los 46 años empuña la espada, sablea al enemigo en los desiertos, se improvisa estratega, organizador de ejércitos y de campañas y que, ungido candidato a la presidencia de la república, declina el honor e impone a un amigo, se aparta demasiado de lo común.

Joven ingeniero ayudante y luego subcontratista del ferrocarril de Valparaíso a Santiago, Vergara había subido pronto de la estrechez en que la guerra de la independencia sumiera a su familia al desahogo y, por su matrimonio con la heredera de Viña del Mar, a la opulencia, en años de honda crisis y general pobreza. Su palacio de Viña era centro de reunión de la mayor parte de los escritores y políticos de la época: Barros Arana,

marcha de la guerra, el carácter de Vergara era tan altivo como magnánimo. Recogía las ofensas al caballero, pero no cobijaba odios y jamás descendía a las intrigas subterráneas. Entendía que los desacuerdos eran cuestión de criterio y no fuente de ofensas o de venganzas personales. Este rasgo substancial de su carácter hizo que se condujera con Baquedano y Velásquez durante la campaña con una ecuanimidad que no siempre encontró correspondencia, pero que hizo posible la campaña de Lima sin nuevos cambios en el comando. Tal actitud se inició con su gestión primera, al no innovar en las jefaturas del ejército y de la armada.

Un incidente trágico exacerbó la voluntad de marchar sobre Lima. A mediados de junio llegaba al Callao el "Loa", conduciendo parte de los heridos peruanos sobrevivientes de Tacna y Arica. El 3 de julio un torpedo volaba en pedazos el transporte, causando la muerte de la mayoría de la tripulación.

En realidad, no había relación entre el humanitario servicio prestado por el "Loa" y el torpedo, pues el transporte chileno se había incorporado a la escuadra que bloqueaba el Callao. Pero el sentimiento nacional ligó ambos hechos y una ola incontenible de indignación estalló de un extremo a otro del país. Un diputado terminó su interpelación con estas palabras: "No se equivoque el gobierno. La única solución posible es dirigir nuestro ejército sobre Lima".

Pinto había sostenido, desde el comienzo de la guerra, la utilidad de las expediciones ligeras, en anticipo de lo que después serían los "commandos" de la guerra moderna. Lynch conocía este deseo del presidente y le propuso en junio de 1880 realizar una incursión de esta naturaleza. El 4 de septiembre zarpó de Arica en dos transportes, a los que se unió en Mollendo la "Chacabuco". El contingente, fuerte de 2.000 hombres, desembarcó en los distintos



El incidente del "Loa"

FIG. 1335.—DOÑA FILOMENA VALENZUELA, CANTINERA DEL ATACAMA. (Foto Museo Histórico.)

Las "expediciones ligeras"

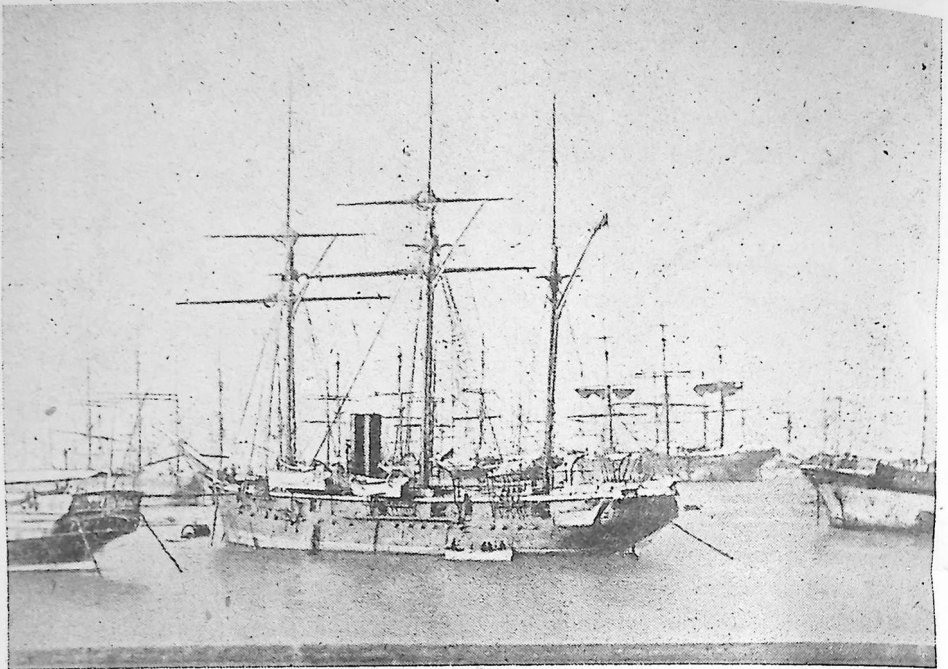


FIG. 1336.—“LA CHACABUCO”. (Foto Museo Histórico.)

valles transversales del Perú, sin topar con resistencia organizada, e impuso cupos en especies y en dinero que, cuando no eran pagados por imposibilidad material o por temor a las represalias de Piérola, acarrearán la destrucción de la propiedad afectada. En total, se capturaron 29.000 libras esterlinas.

Estas expediciones acarrearán dos consecuencias contradictorias. Fué la positiva el demostrar la capacidad de Lynch, ya probada por lo demás. La negativa derivó en interminable serie de reclamaciones diplomáticas, despertó en el extranjero violentas antipatías contra Chile y en los peruanos exacerbó la voluntad de luchar hasta el aniquilamiento completo.

La diplomacia  
peruana

Por otra parte, la diplomacia peruana realizó durante la guerra una labor de enorme eficacia. Fruto de ella o de las circunstancias ya señaladas en los capítulos anteriores, salvo Alemania, prácticamente los demás países no regatearon en ningún momento sus simpatías por el Perú, las más de ellas condicionadas por mezquinos intereses. Numerosas conferencias que a nada condujeron culminaban con la proposición del arbitraje incondicional de los Estados Unidos sugerido por los aliados. Vergara puso término a la cuestión con palabras corteses pero tajantes: “La paz la negociará Chile directamente con sus adversarios cuando éstos acepten las condiciones que estime necesarias a su

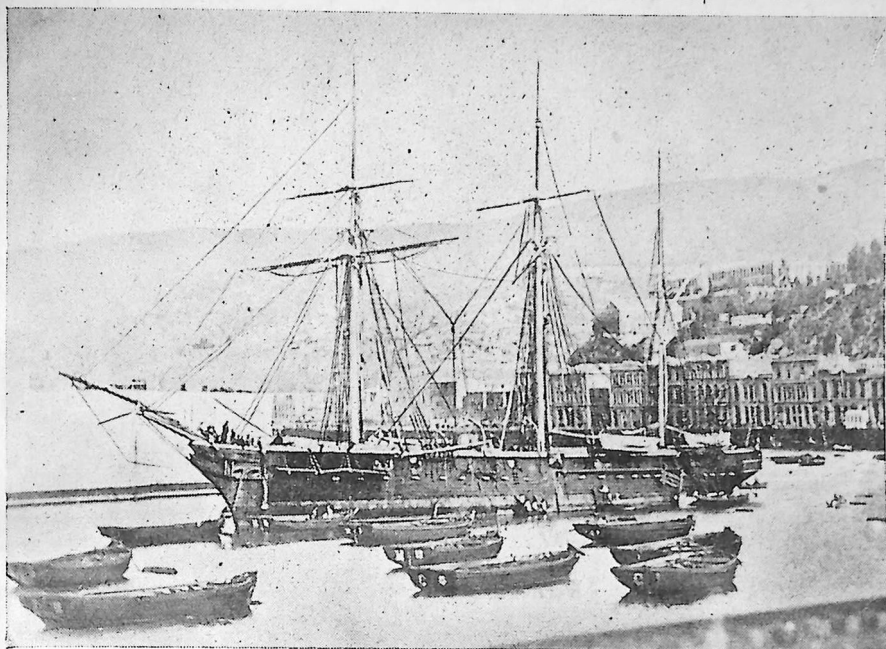


FIG. 1337.—LA "O'HIGGINS". (Foto Museo Histórico.)

seguridad y no habrá motivo ninguno que lo obligue a entregar a otras manos, por muy honorables y seguras que sean, la decisión de sus destinos".

Al comenzar la guerra, el pueblo y el gobierno argentinos tenían el convencimiento de que Chile, aun vencedor, saldría de ella extenuado. Mas cuando vieron desaparecer del Pacífico la escuadra peruana y confinarse a Bolivia casi inerte en el Altiplano, y comprobaron que Chile organizaba con rapidez pasmosa las exportaciones de salitre y guano, las opiniones evolucionaron en forma diametral. Dueño de la mejor escuadra hispanoamericana, con un ejército aguerrido y triunfador de más de 70.000 hombres y una economía sólida, pronto se hizo general el convencimiento de que Chile dirimiría con las armas la larga disputa de la Patagonia. Tan grave circunstancia movió al gobierno argentino a una gestión diplomática que tenía por principal objeto neutralizar las caras ventajas logradas por Chile. Mas el eje de sus diligencias, el Brasil, hizo oídos sordos a la proposición de arbitraje conjunto, con lo que dichas gestiones fracasaron.

La única Legación de Chile en Europa, dirigida por Alberto Blest Gana en calidad de ministro en París y Londres, realizó una labor inconmensurable: la compra y envío de armas, municiones, vestuario y transportes; la tarea de

Viraje de la  
política exterior  
argentina

La diplomacia  
chilena en Europa

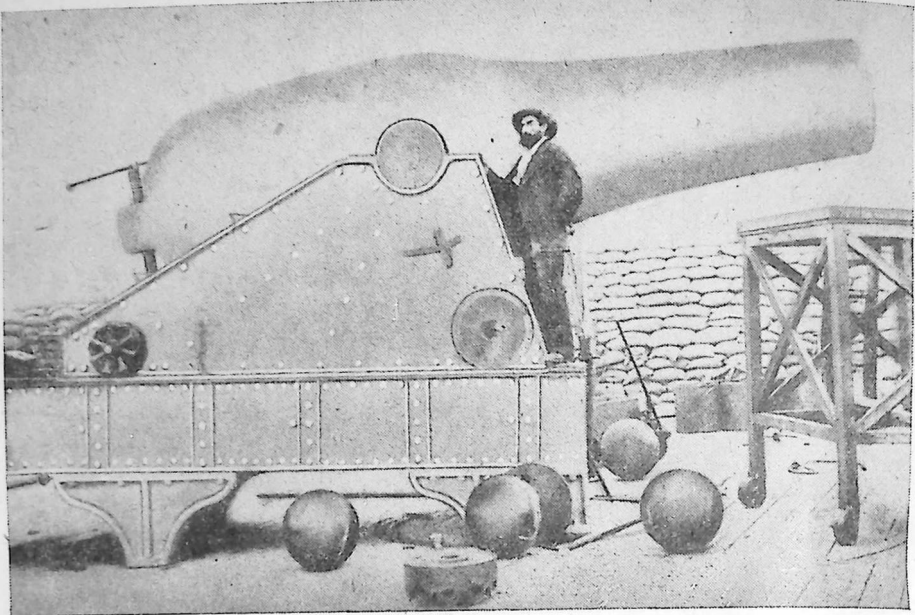


FIG. 1338.—CAÑÓN DE A 1.000, EN LAS FORTALEZAS DEL CALLAO. (Foto, 1880.)

impedir la compra de acorazados por el gobierno peruano, el entendimiento con los tenedores de bonos y las numerosas incidencias diplomáticas que provocó la guerra.

Secundado hábilmente por Carlos Morla Vicuña y Luis A. Lynch, Blest Gana logró impedir la entrega del acorazado francés "La Gloire" comprado para el Perú por el gobierno de Nicaragua y, poco después, la del acorazado turco "Feliz-Bolend", demostrando al sultán que el comprador no era el Japón sino el Perú.

La defensa de  
Lima

Producido el aniquilamiento total del ejército peruano del sur con las derrotas de Tacna y Arica, Piérola concentró todas sus energías en la defensa de la capital. Mediante un esfuerzo titánico, los 10.000 reclutas fueron elevados a 26.000 soldados de línea, de los cuales 5.000 estaban en Arequipa bajo las órdenes de Latorre y el resto entre Lima y el Callao. Además contaba con una reserva de segunda línea, fuerte de doce a trece mil hombres.

Sobrenadando en el efectismo y teatralidad de la defensa de Lima, simbolizada en la misma efigie de Piérola (botas federicas, pantalones blancos y una desafiante águila dorada sobre el casco), se advierten las mismas debilidades orgánicas anteriores a la guerra: un pueblo distanciado de su capa gobernante por abismos étnicos ("masas armadas, casi sin conciencia de sus

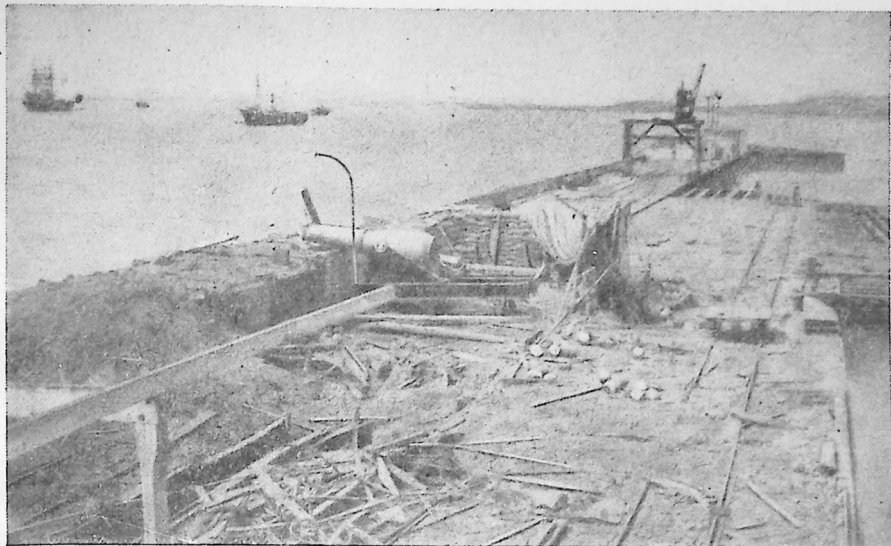


FIG. 1339.—FORTALEZAS DEL CALLAO CON CAÑONES DESTROZADOS. AL FONDO, LA "UNIÓN" Y LA "ATAHUALPA". (Foto, 1880.)

obligaciones, ignorantes hasta de las causas de la guerra", decía "El Comercio", de Lima) y una aristocracia moralmente disuelta. En silencio, pierolistas y civilistas seguían odiándose a muerte. Estos factores justifican sobradamente el súbito derrumbe de la obra de Piérola.

Desde el combate de Angamos, la escuadra limitó su acción a destruir los elementos de embarque en las caletas y puertos de las guaneras y a la ingrata actividad de impedir el acarreo de armas de Panamá a los puertos peruanos.

La operación de mayor importancia fué el bloqueo del Callao, con el triple objetivo de estorbar los aprovisionamientos de Piérola, aniquilar el comercio peruano y forzar al dictador a pedir la paz. El almirante Riveros sostuvo el bloqueo desde abril de 1880 hasta enero de 1881 (batalla de Miraflores), con el "Blanco", la "Pilcomayo", el "Huáscar", el "Angamos", el "Matías" y las lanchas torpederas "Janequeo" y "Guacolda". Latorre se incorporó a la escuadra después de la toma de Arica.

El bloqueo del Callao fué un duro sacrificio impuesto a la escuadra, sin resultados prácticos. \* No estorbó los preparativos bélicos de Piérola y, lejos de intimidar los ánimos, los exaltó (figs. 1338 y 1339).

\* Entre los numerosos incidentes que dieron carácter dramático, se destacan la voladura conjunta de las lanchas "Janequeo" e "Independencia" —al lanzar un

teniente peruano una granada de mano que explotó en la santabárbara de la primera— y el citado hundimiento del "Loa". El transporte había llegado al Callao, co-

El bloqueo del  
Callao



FIG. 1340.—AMBULANCIA VALPARAÍSO, EN ANTOFAGASTA. (Foto, 1880.)

Superados los nuevos conflictos entre la dirección de la guerra y los comandos del ejército y de la armada, gracias a la feliz intervención de Altamirano, al que el presidente Pinto envió en calidad de secretario general de ambas fuerzas, Vergara desplegó una actividad febril para levantar el ánimo después

mo reseñamos, conduciendo 510 heridos peruanos. Llevaba además un telegrama del presidente de la república para el almirante que decía: "Junio 3. En Ancón prepara el joven Manuel Cuadros un segundo torpedo. He oído decir que el torpedo es de esta manera: se compone de una lancha de vela, cargada con comestibles y carneros, y al quitar el último bulto, hay un resorte para reventar el torpedo". Es probable que el almirante no concediera importancia a la denuncia o que estimara innecesario reiterar una recomendación que ya habían recibido todos sus subalternos.

El 3 de junio divisó Peña, comandante del "Loa", la balandra de marras, y ordenó atracarla al transporte para trasbordar su carga. En efecto, al izar el último bulto, estalló la máquina. El "Loa"

se hundió, y como los botes habían volado en astillas, perecieron 118 tripulantes. El capitán Peña permaneció en el puente de su nave y se suicidó en el momento de desaparecer.

El 13 de septiembre, la "Covadonga", que se hallaba en Chancay, después de muchos reconocimientos, que nada descubrieron, izó una hermosa canoa pintada de blanco. El depósito de dinamita estaba unido a las trapas, es decir, las amarras que se utilizan para asirlo. La explosión fué tan violenta que la "Covadonga" se hundió en tres minutos. Perecieron el capitán Ferrari, que la mandaba, y unos ochenta marineros. Excusado es añadir la irritación que estos incidentes produjeron tanto en el resto de la escuadra como en el país.

del movimiento psicológico de necesidad de descanso provocado por la toma de Arica.

El ejército fué reorganizado en tres divisiones completas, cada una de las cuales constaba de infantería, caballería, artillería, estado mayor, parque, bagajes e intendente proveedor. Las dos primeras se confiaron a jefes de prestigio tradicional: la primera, al general José Antonio Villagrán, tenido por el gran táctico y estratega del antiguo ejército, y la segunda, al general Emilio Sotomayor, el vencedor de Do-



Reorganización del ejército chileno

FIG. 1341.—EN PAZ SOLDÁN.

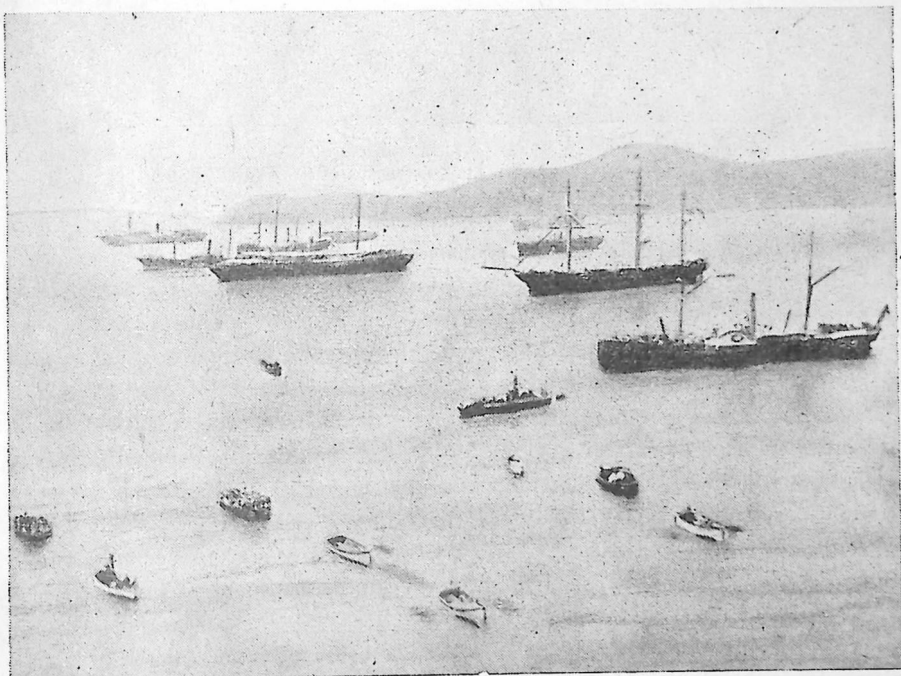


FIG. 1342.—DESEMBARCO EN CURAYACO (sur de Lurín). (Foto, 1880.)



FIG. 1343.—DESEMBARCO AL SUR DE LURÍN. (Foto, 1880.)

lores. La tercera fué entregada al sol naciente, el coronel Pedro Lagos, triunfador de Tacna y Arica e ídolo del ejército, salvo los artilleros.

Por un acuerdo feliz, se restituyó en su antiguo puesto de comandante general de artillería al coronel Velásquez y se nombró jefe de estado mayor al general Marcos Maturana. El antiguo ministro de la guerra, general Cornelio Saavedra, desempeñó el puesto de inspector-delegado.

La capacidad organizadora de Vergara también reestructuró el servicio sanitario, de acuerdo con el plan del doctor Ramón Allendé Padín. El ejército expedicionario contó con cuatro ambulancias y un hospital volante, las primeras compuestas de 600 camas con todos sus útiles y el material necesario, y el segundo, de 500 (fig. 1340). El vapor "Paquete del Maule" y la barca "Veintiuno de Mayo", convertidos en hospitales volantes, enarbolaron la bandera de la Cruz Roja.

Convencido Pinto de que en Tacna nada había preparado para la expedición a Lima, presionó a Vergara para que la organizara personalmente. El nuevo ministro llegó a Arica el 10 de octubre y acometió la tarea con la misma energía

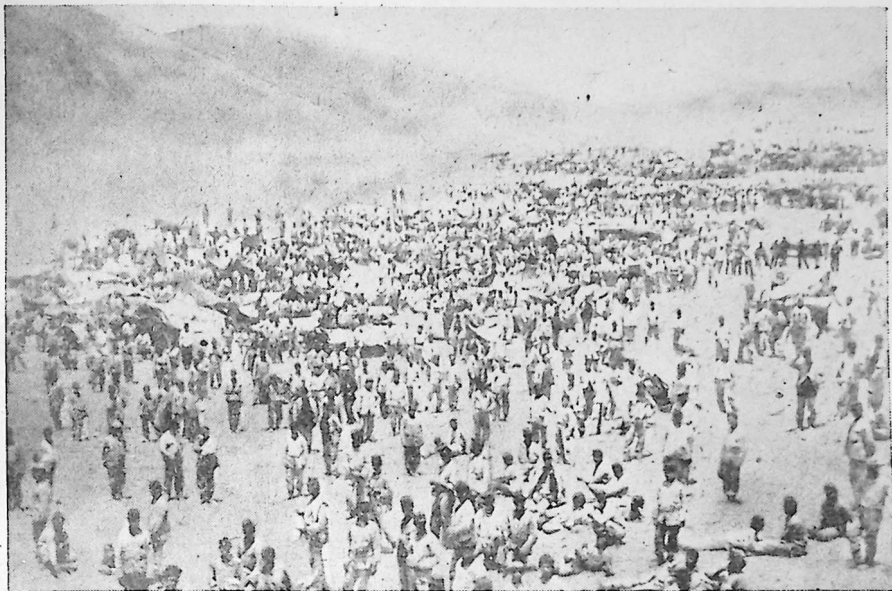


FIG. 1344.—CAMPAMENTO DE LAS TROPAS DE DESEMBARCO (al sur de Lurín). (Foto, 1880.)

e idéntica capacidad ya demostradas en el incremento del ejército. Se informó personalmente por datos de la intendencia y del estado mayor de lo que había y lo que faltaba, reunió mulas y caballos, readaptó los buques de vela y los vapores para el transporte de las tropas, acopió víveres, ordenó construir 36 lanchas con capacidad para 3.000 hombres y organizó la provisión de agua.

Por último, Vergara dirigió personalmente el embarque de 8.000 hombres, 20 cañones y 1.600 caballos \* y partió con Villagrán para instalarlo en P'arcas, y confió a Baquedano y a Maturana el encargo de embarcar el resto del ejército, que despachaban poco después la brigada Gana con 3.500 hombres, 12 cañones y 400 mulas y caballos. Ambas fuerzas desembarcaron sin resistencia. Villagrán ocupó Pisco, Ica y Tambo de Mora con su división abastecida de agua, animales, verdura y forraje en abundancia. Vergara y Altamirano regresaron a Arica para acelerar el embarco del resto del ejército, es decir, unos 14.000 hombres, incluso los 4.000 que llegaron a este puerto después de partir las fuerzas de Villagrán. El 14 de diciembre partió el resto del ejército en

El desembarco

\* Pérez de Arce señala, refiriéndose a la eficiencia y rapidez del embarque: "Esto se debe a la presencia en el muelle del señor ministro de la guerra, que todos los

días estaba allí desde las 6 de la mañana hasta las 7 de la tarde, a pesar de un sol abrasador".

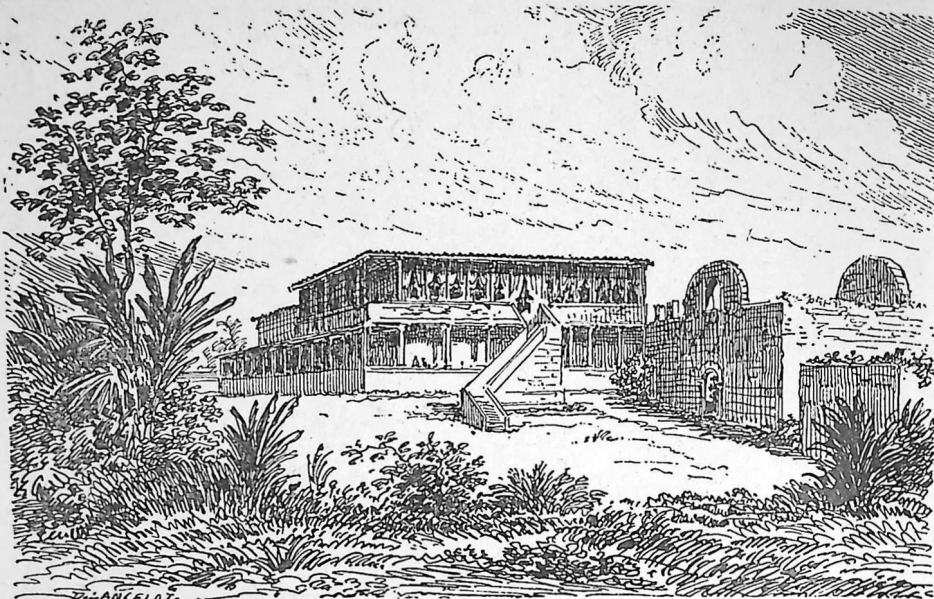


FIG. 1345.—HACIENDA DE SAN PEDRO DE LURÍN. (En Wiener, op. cit.).

un convoy de 22 naves. Las afortunadas maniobras permitieron decir al presidente: "Con el desembarco están vencidas la mitad de las dificultades de la campaña de Lima. Es verdaderamente incomprensible que hayamos podido desembarcar en una mala caleta (Chilca y Pescadores), a nueve leguas de Lima, sin que se hiciera el menor amago para oponerse a ello" (figs. 1341 a 1344).

Luego de resolverse numerosas incidencias, que concluyeron con la lamentable separación de Villagrán del mando de la primera división, al finalizar el año todo el ejército chileno se hallaba reunido en el valle de Lurín, al sur de Lima, salvo 800 hombres mantenidos en Pisco. Constaba de 26.413 hombres, 2.503 caballos, 600 mulas, 80 cañones y 8 ametralladoras. En Antofagasta, Tarapacá y Moquegua quedaban 8.000 de reserva, además de 7.000 en el centro y sur de Chile, con lo que el total de fuerzas chilenas subía a 41.413 hombres.

En el litoral peruano que comprenden los ríos Lurín y Rímac, la cordillera de la costa desaparece y los contrafuertes de los Andes mueren a unos 3 a 5 Km. de la playa, aunque a veces llegan a ella con pendientes suaves o con espolones no superiores a trescientos metros de altura. Los arenales, los gujarros y, no pocas veces, accidentes peores del terreno hacen difíciles los caminos para el tránsito rodado y penoso para hombres y animales. La temperatura no presenta las oscilaciones de los desiertos de Atacama y Tarapacá; pero

1 ejército chileno  
en Lurín

Panorama  
geográfico

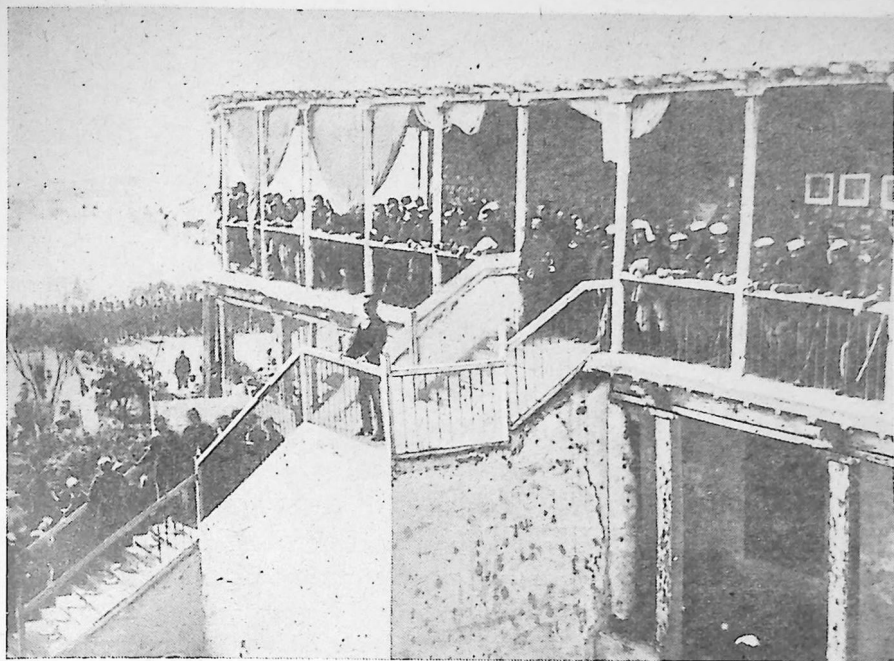


FIG. 1346.—CUARTEL GENERAL EN LURÍN. (Foto, 1880.)

es alta en verano, sobre todo al mediodía. El paludismo es endémico en las zonas regadas.

Los valles del Lurín y del Rímac (asiento el último de Lima y el Callao) están separados por la Tablada de Lurín, pampa arenosa y árida, ondulada y con depresiones. La salpican algunas haciendas regadas que forman verdaderos lunares. Un cerro, denominado también Tablada, que no llega a los 300 m. de altura, corre aisladamente de norte a sur vecino a la playa. A unos cuatro Km. del mar rematan los últimos contrafuertes de los Andes en una cadena de cerros y lomas bajos, que tampoco exceden los más altos unos 300 metros, en los que Piérola estableció sus posiciones. La quebrada seca de Manchay une los valles del Rímac y del Lurín (figs. 1345 a 1348).

Piérola decidió defender la primera línea entre el Morro Solar y Monterrico Chico con dos tercios de su ejército y la segunda en Miraflores, paralela al arroyo de Surco, con el tercio restante y las tropas que se salvaran de la batalla inicial, en caso de derrota. La primera, situada a 12 Km. al sur de Lima, se extendía desde la Punta o Salto del Fraile (Morro Solar), frente a Caleta Achira en la orilla del mar, hasta Monterrico Chico, comprendiendo las

La primera línea  
de defensa